



*Desnuda  
mis  
cicatrices*

**Ella busca olvidar su pasado.  
Él busca convertirla en una  
asesina.**

**PAULA C. MARQUEZ**



**Mientras más le pida al universo tenerte a mi lado**

**Mientras más suplique paz para mi alma**

**Mientras más desee que para mí haya esperanza**

**Más cerca estaré de haber fallado**

**El arrepentimiento habla de fracaso**

**Y mi único fracaso ha sido haberte llamado.**

**Un pedazo de mi alma en algunas páginas.**

**Porque trabajando duro todo es posible.**

**Sonríe, cada día estás más cerca de tu objetivo**

**Y eso es motivo de celebración.**

## PRÓLOGO.

Sabía en lo que me estaba metiendo, que me estuviese haciendo la loca conmigo misma era otro punto, quería esta salida, la quería como pocas cosas en el mundo. Pero sabía que estaba prohibido.

*Es un asesino*, mi mente me lo repetía a cada instante mientras pensaba una respuesta sensata.

Él era peligro, más que eso, en una noche todo se terminaría, cada quien tomaría su camino y no nos volveríamos a ver. Solo sabríamos del otro cuando uno de los enemigos nos asesinara, porque así era esta vida. Así era la vida que habíamos elegido, yo hacía unos pocos meses y él hacía toda una vida.

Sonrió de medio lado, me estaba dando cuenta que aquella sonrisa que antes odiaba me empezaba a gustar. Él sabía que quería aceptar, estaba seguro de que lo iba a hacer.

—No debería aceptar —Le dije.

Su sonrisa se hizo más grande y se le marco un hoyuelo.

—Ambos sabemos que es pésima idea —Me respondió mientras me daba su mano a modo de invitación.

No lo dudé, la tomé.

## CAPITULO I

### ALUCINACIÓN.

Estaba asustada, jamás había visto a William tan enfadado.

Uno, dos, tres golpes en la mandíbula.

La sangre corría por el rostro de aquel muchacho de solo 17 años.

Otro golpe en el pómulo y una patada en el abdomen.

*Él se lo había buscado, él conocía las reglas,* me repetía una y otra vez.

William estaba más que enfadado y con razón, esa era su zona. Su padre debía estar muy molesto con él por no haberse anticipado a los hechos.

Estábamos en un pequeño callejón del pueblo donde crecí, las casas pintorescas que debieron haber visto mejores días estaban sucias y manchadas con los grafitis políticos de los niños de la calle. Nos encontrábamos en un barrio pobre pero seguro, mi familia se encargaba de eso.

William empujó al muchacho a una de las paredes mientras aún le sostenía la camisa y lo levantaba por el pecho.

William media 1.70 y era musculoso, así que hacía ver al muchacho más pequeño de lo que era.

—¿Te gusta pasar drogas? ¿No conoces las reglas? ¿No sabías lo que te ocurriría?

Will estaba gritando mientras seguía golpeando al pobre. Unos puños en la cara, otros en el pecho, le partió un brazo y después siguió con la cara. Yo estaba en una esquina llorando con mis manos en la boca, cuando Will dio un golpe que le rompió completamente la nariz me llené de valor y lo tomé del brazo.

—Will por favor, déjalo en paz. Está asustado, no lo volverá a hacer.

—Deja de ser crédula Samantha. Lo único que queda limpio de la droga en este país es nuestro pueblo, brindamos paz y seguridad a las familias. Nos encargamos de las ratas sucias de la calle —Esto último le dio a Will el impulso que necesitaba para sacar su arma y apuntarle al joven.

El muchacho vio a Will asustado. La sangre hacía su rostro irreconocible, sus ojos estaban morados y su brazo no estaba en su sitio.

—¡Will no!

Me puse en el medio de ambos mientras ponía mis brazos hacia arriba.

—Dale una oportunidad ¿sí? No lo volverá a hacer, te diste cuenta a tiempo, ni siquiera logró venderla —Dije desesperada.

Los ojos negros de William me miraban enojados, él se había opuesto a traerme a este ajuste y yo le había insistido a su padre que me dejara hacerle compañía. Se suponía que esto me haría ver lo fuerte que debíamos ser, en cambio, me hacía entender que éramos unos sádicos, yo no podía verlo como mantener la seguridad, lo veía como una barbarie. Era compasiva en ese entonces.

—Si lo dejo vivir, mostraré debilidad. Si muestro debilidad pierdo respeto. Si pierdo respeto en menos de un mes este barrio estará lleno de drogas, las niñas serán vendidas como prostitutas, comenzaran los robos y a saquear como en el resto del país. Y nosotros estaremos muertos Samantha.

Alcé el brazo para tomar el arma. Yo era de baja estatura y también era joven pero era valiente. Además William me amaba, yo era su debilidad, no me haría daño.

—Will por favor. Solo esta vez, no pongas otra vida en tu consciencia, sé que este es tu modo de hacer las cosas pero...

—Ningún *pero* Sam, apártate.

*Resiste Sam*

—¡No! —Grité.

—Apartarte o disparo.

—¡No!

El sonido de mi celular me hizo despertar de mi sueño, estaba sudada y las sabanas estaban a mis pies. Mi corazón se me iba a salir mientras mis recuerdos me inundaban. Tenía ganas de llorar y me puse las manos en mi cabeza tratando de serenarme.

Los escalofríos comenzaron a estremecerme, iba a tener otro ataque de pánico, traté de hacer lo que decía mi psicólogo y buscar un punto en el cual concentrarme.

El timbre de mi teléfono volvió a sonar. Era una canción nueva de una banda que me gustaba, dejé que el sonido me hiciera olvidarlo todo.

Logré librarme del ataque de pánico; sin embargo, mi corazón seguía muy acelerado.

El teléfono seguía sonando así que lo contesté para callar mi mente.

—¿Diga? —Dije con voz temblorosa.

—Sam disculpa que te moleste, es que necesito hablar con alguien.

Sonreí olvidando todas las cosas malas, era Manuel. Manuel era mi primo menor, tenía 15 años y yo era su ejemplo a seguir, aunque yo le llevaba 5 años nos adorábamos.

Miré el reloj sobre mi mesa, eran las 3am.

—Manu, ¿se puede saber qué haces despierto a esta hora?

Escuché su risa en el fondo.

—No puedo dormir, estoy pensando en muchas cosas y bueno...

Manuel era alegre y tímido. Siempre preguntaba si las cosas que hacía eran correctas, no le gustaba herir sentimientos, mucho menos los de sus padres. Había tomado una decisión hacía unos pocos días, no se lo había dicho a nadie más que a mí y desde entonces me llamaba para saber si lo que estaba pensando hacer era lo adecuado.

—Solo tienes que decírselos. Cuando lo hagas, el insomnio y la preocupación se irán.

Escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—No es tan fácil Sam. No les va a gustar para nada, ellos siempre han querido que me haga cargo de nuestra zona, si no estudio arquitectura y relevo a papá...

—Encontraran a otra persona Manu. Eso hicieron cuando yo me fui — Contesté calmada.

—Es diferente, yo soy hombre —Me respondió un Manuel molesto.

—Y yo era la única persona que podía hacerse cargo de la zona de mi madre. Era la favorita de mi tío Eduardo y lo hice Manuel. No deseaba estudiar arquitectura ni quería matar a nadie, no acepté esas responsabilidades. Puedes hacer lo mismo que yo y aceptar ser un renegado o estudiar arquitectura, hacer frente a las acciones de tu padre en la empresa familiar y tomar la zona que te corresponda en el tiempo correspondiente — Eso lo dije un poco molesta, después de todo, tenía mucho sueño.

El silencio al otro lado de la línea me aseguró que Manuel también estaba molesto. Así que intenté ser más suave.

—Manu, solo quiero que seas feliz. Hemos hablado esto por meses, te ayudaré a estudiar lo que quieras, tengo trabajo estable y aquí los demás te recibirán con los brazos abiertos.

Mi conversación con Manuel fue interrumpida por el sonido del timbre de la puerta principal. Miré al techo preguntándole a Dios qué había hecho

para merecer estar en esa situación.

Antes de que Manuel me respondiera algo, le dije:

—Manu tengo que colgar. Tu otra prima acaba de llegar —colgué.

Me levanté de mi cama extra matrimonial para mí sola, no prendí la luz, suponía que después de abrirle la puerta a la que de seguro era Anette ebria, podría seguir durmiendo.

Salí de mi habitación pasando por un lado la de Anette, ni Sabrina ni Adam estaban, por tanto era mi responsabilidad abrir la puerta aunque solo tuviese dos horas de sueño incompletas por la llamada de Manuel. Pasé por la sala a oscuras y me tropecé con varias sillas hasta que por fin pude llegar a la puerta.

Abrí y vaya sorpresa, era Anette. Vestía un vestido negro ajustado, sus zapatos altos en su mano. Debió estar muy bien maquillada cuando salió, en ese momento, en cambio, su maquillaje corrido la hacía ver como un horrendo mapache que lloraba como sirena.

Olía a vodka y menta.

Definitivamente, no era su mejor momento.

Anette y yo éramos como el agua y el aceite. Aunque teníamos la misma estatura, su tez era más oscura en comparación con mi piel pálida, su cabello era casi negro y ondulado hasta los hombros, mientras el mío era castaño y liso un poco más allá de la cintura. Ella era mucho más delgada, yo caderona y por supuesto, se vestía mejor que yo.

No sabía si lloraba porque en serio le había ocurrido algo o lloraba por su estado de embriaguez. Por tanto, solo abrí espacio para que pasara.

Entró tambaleándose y se dirigió a la cocina, después de unos momentos comenzó a hablar.

—Lucas me dejó.

Bueno, eso sí me sorprendió en verdad. Lucas y Anette tenían 6 años juntos, si había una pareja que consideraba que estaban hechos el uno para el otro, eran ellos.

—¿Te dejó? ¿Esta noche? —Pregunté, mostrando mi evidente sorpresa.

Nuestra cocina era pequeña. La estufa y nevera de un lado. Un pequeño horno y el lavaplatos del otro, sin sillas ni nada que la decorara, por eso teníamos un comedor en la sala. Era Color madera como casi todo el departamento, así que cuando Anette decidió que se acostaría en el suelo de la cocina obstaculizando mí entrada a ella, no vi otra cosa más lógica que

hacer que sentarme en la entrada de la cocina a sus pies.

—Sí. Delante de todos nuestros amigos confesó que me estaba engañando. Después me dijo que no podía continuar con esto y se fue.

Hablaba seriamente, incluso dejó de llorar. Anette era así, nunca me iba a confesar que le dolía, incluso ebria era orgullosa.

En ese momento le molestaba más el que Lucas hubiese declarado su infidelidad delante de sus amigos que el simple hecho de que la hubiese engañado.

No sabía qué hacer, si fuese Sabrina hablaríamos mal de Lucas todo lo que restaba de la madrugada y hasta armaríamos un plan de venganza. Anette era más complicada que eso.

—¿Por qué me engañó? Éramos perfectos. Dime Sam, ¿por qué me hizo a mí esto? —Dijo con voz lastimera mientras hacía un puchero.

—Porque él es un idiota prima, por eso lo hizo. ¿Por qué no me llamaste? Te hubiera ido a buscar...

—No necesito tu lástima. Pensé que queríamos lo mismo, pensé que estábamos bien.

Quería golpearla. Quería sacar su borracho trasero de la cocina e irme a dormir. No lo hice, en cambio, intenté conciliar con ella.

—Anne, no es tu culpa. Y es un idiota por decírtelo delante de todo el mundo.

—Exacto. Que le haya dicho que lo que sea que me fuese a decir podía decirlo delante de todos, no quería decir que quería que me lo dijera delante de todos.

Ok, eso había sonado un poco confuso.

—Quieres decir que él te lo iba a decir a solas —Dije seriamente.

—Sí, pero estaba bailando y Miguel nos iba a traer tequila y le dije que se esperara. Me dijo que no podía, que necesitábamos hablar y le dije que lo que quisiera decirme lo dijera delante de todos.

Suspiré. Mientras a Anette le daba un ataque de hipo y empezaba a llorar otra vez.

—Ven, te llevaré a la cama —Le dije mientras me levantaba.

Ella se volteó y abrazó al suelo.

—No quiero irme a la cama. Quiero que esta noche desaparezca.

—La noche desaparecerá si te duermes...

—NOOOO —dijo mientras se restregaba más en el suelo.

Mi paciencia y compasión se estaban esfumando y mi sueño empezó a hablar.

—Anette levántate, si Adam llega y te ve así estarás en problemas.

Adam era su hermano mayor y mi primo. Con un carácter un poco fuerte y reservado. Odiaba cuando Anette llegaba borracha a la casa, y el hecho de que había terminado con Lucas no iba a apaciguar su furia.

Anette y yo nos habíamos mudado a Caracas hacía ya casi tres años. Yo evadiendo mis responsabilidades y Anette para irse de fiesta cada vez que pudiera. A diferencia de mí, Anette y Adam tenían un hermano mayor que se había hecho cargo de su parte del negocio familiar pese al débil intento de Anne de obtener un puesto, así que se podía decir que sus vidas habían sido siempre más fáciles que la mía.

—No me levantaré, no si no estaa él, veré la lluvia caer, en un nuevo amaneeceerr —Anette empezó a cantar muy desafinadamente mientras lloraba por Lucas.

Entré a la cocina, con cuidado de no pisarla, la levanté por las axilas y empecé a arrastrarla por toda la casa. Ella seguía cantando y yo solo contaba hasta diez para no estrangularla. Hasta que al fin llegué a su habitación.

La habitación de Anette era compartida con Adam, era el doble de tamaño que la mía y poseía dos camas en cada esquina. Un closet y un baño. Pensé meter a Anette en la ducha, deseché la idea al comprender que me tardaría más y en unas dos horas tendría que irme a clases. Solo la llevé hasta su cama.

—Anette duerme.

Me sonrió.

—Si quieres que me duerma tienes que cantar conmigo.

Suspiré otra vez.

—No haré eso. Ahora, piensa que si duermes puedes dejar pasar la noche. En cambio, si sigues cantando solo le estarás dando más atención a Lucas de la que merece.

—Fueron 6 años Sam.

—Lo sé. Sé que duele pero el alcohol no es la solución. ¿Tienes tu teléfono?

Se sacó del medio de su escote un iPhone. Lo tomé.

—Me llevaré esto, no vaya a ser que cometas una estupidez como llamarlo. Cuando me vaya a clases lo pondré arriba de la mesa del comedor.

Se quedó mirándome con una sonrisa idiota en la cara.

—Duérmete por favor —Dije.

Volvió a sonreír.

—Está bien.

Entonces cerró los ojos.

No sabía si se iba a dormir en serio, pero confié en ella. Me fui de su cuarto y me dirigí al mío.

Ya en mi cama pensé en Anette y Lucas. Siempre me había parecido que era una hermosa pareja, no obstante, al parecer él no lo creía así. Negué con mi cabeza, *hombres* entonces cerré los ojos y finalmente me dormí.

El despertador efectivamente me levantó a las siete de la mañana. Bostecé y comencé mi día. Cepillarme los dientes, bañarme, desayuno, ponerme un pantalón deportivo y una franela, peinarme (o algo así) para después salir corriendo por toda la casa con mucho sueño. Tomé un pan de la encimera de la cocina por si acaso no podía llegar a almorzar y me dispuse a salir.

Antes de que lograra poner un pie fuera de mi casa Adam se asomó.

Adam era guapo. Alto, flaco, sus ojos eran claros y su cabello oscuro como todos los Varsolé. Vestía un pantalón y una franela sencillos, nada que llevaría normalmente a la universidad. Era casi obvio cuales serían sus palabras siguientes:

*Sam, mi madre llamo. Nos quieren en el pueblo ya.*

Me confundí. Primero, mi familia no me había dejado pisar el pueblo desde que había dejado el negocio familiar. Segundo, estábamos a medio semestre y tercero, era muy temprano para que mi familia llamara.

—¿Por qué? —Pregunté.

—Solo me dijo que agarráramos nuestras cosas y nos fuéramos. Anette ya se está bañando.

Vi venir hacia mí a Sabrina. Sabrina era grande: brazos grandes, piernas grandes, tez morena y ojos café como la mayoría de los Varsolé, ya tenía dos maletas en sus manos y las llaves del carro.

Cerré la puerta y me devolví a mi habitación. Armé una maleta en poco minutos con solo las cosas que creí estrictamente necesarias, supuse que no estaríamos allá mucho tiempo y viajar ligero era lo más práctico.

Con lo que no conté es que pasaría mucho tiempo antes de volver por el resto de mis cosas.

## **CAPÍTULO II**

### **MUERTE.**

Los 4 viajamos tranquilos. Salimos a las 8 de la mañana y llegamos al pueblo alrededor de las dos de la tarde.

Mi pueblo era un lugar de aproximadamente 1.100 habitantes. Era tranquilo y seguro para vivir, típico pueblo donde todos se conocían. No había vandalismos, robos, secuestros, ni ninguna de las cosas atroces que ocurrían en el resto del país.

Aquí nos cuidábamos no solo a nosotros mismos, sino a las personas que llegaban buscando un nuevo hogar.

Adam llamó a mi tía y ella le dijo que toda mi familia se encontraba en mi casa.

No era extraño, antes de que decidiera dejar la carrera de arquitectura y antes de que me vetaran de volver a mi casa, mi familia se reunía a recibirnos en una sola casa, siempre con un almuerzo y una sonrisa.

Estacionamos y salimos del carro.

En cuanto llegué a la puerta supe que algo estaba mal. Generalmente nos recibían a todos con los brazos abiertos y celebraban nuestra llegada. Miré a Adam quien se encogió de hombros y tocó el timbre.

Mi abuela no nos abrió. Sofía, la madre de mi primo Manuel y esposa de mi tío Martin lo hizo.

Mi corazón se detuvo.

Sofía, la siempre sonriente Sofía tenía los ojos desconsolados de llorar. Su cabello rubio y ondulado estaba amarrado en un moño descuidado, no tenía una gota de maquillaje encima. Vestía un pantalón sencillo con una blusa blanca. Adam la miró con cara de extrañeza, entonces ella lo abrazó y comenzó a llorar.

No podíamos ver nada más allá de Sofía, me desesperé. Adam intentaba que Sofía le dijera que había pasado o que por lo menos se moviera, ella no hacía más que llorar. Quería apartarla, quería buscar a mi madre y a mi abuela.

Quería saber si estaban bien.

Sé que fue una actitud egoísta no intentar hablar con Sofía, pero yo era así, me importaban los míos y si ella no hablaba, yo tenía que averiguarlo.

Corrí hacia la entrada, intentando pasar a Sofía.

Cuando la escuché, me quedé estática.

—Asesinaron a Manuel Alejandro.

En mi vida pocas veces me habían roto el corazón; sin embargo, esas palabras lo lograron. Me agarré de la pared y voltee a ver a Sofía y mis primos.

Anette estaba paralizada y su cara reflejaba el desconcierto más grande, Sabrina tenía unas lágrimas caídas y avanzó a abrazar a Sofía. Adam la tenía en sus brazos y no decía nada, sus ojos rojos.

Sofía tenía el suficiente consuelo, por lo que me seguí abriendo camino entre ellos para ver al resto de mi familia. Caminé por el patio sin saludar a mis perros, toqué con los nudillos la puerta de entrada y me abrió mi tío Alberto, el padre de Sabrina.

Estaban todos reunidos, alrededor de las treinta personas que conformaban a los líderes de mi familia, estaba sentada la persona que quería ver. Las mujeres lloraban mientras los hombres las consolaban, los niños no estaban ahí. Suponía que los habían obligado a dormir en otra habitación.

No lo había notado, por primera vez en 20 años no veía a los guardaespaldas de mi familia detrás de ellos, es más, tampoco recordaba haberlos visto afuera. Eso me preocupó y desconcertó aun más.

En cuanto me acerqué a mi tío dejé ver mi dolor y le grité:

—¿Es verdad?

No supe por qué había hecho tan estúpida pregunta. Supongo que a veces queremos que nos digan que las malas noticias son mentira, que la muerte no existe. Que tu primo pequeño al que le cambiaste los pañales no había sido asesinado.

Mi tío Alberto bajó la cabeza. En tanto mi madre se me acercaba.

—Sam, quieres sentarte —Me dijo con su voz autoritaria.

No quería sentarme, quería saber cómo un simple día familiar había terminado en muerte, aunque claro, por eso me habían llamado a mi también, jamás mi familia me llamaría de nuevo solo para comer en un día feliz. Respiré profundo e intenté decir lo más calmado posible:

—¿Qué ocurrió? —Me temblaban las manos y mi voz sonó desencajada, por más que lo intentaba no podía sonar madura. Sonaba como si en cualquier momento iba a perder la razón.

Mi tío Alberto y mi madre se parecían, ambos tenían la piel oscura y

eran de gran estatura. Ojos café que mostraban seriedad y tragedia. Me fijé que vestían de negro por lo que reformulé casi inmediatamente mi pregunta.

—¿Cuándo ocurrió? —Dije, mientras se formaba un nudo en mi garganta.

—Samantha Angelina siéntate —Repitió mi madre.

Busqué a mi abuela con los ojos, ella nunca me mentiría. A sus ochenta años de edad era la más cuerda de mi familia. Su mirada siempre fiera y segura, no me defraudó esa vez. Estaba sentada al fondo del salón de mi casa.

Mi sala era sumamente espaciosa, bueno, albergaba a toda mi familia cómodamente, de paredes blancas y suelo de madera. Tenía tres muebles de cuero y una mesa 16 puestos de juego de comedor. Habían arrimado la mesa al fondo de la sala donde se encontraba una única ventana y la puerta hacia los cuartos, dejando solo los muebles y la mesa del comedor para que la gente se sentara. Ahí, al lado de la ventana estaba mi abuela con un vestido marrón oscuro, muy elegante, puesto. Su mirada estaba en alto y noté por primera vez, sin una sola lagrima.

—¿Qué pasó abuela? —Le dije a Milena Varsolé.

Mi abuela intentaba no mostrar su dolor, pero era imposible. Respiró dos veces antes de hablar.

—Los enemigos —Dijo casi en forma de susurro.

Entonces escuché como los sollozos se hicieron más fuertes.

Se me erizó la piel.

—¿Cuáles enemigos? —Pregunté.

—Los que siempre hemos tenido Samantha. Volvieron, nos declararon otra vez la guerra. Manuel iba llegando al colegio y le dispararon, dos veces en el pecho, una en el brazo. No hubo forma de salvarle. Llamaron a tu tío, supuestamente cuando lo llevaron a la clínica ya no había nada que hacer, estaba muerto.

En ese momento me senté.

—Ellos ya no existían —Miré a mi tío Alberto.

—Ustedes me lo han dicho toda mi vida, ellos ya no existen, podemos vivir en paz —Dije, elevando la voz.

—Nos equivocamos Samantha —Contestó mi tío.

Negué con la cabeza. Comencé a gritar un poco en medio de la desolación, de todas las personas que podían haber muerto, Manuel era el más inocente.

—No, ahorita se equivocan. No pudieron volver los enemigos, ¿cómo saben que no está muerto por la puta inseguridad de este país? —Dije tomando mi cabello en puños y mirándolos a todos.

Entonces habló mi tío Martin, era el padre de Manuel, cuando mi tío Alberto no podía, él era el cabeza de todos nosotros.

—Porque así asesinaron a tu abuelo Samantha. Saliendo de su casa, dos disparos en el pecho, uno en el brazo. A Manuel no le robaron nada, solo lo asesinaron.

Asesinar.

Cada vez que escuchaba la palabra algo dentro de mí dolía. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que sentí el sabor salado de las lágrimas en mi boca.

Me llené de miedo. No podía concebir que alguien fuese capaz de matar a un niño de 15 años solo por venganza. Por robarlo sí, un intento de secuestro que salió mal, alguien que quería desafiar las normas de mi familia, eso podía digerirlo. Pero no podía aceptar que lo mataran porque sí.

—No tenemos su cuerpo Sam —Dijo mi tío Martin.

—¿Qué? —Dije mientras una gota de sudor frío salía de mi frente.

—Sabemos que está muerto, es lo que importa —Dijo mi madre.

Sentí que mi tío Martin me tomaba del hombro.

—Tenemos que esperar a que nos manden el cuerpo.

Eso solo me dio ganas de vomitar.

Habíamos sido criados con el miedo de nuestros enemigos. Mi abuelo había hecho enemigos por casarse con mi abuela hacía años. Fue una guerra fuerte en aquel entonces, entre los Varsolé y los Uzcategui. Murieron muchos de los nuestros, incluyendo nuestro abuelo. Mis tíos habían sobrevivido todos. Pero los 10 hermanos de mi abuela, los 6 hermanos de mi abuelo y sus hijos habían muerto. Desde pequeña me habían contado la historia de cómo mataron a mi abuelo, más nunca me habían dicho ni como inicio la guerra ni cómo terminó.

Siempre había asumido que era un tema difícil para mi familia por lo que nunca lo había tocado. En ese momento era diferente.

—¿Qué pensamos hacer? —Le dije a mi tío Alberto y a mi tío Martin.

Mi tío Martín daba miedo, era alto y gordo, sus ojos y cabello eran negro azabache y su piel era un poco más oscura que la de mi madre. Siempre tenía una postura perfecta y siempre tenía una crítica hacia a ti,

claramente como lo mostró en ese momento.

—Estas muy alterada. Déjanos a los hombres encargarnos de eso. Recuéstate, te hará bien.

Mi familia era machista, eso lo había aceptado hacia años. Cuando supieron que mi madre quería que yo me encargara de su territorio habían pegado el grito en el cielo y después cuando yo renegué de ese lugar, se molestaron conmigo.

Preferí vivir mi vida a mi manera en vez de vivir la que mi familia había elegido para mí; lo que estaba ocurriendo lo cambiaba todo, no podía permitir que me dejaran por fuera en ese momento.

Yo no podría ver más a Manuel, no podría escuchar más nunca su risa ni sus llamadas nocturnas porque me extrañaba. Recordé su llamada la pasada noche y me odié por haberle colgado. En ese momento hubiese pagado por escuchar sus palabras otra vez. Por abrazarlo otra vez.

—¿Es una guerra no? Acaban de asesinar a tu sobrino Alberto ¿Qué piensas hacer? – Dije a mi tío, buscando en su sangre un poco de la ira Varsolé.

El entendía lo que yo le estaba pidiendo. Hacía años cuando le pregunté a mi madre por qué se había iniciado la guerra, ella me había dicho que las mujeres habían pedido a sus hombres que se armaran. En ese entonces no lo entendí, esa tarde lo hacía.

Escuché el llanto de un bebe, Alejandra, la hermana menor de Manuel. Ya él no podría hacerla reír más, ya él no podría decirnos nada más a ninguno de nosotros. Todo porque unas personas decidieron volver a iniciar la guerra.

—Estamos analizando quienes son las personas que orquestaron esto Sam. Pensamos que ya no existía ningún Uzcategui. Pensamos que ya no habría más guerra.

Estaba confundida.

—Hace un rato me dijiste que estabas seguro de que era la guerra.

—Y lo estoy. Cuando nos manden el cuerpo de Manuel tendremos tres días por el luto, esas son las reglas. Tenemos esos mismos tres días para sacarlas a ustedes las mujeres del país y averiguar las nuevas identidades de los Uzcategui, tuvieron que cambiar su apellido después de todo.

Pensé en el cuerpo de mi primo, antes sonriente. Ahora frío con gente desconocida. El no querría eso, el querría estar con su familia. De todos nosotros era el más familiar. Lo recordé en aquella última navidad que pasé

con mi familia, intentando que todos comiéramos juntos, como siempre cada uno de nosotros comió por su lado por no querer esperar al otro. Recordé cuando me dijo que quería estudiar artes escénicas igual a mí, recordé que le dije que no era lo suficientemente guapo y como él se echó a reír.

La vida era injusta. No debían llevárselo a él. Mi familia no tenía que volver a vivir eso. Mi primo tenía que estar vivo.

—¿A dónde nos llevarán? —Pregunté resignada.

Cuando te crías con una familia que te enseña primero manejar un arma que un carro sabes que en cualquier momento pueden sacarte del país por tu seguridad. Por más que un día quise alejarme de ellos y negar mi herencia, la muerte de Manuel me ponía justo en el lugar en el que menos quería estar.

—Cada madre sabrá el destino de sus hijos. Y cada esposo el destino de su esposa. Estaremos al menos seis meses separados sin ningún medio de comunicación

Nadie había hablado. Y no me di cuenta de que mis primos habían llegado hasta que escuché la voz de Adam.

—Ellas no sabrán si alguno de nosotros está muerto tío —Fue cuando entendí que los hombres se quedarían a pelear mientras las mujeres huiríamos.

Miré a Anette quien estaba junto a mi prima Nina, ambas lloraban juntas y desconsoladas. Yo no quería el consuelo de ellas, quería a mi primo de vuelta. Intenté dejar la posición de autocompasión mientras escuchaba la forma en que íbamos a ser organizados.

Mis tíos decidieron que mi madre y yo viajaríamos juntas, quise replicar, mi madre y yo no teníamos una buena relación desde su divorcio con mi padre; sin embargo, no era el momento para añadir problemas. Me prohibieron la comunicación con mi padre, no es que fuese importante, teníamos varios años sin hablarnos.

Todos mis tíos empezaron a intervenir. Ideas sobre dónde ir, sobre qué hacer, buscar armas, averiguar cuántos Uzcategui seguían vivos.

Mi cabeza comenzó a doler con el sonido de sus voces, recogí un poco mi cabello e intenté respirar. Fue imposible, sentía que la habitación se cernía sobre mí, la luz me molestaba mientras el dolor se hacía más fuerte.

La hermanita de Manuel comenzó a llorar, el sonido incesante del llanto se mezcló con las voces gruesas de mis tíos. No pude más, decidí salir un rato.

Salí al patio, tratando de aliviar el dolor con mis manos, en mi periferia vi dos guardaespaldas de mi tío vigilándome, fruncí el ceño, pensé que no había nadie vigilando la casa. Estaba acostumbrada a protegerme y antes de eso, a proteger a otros, el tener a un hombre cuidándome no hacía más que molestarme.

En ese pueblos todos me conocían, los habíamos protegido por tantos años...

¿Que les podía pasar si no estaba mi familia para protegerlos?

Negué con la cabeza, sabía que no se meterían con mis amigos, la guerra era solo entre los que llevaran el apellido Varsolé, no obstante, las drogas, la prostitución... ya no estaría mi familia para cuidar de la gente.

Empecé a tener frío, miré al sol, la temperatura debía estar al menos en 30 grados, no debía tener frío. Me abracé un poco a mí misma mientras dejaba que el sol me reconfortara.

Sentí a alguien sentarse a mi lado.

Era mi tío Eduardo, padre de Nina. Era el único de mis tíos de tez blanca, el menor de todos, su cabello era igual de negro que el resto aunque sus ojos eran azules. Me miró con tristeza y me abrazó.

Por más extraño que parezca su abrazo me quito el frío y alivió mi dolor de cabeza. Me sentí un poco protegida, tal vez aliviada.

—Sam, estoy aquí para lo que necesites hija. Yo... sé que no he sido justo contigo los últimos años, pero somos familia. Manuel te amaba, por favor, no reniegues de nosotros más.

Yo nunca había renegado de ellos. Todo lo contrario, fue a mí a quien decidieron excluir. Me dejaron sin dinero, casa, me retiraron la palabra por tres años y no preguntaron más por mí. Tuvieron que esperar que mi primo falleciera para recordar mi existencia.

Deseaba gritar y pelear, pero no tenía fuerza. Por más que lo odiara, necesitaba estar con las personas que amaba en ese momento.

No aguanté más.

Empecé a llorar fuerte. Nunca había entendido porqué cada vez que te daban consuelo llorabas con más coraje, pero era así. Agarré con mis puños su camisa negra mientras seguía llorando desconsoladamente. La verdad no entendía que motivaba mi llanto, si era la partida de Manuel, el estar de vuelta con mi familia, o el simple hecho de querer llorar.

Pensé en Sofía, pensé en lo egoísta que estaba siendo. Ella era la madre

de Manuel, ella era la que necesitaba el consuelo en ese momento, no yo. Yo no tenía derecho a captar la atención de todos, yo no tenía derecho a nada.

Miré a mi tío mientras me secaba las lágrimas.

—No necesito esto, necesito que consuelen a Sofía, necesito saber que tomaran venganza.

Mi tío me dejó de abrazar y miró hacia las montañas frente a nosotros.

—Cuando éramos pequeños y nos tuvimos que ir de Monagas, tu abuela estaba embarazada de tu madre, nadie lo supo. Cuando llegamos a Maracaibo, a los 9 meses tu madre nació y se acabó la guerra. Ella nunca la vivió Samantha, por tanto, nadie supo de su existencia. Ella no está amenazada y tú tampoco, si las borramos a tiempo, ustedes no estarán en peligro alguno.

Mi tío me estaba diciendo que podíamos quitarnos el apellido Varsolé para evitar ser un blanco. Negué con la cabeza.

—No me importa estar en peligro tío. Solo me importa que se haga justicia.

Entonces él suspiró.

—Justicia sería informarle a las autoridades. Justicia sería que este pueblo no estuviese dominado por nosotros. Que nouviésemos cada uno una zona que proteger y que sus habitantes a cambio no nos pagaran un porcentaje. Justicia sería que nuestra empresa no tuviese el monopolio de todas las construcciones de esta parte del país. Eres una Varsolé, está en tu sangre, quieres que usemos nuestro dinero para sobornar a la policía y tomar la justicia por nuestras manos, tú quieres venganza Sam.

Lo dijo delicadamente y aún así retumbó en todo mi cuerpo. Tenía razón, yo quería vengarme, quería gritar y golpear a alguien, quería herir a la persona que asesinó a Manuel y dejarlo de la misma manera en que yo estaba. Mi tío continuó hablando.

—Tenemos dos hermanas que no son hijas de tu abuela, es decir, dos medias hermanas. Aimé y Liliana, ¿recuerdas?

No sabía a qué venía el caso pero asentí, las conocía. Mi abuelo las había tenido antes de casarse con mi abuela, entonces mi abuela las crió como suyas. Justo cuando iba a decir que sí en voz alta, llegó mi primo Rafael, hijo de mi tío Eduardo y hermano de Nina.

Rafael era igual que mi tío, con excepción de que tenía los ojos marrones y la dentadura más grande, era igual de alto y en vez de estar

vestido de negro, vestía un pantalón gris con una camisa manga larga blanca.

Rafael era serio, sus ojos rojos estaban llenos de odio, entonces dijo unas palabras que me dieron miedo y al mismo tiempo me quitaron la esperanza.

—Llegó el cuerpo.

El velorio y el entierro fueron difíciles. No solo estaba mi familia, estaba cualquier persona que en ese pueblo tan pequeño había conocido a Manuel Alejandro, muchas lágrimas y muchos recuerdos hermosos de quien fue. Yo no lloraba, la punzada que había en mi pecho no me permitía llorar, debía ser fuerte. Fuerte por todas esas personas que no tenían consuelo alguno, no solo les habían quitado un hijo, amigo o nieto, les habían quitado la esperanza. Les habían quitado la paz con la que habían vivido todos esos años.

Yo no quise ver el cuerpo, pero cada vez que una persona pasaba por la urna decía palabras como “irreconocible” y “animal”, me llenaba de impotencia saber que así habían dejado a mi primo. Más me dolía todavía no saber cómo había ocurrido todo. Pero si había algo que caracterizaba a los Varsolé, era que les encantaban los secretos y las mentiras.

Sofía abrazaba un álbum con las fotos de Manuel como si se tratara de él mismo, mientras lloraba su nombre cada vez más fuerte. Cada lágrima que salía de su rostro hacía más grande mi dolor y sed de venganza.

Yo solo pensaba en los próximos funerales a los que me tocaría ir. Podía ser de Adam, Anette o Sabrina, después de todo, los Uzcategui no pararían, nos buscarían en el quinto infierno y nos matarían a todos.

Pude decir que ese fue el peor día de mi vida.

Los días siguientes fueron aun más difíciles. Mi familia había vuelto mi casa su fuerte de guerra. Todos los días llegaba alguien con cajas increíblemente grandes cuyo contenido no me era revelado. Todas las cajas iban a parar al garaje, donde estaba mi primo Rafael con una lista inmensa. Por otro lado, mi tío Alberto había tomado la sala para definir el destino de cada uno de nosotros. Todos los días llamaba a un núcleo familiar, y todos los días salía una de mis tías, con mis primos y sus pasaportes.

Las personas que quedaban estaban transfiriendo nuestro dinero a otras cuentas, buscando los vuelos, comprando propiedades en el extranjero y vendiendo las que teníamos en Venezuela y en Colombia. Otras hacían las comidas y los mandados. A Nina la mandaron a casa de Anette a velar por ella, mientras yo lo único que hacía era llevar a mis familiares al aeropuerto,

de ahí se dirigirían a Caracas y bueno, de ahí a un país desconocido.

Me tocaba la parte más difícil, despedirme de cada uno, abrazarlos a cada uno y decirles que todo estaría bien cuando ni yo misma lo creía así. Ese era el trabajo de los fuertes, anteponer a los demás, velar por ellos, hacer creer que éramos fuertes para después encerrarnos en nuestro cuarto y saber que no lo éramos.

Era inútil, nos encontrarían donde fuéramos, mas aún, todos mis primos se estaban quedando a pelear. Lo que quería decir que habría más muertes.

Abandonaríamos el pueblo para evitar ponérsela fácil a los enemigos. Eso quería decir que ese pueblo volvería a tener vía libre al paso de drogas, a los secuestros y todas esas cosas. Mi familia ya no lo protegería más, se protegería solo a sí misma.

Mi tío Eduardo había intentado hablar conmigo en múltiples ocasiones; sin embargo, siempre alguien nos interrumpía.

Cuando llegó el tercer día después de la muerte de Manuel, las únicas que quedábamos en la casa éramos mi madre, mi abuela y yo. Todos los Varsolé que no lucharían ya estaban en otro lugar.

Mi tío Alberto nos llamó a mi madre y a mí a la sala.

Cuando llegamos estaban mi tío Alberto, mi tío Martin y mi tío Eduardo ahí. Mi tío Eduardo nos hizo señas para sentarnos.

Mi mama se sentó en una postura perfecta y se quedó viéndolos, esperando que le dijeran a donde se suponía que nos iríamos.

Sara Varsolé era dura. No había llorado mucho en el funeral y se había encargado de hacer las compras y la comida de todos en la casa los últimos días. Claro, con tres personas como escolta mínimo, no es que las necesitara, antes de que alguien le pudiera poner una mano encima a mi madre, ella acabaría con la misma.

Mi tío Martin tomó un boleto de avión, de mi posición pude leer *Argentina*, llevaba el nombre de mi madre. Me quedé viendo a mi tío, esperando el mío. Mi tío Alberto se sentó en la mesa del comedor.

—Sam, Eduardo habló con nosotros. No cree que deberías irte con tu madre.

Sentí algo en mi estómago, eran como nauseas mezclada con temor. Tragué saliva, no quise ver la expresión de mi madre, no debía ser muy amigable. Respiré profundo.

—Alberto, cómo pretendes que mi propia hija no viaje conmigo —Dijo

mi madre con tono imponente.

Mi tío Martin se puso las manos en la cara. Su rostro solo expresaba cansancio, tenía los ojos rojos y su piel estaba pálida y reseca. Su ropa negra, al igual que la de nosotros, estaba muy arrugada, no había asistido al funeral de Manuel, solo se había quedado planificando todos esos días, poniendo la familia a salvo.

Mi tío Martin tomó la palabra rápidamente.

—Creemos que es mejor que se quede aquí. Sería más útil. Eduardo hablo con ella, no quiere irse, es obvio hermana. Quiere pelear, como el resto de nosotros.

Si era posible, esas palabras me asustaron más todavía. Está bien, sí me había pasado por la mente el no irme. Pero ¿luchar? ¿acaso mi tío se había vuelto loco?

—Están locos. Están locos si piensan que dejaré a mi única hija morir aquí con ustedes —Dijo mi madre casi histérica, reflejando mis pensamientos.

Mi tío Eduardo entonces explicó la situación:

—Hermana piénsalo, nadie sabe de su existencia. Podemos usarlo a nuestro favor, no sabemos dónde están los Uzcategui, quiénes son, cuántos son. Ella estará a salvo aquí y nos podría ayudar a obtener información...

—Eduardo José, ¿No estarás hablando de infiltrar a mi hija sola verdad? Ella renunció a seguir entrenando, si quieres que alguien haga una de tus estúpidas jugadas, seré yo. Mi hija no será parte de la guerra —Mi mamá estaba comenzando a hiperventilar, incluso se había levantado de la silla y se dirigía hacia mi tío.

Yo estaba inmóvil, no sabía lo que quería. Ni siquiera entendía que era exactamente lo que mis tíos querían.

—Estás vieja, es mejor una linda joven que luce inocente. Además, eres buena en los negocios, te necesitamos detrás del computador —Respondió mi tío Eduardo.

Mi madre era buena comprando y vendiendo propiedades. Desde que era pequeña pasaba horas en el computador haciendo dinero. Mi tío Eduardo continuó hablando al ver que mi mamá no decía nada.

—No iría sola. ¿Recuerdas el hijo de Aaron? Hablamos con él. Está dispuesto no solo terminar su entrenamiento sino, a infiltrarse con ella.

¿El hijo de Aaron? Aaron había sido el segundo esposo de mi tía

Liliana. Mi tía Liliana era medio hermana de mi madre, participó en la anterior guerra, junto a Aaron. Mi madre me había dicho que habían matado juntos más Uzcategui que cualquier Varsolé; sin embargo, mi tía Liliana y Aaron decidieron divorciarse al tiempo.

Aaron quiso dejar la guerra y se casó con una mujer, se fue a vivir a España y ahí los encontraron los Uzcategui. En una pequeña confusión asesinaron a la nueva esposa de Aaron pensando que era mi tía Liliana. Aaron logró escapar con un niño en brazos. No era mi primo, ninguno de los dos era mi familiar. Y ahora mi tío Eduardo hablaba de que ese hombre estaba dispuesto a infiltrarse conmigo.

Hablé por primera vez.

—Estas pidiéndome que me infiltre en una casa enemiga donde fácilmente podrían matarme y que lo haga con un completo extraño.

No era una pregunta, era un hecho. Solo lo decía en voz alta para poder asentararlo en mi mente.

Mi tío Martin me vió entonces.

—Los Uzcategui no saben de la existencia de ninguno de los dos, no saben que Aaron tuvo hijos. No hemos podido comunicarnos con Aaron pero si sé que su hijo está entrenado. No se infiltraran hasta que no estés completamente entrenada, serán unos meses entrenando y después, bueno, te daremos indicaciones.

—Ellos asesinaron a la madre de ese joven y él quiere vengarse, ahora es nuestro aliado. Lo conozco desde pequeño, Christopher es un hombre de honor —Agregó mi tío Eduardo.

Me pareció extraño que mi tío admitiera haber seguido en contacto con Aaron y Christopher, no hice comentario alguno.

—¿Me quedaría aquí tío? ¿En mi país? —Pregunté y quise no sonar tan emocionada.

Mi tío asintió.

—Con tu familia, protegiéndola.

No solo protegiéndola, vengándola. Quería eso más de lo que podría admitir delante de mi madre.

—Estás loca si piensas en esto. Te asesinaran, eres una niña. Jamás has tomado un arma con la intención de matar y no eres una asesina —Dijo mi madre poniéndome los pies en la tierra.

Tenía razón, no podía pretender que de un día para otro sería una

guerrera amazónica. Me matarían o peor, lo más seguro era irme con mi madre.

—Chris te entrenaría Sam. Tiene entrenamiento militar en armas y domina artes marciales. Sabe que es importante que tú también puedas infiltrarte.

—¿Por qué? —Le respondí con una pregunta inmediatamente a mi tío Eduardo.

—¿Qué? —Me preguntó de vuelta

—¿Por qué es importante que me infiltre? ¿Christopher no podría hacerlo solo?

—Hay cosas que solo las mujeres pueden obtener Samantha. Chris podría obtener información de valor sobre estrategias y armas, pero tú nos puedes dar la ubicación exacta de cada maldito Uzcategui que existe. Eras la mejor antes de que decidieras irte, mejor que cualquiera de tus primos, hombre o mujer.

Sí, lo había sido. Hasta que me di cuenta que todo ese entrenamiento era para luego amenazar a personas, quitarles su dinero y mantener la paz. No era que no estuviese de acuerdo con el negocio familiar, si la policía no podía mantener el orden y nosotros sí, ¿por qué no hacerlo?

Pero un pequeño episodio hizo que reformulara cada pregunta de mi vida y cambiara el rumbo de la misma.

Mi tío me estaba pidiendo algo más allá de las armas. Muchos decían que los Varsolé habían estado locos desde viejas generaciones. No lo había creído hasta que me vi asintiendo en ese momento y diciéndole a mi tío Eduardo:

—Está bien, lo haré.

Vi como mi tío suspiraba mientras me decía:

—Tendrás 4 meses para prepararte. Te encontrarás con Chris mañana y juntos irán a la ubicación que ya hablaras con él, no tendrás acceso telefónico Sam y en el lugar que estarán adoptaran otros nombres, solo por seguridad.

Entendí que mientras menos supiera mi madre, sería más seguro para ella. Cuatro meses, me parecía que era mucho y a la vez poco tiempo para volverme una asesina. Dios, debía estar loca para haber aceptado.

Mi madre entonces me tomó de los hombros y me miró fijamente.

—De ninguna manera Samantha. De ninguna manera. Volaras mañana conmigo a Argentina así me toque llevarte obligada ¿me entiendes?

—Me dejaste de hablar cuando dejé todo lo que tenía que ver con el negocio familiar, ahora que vuelvo me lo prohíbes. ¿Qué quieres de mí?

—Quería que te encargarás de negocios importantes, no que fueras un soldado bajo las órdenes de Eduardo.

Negocios importantes era un eufemismo para asesina a sueldo.

Iba a replicar cuando vi a mi tío por encima del hombro de mi madre, él solo me asintió.

Lo comprendí al instante, tenía un plan.

Recuerdo haberme acostado temprano ese día, no podía dormir, estaba un poco asustada y muy pensativa. Mi madre quería que viajáramos al día siguiente, mientras mis tíos me habían hecho dudar sobre lo que haría con mi vida.

Hacía años había tomado la decisión de dejar atrás todo lo que tenía que ver con mi familia, sus negocios y sus enemigos. Me había convencido que podía tener una vida normal, ser actriz y tal vez en algún momento irme del país por una vida mejor.

Ahora todo eso había cambiado.

Desde que cumplías la suficiente edad para caminar en mi familia te enseñaban a defenderte, más a los hombres que a las mujeres, yo había sido un caso especial.

Al ser la única hija de mi madre además de única heredera de sus negocios, mi madre y mis tíos habían tomado la decisión de entrenarme junto a mis primos. Aunque muchos pensaron que sería mala en los negocios resultó ser justamente lo contrario, desde que supe cómo hacerlo había sido excelente invirtiendo, vendiendo y ganando dinero, había aprendido a defenderme, incluso a manejar un arma.

A los 17 años mis tíos habían hablado. Junto a William algún día podría hacerme cargo de los negocios familiares. Claro, una cosa eran los negocios de las empresas que teníamos y otra muy diferente eran los negocios que manejaba mi familia clandestinamente en el lugar donde vivíamos.

Nunca entendí muy bien cuáles eran esos negocios exactamente, solo tenía claro algo, brindábamos seguridad.

Las drogas, el tráfico de mujeres, tráfico de gasolina, los robos y asesinatos... No estaban permitidos en esa parte del país gracias a nosotros.

Eso hacía que tuviésemos pequeños enemigos en nuestro hogar, por eso siempre me gustó que me enseñaran a defenderme. Sin embargo, cuando por

primera vez fui a ver cómo mi familia manejaba sus negocios de seguridad, tuve un episodio traumático que me impidió seguir con mi entrenamiento.

Digo, una cosa era aprender sobre edificios, compra y venta además del mercado de valores. Y otra muy distinta era usar el entrenamiento de toda tu vida para amenazar y matar a personas.

Aunque me costara aceptarlo eso es lo que era mi familia.

Asesinos.

Si no hacías lo que mi familia dijera, morías. Así de fácil.

Mi familia se defendía con la excusa de que ayudaban a más personas de las que lastimaban, al igual, decían que solo asesinaban cuando era justamente necesario. Nunca me bastaron sus excusas, en ese entonces para mí asesinato era asesinato y punto.

Partiendo de eso ¿Cómo podía estar es ese momento planteándome exactamente las cosas de las que había huido toda mi vida? ¿Eso no me hacía un poco hipócrita?

La conversación que tuve con Manuel hacía solo unos días me hizo recordar la razón de todo lo que haría. En mi país la mayor parte de los asesinatos quedaban impunes, en todos los lugares menos mi pueblo.

Aquí mi familia había vengado a todas las familias que se lo habían pedido, siempre por un razonable precio. Bolívares, Euros, Dólares, un negocio, a veces hasta un favor.

Ahora yo quería venganza, pero de mis propias manos.

Existían una serie de reglas en la guerra. Mi madre me había contado historias sobre cómo los Uzcategui y los Varsolé a pesar de su odio habían respetado las reglas todos esos años. Si quería estar en la guerra tenía que aprenderlas, así como recordar el entrenamiento que hacía 3 años había dejado atrás. También tenía que saber exactamente cómo iba a colaborar en esta guerra...

Un sonido en la ventana de mi vieja habitación me alertó, hice un recuento.

Mi cama era individual y hacia un lado había una pequeña mesita de madera donde solo había una lámpara, el cuarto era grande con suelo alfombrado, por tanto si alguien quería entrar sus pisadas no serían escuchadas en la casa.

La protección de mis ventanas las habían quitado años atrás , después de todo, nadie sería capaz de meterse en la casa de un Varsolé.

Entré un poco en pánico al pensar que un Uzcategui podía estar intentando entrar a mi habitación.

Palpé el arma que siempre dejaba bajo mi almohada. El frío metal fue reconfortante en mi piel. Suspiré, era gracioso como el mismo evento traumático que me había hecho ir de mi casa y rehusar de mi familia había hecho que fuese imposible para mí dormir sin una pistola a la mano.

Sentí como terminaban de abrir la ventana de mi habitación.

Mi corazón se comenzó a acelerar, esperé.

Sentí los pasos silenciosos contra la alfombra así como el calor de otro cuerpo en mi habitación.

Tomé el arma más cómodamente en mi mano.

La ventana no estaba muy lejos de mi cama por lo que en unos pocos segundos sentí una mano fría intentar taparme la boca.

Comencé a actuar.

Levanté mi arma y apunté a la frente de mi atacante. Mientras intentaba alejarme de él.

Unos ojos azules me miraron un poco desconcertados. Su rostro tardó bastante en hacerse reconocible en mi mente.

Era mi tío Eduardo.

—Sam, cálmate. Soy yo. Necesito que hagas silencio y me escuches. ¿Está bien?

Me sorprendí al encontrarlo en mi habitación a esas horas. Bajé de inmediato el arma al tiempo que me comunicaba con él.

Asentí en silencio.

Mi tío Eduardo me liberó y se alejó.

Él conocía por lo que había pasado y entendía que tenía que darme mi espacio.

Después de unos segundos en los que fue más que evidente que yo no iba a hablar, comenzó a explicar qué hacía en mi cuarto.

—Sam, sé que tú madre no quiere que hagas esto. Alberto, Martín y yo habíamos pactado no influir en tu decisión. Pero tienes que escucharme, han ocurrido una serie de eventos y...

Mi tío se calló y eso solo me desesperó. Tenía sueño, estaba de mal humor, además de que me molestaba cuando la gente no llegaba al grano.

—¿Y? —Pregunté impertinente, mi voz exasperada.

—Sam, no podemos hacer esto sin ti.

Miré fijamente a mi tío Eduardo, algo no estaba bien, tenía ojeras y estaba un poco sudado. Estaba como nervioso, temí lo peor.

—¿Mataron a alguien más? —Pregunté con un nudo en la garganta.

Él negó rápidamente con la cabeza y se secó sus manos con el mismo pantalón que cargaba esa tarde, después se pasó las manos por su cara y continuó hablando.

—Secuestraron a Emilia, Sam. Necesitamos que nos ayudes a rescatarla.

Emilia era mi prima. Hija de mi tía Hilda, tenía 14 años, ese mismo día yo la había dejado en el aeropuerto. Esa vez mis lágrimas no salieron, no pedí explicaciones, me llené de tanta ira que sabía que no había forma humana de aplacarla, estábamos hablando de algo muy serio.

Mi familia era sinónimo de respeto, no solo asesinaban a uno de sus integrantes. En ese momento, a penas cumplidos los tres días de duelo, decidían secuestrar a otro miembro.

No podíamos seguir así.

Mi tío continuó hablando como podía ser de gran ayuda. Era mujer, sabía un poco sobre la guerra, nadie sabía de mi existencia...

No es que necesitara mucho para convencerme.

Había tomado una decisión.

*Enero 2018.*

*Madre, cada minuto que pasa siento que es más difícil que leas estas palabras. Pero aquí estoy, escribiéndolas.*

*No entiendo muy bien que está ocurriendo ni donde estoy.*

*Después de que nos separamos me hicieron viajar en una camioneta con los ojos vendados. Éramos varias personas, entre ellos algunos hombres, pensé que me harían daño pero ninguno me tocó.*

*Dormí la mayor parte del viaje, no sin antes gritar, llorar y pelear por escapar.*

*Me he dado cuenta que es inútil intentar escapar madre.*

*Hacia donde he corrido, me han encontrado. A quien he pedido ayuda, me la ha negado.*

*Discúlpame si no soy lo suficiente valiente o temeraria, he decido quedarme aquí.*

*Tal vez algún día me dejen salir y poder entregarte cada una de las cartas que iré escribiendo.*

*Cada palabra me hace sentir que no estoy loca y que lo que está ocurriendo es real.*

*Me encuentro entre cuatro paredes de una habitación muy pequeña en un motel barato. No hay televisión ni aire acondicionado. Pregunté a uno de los hombres a donde me llevarían después, solo me respondieron que iría con mi madre.*

*No te preocupes madre, les afirmé que estábamos en la dirección equivocada, que tú estás en el aeropuerto esperándome; sin embargo, se rieron en mi cara y me dijeron que si volvía a decir eso mi madre verdadera se molestaría conmigo.*

*Tengo miedo, solo quiero estar otra vez contigo. No me he quitado el vestido que me regalaste en mi último cumpleaños, me han ofrecido ropa cientos de veces pero me sigo negando.*

*No se cuanto pueda soportar madre. Pero confío en que me encontraras.*

***Soy tu sangre y tú eres la mía. E.***

## **CAPITULO III**

### **LA PRESENTACION**

Las ansias me estaban consumiendo, odiaba la impuntualidad y ese hombre no llegaba.

No sabía nada de él. Lo único es que viajaba mucho por todo el mundo. Su madre había muerto joven y le había dejado una considerable cantidad de dinero en cuentas extranjeras, por tanto, él decidió que no viviría en mi país.

No me dejaba de repetir a mí misma que aún me podía arrepentir, no me dejaba de decir que aun podía llamar a mi tío Eduardo y decirle que me había acobardado, podía decirle que quería huir como había decidido hacer Anette.

Resoplé mientras caminaba en círculos con las manos en mi cintura.

Ya había tomado la decisión, no estaba en posición de dar marcha atrás. Mi madre había sido muy firme en decir que no iba a dejar que me mataran en la guerra, no dejándome más opción que irme a las 4 de la madrugada de mi casa pidiéndole a Dios que mi tío Eduardo lograra contener su furia y ponerla en un lugar seguro.

Mi tío Eduardo me había dicho que habían secuestrado a mi prima Emilia y la habían tomado justo antes de que tomara un avión a Berlín. Mi tío me había asegurado que no la matarían, solo la mantendrían de rehén y la criarían como uno de ellos. Era lo que en la guerra se llamaba demostración de poder.

Eso me había dado el empujón que necesitaba para decidir irme y ahora esperar al hombre que me ayudaría terminar mi entrenamiento, Christopher Thrasia.

Los tiempos habían cambiado, ya las mujeres éramos capaces de defendernos y coincidía con mi tío en que tenía que aprender y completar mi entrenamiento antes de involucrarme más, pero una cosa era decirlo y otra lograrlo. Tratar, vivir y hacer lo que Christopher dijera por 4 meses en un lugar aislado, con él, una persona que en realidad no conocía, que ni siquiera lo consideraba parte de mi familia, me parecía una solución extraña, desacertada y exagerada.

Pero tío Alberto tenía razón, él era nuestro líder en la guerra y si quería involucrarme tenía que hacerlo en serio.

Estaba en una cabaña en La Azulita, un lugar muy frío, estaba en la

montaña. Olía muy diferente a otras partes de Venezuela, ahí olía a paz y a felicidad, olía a pan recién horneado y a personas trabajadoras. Sentía el aletear de los pájaros en mis oídos y como la niebla abrigaba mis mejillas, era la sensación más increíble que había sentido en las últimas 48 horas.

La cabaña tenía dos pisos, era de madera y hogareña. En cada piso había una cama. Yo me encontraba en el piso de abajo, en un pequeño mueble de lo que sería la estancia, mirando por la única ventana hacia el estacionamiento, intentaba ver en realidad la montaña pero no podía.

Pensé en que esa era la oportunidad de volver a formar un vínculo con mi familia. Era difícil que los únicos miembros que me hablaran fuesen mis primos, más difícil, pasar las navidades y días festivos sola. Al menos, esperaba que eso cambiara.

Volví a ver hacia el estacionamiento.

Nada.

Quería ver más que el paisaje, quería observar el preciso momento en el que mi compañero llegara. A mi lado estaba una pequeña estufa y una nevera. Sabía que afuera se encontraba el único baño de la cabaña. Era muy pequeña en realidad, pero era el lugar donde el tío Eduardo me había dicho que me tenía que encontrar con Chris.

Sentí un Jeep estacionarse al lado del carro que mi tío Eduardo me había prestado. Por alguna razón me puse nerviosa, conocía su aspecto, había visto fotos en el Facebook de mi tía pero jamás lo había visto en persona. La última foto que vi me hablaba de un tipo duro, algo solitario y cuando Christopher Thrasia se bajó de su camión entendí que la foto no le hacía justicia.

Debía medir al menos 1.85, su cabello era color rubio, unos pocos rizos le llegaban a la nuca. Vestía unos vaqueros rotos acompañados de un muy lindo suéter con la palabra *MINE* escrita, botas estilo militar y nada más. Me imaginé lo estúpida que me debía ver yo con un pantalón deportivo negro y un suéter gigante de hello Kitty acompañado de unas botas color blanco. Se me veía lindo en realidad, pero a comparación con él, me veía ridícula.

Vi que se dirigía a buscar algo detrás en la maleta, caminaba con paso seguro pero elegante, no como esos hombres que se creen dueños del mundo, era simplemente alguien que caminaba decidido, como si cada paso que diera ya lo hubiese estudiado de forma meticulosa. Decidí salir a saludar.

A medida que me dirigía a la puerta sentía mi corazón acelerarse, no era

solo que viviría con él, era que estaba aceptando la guerra como parte de mi vida. Cuando era niña mi madre me contaba la historia de cómo mis bisabuelos murieron asesinados por los enemigos, a medida que fui creciendo el número de personas e historias aumentaba, todos los hermanos de mi abuela muertos en la guerra, mi abuelo, tantos Varsolé muertos. Dieciséis primos de mi madre y tres primas... Eran demasiadas personas, y ahora le tenía que sumar a Manuel, a mi Manuel, a la persona con la que había crecido, mi hermanito.

Recordé el motivo de todo y me armé de valor, era hora de que dejara de ser Samantha Varsolé, estudiante de Artes escénicas, amante del arte y de la vida. Era solo Samantha, la persona que estaba cavando su propia tumba.

Afuera hacía diez veces más frío, ajuste aun más mi suéter y terminé de llegar a la camioneta.

Christopher se encontraba de espaldas a mí, su figura imponente traía consigo un olor a bosque mezclado con algo picante, no pude evitarlo e inhalé su olor. Entonces el me sintió y se volteó.

Instintivamente di un paso hacia atrás. Era hermoso, Sus rasgos eran perfectos, su nariz recta y sus labios carnosos. Pero lo que más me asombró eran sus ojos, en las fotos no se veían así. Eran diferentes, una vez mi profesor de biología nos había descrito una extraña mutación en la que el color de cada ojo de una persona era diferente, heterocromía la llamó. Definitivamente Chris tenía eso, uno de sus ojos era del color de la miel derritiéndose y el otro, aún más claro, azul cielo.

Genial, el hombre era perfecto.

Nos quedamos un minuto mirándonos. Pude sentir su mirada recorriendo cada parte de mí, midiéndome, juzgándome. Su mirada era autosuficiente, el tipo de persona que no creía que necesitaba ayuda de nadie. Se quedó un momento viendo a mis ojos, no bajé la mirada, quería intimidarme y no pensaba dejarlo.

—Eres Samantha supongo —Su voz era ronca y tenía un acento un poco extraño.

No era de la clase de chica que se quedaba viendo como estúpida a los chicos. Pero con Chris provocaba, me di una cachetada mental y sonreí mientras tendía mi mano.

—Puedes decirme Sam, mucho gusto.

Miró mi mano con desdén y casi como si se sintiera obligado me dio la

suya. Nuestras manos estaban congeladas; sin embargo, un escalofrío recorrió mi cuerpo y sentí la temperatura subir un poco, dándome otra cachetada mental entendí que teníamos que entrar. Él pensó lo mismo puesto que al mismo tiempo nos soltamos y nos dirigimos a la cabaña.

Caminé por el pasto frío mientras observaba el cielo.

—Está a punto de llover —Comenté al tiempo que entraba en la cabaña.

Chris no me contestó, simplemente miró hacia el segundo piso.

—Dormirás en el piso de arriba y yo abajo.

Levanté una ceja.

—Llegué primero. Ya elegí la parte de abajo para mí —Eso lo dije con voz firme, dejándole saber que su actitud ruda no me iba a intimidar.

Soltó el único bolso que llevaba estrepitosamente, se quitó su suéter y me miró. Puso sus brazos sobre el pecho e hizo algo que jamás pensé, sonrió de medio lado y sarcásticamente.

—¿Qué harías si alguien llegara Samantha? ¿Tienes un arma al menos? ¿Sabes si quiera defenderte a ti misma? Si alguien llegara y estas arriba, yo tendría tiempo de contenerlo mientras tú huyes. En cambio, si tú estas abajo, nos matarían a los dos.

Eso me pareció simplemente absurdo.

Omití que si tenía mi propia arma y me defendí.

—Y ¿cómo dices tú que nos encontrarán? Hasta donde yo sé ni siquiera saben de tu existencia o la mía. Hasta donde yo sé, la razón por la que nos reunimos acá es porque no nos esperan. Somos la reserva.

—No somos la reserva. Tú eres la reserva, yo lo soy todo. Podría infiltrarme yo solo, averiguarlo todo y asesinarlos a todos. Tú eres un estorbo, la única razón por la que hago esto es porque Liliana no quiere que te maten —Eso lo dijo como si estuviese leyendo el periódico, no había emoción en su voz, no estaba molesto o alterado, solo relataba las circunstancias.

Lo odié.

—¿Quien te crees? —Pregunté con voz seca y molesta.

Aunque su rostro no reflejaba emoción. Vi cómo se dilataban sus fosas nasales mientras respiraba fuertemente armándose de paciencia. Se colocó sus manos sobre las caderas, agachó la cabeza invadiendo mi espacio personal.

Su barbilla rozó mi mejilla, sentí su aliento caliente rodear mi cuello antes de que sus labios se pegaran a mi oreja para hablar, lo hizo lentamente,

por alguna razón sentí sus gestos de una manera seductora, eso fue antes de que volviera a hablar con aquella voz condescendiente:

—No eres capaz de matar a nadie, solo hay que verte. Liliana decía que querías venganza y pensé que eso sería suficiente para volverte la persona que necesito pero te miro y es difícil pensar que algún día los serás.

Me hirvió la sangre.

—No me conoces. No necesito tu protección ni la de nadie. Nunca la he necesitado. Lo único que quiero de ti es que termines mi entrenamiento y podremos separar nuestros caminos.

—Eso si tu no haces que nos maten. Y contestando tu pregunta anterior, ese vehículo que traes contigo está a nombre de Eduardo Varsolé. ¿Crees que no rastrearán el vehículo? Tan estúpida eres.

Cerré las manos en puños. Odiaba que me insultaran pero más odiaba que tuviera razón. Tío Alberto dijo que ya nadie estaba seguro, que debíamos despojarnos de todo. No sabía ni siquiera por qué tío Eduardo me había dado ese carro en primer lugar, negué con la cabeza. Entonces, Chris hizo su sonrisa más amplia.

—Sabes que tengo razón. Puedes dormir, tu tío te habrá dicho que a partir de ahora harás lo que yo diga. Llevaré ese carro a otro lugar, mientras tú te acomodas arriba. Eres libre de irte en el momento que desees. Eso sí, cuando nos vayamos de aquí mañana no tendrás oportunidad de cambiar de opinión.

Entonces tomó las llaves que yo había dejado en cima del mueble y se fue.

Dignamente tomé mis cosas y me dirigí hacia arriba. Después me acosté en la cama y contemplé el techo de madera. En un minuto que llevábamos conociéndonos ya era insoportable vivir con Chris, él había hablado de matar y aunque siempre había sabido que en algún momento me tocaría asesinar a alguien nunca había pensado que él podría ya haberlo hecho. Me había dicho que no tenía lo necesario, y era verdad. Yo no era una asesina.

Pero quería serlo.

Me imaginé a Manuel, era tan joven. Lo amaba, él nunca había querido la guerra, ni siquiera había nacido cuando estalló la guerra y lo habían asesinado. Lo habían hecho solo porque podían, solo porque el apellido Varsolé era repudiado por ellos. Mis lágrimas amenazaron con salir pero las contuve. Podía descargar lo que sentía, podía hacerlo con venganza. Y lo

haría con venganza.

Respiré y lo entendí.

Puede que no estuviera lista, pero por eso estaba ahí. Tenía que ser una asesina antes de que me asesinaran a mí.

Tenía que comenzar mi transformación.

Chris regreso a las dos horas, no le pregunté por el carro y él tampoco quiso compartir información. A las seis comí un sándwich que había guardado en la mañana en mi mochila. Chris pidió mi teléfono y se lo di, mi tío Eduardo había sido específico en que después de encontrarme con Chris no podía tener mi celular por cuestiones de seguridad, sin el teléfono, estaba aburrida.

No sabía qué hacía Chris y aunque podía asomarme a las escaleras y ver no quise.

Mi habitación era extremadamente pequeña. Solo tenía una cama y si me bajaba de ella en seguida me encontraba con las escaleras. Al otro lado, una silla donde puse mi ropa. No tenía puerta ni privacidad alguna. Unas barandas de madera a modo de cárcel la delimitaban. Si Chris o yo queríamos espiarnos, podíamos.

Decidí que si quería aprender a cambiar, tenía que hacerlo conociendo un poco de historia, así que bajé las escaleras. Chris se encontraba sentado en el suelo de madera, frente al mueble mirando hacia la ventana. Me recordaba a un depredador al asecho, no sabía que esperaba encontrar pero si lo hacía, la persona no quedaría viva, su mirada me lo decía.

—Deberías dormir Samantha. El camino de mañana será largo —Dijo sin voltear a mirar.

Era un poco mandón. Como la mayor parte de mi familia estaba hecha de hombres mandones no le tomé importancia a Chris. Me encogí de hombros y me senté a su lado, dejando obviamente un espacio prudente.

No es que hubiese espacio lo suficientemente amplio para alejar el calor corporal de aquel hombre. Me di cuenta que lo que había sentido afuera se repetía dentro de la cabaña.

—Si alguien entrara, ¿qué se supone que harías? — Pregunté curiosa.

—Asesinarlo —Dijo automáticamente.

No lo creí.

—La guerra a penas se está iniciando y hablas como si ya hubieses asesinado a alguien antes —Repliqué.

No me respondió.

—¿Qué harías si vieras que es alguien inocente? Alguien preguntándonos como estamos.

Tensó los brazos.

Su cuerpo era musculoso. Era como si su vida entera hubiese estado preparándose para la guerra. Podría apostar lo que fuera a que su abdomen estaba totalmente marcado. Era una máquina de guerra, no solo por su cuerpo. Sus gestos, la posición de sus manos, todo era muy controlado, casi estudiado, al mismo tiempo, sus movimientos eran lentos y seductores. Un extraño contraste, pensé en ese momento.

—Nadie vendrá para acá Samantha. Es una cabaña a dos kilómetros de la persona más cercana, si alguien se acerca, es una amenaza —Su voz sonó aburrida, lo estaba fastidiando. No es que eso me importara en lo absoluto, si quería aprender, tenía que preguntar.

Bufé.

—Siento que eres paranoico.

—Y yo siento que tú no te tomas esto lo suficientemente en serio.

No es que no me lo tomara en serio. Por Dios, mi vida estaba en juego. Era que simplemente no le veía lógica a las cosas que él hacía. Su paranoica lógica me decía que nuestros enemigos, los cuales ni siquiera sabían que existíamos, de repente nos encontrarían en ese lugar que a mi parecer era un poco perdido del mundo, y nos asesinarían.

—Vete a dormir. En la madrugada partiremos.

Recosté mi cabeza en el mueble y miré hacia el techo.

—Tú no piensas dormir —Dije, más que una pregunta era una afirmación.

Otra vez no respondió.

Sonreí y sacudí la cabeza. Me levanté del piso y le dije:

—Confía en mí, nadie vendrá hoy. Puedes dormir. Disfruta un poco el paisaje, sé que has estado alejado de tu país mucho tiempo.

No me respondió, no lo tomé personal y me fui a dormir. El siguiente, sería un día duro, ese y todos los que seguirían. Estaba cambiando el rumbo de mi vida, no tendría otro día de paz, por dios jamás había asistido si quiera a una marcha contra el gobierno de mi país para ahora incluirme en una guerra que apenas entendía, pero no había marcha atrás.

No podría vivir sabiendo que mi familia estaría luchando por mí,

muriendo por mí. Me habían enseñado que la mejor forma de ganar una guerra era prevenirla; sin embargo, en ese caso no era probable. Yo quería la guerra, yo quería venganza. Estaba furiosa y lastimosamente no era lo suficientemente inteligente como para evitar la guerra y asistir a un psicólogo. No, necesitaba la guerra.

Como Chris dijo, a las 4 de la mañana estábamos en camino. Me levanté gracias a que se encargó de gritar mi nombre en la madrugada como 50 veces. Odiaba que me levantaran, no era una floja, siempre me había levantado sola, es más, en mí reloj faltaban 15 minutos para las tres en el momento que Chris alzó su voz, es decir, estaba levantándome 15 minutos antes de lo pactado. Intenté no demostrarle lo mucho que me había molestado, tomé mis cosas y me dirigí al baño que por supuesto quedaba fuera de la cabaña. El baño tenía un bombillo que estaba a punto de caerse, un lavamanos, un inodoro y la ducha. Me cepillé, puse mis cosas en el lavamanos y me bañe con el agua más helada que pudiera imaginar. En dos minutos me estaba cambiando y me envolví con un suéter de más antes de que muriera de hipotermia.

Salí para ver que Chris ya había guardado mi bolso en el Jeep. Tenía puesta una ropa muy parecida a la del día anterior y se encontraba sin un abrigo puesto. No es que me quejara, era muy agradable a la vista. Por otro lado, me irritaba la forma en que nada lo inmutaba, era tal vez tan frío como el clima que nos rodeaba.

Me dirigí a la parte de atrás de su camioneta pasándole por el lado, guardé mi ropa y mis artículos de higiene en mi bolso, después me subí al asiento de copiloto sin dirigirle la palabra.

Abrió mi puerta

—¿Tienes las llaves de la cabaña? —Me preguntó.

Era una pregunta estúpida puesto que tenía las llaves en mi mano en ese momento. No le contesté y se las entregué. Entonces otra vez cerró la puerta y se dirigió a la cabaña. Intenté acomodarme en una posición apta para dormir, me fue imposible. Así que solo esperé a que llegara.

A los minutos abrió su puerta y noté cuando guardo mis llaves en su bolsillo trasero. No le hice comentario de que esas eran mis llaves. Estaba muy molesta para eso.

Arrancó el motor del Jeep y empezó el viaje. No prendió la radio, ni siquiera encendió la calefacción. Solo manejaba en un extraño silencio. Yo

era de esa clase de chicas a las cuales el no hablar les mataba y me estaba costando mucho no tener ningún tipo de conversación. No podía llamar a una amiga o a mi madre, lo tenía prohibido y la única persona con la que podía tener contacto al parecer era un asno.

Otra cosa que me impedía dormir era el olor. ¿Qué perfume usaba ese hombre? Estaba más allá de mi alcance, lo cierto es que me tenía hipnotizada. Oía demasiado bien, no sabía si era un perfume o su olor natural pero me iba a volver loca.

Estuvimos en silencio por aproximadamente dos horas hasta que nos detuvimos en una estación de gasolina.

—Si tienes que ir al baño, este es el momento —Me dijo después de echar la gasolina y estacionarse.

La temperatura había subido y me estaba asando con la ropa que tenía puesta, así que más que ir al baño, quería cambiarme de ropa. Sin dirigirle la palabra, me bajé del Jeep, busqué mi bolso y caminé a los baños de la estación.

No noté que el muy idiota me estaba siguiendo hasta que ya me encontraba en la puerta del baño de damas.

—Se puede saber ¿qué haces aquí? —Le dije por primera vez en todo el día.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Además de que la inseguridad en carretera es diez veces mayor que en cualquier lugar del estado. Mi deber hasta que sepas cuidarte es protegerte.

Eso fue el colmo. No pude controlar mis palabras, estaba de mal humor. El sueño, su olor, su necesidad y el hecho de que fuese guapo simplemente me molestaba a tal punto que sacó lo peor de mí.

—¿Quién carajos te crees? Puedo ir a un baño sin ayuda, puedo levantarme sin ayuda, puedo cerrar la puerta de la cabaña si me da la gana y puedo deshacerme de mi propio auto. Puede que estés a cargo en lo que tenga que ver con la guerra pero de resto, mi vida es mía ¿ok? Te vas a dejar de meter en lo que no te importa y por supuesto me vas a dejar en paz.

Entonces conseguí una estúpida sonrisa otra vez. Chris cruzó los brazos sobre su pecho y haciendo uso de su hoyuelo contuvo las ganas de reírse de mí.

No lo deje contestarme, me dirigí al primer cubículo y me encerré. En seguida comencé a cambiarme, ¿Por qué pensé que con decirle algo él iba a

cambiar? No dejaba de preguntármelo. El estúpido rubio siguió detrás de la puerta y lo que es peor, mientras me cambiaba siguió dándome órdenes.

—No deberíamos tardarnos tanto en cada estación, así que apúrate. Desayunaremos en la siguiente, así que si tienes hambre tendrás que aguantar un poco más.

No sé cómo no grité, como no lo asesiné, o como simplemente no empecé a llorar. Me puse blue Jeans a juego con una franela blanca que decía VENEZUELA, me dejé las botas y me puse una chaqueta de jean también. Me recogí mi cabello en una cola y entonces salí.

—¿No vas a orinar? —Podía jurar que su voz era de burla.

Miré el baño, era horrible como cualquier baño de estación en Venezuela, por supuesto no había agua en los lavamanos por lo que tome el antibacterial de mi bolso y me limpié las manos con él. Señor cretino me abrió la puerta y salí al cálido clima de afuera. Le di mi mejor mirada de odio a lo que él respondió con otra sonrisa de burla.

—Eres un estúpido —No pude evitar decirle.

—Y tu una mocosa malcriada, pero estamos atrapados juntos así que nos toca soportarnos —Entonces se encogió de hombros.

—¿Mocosa? —Dije más que indignada y con la boca abierta mientras me dirigía a la salida.

—Y malcriada —Dijo, pasando por mi lado y cerrando mi mandíbula con su dedo.

Por alguna razón su contacto fue electrizante para mi cuerpo. Su piel era magnética y aunque debí molestarme por su gesto, la verdad es que parte de mi rabia se disipó y mi cuerpo se sumergió en una emoción que no supe denominar.

Me monté en la camioneta con mi bolso a mis pies.

—Abróchate el cinturón.

Era insoportable. Tomé el cinturón y me lo coloqué. El colocó un iPod en el reproductor.

James Arthur. Can be Him.

Como cualquier mujer que se respetara, amaba ese artista; sin embargo, ver que a este hombre todo macho y prepotente le gustara me causó risa.

—Al menos sabes sonreír —Me dijo con aquel extraño acento.

No lo entendía, ayer odiaba cualquier palabra que yo le pudiese decir y hoy quería hacerse pasar por amistoso.

No le dirigí la palabra y encendí el volumen.

Como él dijo, nos detuvimos en la siguiente estación a comer.

—No te bajes. Pido y comeremos en el carro.

Igual me bajé. Tal vez sí era un poco malcriada.

En muchos kilómetros esa era la estación de servicio más decente, era cálida y colorida. Era pequeña, nos detuvimos en la caja y pagamos dos panes rellenos de pavo para después dirigirnos a la cafetería y pedirlos para llevar. En menos de 5 minutos estaban empaquetados y nos dirigimos otra vez a la camioneta.

Al encender el motor, apagué el equipo de sonido para poder comer en paz.

—El cinturón —Dijo otra vez Chris.

Respiré profundo y me lo puse. Di un mordisco a mi comida y el dolor de cabeza que no sabía que tenía se pasó.

—Eres muy mandón ¿te lo han dicho? — Dije entre mordiscos.

—Y tú no sabes recibir órdenes, ¿te lo han dicho? —Dijo él remedándome.

—Tú no tienes modales —Dije, mientras seguía comiendo.

Sonrió de medio lado.

—Por lo menos no mastico como un animal —Respondió, dándole el primer mordisco a su comida y dirigiéndose a la carretera.

Tenía razón. Estaba comiendo como un animal ya que desde que me enteré de la muerte de Manuel había perdido el apetito y casi no había estado comiendo. Al parecer, ya volvía a tener hambre. Comencé a comer un poco más lento y continué hablando.

—¿Por qué volviste?

Me miró como si fuese idiota. Me encogí de hombros.

—Ya me contaron que la guerra mató a tu madre por error, que quieres venganza y la cosa. Pero... ¿Por qué volver? ¿Por qué no olvidar y dejar tu vida como estaba?

Vi que apretó un poco más el puño que sostenía el volante, además de eso, no vi otra reacción de su parte. Su perfecto rostro estaba libre de expresión y sus ojos eran de absoluta calma. Mordió su emparedado con su mano libre y habló:

—Eduardo me dijo que te metías en esto por Manuel, tu primo.

Un agujón de dolor me atravesó el pecho. Pero había prometido no

llorar más, tenía que cambiar el dolor por ira.

—Es diferente, no quiero que esto le pase a otro miembro de mi familia. Quiero exterminarlos porque ellos quieren asesinarlos primero.

Entonces sonrió otra vez. Burlona y sarcásticamente.

—No me mientas Samantha, puedes odiarme y puedes intentar no obedecerme pero no me mientas. Quieres venganza, quieres dañar a la persona que te hizo esto, quieres hacerle sentir lo mismo que tú sentiste. Y no solo a ella, a cualquiera que haya participado. He sentido eso más de la mitad de mi vida, me arrebataron no solo a mi madre, también me arrebataron a mi padre, Aaron no quiso saber más nada de mí después del accidente. En ese entonces no pude hacer nada, ahora si.

En parte tenía razón, quería lastimar a la gente como yo estaba lastimada, ahora de ahí a todo el rencor que él tenía guardado... Yo no era eso, *pero te convertirás*, una pequeña voz en mi mente se asomó y la deseché. Ya no valían arrepentimientos, no era una damisela a la que rescataban.

—Has llevado mucho rencor por mucho tiempo —Dije.

Se encogió de hombros.

—Algo nos tiene que mover.

Me quedé callada y Chris agarró la carretera hacia el estado Lara. Ahí vivía mi padre, quise preguntarle si nos quedaríamos en la capital del estado o iríamos a otro lado.

—¿Ya sabes el plan? —Me preguntó.

Me molestaba tener que decir que no. Diría un comentario sobre cómo valía tan poco en esta guerra que no sabía ni el plan, así que solo negué con la cabeza.

Suspiró.

—Tu Tío nos mandara nuevas identidades y tendremos que averiguar dónde tienen a tu prima, el único lugar que tenemos de referencia está en la ciudad de Barquisimeto, por eso nos dirigimos ahí. Mientras, te enseñaré a defenderte.

—Pensé que primero me enseñarías y después iríamos por ella.

—Eso es perder el tiempo. Podemos hacerlo todo al mismo tiempo, además tengo un plan en el que no estás en riesgo.

—¿Cuál es? —Pregunté.

Al ver que no respondía pude haber dicho algún comentario audaz sobre cómo sabía defenderme y que podía patearle fácilmente el trasero, en cambio,

seguí callada y empecé a ver el paisaje.

Venezuela era hermosa, el cielo estaba más azul que nunca y el paisaje estaba cambiando de la montaña verde del estado Mérida al llano y tierra rojiza de la región centro —occidental. Algunos árboles con flores amarillas se empezaron a asomar, en contraste con el verde y rojo de la tierra y con las mariposas azules volando podías entender la perfección de mi país. Me llené un poco de tristeza por su gobierno, después mis ideas me llevaron a pensar que en una Venezuela más segura el asesinato de mi primo no hubiese quedado impune y no tendría que ir a la guerra, una cosa llevo a la otra, me quedé dormida en la camioneta y no desperté hasta que llegamos a nuestro destino.

Sentía que la camioneta iba subiendo una montaña, no me quería despertar. Soñaba algo lindo, no sabía que era. Una mano tocaba la piel de mi mejilla, era tosca y tenía un anillo muy frío en uno de sus dedos. Alguien me había puesto una manta y me arropé más fuerte con ella. Estaba cómoda, por primera vez en tres días estaba durmiendo. Me estaba dando hambre, hambre vieja diría mi tía Lidia, era fiel creyente de que si dejabas de comer un día, tendrías que comer seis veces al siguiente para reponerlo.

Tenía que levantarme y darme cuenta del mundo, no estaba viajando para vacacionar, lo estaba haciendo porque quería aprender, quería tomar venganza.

Abrí los ojos, miraba hacia el lado del piloto. Tenía que admitir que me gustaba la vista. Mandíbula fuerte, sus labios eran increíblemente carnosos. Me fijé en su piel, era blanca; sin embargo, no era ese blanco pálido como el mío, Chris a pesar de nunca recibir sol tenía un buen bronceado, no naranja, no, ese hombre tenía la piel perfecta. No poseía ninguna arruga, ni en sus ojos ni en sus labios, poco reír diría mi madre, si no lo hubiese visto sonreír, pensaría que no tenía hoyuelos.

Me fijé en sus ojos. En esa posición solo podía ver el color miel, mas sabía que el otro era color azul. Arriba de este, un piercing en forma de flecha atravesaba su ceja, era tan pequeño que no había podido verlo el día anterior. Sus ojos eran indiferentes, ni siquiera cuando reían mostraban emoción. Me imaginé lo duro que tuvo que haber sido ser huérfano tan pequeño. Me condolí de él.

—¿Ya paraste de mirarme? Es extraño —Dijo con voz monótona.

Salí de mi ensueño y me enderecé. Hubiese tenido vergüenza si no

hubiese notado que ya habíamos llegado.

Estábamos otra vez en montañas, un poco más pequeñas y menos verdes. El paisaje era muy de campo. Muchas casas blancas, sencillas y muchos rebaños de ovejas, demasiados cactus y un sol radiante nos saludaban. Cubiro. Estábamos en la plaza, pasamos por su Catedral y seguimos de largo. No teníamos GPS, así que Chris debía saber hacia dónde nos dirigíamos.

Dió unos cuantos cruces hasta que conseguimos un camino sin carretera, solo pasto y tierra. Entonces Chris dejó el Jeep entre una enredadera y un árbol, luego apagó el motor.

—De aquí caminaremos.

No quise pelear esa vez, había escuchado a mis tíos decir que en la guerra era necesario esconder el carro en un lado e ir caminando hacia el escondite para que los enemigos no supieran donde te encontrabas. Ahora, que te lo cuenten y vivirlo son cosas muy diferentes.

Además, no quería mostrar debilidad ante Chris. Me levanté, tomé mi bolso, doble la manta que estaba encima de mí, la puse en el asiento y le pregunté:

—¿Hacia dónde? —Levanté una ceja.

Él ya tenía su propia mochila en el hombro así que solo empezó a caminar. Yo no sabía si tenía que hablar algo, tal vez pedir disculpas por haberme quedado mirándolo como una acosadora, o darle las gracias por la cobija, negué con la cabeza un poco desconcertada conmigo misma, ¿Desde cuándo cuestionaba cada paso o palabra?

Chris caminaba rápido, no era solo que sus piernas eran por mucho más largas que las mías, era como si estuviese escapando de mí en vez de guiándome el camino. Seguí caminando sin quejarme.

El clima era fresco y húmedo. El aroma era muy limpio, olía a flora y fauna. Era extraño ya que por donde nosotros estábamos caminando no había una sola flor o animal, todo era pasto y las montañas a los alrededores.

Caminamos durante unas tres horas aproximadamente. Solo íbamos recto, no podía ver ninguna casa o si quiera una persona y me estaba comenzando a preocupar, habíamos dejado la civilización atrás y no entendía si subíamos una montaña o íbamos caminando en plano. Estuve a punto de admitir mis dudas cuando vi una pendiente aproximadamente a unos 400 metros de nosotros. Entonces Chris se quitó su bolso y me dijo:

—Si bajamos encontraremos nuestra casa.

Estaba cansada, pero no tan cansada como para suponer que esa pendiente era muy alta y que sería imposible bajarla.

—Estás loco.

No me escuchó, tomó una cuerda muy larga de su mochila y siguió caminando.

Por supuesto que lo seguí y efectivamente cuando llegamos había una casa debajo de los aproximadamente 8 metros de montaña que nos separaban del suelo. Me fijé en la casa, era pequeña, blanca de tejas rojas y un hermoso camino a una caballeriza. Noté que era una especie de finca o granja y tenía un camino para acceder en carro.

—¿Cómo es que subiste tanto? ¿Cómo se supone que bajaremos? — Pregunté.

Me señaló la cuerda.

Estaba loco, era imposible que yo bajara con eso. Lo único que pude decirle fue:

—¿No podías hacerlo más fácil? —Mi voz sonó sarcástica, cansada e incluso un poco irónica.

Sonrió de lado por enésima vez desde que lo conocí.

—No tengas miedo. No te dejaré caer —Su respuesta no solo fue en son de burla, había algo en su mirada que me molestó. Era como si le divirtiera el hacerme molestar.

Entonces clavó una pequeña tabla de metal que no me había fijado que tenía al suelo, amarró la cuerda ahí y luego me amarró a mí con la cuerda.

Sus manos tomaron mi cintura antes de que me hubiese dado cuenta y en menos de un segundo ya tenía la cuerda en mi cintura, entonces tomó un poco de cuerda que quedaba y se amarró él.

—La cuerda es resistente, pero si nos caemos se partirá y moriremos. ¿Has visto uno de esos videos de estúpidas maneras de morir? Bueno, esta es una de ellas. —Le dije, intentando hacerlo entrar en razón.

—La cuerda es para ti, para que te sientas segura. Podemos bajar sin cuerda. Las montañas no son empinadas y tienen suficiente terreno para poner un pie y bajar. Si armaran una emboscada mañana, subiríamos por la cuerda y nos dirigiríamos al carro, ellos no se darían cuenta de donde estamos y tendríamos tiempo de escapar —Me respondió un poco más impaciente. No es que me importara molestarlo, más me preocupaba morir.

—No se subir una cuerda, así que yo moriría —Dije al tiempo de que él tomaba mi mochila y la ponía a su espalda.

—Por eso estamos aquí ¿no? —Se dirigió a la pendiente con nuestros dos bolsos a la espalda.

Comenzó a bajar y me tocó hacer lo mismo, pues estábamos unidos. Intenté buscar terreno con mis pies y como Chris prometió, lo encontré, toqué la tierra con mi mano en un intento de estabilizarme.

Él estaba muy cerca de mí, dos o tres tramos más abajo, no solo podía sentir su olor picante, también podía sentir su cuerpo pegado al mío y su respiración en mi cuello. Pisaba primero y después me indicaba hacia dónde ir.

—Ten cuidado, el próximo tramo está un poco plano. Si pisas muy fuerte con la bota te puedes resbalar —Me dijo en un momento dado.

No lo hice. Incluso, aunque estaba estresada y con mis manos sucias, no era mala en eso. Fue muy rápido y antes de lo que pensé estábamos casi tocando tierra firme.

Chris me tomó de la cintura otra vez y me bajó. Entonces me liberó de la cuerda. Mi blusa se había levantado un poco así que había tocado directamente mi piel, aunque fue un segundo su toque delicado se sintió electrificante, incluso sentí que su dedo hizo un pequeño círculo en mi cintura, quise despejarme del recuerdo de su contacto sacudiendo la cabeza y limpiando mis manos con mi pantalón.

No dije nada y observé la casa que se extendía ante nosotros.

Por supuesto, desde que me conoció mi compañero había decidido hacerme la vida imposible.

—Todavía es temprano, puede cambiarte y te enseñaré a subir por esa cuerda —Me dijo, viendo que me dirigía hacia la casa.

Quería maldecir.

—¿No podemos descansar un momento jefe? —Pregunté en son de burla.

Me miró con cara de pocker.

—Has dormido los últimos dos días. Samantha, no necesitamos perder tiempo.

Me dolían las piernas de la caminata, me dolía también la cabeza y el frío que hacía era insufrible. No quise quejarme así que solo asentí con la cabeza. Él camino hacia mí, me adelantó y nos dirigimos a la casa, él entró

mientras yo me quede observando un segundo más.

Me hice consciente del tamaño de la propiedad en la que me encontraba.

La casa era modesta pero grande, de color blanco tenía un ventanal gigante del lado derecho, a su lado, una puerta para una persona de 2 metros de madera blanca, el terreno que tenía al frente era inmenso. Pasto verde y algunos cactus; sin embargo, había una gran cantidad de árboles que sabía que nos taparía del que se encontrara en carretera, a los lejos habían algunas cercas delimitando lo que sería un círculo en todo el centro del pasto, también habían algunas bancas, no entendí con qué fin se encontraba ese campo, ni me preocupe por descubrirlo, seguí observando.

Estábamos lejos de la civilización, me pregunté como hizo mi familia para conseguir ese lugar. Miré hacia la derecha, árboles y pasto. A la izquierda, árboles y pasto. Me encontraba en el medio de la nada. Atrás de la casa había un establo, lo había visto antes de bajar la pendiente, ese era un sitio de cuidado de caballos, solo eso explicaba la soledad, el establo, y las cercas.

—Samantha, va a oscurecer.

Me voltee para ver a Chris parado en la puerta. Se había cambiado y ahora tenía una franela verde militar con unos tejanos sencillos, la camisa se unía a su cuerpo marcando sus músculos, no solo eso, sus pantalones se bajaban un poco mostrando algunas líneas que no dejaban nada a la imaginación, su cabello estaba despeinado y no podía dejar de admitir que le daba un aire de misterio que podía atraer a cualquiera. Me empezaron a sudar las manos. Era una chica de 20 años la cual estaba atada con un espécimen que lo que tenía de hermoso lo tenía de patán. Volvió a sonreír marcando sus hoyuelos, era consciente de lo guapo que era y eso no hacía más que molestarme.

Respiré profundo y me dirigí a la casa.

Lo que me esperaba en el interior era justo lo que imaginaba. Me encontraba ante una sala hermosa. Un comedor de madera como para 12 personas me dio la bienvenida, un televisor de unas 52 pulgadas y un mueble marrón en forma de *L* estaban al otro lado de la habitación.

El piso era de madera y las paredes eran color blanco. La decoración era entre un estilo hogareño y moderno. La sala de estar debería medir 35 metros cuadrados bien distribuidos, no había retratos ni nada que dijera que una familia vivía ahí. Todo lo contrario, era como si hubiese sido equipada para

que una pareja iniciara ahí sus vidas juntos.

Me dirigí hacia el lado del comedor donde había una puerta de vidrio que dirigía a una hermosa cocina de 10 metros cuadrados. Al igual que el cuarto anterior era hermosa, gabinetes color madera oscuro le daban un toque elegante que contrastaba con el granito blanco de los mesones. Una estufa, una nevera y un microondas que se veían nuevos y sin uso. Había un horno muy alto en frente de la nevera, perfecto para que un ama de casa hiciera tortas y galletas a la vez. Miré hacia arriba y una gran lámpara en forma de sol me daba la bienvenida.

—¿Se puede saber de quién es esta casa? —Dije asombrada

—De nosotros por los momentos —Contestó Chris sin darle importancia.

Salí otra vez a la sala de estar. Me fijé en que Chris aun llevaba mi mochila y se la pedí con un gesto en la mano. Él me la dio y me señaló hacia atrás a mi derecha. Lo miré interrogante.

—Escoge la habitación que prefieras, hay dos, cada una de ellas tiene su propio baño y hay uno extra en la parte de atrás de la casa. Cámbiate, estaré afuera —Me estaba cansando su tono de voz aburrido, de alguna forma era como hablar con un robot.

Solo asentí. Entonces él se retiró.

Seguí mi camino, pasé el mueble de cuero en forma de L y al cruzar a la derecha, encontré dos habitaciones, una al frente de la otra. Un espejo entre ambas me mostró lo horrible que me encontraba.

Mi cabello castaño había tenido mejores días, hacía poco me había teñido las puntas color rubio y estaban horribles, eso sin contar mi ropa arrugada. Tenía bolsas en los ojos y los labios hinchados. Suspiré, no era momento para preocuparse por vanidades.

Miré dentro de las dos habitaciones. Una era inmensa, una cama tamaño King, color madera blanca, una mesa tipo estudio (para poner una laptop e impresora supuse). En frente, una puerta que daría al baño, dos mesas de noche y un diván donde me imaginé tirando toda mi ropa sin doblar. Había un pequeño armario blanco de tres puertas. La primera puerta tenía una sección para zapatos arriba y otra sección para cajas abajo. La segunda era para colgar ropa y la tercera para poner ropa doblada. La sección más alta ya estaba ocupada con sábanas y toallas limpias. La casa definitivamente nunca

había sido habitada.

La segunda habitación tenía dos camas individuales, un armario de dos puertas y un baño simple. Tres mesas de noche se distribuían por la habitación. Todo de madera. Era sencilla y cómoda.

Me daba un poco de vergüenza agarrar la habitación más grande, por otro lado, Chris me había dicho que podía escoger la que quisiera, además yo era mujer, necesitaba un armario con más espacio. Claro, si veíamos que solo traía una pequeña mochila como equipaje eso no era relevante. Me encogí de hombros.

Chris me había dicho que escogiera y ya yo me había enamorado de la que entendí era la habitación principal.

Entré a la habitación y me cambié a la velocidad de la luz, dejé la mochila en el diván y me puse un pantalón deportivo negro a juego con un jersey del mismo color. Volví a recogerme el cabello, me puse el otro par de zapatos (negros también) que había traído y me dirigí afuera de la casa.

Chris se encontraba acostado en el pasto, a penas puse un pie afuera se levantó. Me miró a los ojos. Sus ojos eran tan diferentes y fascinantes, no sabía que me hacían pero era como si quisiera mirarlos todo el día.

No piensen ni por un segundo que soy una de esas chicas cursis que les gusta andar mirando chicos lindos. O sea, lo de los chicos lindo si, lo de cursi no. Odiaba que el fuera tan guapo y más odiaba no poder dejar de mirarlo.

—Estírate —Me ordenó.

—¿Cómo en el colegio? —Pregunté sin poder dejar de burlarme de él.

Sonrió de medio lado.

—Exactamente. Después, subirás esa cuerda.

Respiré profundo. A pesar de ser una chica que clamaba no hacer nunca ejercicio, la verdad es que siempre trotaba una hora diaria, eso apartando mi media hora de King boxing heredado de las duras horas de entrenamiento en mi adolescencia. Por tanto, sabía muy bien hacer un estiramiento. Empecé por mi cabeza y termine por mis pies. Tardé unos 10 minutos, entonces miré a Chris quien me había estado viendo todo el tiempo.

—¿Tu no estiras? —Pregunté sin poder ocultar mi curiosidad

—Yo no seré el que trepe la cuerda —Dijo encogiéndose de hombros.

Nos dirigimos hacia la cuerda, puse mis manos en ella, luego puse los pies en la tierra y me impulsé. Mis brazos no resistieron mi peso y caí

estrepitosamente en el suelo.

Pensé que Chris se reiría o algo parecido. No lo hizo. Todo lo contrario, estaba mucho más serio que cuando estábamos en el Jeep.

—Tus brazos son débiles. Tus piernas no. Solo toma la suficiente fuerza de los brazos como para poner todo tu peso en las piernas. Cuenta hasta dos. Cuando llegues al número dos ya tienes que haber depositado el peso en tus piernas, ¿entiendes?

Por mas extraño que hubiese sonado, si lo entendía.

Volví a poner mis brazos en posición, entonces coloqué mi pierna derecha en la montaña, flexioné mis piernas e intenté llevar la izquierda al pasto. A mis brazos les toco cargar mi peso en el momento que subí mi pierna izquierda, conté hasta dos y justo cuando ya casi tenía mi pierna en la montaña me caí.

—Otra vez —Dijo Chris exigente, dándome la mano para poder levantarme.

Era gracioso lo cálida que su piel se mantenía ante el frío, más gracioso aún era el que yo en un momento que necesitaba tanta concentración estuviese pensando en eso.

Lo intenté una tercera vez y logré mantener mi cuerpo en la montaña. Mi peso lo sostenía mis piernas y en mis manos solo sentía el pequeño dolor que suponía agarrar la cuerda entre mis dedos.

—Tienes que continuar hasta llegar a la cima —Me dijo impaciente, como si me hubiese quedado quieta por gusto y no por cansancio.

No podía hablar. Siempre veía a la gente en la tv escalando y pensaba que era súper fácil, pero no era así, suponía un verdadero esfuerzo. Llevé mi pierna derecha hacia arriba, tomé impulso de la cuerda mientras solo subía mis brazos y mi pierna izquierda; sin embargo, en ese momento sentía que estaba llevando el peso del mundo.

Otra vez lo había logrado. Me sentí inestable luego de unos segundos y me asusté ante la idea de caer, entonces, sentí el contacto de los dedos de Chris en mi cintura y su voz viajar de mi zona lumbar hasta mis oídos.

—No lo pienses demasiado. Si piensas mucho en levantar un pie te va a costar más —Entonces, cuando estuvo seguro de que no iba a caerme me soltó.

Así fui escalando hasta llegar casi a la mitad de la montaña, hacía unos pequeños descansos y luego volvía a la carga, empezó a oscurecer y seguí.

Cuando llegue justo a la mitad de la montaña, mis brazos no pudieron más.

—No puedo —Dije adolorida.

Chris suspiró.

—Claro que puedes, inténtalo —Me respondió su voz aburrada.

—No puedo —Repetí, esta vez soltando un pequeño aullido de dolor.

—Si no lo intentas, nunca sabrás si puedes.

—Si lo intento, me caeré —Repliqué enojada. Mis manos se deslizaban entre la cuerda mientras mis piernas temblaban de dolor. No solo eso, sentía mis hombros contracturarse y el sudor entorpecer mi vista.

—Entonces intenta bajar lentamente.

Entré en crisis.

—¿Cómo se supone que haga eso? No puedo, me duelen las manos y las piernas. Me caeré —Grité.

—Es igual a como bajamos la primera vez —Me respondió sin problemas. Era como si no le importara que me cayera todos esos metros.

Odiaba ese estúpido juego de las cuerdas. Entendía que era necesario si quería escapar, pero de ahí a que yo lograra subir todo el tramo a la velocidad que lo hacía me matarían.

Omití ese comentario e intenté bajar. La cuerda me raspaba las manos en tanto yo descendía, algunas veces resbalaba y me torcía los pies. En verdad no sabía cómo Chris no se reía de mí, hasta yo tenía ganas de reírme de lo patética que me debía ver. Cuando ya faltaba un metro para llegar el suelo, Chris me tomó de la cintura y me bajó con delicadeza. Otra vez su mano estaba en contacto con mi piel y esa vez estaba segura de que sus dedos hacían círculos en mi cintura antes de alejarse. Aunque no debía, ignoré el hecho de que era algo inapropiado, porque por más que lo odiara, su contacto se sentía cálido en ese frío desgarrador.

Al soltar mis manos de la cuerda casi lloré, estaban frías y comenzaban a salir ampollas. No dije nada, eso solo alentaría a Chris a llamarme malcriada.

—Hiciste más de lo que pensaba —Dijo algo sorprendido.

No sabía si sentirme burlada, ofendida, o aliviada de que por lo menos no lo había hecho tan mal.

Mi estómago sonó.

Chris se dirigió a la casa y me dijo:

—Te haré de comer

Él no lo vio, pero yo levanté una ceja en tanto murmuraba *estúpido* y lo seguía a la casa.

Una vez en la casa, me fui a mi habitación, y entré al baño.

Al igual que el resto del cuarto era blanco, de madera y hermoso. Casi no lo admiré porque metí mis manos en el agua caliente del lavamanos. Supuse que estaba toda llena de tierra, una chica normal se hubiese bañado, pero yo estaba demasiado cansada. Fui a decirle a mi compañero sobre que no teníamos compras cuando lo vi haciendo un pollo en la cocina que por cierto se veía divino.

Me refiero al pollo, no mi compañero.

Bueno, él también.

No sé qué me asombró más.

Que hubiesen compras, que él estuviese cocinando o que se viera absolutamente magnifico.

Cocinaba con naturalidad, se dirigió a un cajón que le llegaba a la cabeza y consiguió unas especias.

—¿Cómo es que tenemos compras? —Le pregunté.

—Antes de mudarnos le pedí el favor a alguien de que ocupara la casa con lo necesario. —Respondió mientras seguía buscando cosas por las cocina y agregándoselas al pollo.

Eso me puso alerta.

—O sea que alguien sabe que estamos aquí —Dije recriminatoriamente.

—Es alguien de confianza —Me respondió despreocupado probando una especie de salsa que se encontraba cocinando.

—Chris por si no te has dado cuenta nadie es de confianza. Hace tan solo unos días asesinaron a mi primo y eso que las personas con las que mi familia se juntaba eran de confianza

Chris siguió cocinando mientras me decía:

—Mientras tú jugabas con muñecas yo perdía a mi madre por traición del mejor amigo de mi padre. Mientras tú ibas al colegio yo aprendía sobre estrategias y a defenderme. Mientras tu estas adolorida por unas simples ampollas en las manos, yo puedo resistir cualquier tipo de quemadura. No me sermonees Samantha, no lo necesito.

Sus palabras me confundieron y me dejaron dolida. Toda la vida había sido una persona muy empática, no veía películas tristes porque lloraba por los protagonistas por semanas, lloraba por cosas que me contaban mis

amigas, lloraba por los animales en la calle, lloraba hasta cuando veía a un niño cuya madre no podía comprarle lo que quería en mi país y quería llorar por sus palabras. Chris se había criado solo, tal vez por eso era tan tosco.

—¿En qué te ayudo? —Le pregunté, bajando dos tonos mi voz por primera vez en el día.

—En nada —Respondió a la defensiva.

Entonces entré a la cocina y fui directamente a la nevera que estaba perfectamente equipada. Saqué lechuga, tomate, jamón y cebolla. Hice una ensalada en tanto Chris terminaba el pollo y tostaba un poco de pan. Busqué unos platos y se los puse al lado en tanto él servía, entonces busqué unos vasos, agua y me fui al comedor, Chris siguiéndome con los platos.

El comedor era inmenso, sentía que debíamos invitar gente. Eliminé la idea cuando recordé que no estábamos aquí de vacaciones, intenté decir algo pero Chris estaba comiendo escuchando sus propios pensamientos. Empecé a comer con los cubiertos que Chris también había traído.

Me dolían las manos, pero no me quejé. Me pregunté como Chris podía haber recibido quemaduras. No quise ver sus manos, eso sería grosero.

Toqué mis manos pensando en el dolor que debió haber sido que te quemaran. ¿Quién sería capaz de hacerle eso a alguien?

—Mañana temprano intentarás subir esa cuerda. Tengo que empezarte a enseñar sobre los miembros de la familia, sobre los enemigos. Lo primero que tienes que saber es que son unos sanguinarios, aman violar a mujeres y a niños, no son buenas personas.

Lo miré

—Estas intentando de asustarme.

Terminó de comer un pedazo de pollo cuando me contestó:

—Te estoy diciendo la verdad Samantha. Cualquier cosa que yo pueda enseñarte no valdrá contra lo que son ellos, personas sanguinarias, ¿por qué crees que tu familia ha tenido más perdidas que ellos? Ustedes solo se defienden mientras ellos arman estrategias y atacan.

—Lo dices como si la guerra nunca hubiese terminado. Mi familia se alejó de ella hace mucho —Eso lo dije intentando que él me explicara los comentarios que había hecho todo el día; sin embargo, él supo esquivar mi pregunta no formulada.

—Hasta que no quede el último de ellos exterminados no acabará, ese fue el otro error de tu familia. Tal vez si en vez de huir, hubiesen luchado,

todo sería diferente.

—Si no hubiesen huido yo no habría nacido —Dije más para mí que para él.

Sonrió.

—Y aun así estas aquí, desperdiciando la vida por venganza.

Me molestó su comentario.

—No me juzgues. Tú haces lo mismo.

Entonces él dijo en voz muy baja, casi como no queriendo que yo escuchara.

—Yo no tengo razón.

No entendí eso, así que lo ignoré.

Me levanté cuando me fijé en que los dos habíamos terminado, entonces tomé su plato junto al mío y me dispuse a limpiar la cocina.

Cuando terminé él se encontraba acostado en el mueble.

—¿No estás cansado? Manejaste todo el día —Dije amablemente.

—Dormiré aquí.

Me preocupé y sentí remordimiento por haber tomado la habitación principal.

—Si es por la habitación tómala, es decir yo...

—Samantha, desde que llegamos sabía que tomarías esa habitación. La única razón por la que te dije que eligieras es porque sabía que si te decía que ocuparas la principal tomarías la otra solo por llevarme la contraria.

Bueno, suponía bien.

Estuve a punto de decir un comentario sarcástico hasta que recordé que seríamos compañeros por un buen tiempo y que tendría que intentar llevarme bien con él.

Me fui a mi habitación.

**Enero**

**Madre, hoy conocí a alguien nuevo. Se supone que tengo que decirle mentor; Sin embargo, me da miedo. Él es diferente a todas las personas que he tratado hasta ahora.**

**Es fanático de las reglas. Si no hago lo que él dice me obliga a ver como golpea a otras personas, siempre dice que un día se hartara de ser condescendiente y comenzará a golpearme a mí.**

**Han pasado dos días desde que te escribí la primera carta. Otra vez viajamos por carretera, pero no sé dónde me encuentro.**

**Aún tengo el mismo vestido, creo que no podré mantenerlo puesto, mentor me dice que me golpeará y cortará el cabello mientras duermo si no me cambio pronto.**

**Me gusta mi cabello largo y rizado madre. No quiero que lo corten.**

**Hoy estuvimos en un pequeño mercado. Intenté dejar una de mis cartas con un anciano, mentor me descubrió y le dió una golpiza al anciano. No creo que el pobre hombre resista los golpes, y si lo hace, dudo mucho que contacte contigo.**

**¿Debo dejar de insistir en encontrarte?**

**Cada segundo me pregunto eso madre. Sigo temiendo tener el mismo final que Manuel, sé que es cruel, pero cada vez es una realidad mayor.**

**Vi a otras dos chicas un poco mayores que yo. Ellas gritan en las noches, no quiero gritar en las noches como ellas madre.**

**Cada vez tengo más miedo.**

**Nunca olvido que la sangre nos une.**

**E.**

## CAPITULO IV

### LA RUTINA.

Me levanté muy temprano, eran las 4 de la mañana más o menos y aún no había amanecido. En mi habitación no había ni reloj, ni nada que marcara la hora para saber exactamente en cuánto tiempo amanecería. Me levanté, busqué un cepillo de dientes, artículos de limpieza y fui a darme el mejor baño de mi vida.

Me bañé durante una hora más o menos. Me gustaba que mi baño era color blanco y dorado, si yo hubiese escogido la casa definitivamente todo hubiese estado igual. La temperatura era perfecta, no había aire acondicionado prendido pero no había calor. Cubiro era un lugar frío, no tanto como la Azulita o Mérida, pero había el suficiente viento para poder dormir cómodamente.

Me puse un pantalón de entrenamiento blanco y una blusa rosada. Me eché protector solar, dejé mi cabello suelto a sabiendas de que en pocas horas estaría horrible. No era de esas chicas con una belleza poco trabajada, todo lo contrario, mi cabello tenía que ser peinado cuidadosamente para que cayera en hermosas ondas, si solo lo peinaba una vez como ese día, bueno, simplemente se ponía rebelde. Mi cara en las mañanas era horrible. Me daba vergüenza salir de la habitación así, aún no había amanecido por lo que supuse que podría desayunar y después arreglarme como era debido.

Busqué una chaqueta color blanco en conjunto con mi ropa, mis zapatos deportivos y procedí a salir. Hice una nota mental de preguntarle a Chris donde podía lavar mi ropa y seguí mi camino a la cocina, la casa estaba a oscuras, solo se escuchaba el sonido de la naturaleza, las ventanas estaban tapadas por persianas a diferencia de las de mi cuarto. Me fui directo a la nevera a ver que podía conseguir para desayunar cuando una voz me asustó.

—¿Se puede saber qué haces levantada? —Dijo la voz gruesa de Chris.

Pegué un grito que estoy segura pudo haber levantado a los muertos.

—¿Estás loco? ¿De dónde saliste? —Dije sin aliento colocando una mano en mi pecho.

Chris estaba ahí, un pantalón deportivo y una camiseta blanca que no dejaban nada a la imaginación. Sus brazos cruzados sobre su pecho y una cara enfadada que no entendí.

—Me despertaste —Fue lo único que dijo.

—Eso no puede ser. No hice el menor ruido —Y era verdad. Chris tenía unas ojeras inmensas y estaba un poco sudado, cosa imposible si te ponías a analizar su ropa y el clima.

—¿Estabas afuera? —Pregunté.

—No, estaba durmiendo y me despertaste —Me respondió a la defensiva.

*Paciencia Samantha, no lo ahorques Samantha, lo necesitas por el momento Samantha.*

Hice caso omiso de Christopher y proseguí a abrir la nevera. No había casi nada de desayuno, había mucha carne y pollo, muchos carbohidratos, harinas, jamón, queso, huevos, no había leche y habían unas pocas verduras. Había que hacer más compras. Saqué el jamón y el queso, después seguí a la alacena gigante y saqué un sartén.

Prendí la cocina, puse el jamón y el queso.

—¿Eso es lo que desayunarás? —Preguntó con voz irónica haciendo muestra de su característico hoyuelo.

—¡Oh! dime tú maestro ¿qué se supone que debería comer? No tenemos pan, ni cereal, ni leche...

En algún punto se había reclinado en el mesón de granito, entonces se estiró y me quitó el sartén de las manos.

—¡Oye! —Peele.

Sonrió.

—Primero que todo. No puedes desayunar sin hacer primero el café — Sacó del mismo gabinete del que yo saqué el sartén una cafetera y como si conociera esa cocina como la palma de su mano, se dirigió a un cajón arriba de la estufa, luego sacó café y un filtro.

Puso a hacer el café.

—Odio el café —Fue lo único que dije boquiabierta.

—No sabes lo que te pierdes —Dijo a modo automático, mientras registraba la nevera.

Saco unos huevos, salchichas y los puso con el jamón y el queso.

—¿Todo junto? —Pregunté aún con asombro.

No me respondió, sacó una tabla para picar rozando su brazo con mi cuello de forma deliberada en tanto agarraba un tomate y una cebolla de la nevera.

Lo pico todo en menos de un minuto como un experto y lo puso todo junto mientras añadía una pizca de sal.

Admitámoslo, si hay algo que puede hacer bajar las defensas de una chica es un hombre cocinando.

Saqué dos platos y él sirvió, en eso el café estuvo listo. Busqué una taza y se lo serví. Fuimos juntos a la mesa, yo con los cubiertos.

La mesa era demasiado grande para nosotros dos. El dueño de la casa planeaba tener muchas visitas al día, o planear una cena familiar todas las noches.

Probé la comida y estaba delicioso para mi sorpresa. Al ver mi cara Chris se encogió de hombros.

—Es mejor que dos lonjas de jamón asado —Dijo con comida en su boca.

—Gracias —Dije, en tanto comía.

Comimos un rato en silencio hasta que no pude más y dejé casi la mitad del plato.

—Deberías comer.

—Mucha comida para esta hora, demasiada energía —Dije en buen tono.

Él, que había terminado su plato, cruzó los brazos sobre su pecho y me dijo:

—La necesitaras, hoy el día será duro Samantha.

—Créeme, si pudiera comer más lo haría —Entonces me levanté.

Siempre había sido de buen comer, desde que habían asesinado a Manuel había perdido el gusto por la comida y mi hambre vieja se había acabado. Levanté todo y lo lavé, Chris secó y lo puso en su lugar.

—Tienes prohibido desmayarte Samantha, me iré a cambiar y empezamos.

Sí, porque las personas podían controlar sus desmayos. De todos modos siempre había sido fuerte, por eso mi tío Eduardo me tenía tanta fe, sabía por experiencia de lo que estaba hecha.

—Deberías peinarte —Me dijo entonces Chris.

Llevé mis manos a mi cabello, recordando lo horrible que me debía ver en ese momento. Era un idiota. Me fui corriendo al cuarto pasándole por el lado. Efectivamente estaba vuelta un desastre. Respiré profundo al verme en

el espejo y comencé a hacerme una trenza. Lamenté haberme pintado el cabello en Diciembre, ahí no tenía hidrataciones o algún baño de crema que aplicar por lo que mi cabello se descuidaría y las puntas se pondrían horribles.

Suspiré viendo que no tenía remedio y salí a la sala.

Ya Chris se encontraba ahí, zapatos de goma puestos y mirada asesina incluida.

Se dirigió a la puerta y salimos.

Estaba amaneciendo, era muy lindo ver el paisaje tan natural. Las luces de la ciudad a veces te hacían olvidar que las cosas más básicas eran las que te hacían feliz. Admirar la belleza de la naturaleza, vengar a un ser querido.

Voltee a ver a Chris.

—¿Cuál es la tarea hoy jefe? —Dije bromeando.

No me sonrió.

—¿Conoces cómo es esta guerra? —Me preguntó. Su voz había bajado al menos 8 tonos y sonaba grave. Sin querer se erizó mi piel.

Crucé mis brazos.

—Si supiera no estuviese aquí.

Él me miro impacientemente y negó con la cabeza. Alzando la ceja que tenía el piercing me dijo:

—Comienza a estirar. Lo primero que tienes que saber es que existen una serie de reglas.

Hice caso y empecé a hacer unos doblajes en mi cabeza y cuello.

—¿Existen reglas para matar? ¿Qué ocurre si no las cumplo? —Dije con tono algo sarcástico.

Estaba tomándole un poco el pelo, claro que sabía la existencia de diferentes reglas en la guerra, en parte era la razón por la que él me estaba entrenando, necesitaba conocerlas para poder pelear.

—Morirás, tan simple y como es. Sé que no lo parece Samantha, pero si no fuese por estas reglas la mayor parte de tu familia ya estaría muerta y el resto en la cárcel.

Sabía que una parte de mis tíos eran asesinos, nunca había preguntado como hicieron para evadir la justicia. Ahora, la curiosidad me picaba. Seguí estirando mis brazos y antebrazos mientras Chris seguía hablando.

—La primera regla es que jamás puedes asesinar a alguien que no tenga la misma sangre de la familia con la que estamos peleando. Hermano, tío,

primo, sobrino. Cualquier persona, siempre y cuando compartan la sangre.

La madre de Chris no tenía la sangre de mi familia; sin embargo, había sido asesinada. No quise hacer el comentario, por otro lado, Chris era muy perspicaz y supo lo que estaba pensando.

—Mi madre amaba tanto a mi padre que no le importó estar en medio de fuego cruzado. La asesinaron pensando que era tu tía, fue un error.

Sentí el hielo de su voz, mi piel se puso de gallina mientras yo estiraba mi cintura. Chris no tenía ni odio ni rencor en su voz, lo único que tenía era la fría realidad y pensé que tal vez eso era peor.

Siguió hablando.

—La segunda regla es que no se puede asesinar a nadie menor de 13 años ni a mujeres que no estén involucradas físicamente en la guerra, por lo que entenderás que una vez que te vean portar un arma serás blanco de los enemigos.

Tragué saliva mientras terminaba de estirar mis piernas.

—¿La tercera? —Pregunté con un hilo de voz.

—Se da un período de tres días para que la familia llore y entierre a sus muertos, en ese tiempo no se puede asesinar.

Asesinar no, pero si secuestrar. Habían tomado a Emilia justo en el límite nuestros tres días de duelo, necesitaba recuperarla, hacerlo por mi familia. Terminé de estirar y lo miré interrogante mientras él me señalaba la cuerda.

Suspiré resignada y me dirigí a la montaña a trepar.

Los brazos me dolían más que la vez anterior y cuando toqué la cuerda me di cuenta que mis ampollas en las manos se lastimarían, no me quejé y empecé.

—La cuarta regla es la más fácil. Evade las autoridades. No asesines ni en hogares ni en lugares muy públicos.

—¿Cómo se supone que asesinaré si no puedo agarrar a la persona en un entorno corriente? Pregunté desconcertada.

—Se supone que secuestras a la persona y después la asesinas —Dijo Chris en tono seco.

Me congelé y caí.

Aunque no había subido mucho en la cuerda, me dolió la caída. Mi espalda se llenó de tierra y mi coxis sufrió.

Emilia había sido secuestrada, aunque mi tío me había asegurado que no

le harían nada, ¿Qué nos decía que esta vez los Uzcategui si respetarían las reglas?

Chris, otra vez sospechando mis dudas respondió a la pregunta no formulada.

—Emilia es mujer, jamás ha poseído un arma ni nada por el estilo. Ahorita es más una oportunidad para ellos que una amenaza.

No quise comentar el alivio que esas palabras me dejaron. Así que continué hablando de lo anterior.

—¿Estamos hablando de asesinato premeditado?

Chris me miró, su cara no mostraba emoción alguna.

—Por supuesto, ¿qué pensabas?

No dije nada. Volví a trepar.

—La quinta regla es no tener ningún tipo de relación con la otra familia. Nada de amistad, ni siquiera un saludo. Uzcategui que veas, lo asesinas o analizas la forma en que lo matarás en un futuro —Al ver mi falta de respuesta dijo:

—¿Entendido? —Lo dijo como si fuera estúpida y tal vez lo era a juzgar por mi siguiente expresión:

—No entiendo ¿No es eso lo que se supone que haremos? Hacernos sus amigos para después traicionarlos —Dije mientras seguía escalando.

—Eso es diferente, en verdad no tendremos una relación. Los vamos a traicionar, esta regla no califica en ese caso.

—Si tú lo dices —Dije, negando con la cabeza.

Continué hablando como si yo no hubiese mencionado palabra alguna.

—La sexta regla: siempre te debe acompañar alguien. Tienes que tener un pequeño equipo ya que lo mismo harán los Uzcategui y no es contra las reglas asesinar a alguien en desventaja, a penas seas vista no podrás salir sin por lo menos 1 persona de respaldo ya que no importa si ellos son 10 y tú una, no respetarán eso y te asesinarán.

—Y supongo que tú serás esa persona —Dije más como una afirmación que como una pregunta. Después de todo, por algo nos habían enviado juntos.

Chris no contestó.

Llegué a la mitad de la montaña. Respiré profundo. Estaba más descansada, tenía poder esa vez. Agarré fuerza y seguí escalando.

El dolor en mis brazos me daba fuerza y la tensión en mis hombros solo me impulsaba a escalar más rápido. Ver mis propios avances en tan poco

tiempo me llenó de ánimos por alguna razón.

—Séptima regla, si secuestras a un hijo de tu enemigo alejándolo de su familia, tendrás que al menos, decirle quiénes fueron sus padres y que lo secuestraste.

De todas hasta ahora, esa me parecía la más descabellada. No solo secuestrarías a un niño, como en el caso de Emilia, también tendrías que decirle la horrible persona que eras. ¿Por qué secuestrar a alguien si iba a ser así? No había ganancia.

—Octava regla, puedes asesinar de cualquier método menos utilizando algún explosivo. Es una guerra por venganza, estamos tomando la vida persona a persona. Si realizas una masacre no sabrás a quien asesinaste y lo que es más importante, si dejaste a alguien vivo.

Chris me hablaba como un asesino experto y me pregunté si la guerra se había congelado por tantos años y él (al igual que yo) estaba muy joven cuando eso ocurrió, ¿Cómo era tan experto? ¿Cómo hablaba con tanta confianza?

—Novena regla, nunca uses tu nombre verdadero. De ahora en adelante tienes otra identidad, como ya sabes.

Mis brazos ya estaban cansados y yo no podía hablar. Me pregunté si Christopher era el verdadero nombre de Chris o era parte de su identidad falsa, después de todo, en reuniones familiares siempre lo llamaban como el hijo de Aarón, no habían dicho su supuesto verdadero nombre hasta hace poco.

—Y última regla, nunca puedes abandonar la guerra una vez que hayas asesinado. Esta te perseguirá hasta que el último Uzcategui esté muerto.

Seguí escalando, faltaba poco. Mis manos se lastimaban y yo seguía. Estaba sucia pero tenía que lograrlo, tenía que escalarlo.

—¿Alguna pregunta? —Dijo Chris mientras yo llegaba a la cima.

Me sostuve del metal que Chris había usado para plantar la cuerda el día anterior mientras me acostaba en la tierra.

—¡Lo logré! —Grité mientras mis hombros sentían la fría y un poco húmeda tierra.

—Lo sé, ¡Ahora baja! —Gritó devuelta Chris.

Ni un “*bien hecho*”, ni un *lo que te propones, lo logras*. Ni siquiera una broma sobre como la niña malcriada podía subir la montaña. Nada. Solo una orden.

Respiré hondo en tanto bajaba. Otra vez, cuando casi llegaba al suelo, Chris me tomó por la cintura y me ayudó a bajar. El movimiento fue lento, sentí vibrar mi cuerpo mientras poco a poco me deslizaba sobre él, un pequeño movimiento de sus dedos en mi piel, me invadió su aroma, me recorrió el zumbido de sus manos sobre mí y después... simplemente se alejó.

Una vez que recobré mi aliento vi que Chris estaba estirando también.

—¿Harás algo de ejercicio jefe? —Pregunté, cruzando los brazos sobre mi pecho, intentando que no se me notara el hilo de voz que me había quedado al aspirar el olor de Chris.

—Si piensas que estar en esta guerra es solo usar un arma, estas equivocada. Tengo pocos meses para enseñarte lo que yo aprendí en toda una vida —Su voz no se notaba afectada en absoluto.

Hablaba como si fuese un viejo y eso me molestaba. Debía ser solo unos seis o siete años mayor que yo y se creía mi padre o algo así.

—Entonces, ¿qué sigue ahora?

Entonces hizo algo que jamás pensé, se puso en frente de mí, me tomó con su antebrazo del cuello y en un solo movimiento me atrajo a su pecho.

Mi cuerpo se aprisionó al suyo y rápidamente enterré mis uñas en sus brazos intentando inútilmente escapar. Sentí su barba en mi mejilla, tal vez fue mi imaginación pero mi piel se erizó ante el contacto, sus labios tocaron mi oreja y tuve que hacer un gran esfuerzo para no retirarme de él, su aliento me rodeó el cuello y en un susurro casi seductor me dijo:

—Tienes que aprender a ser rápida, a que no te atrapen por nada del mundo. Lo difícil de la guerra no es asesinar Samantha, es aprender a no dejar que te asesinen —

Me tenía entre su pecho y brazo derecho en una posición incómoda. Me tomaba del cuello aunque no me asfixiaba, no mentiré, me asusté mucho. Justo cuando estaba a punto de tener una crisis, me soltó.

Caí al suelo y luché por respirar tranquilamente. Mi corazón se había acelerado, mis manos y cuello estaban sudadas. Lo miré con resentimiento.

—No te asustes, juré a tu tío jamás hacerte daño o permitir que alguien lo haga —Dijo mientras se acomodaba las muñecas.

Yo estaba impresionada. En menos de 5 segundos él me pudo haber matado. No sabía si era lo sensible que estaba pero quise llorar.

—No me mires así. Seguirás entrenando. Tu trabajo ahora es no dejar que te atrape —Me dijo y podía jurar que había un poco de diversión en sus

ojos.

Volvió a ir hacia a mí. Estaba muerta de miedo así que hice lo primero que cualquier mujer venezolana hecha y derecha podría haber hecho.

Le di una patada en la ingle.

Se dobló un poco; sin embargo, continuó su camino hacia a mí y volvió a levantar el brazo, me tomó de la cintura y me acercó a él. Puse instintivamente mis manos en su pecho, mi respiración estaba acelerada y por alguna razón la de él también. Me mordí el labio con nerviosismo y capté el momento en que su mirada bajó a ellos, sus ojos se oscurecieron un poco y dijo lentamente, acercándose, hablando casi en mis labios:

—No hagas movimientos de niña. Morirás.

Entonces me soltó. Volvió a intentarlo, esa vez lo intenté golpear desesperadamente en la cara. Tomó mi puño y me vió como si fuera estúpida.

—Cuando tu atacante no solo es más alto y más fuerte que tú, sino, que te has dado cuenta de que tiene una experiencia en pelea mayor. Lo único que puedes hacer es escabullirte. Corre, cánsalo un rato, después puedes hacer cualquier cosa de niña que quieras, eso sí, tomando ese tiempo como el necesario para esconderte.

—Me estas enseñando a escapar —dije atónita y temblando.

—No, te estoy diciendo lo que harás cuando entres en crisis como en este momento. Si te calmas y respiras, puedo enseñarte a defenderte —Me dijo.

Intenté respirar. La verdad no sabía porque estaba asustada. Tío Eduardo me había asegurado que Chris era de confianza, además, si me hubiese querido asesinar lo hubiese hecho antes.

—Está bien —Dije, al tiempo que ponía mis manos en mis rodillas.

Chris puso una cara de frustración y miró hacia el cielo.

—Eres demasiado sensible —Si intentaba que eso no sonara como un insulto, no lo logró.

Puso sus manos a la altura de su pecho.

Al parecer mis tres años alejada de mi familia habían dejado secuelas. Era como si ya no supiera defenderme. Todo lo que me habían enseñado quise suprimirlo con tanto fervor que ya no sabía ni cómo dar un pequeño golpe de respuesta. Me sentí más enojada que nunca conmigo misma.

—Golpea —Dijo de repente.

—¿Disculpa? —Respondí confusa.

—Que golpees, uno dos, uno dos. Con la mayor fuerza que puedas. —  
Me respondió, haciendo imitación con sus propios puños de lo que yo debía hacer.

Cuando cumplí once años de edad mi tío Eduardo fue a mi casa y me dijo que era hora de aprender a defenderme, aprendí a disparar no solo balas, sino cuchillos y flechas. A los quince, me enseñaron combate cuerpo a cuerpo y cuando a los 17 decidí que no haría nada de eso más nunca en toda mi vida arruiné mi relación con mis tíos.

Ese día me arrepentí de haberlo abandonado todo, si no lo hubiese hecho, ese entrenamiento con Chris hubiese sido más fácil.

Levanté mis brazos a la altura de mi pecho y justo cuando fui a golpear el me detuvo con un gesto.

Tomó mis puños con sus manos. Su toque era demasiado cálido para el frío que estaba haciendo, puso mis manos más cerca de mi cuerpo y sacó mis pulgares de mis puños.

—Si me golpeabas así solo te ibas a lastimar, ahora inténtalo.

Golpee una vez dentro de su puño. Solo alzó una ceja.

—Continúa y con la mayor fuerza que puedas.

Apliqué toda la fuerza que pude. Primero el puño derecho, luego el izquierdo y así sucesivamente.

Chris no decía casi nada en tanto yo golpeaba. *Uno dos, uno dos*, era lo único que repetía. No sabía cuántos golpes estaba dando, solo lo hacía. Mis hombros nunca bajaron y mis manos nunca se cansaron, agradecí el que Chris no me criticara más.

Pasó un buen tiempo. Ya me estaba aburriendo. Chris solo seguía contando, justo cuando lo iba a maldecir él tomó mi puño y me giró a su cuerpo. Entonces automáticamente, sin pensarlo dos veces, con mi puño sobrante lo golpee en la nariz.

Me soltó.

Sangre empezó a emanar de la herida que le había hecho.

Quedé sorprendida al ver la cantidad de sangre que salía de su nariz. No lo había pensado ni procesado, solo lo había atacado. Me dirigí hacia él, levantando mi blusa.

—Oh dios, disculpa Chris. Yo... solo... me agarraste desprevenida y...

—Cállate —Me dijo, mientras tomaba su camiseta y se tapaba la herida huyendo de mí.

—Yo en serio lo siento. Iré por hielo —Dije en tanto me volteaba.

—No hagas nada —Me dijo un poco molesto e impaciente.

Me detuve en seco y lo miré.

—Quise que ocurriera esto ¿ok? Necesitaba que se te pasara la estupidez que tenías para empezar con el entrenamiento. Lo habías hecho bien. En lo único que fallaste fue en no salir corriendo. Te lo dije, lo cansas, lo agredes y sales corriendo.

Estaba confundida.

—¿Estas hablándome en serio? —Pregunté.

—Sí, lo estoy haciendo. Todos los días haremos el mismo ejercicio. Intentaré agarrarte, tienes que evitarlo y correr —Me dió una mirada de rabia mientras aun tomaba su nariz y dijo:

—Ahora, aprenderás combate cuerpo a cuerpo.

Era el peor profesor del mundo.

—No me explicas nada, solo esperas que haga las cosas porque sí, no entiendo como aprenderé a defenderme si lo que quieres es enseñarme como huir —Repliqué muy rápido y atónita.

La verdad era más que eso. Años anteriores, mis tíos me explicaban la razón por la que cada cosa que me enseñaban era importante. Chris, tenía una pedagogía no muy buena. Solo trataba de hacer salir mis instintos asesinos, los que a decir verdad no pensaba que tenía.

No me contestó.

Abrió la boca como si fuese a decir algo pero en seguida la cerró. Me miraba como a un bicho raro. La imagen de seguro en un futuro sería cómica pero en ese momento era demasiado molesta.

Levantó sus brazos sobre su cuerpo. Y se dispuso a hablar.

—¿Quieres que te explique? Bien, ahora pondrás los brazos de este modo —Dijo colocando sus dos brazos en frente de él, como si fuese a boxear.

Molesta, imité su postura.

—¿Al fin harás algo con sentido?

Ignoró mi comentario.

—Tienes que activar tus reflejos. Donde vaya a dirigir mi golpe lo tienes que detener con tu antebrazo, ¿entiendes?

No dije nada y me encogí de hombros.

Rápidamente dirigió su primer brazo hacia abajo, es decir hacia a mí.

Me tocó correr y poner mi antebrazo para que no me golpeará, detenerlo fue doloroso, aunque sabía que estaba conteniendo su fuerza, no lo hacía fácil. Hizo lo mismo con el brazo opuesto y lo bloquee. Entonces movió su brazo un poco al medio y lo bloquee. Sus movimientos comenzaron a ser muy rápidos en tanto yo intentaba bloquearlos todos.

—Mientras empezamos a hacer esto, repíteme las reglas.

La verdad es que ya tenía suficiente intentando esquivar sus golpes para entonces añadirle una clase de historia. No dije nada.

—Samantha. Necesito que hables

Yo no podía hacerlo. Era demasiado rápido, demasiado fuerte. Me estaba doliendo el cuerpo. En verdad lo único que me provocaba en ese momento era hielo en mis hombros que dolían demasiado.

—Para —Me dijo Chris en tanto retiraba sus propios brazos. Había movido mis antebrazos con tanta fuerza que al no encontrar resistencia perdió el equilibrio, mi cuerpo se movió hacia Chris quien se hallaba desprevenido. Al intentar tomarme de la cintura para ayudarme también perdió el equilibrio y se cayó al suelo conmigo encima.

Mis pechos cayeron sobre el suyo, puse mis brazos sobre sus hombros instintivamente para estabilizarme. Antes de que pudiese hacer algo, antes de que pudiese al menos respirar, Chris volteó su cuerpo enjaulándome debajo de él. Puso una pierna entre las mías y se levantó un poco.

Desde esa posición, tenía un aspecto salvaje. Sus rizos bajaron, sus ojos me miraban como un león al acecho. Yo era su presa, eso me lo hizo saber cuando bajo su cara hasta mi cuello. Lo sentí inspirar audiblemente mi aroma, sus labios se pegaron a mi piel mientras hablaba. Si antes estaba hipnotizada por Chris, en ese momento estaba hechizada. Por alguna razón quería que sus labios besaran mi piel, por algún motivo me sentí justo donde debía estar. Aunque estaba nerviosa y jadeante, mi cuerpo se sentía a gusto.

Su voz salió un poco más ronca, seductora, para nada acorde con sus palabras.

—Necesito que hagas un esfuerzo Samantha. Es el primer día, será difícil. Pero necesitas entrenar todo lo que puedas. Cuando empieces a ser un activo tendrás que sobrevivir por ti misma. Pasarás días sola mientras tú compañero hace un reconocimiento. Tú y tu arma y cuando llegue el momento de defenderte querrás haber aprendido lo que hoy te limitas a saber.

Chris habló seriamente. No estaba regañándome ni queriendo que yo

reconociera que él era mejor que yo. Era un simple hecho.

Me puse mi brazo dolorido en la frente, intentando tapan el sol que ya había salido en todo su esplendor.

El día era cálido. Como siempre en las montañas había una linda brisa que hacía que tu nariz estuviese roja del frío; sin embargo, mi cuerpo estaba rojo en ese momento, tal vez de dolor o tal vez era simplemente la reacción que Chris provocaba en mí.

Sus labios seguían rozando mi piel, subieron poco a poco hasta llegar a mi oreja.

—Hueles bien —Dijo en un susurro. Creo que eran sus pensamientos ya que lo sentí tensarse después de decir eso, casi como si su boca lo hubiese traicionado al hablar.

No dije nada. Estaba mareada por las sensaciones, solo me quedé escuchándolo. Sus rizos bailaron al rededor de mi mejilla y ahogué una risa. Tenía muchas cosquillas.

—¿Cómo alguien como tú puede estar en algo tan horrible como la guerra? Puedo ayudarte a escapar si es lo que quieres.

Dios sabía que en ese momento quería todo menos escapar de él.

Se retiró del hueco de mi cuello y me miró a los ojos. Ahí perdida entre las profundidades de ellos quedé cautivada por cómo su voz adquirió un tono dulce sin dejar de ser ronca y varonil.

—Cada vez que asesines a alguien perderás parte de tu alma. Estarás en la oscuridad atrapada, no quiero eso. Te veo y veo luz Samantha.

Mi corazón se sintió algo confuso y dolido por sus palabras. Me decía que me quería lejos de él mientras sus labios se acercaban a escasos milímetros de los míos.

Mi respiración se volvió irregular y la de él también. Estábamos en una situación peligrosa por lo que decidí empujarlo un poco. No se movió ni un poco.

—Si quieres que me aleje solo debes decirlo Samantha —Eso lo dijo sobre mis labios, quería quitar la distancia entre nosotros y besarlo. En serio, quería hacer eso. Mi lado racional (el lado que siempre ganaba en mí) tomó las riendas de la situación y habló.

—Apártate —Entonces, como si de un hechizo se tratara, Chris se alejó de mí y me permitió levantarme.

Empecé a ver un poco borroso, mis hombros me dolían. Comencé a

sentirme mareada y lo que había comido en la mañana hacía doler mi estómago. No lo pude contener, corrí un poco lejos de Chris y vomité todo el desayuno.

Después, aunque me daba vergüenza, solo limpié mi boca con la mano y le dije como si él no hubiese hablado ni una palabra sobre mi elección de alistarme a la guerra.

—Chris. Estoy intentándolo. No puedes pedirme que te hable en tanto me golpeas, tengo que evitar que me hagas daño. Necesito concentración...

Me interrumpió, ignorando que había vomitado hacía unos segundos. Respondió mis palabras naturalmente, como si no le importara en absoluto que yo hubiese desechado sus palabras tan fácilmente.

—No. Necesitas aprender a hacer cosas al mismo tiempo. Concentrarte en lo que digo, no sabes cuándo un enemigo te puede estar dando información importante, al tiempo que intentas defenderte, encontrar una salida y por supuesto, matarlo.

Un rayo se escuchó a lo lejos, en contraste con el cálido día y el radiante sol.

—Chris. No eres un enemigo. Estamos en un lugar desierto y no me estás dando información importante. Así que deja de ser tan delicado y enseñame a pelear —Dije agotada e impaciente.

Dicho esto, Chris bajó y giró su pierna. Estaba dándome una especie de patada baja que por supuesto, me hizo caer al suelo.

—¿Pero qué cojones te pasa? — Dije, ya cansada de su estúpido juego.

Se quedó viéndome. Sabía lo que vería. Una chica con la ropa sucia, el cabello horrible, la cara pálida de haber vomitado y una mirada de odio. Con una expresión de indignación en su rostro y una mirada asesina.

—Te demuestro que necesitas concentrarte Samantha. Te puedo enseñar a dar patadas, a golpear y evitar ser golpeada. A disparar un arma con precisión y matar. Pero, nada de eso te servirá si no estás concentrada. Nada de eso te servirá si no aprendes a callar tu boca y usar tu cerebro.

Estaba furiosa.

Entonces él hizo esa sonrisa que sabía me podía hacer enojar diez veces más.

—Estas molesta. Quieres hacerme daño, inténtalo. Eso si, concéntrate en lograrlo.

Estiró el brazo e intentó ayudarme a levantar.

Yo puse mis manos en la grama y me levanté por mi propio pie. Luego separé los pies esperando lo que sería el segundo Round.

Esa vez Chris fue con todo, yo intentaba esquivar sus golpes pero entonces lanzó una patada y me tiró otra vez al suelo. Me levanté una segunda vez y sin hablar una palabra intenté golpearlo, él me evitó, de una vez dirigió su brazo hacia mí y lo evité, me deslicé hacia atrás con mis pies en tanto bajaba mi cara ante lo que sería un golpe en el pómulo. Intenté golpearlo yo, salió mal. En un segundo Chris dirigió su talón hacia mi cintura, empujó, y terminé por tercera vez en el suelo.

Lo intenté otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Era increíble como siempre terminaba en el suelo. Agoté todo mi cuerpo y mis energías. Empezaron a caer unas gotas del cielo, no nos importó. Cada vez que me levantaba Chris era más rápido, más fuerte. Su mirada era diferente, disfrutaba verme caer.

Hubo un momento en que Chris me hizo preguntas sobre las reglas. Lo respondí, en verdad yo también me estaba divirtiendo. Era la primera vez en días que podía drenar lo que estaba sintiendo. La rabia, la impotencia, todo iba en mis golpes y patadas dirigidos hacia Chris.

Estaba recordando un poco mis días de entrenamiento cuando era más joven. En aquel entonces me sentía poderosa y fuerte, con el tiempo había perdido esa sensación y ahí con Chris, en un lugar desierto en el medio de Venezuela, volvía a recuperarla.

Cayó la noche y Chris dijo que paráramos. Yo estaba en el suelo en ese momento. Me levanté, otra vez rechazando la mano de Chris. Mi cuerpo estaba lleno de mucha tierra, estaba mojada y mi olor no debía ser bonito.

Chris no estaba mejor que yo.

Noté que su camisa estaba mojada y se pegaba a su pecho. En su brazo izquierdo, mas especifico en su bíceps, había unas letras negras en tinta, un tatuaje supuse.

—Te vas a enfermar. Entra a la casa.

Más órdenes.

—Lograrías más cosas si en vez de dar órdenes dieras sugerencias —  
Dije.

Su mirada había cambiado otra vez, se veía molesto por algo.

—Te enfermarás. No tenemos tiempo para estas cosas.

Crucé mis brazos sobre mi pecho.

—No has comido nada, debes tener hambre —Dijo en mejor tono y girando los ojos.

La verdad era que sí tenía hambre. Pero no lo admitiría.

Lo miré a los ojos.

—¿Qué dice tu tatuaje? —Solté de repente.

Me miró con cara de pocos amigos

Entonces se dirigió a la casa.

Corrí un poco y lo adelanté.

Poco después entré en una cálida casa. Había dos toallas esperándome en la mesa. Intenté pensar en cómo Chris había sabido que llovería, por otro lado, el dolor de todo un día de entrenamiento estaba llegando. Tenía todos los músculos endurecidos y estaba cansada.

—Para la próxima, no olvides tu ropa en la montaña —Dijo Chris al entrar a la casa, llevando mi suéter en la mano.

En algún momento de nuestro entrenamiento me lo había quitado, se me había olvidado.

Se lo quité.

Chris aprovechó la libertad de sus manos para quitarse la camisa. Pude ver en primera fila lo que decía su tatuaje *sobrevivir*. Pero eso no fue lo que me asombró más, no, lo que llamó mi atención fue una cicatriz en todo el lado izquierdo de su abdomen.

Parecía una cuchillada, la verdad es que parecía que hubiese sido hecha hacía mucho. Por impulso me acerqué y puse mi mano en la cicatriz.

Su piel estaba fría, mojada y tengo que admitir que me dio un cosquilleo en la mano tocarlo. Sentí como se contraían todos los músculos de su abdomen. Se quedó completamente quieto, podía sentir su mirada en mi mano. Tenía que decir algo, no tocabas la piel de alguien que odiabas sin ninguna explicación.

—No puedes evitar preguntarte si esto te podría pasar a ti —Afirmó Chris con tono irónico.

Odiaba ser tan egoísta, pero la verdad estaba empezándome a preguntar exactamente eso. Y me molestaba que él lo supiera.

—¿Cómo te hiciste esto? —Pregunté mirándolo, subiendo un poco mi rostro.

Cuando alcé la mirada estaba sonriéndome de medio lado.

—Aunque no lo creas fue una pelea de bar. Nada que tenga que ver con

guerras o entrenamiento militar. Por suerte no fue lo suficiente grave como para dañar una arteria o algún órgano importante.

—Ahora quieres responder mis preguntas —Dije incrédulamente.

Retiró su cuerpo del tacto de mi mano. Y por más absurdo que parezca quise que no lo hubiese hecho.

—¿Y tu Samantha? ¿Tienes cicatrices?

Irónico. Tenía muchas, y no precisamente en la piel. Por supuesto, no le diría eso a Chris.

—Solo una operación de apendicitis —Respondí tranquilamente.

Su sonrisa se hizo más grande.

—Báñate y cámbiate. Prepararé la cena.

Me extrañaba que otra vez estuviese siendo amable. Por otro lado, aproveché que estuviese de buenas y proseguí a hacer lo que me dijo.

Me fui a bañarme, mi cuerpo recibió bien el agua caliente, salí al cuarto y me puse el pantalón que tenía el día que conocí a Chris y una chaqueta completamente cerrada. Cuando llegue al comedor había pollo en la mesa.

Comimos en silencio y después limpié la cocina.

Chris me estaba mirando limpiar. Yo esperaba que él me dijera si íbamos a hacer compras, a hablar, a practicar o que si ya podía irme a dormir.

Estaba acostumbrada a tener el control de mi vida. Una parte de mi quería mandarlo todo al carajo. En el poco tiempo que llevábamos juntos Chris había indicado la hora en la que me despertaba, a qué hora y cómo entrenaba, cuando debía comer e incluso bañarme. Lo peor es que había logrado que me quedara como estúpida esperando sus instrucciones.

—Te propongo un trato —Me dijo de pronto.

Alcé una ceja.

El todavía cargaba ese pantalón húmedo y seguía sin camisa. Su cabello ya se estaba secando. Había mucho frío por lo que quise decirle que se cambiara; por otro lado, él se podía cuidar muy bien solo.

Crucé mis brazos.

Él se recostó a la encimera. Mostrándome por enésima vez en la noche sus marcados músculos.

No es que fuese puro músculo. Simplemente hacía el suficiente ejercicio para estar muy bien definido. Tenía muchos lunares, no era muy blanco. Era, como ya había pensado, el bronceado perfecto.

Noté que le estaba viendo fijamente el cuerpo cuando decidí ascender y

mirarlo a los ojos.

Estaba sonriendo. Estaba burlándose de mí.

Puse mi mejor cara de enojada y le hice ademán con la barbilla para que hablara.

—Todos los días te levantarás y subirás esa cuerda. Si alguna vez disminuyes tu tiempo, lo repites. Harás cada ejercicio que quiera enseñarte, sin replicar.

Lo miré confundida.

—¿En qué se diferencia de lo que hemos hecho hoy jefe?

La manera en que le decía jefe era de todo menos de respetuosa, y él lo sabía. Podía ver como apretaba las manos y como se elevaban las aletas de su nariz. Honestamente, me divertía.

—Se diferencia en que, a cambio, puedes preguntar sobre cualquier ejercicio del que tengas dudas después de la práctica y puedes decir también que otra cosa quieres aprender.

Eso era el colmo.

—O sea, ¿Me estás proponiendo un trato donde me prometes hacer justamente lo que deberías hacer? —Pregunté estupefacta, casi riéndome.

—No, te estoy dando oportunidad de dar tu opinión sobre tu entrenamiento. Cosa que no me dejaron a mí. Deberías sentirte afortunada.

Miré al techo en busca de paciencia.

—¿Dejarás de ser alguna vez un asno?

—No. En realidad cada vez sentirás que es peor.

Entonces lo miré a los ojos.

—Te diré que sí. No porque crea que sea una oferta generosa. Lo hago porque necesitamos un punto medio. Comprendo que te necesito y comprendo que estás haciendo esto como un favor a mi tío.

Después de un pequeño silencio, Chris asintió después dijo:

—Entonces. Nos vemos mañana Samantha.

Se puso la camisa mojada y se dirigió otra vez a su cuarto. Cuando me dio la espalda pude visualizar más letras negras en su espalda, lo que quería decir, más tatuajes. Terminé de limpiar la cocina, apagué todas las luces, revisé que la puerta estuviese bien cerrada y me dirigí a mi cuarto.

Me puse el único pijama limpio que me quedaba. Me fui a la cama y me dormí inmediatamente.

La mañana siguiente Chris cumplió lo prometido. Desayunamos, Subí la cuerda, practicábamos su forma rara de boxeo y después corrimos juntos una hora la montaña. Me obligó a hacer abdominales y flexiones. Pregunté que como me enseñaría eso a matar gente a lo cual Chris respondió:

—Necesitas estar en forma. Necesitas aprender a huir y después aprender a atacar. Haremos esto hasta que lo considere necesario.

Al día siguiente fue lo mismo, y el siguiente y el siguiente. Uno podría pensar que el tiempo pasaba rápido, pero no era así. Conforme pasaban los días mas extrañaba a mi familia. Chris aún no era buen conversador, a excepción de la conversación sobre su cicatriz y las respuestas a mis preguntas acerca de los ejercicios, limitaba sus palabras a monosílabos. Cuando había pasado una semana y toda mi ropa estaba sucia, le dije que tenía que ir a hacer compras, a lo que él respondió:

—Veré que puedo hacer.

Al siguiente día, tenía aproximadamente 10 bolsas de ropa en mi puerta. Me molestaba no poder salir, al igual que me molestaba no poder hablar con nadie y que mi compañero solo me hiciera hacer ejercicios de rutina. Quería aprender cuantas personas de los enemigos existían. O practicar un poco con mi propia arma. Pero no, Chris tenía otras ideas sobre el correcto entrenamiento.

Sobre discusiones, eso era otro tema. Discutíamos mucho. Él no me dejaba ni siquiera llamar a mi madre, por lo que yo peleaba. No me dejaba ir a la ciudad, por lo que yo peleaba. Peleábamos hasta por lo que comeríamos, quién cocinaría y quién limpiaría.

Mis músculos eran más fuertes, me había vuelto más rápida en el poco tiempo que tenía entrenando, ¿Me estaba sirviendo el entrenamiento de Chris?, para mejorar mi cuerpo sí, para defenderme y matar en una guerra entre familias, lo dudaba.

Por supuesto el jefe no pensaba lo mismo. Aunque pasaran los días, criticaba que no era lo suficientemente rápida o ágil. Que aún no era muy fuerte y que si intentaba huir me matarían antes de que iniciara la carrera.

¿Qué se podía hacer cuando la persona que se suponía que debía enseñarte no pensaba que eras lo suficientemente capaz? Pasaron alrededor de 4 semanas más, y escalaba en un minuto la montaña. Sentía mis brazos un poco más definidos, no mucho, pero notaba la diferencia. Mis piernas también estaban más fuertes. Y podía recitar cada regla que Christopher me

hubiese enseñado.

Entonces Chris decidió que era hora de que conociera a los integrantes de la familia Uzcategui.

Un día saco una laptop que contenía un archivo que tenía una foto de cada miembro conocido de los Uzcategui. Solo cabos menores de la familia, me hizo recitar los nombres y aprenderme cada detalle de sus caras de memoria. No teníamos imagen ni de Francisco Uzcategui, que era la cabeza de la familia, ni de su hijo Ignacio Uzcategui, único heredero de sus negocios.

Francisco Uzcategui representaba todo lo opuesto a mi familia, tenía el monopolio de las drogas en toda la región central, por encima de él solo existía un cabecilla y alto funcionario del gobierno venezolano. También trabajaba en el contrabando de mujeres y cada camión con comida, medicinas o cualquier producto que quería pasar por su territorio tenía que pagarle un alto porcentaje.

Chris me mostró la foto de una mujer de 50 años de edad, rubia y muy elegante. Claudia Uzcategui, esposa de Francisco Uzcategui, no estaba demostrado que ella estuviese involucrada en la guerra, por tanto, no podíamos asesinarla. No obstante, podíamos usarla para llegar a Francisco Uzcategui y los demás, ninguna regla nos impedía eso.

Comenzamos a tener una especie de extraña rutina que aunque no era incómoda, era aburrida.

—¿Cuándo por fin me enseñaras algo que necesite? —Le dije a Chris una mañana mientras terminaba de escalar la montaña.

Hizo notorio su característico hoyuelo.

—Necesitas aprender a cultivar la paciencia.

—Estoy hablando en serio Chris.

Cruzó sus brazos. Me ayudó a bajar y acercó sus labios a mi oreja. Las palabras que susurró lo hizo en un tono cómplice y de reverencia, muy diferente a como me había hablado los días anteriores.

—¿Qué quieres que te enseñe Samantha? —Se quedó ahí, tentativo, misterioso. Por un segundo pensé que no estábamos hablando de la guerra.

—Enséñame lo que han averiguado sobre los Uzcategui —Respondí desesperada.

—Ya te dije —me respondió, alejando sus manos de mi cintura y después retirándose completamente. Pude respirar.

—Me dijiste quienes son, no lo que has averiguado sobre su ubicación y lo que haremos con eso. Ha pasado un mes Chris, la huella de Emilia está fría y yo no he hecho nada para ayudar.

Colocó una cara de verdadero asombro.

—¿Por qué crees que hemos averiguado algo de los Uzcategui? Solo han pasado algunas semanas. En la guerra eso es poco tiempo

—Porque conozco a mi familia. Ya deben tener al menos el nombre que está usando ahora Francisco Uzcategui

Francisco Uzcategui era el hijo mayor de Arturo Uzcategui, el hombre que inició la guerra hace tantos años. Cuando su padre murió dejó a Francisco como heredero de su imperio.

Cruzó sus brazos.

—Te diré algo. Pelearemos. Una lucha cuerpo a cuerpo. Si logras poner tu mano en mi pecho. Te diré lo que sé.

—Sabes que no ganaré. Hasta ahora lo único que he logrado es esquivar tus estúpidos brazos .

—Y si no sabes cómo pelear, ¿cómo pretendes que te dé información para que vayas a buscar a los asesinos de tu primo?

Me estaba enojando.

—Solo se necesita tener un punto al cual disparar.

Se rió sarcásticamente.

—Eso es cuando el punto es inmóvil Samantha. Tratarás con personas, con matones, que no solo saben de combate cuerpo a cuerpo. Son gente inescrupulosa que te haría un favor si solo al verte te mataran. Además no tienes un arma y no has disparado en años.

Evité decirle la verdad sobre el arma. Entendía lo que decía, por tanto intenté otra estrategia.

—Entonces practiquemos tiro al blanco.

—No dispararas, no sabes pelear ni siquiera cuerpo a cuerpo.

—¿Y de quien es la culpa? —Dije en tono altanero.

Chris se puso las manos en la cintura y miró no por primera vez hacia el cielo.

Entonces aproveché su distracción e intenté tocar su pecho.

Digo intentar porque antes de que pudiese siquiera rozarlo, Chris tomó mi brazo y lo colocó detrás de mi espalda, entonces puso su boca a la altura de mi oído y me susurró:

—Sigue intentando Samantha.

Me sentí extraña al tenerlo tan cerca por segunda vez después de semanas en las que él era solo distante. Intenté retirar mi cuerpo pero él no me dejó.

—Te lo dije Samantha. En menos de un minuto cualquiera podría acabar contigo.

Me molesté. Intenté golpearlo con mi brazo libre pero también lo tomó en el acto y lo ocultó en mi espalda.

Antes de que me intentara hacer un comentario estúpido y sin pensarlo si quiera, giré mi cabeza hacia atrás y golpeé la suya.

Obviamente lo sorprendí porque me soltó inmediatamente. Entonces yo empecé a correr.

Chris fue detrás de mí. Recordé la vez que me dijo que cuando golpeará a alguien corriera. Corrí hacia el lado de la montaña contraria a nuestra casa. Era una zona con muchos cactus y era un poco menos verde. Me generaba un poco de angustia estar en medio de la nada, corrí más fuerte, sentía a Chris detrás de mi.

Estaba detrás, corrí más fuerte.

Los pasos más cerca, yo corría.

Al poco tiempo empecé a sentir que mi respiración se hacía trabajosa. Mis pulmones estaban haciendo un serio trabajo por atrapar oxígeno. Me sentía mal.

Todavía más cerca, me iba a atrapar.

Entonces lo sentí. Su mano tomó mi brazo y me haló hacia él.

Choqué contra su pecho.

Me sonrió.

—Perdiste

La respiración de él estaba igual de acelerada que la mía. Habíamos corrido un gran trayecto en un corto tiempo.

Yo no hablaba. Estaba en serio cansada, en serio agotada.

—Debo admitir que si has mejorado. El primer día no podías correr ni un minuto, ahora mírate.

Era el primer cumplido que le escuchaba decirme.

Intenté decir algo cuando un sonido me detuvo.

Sentí el paso de un caballo y la voz de un hombre. Voltee para encontrarme con esa imagen ampliada. El señor, caucásico, una poco gordo y

de baja estatura, se bajó del hermoso ejemplar negro y nos tendió la mano.

—Señor y señora Smith. —Nos saludó.

Me hizo un poco de gracia los apellidos. Recordé esa película de Angelina Jolie y Brad Pitt, dos asesinos en serie que se casaron por error. Muy contrario a lo que éramos Chris y yo, éramos un militar y una chica que no sabía ni correr, no estábamos casados por error, ni por error ni de ninguna otra forma.

Chris se apresuró a hablar.

—¿Eres German cierto? —Dijo con voz amable.

—Oh si señor Esteban —Se apresuró a decir German.

Bueno, Chris había decidido cambiar su nombre.

—Mucho Gusto, esta es mi esposa Clara. Gracias por traer al caballo.

Me di cuenta de que se refería a mí. No entendía la razón por la que había dicho que éramos esposos ni qué pito tocaba el caballo en ese momento por lo que me dispuse a sonreír y responder:

—Mucho gusto señor German.

El señor, volvió a sonreír alegre.

—Oh, el placer es mío. Nos empezábamos a preguntar cuando sería la casa ocupada.

Mi confusión era muy grande. Chris por otro lado sonreía mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—En verdad quisimos ocuparla antes pero mi esposa tenía asuntos pendientes en su pueblo natal, ¿Me permite verlo?

Antes de que yo pudiese mirar a Chris, German le dio las riendas del caballo.

—¿Es este el caballo señor? —Preguntó German.

—Jamás lo olvidaría, es el mejor recuerdo de mi madre —Respondió un Chris asombrado.

German solo sonrió.

—Entonces procederá a comprarlo me imagino, ¿Piensa tenerlo aquí?

Chris salió de su especie de sueño y le dio las riendas a German.

—No, pueden tenerlo usted y su esposa mientras nos acomodamos.

German tomó las riendas y se subió al caballo.

—Esperaré su llamada.

Cuando el hombre ya iba a tomar camino, Chris lo llamó. Este se detuvo

y lo miró interrogativamente.

Chris entonces se dirigió hasta él y sacó su arma. No pude evitar llevarme las manos a la boca y aguantar un grito.

Chris no apuntó a German, solo comenzó a limpiar con su franela la pistola.

—Sabes quién soy German. Ni una palabra a nadie sobre quién está aquí, tampoco quiero que me describas a mi o a mi esposa. Si alguien te pregunta, no nos has visto.

Era una amenaza. Will solía golpear y después amenazar. Chris por otro lado, dejaba todo a la imaginación. Mi piel se erizó, y toqué a Chris en el hombro, este me miró de reojo y bajó el arma.

German estaba un poco pálido y tragó saliva asintiendo.

—También quiero que cuides ese caballo con tu vida ¿Entendido? —  
Entonces Chris sonrió.

—Ss... si señor —Dijo un asustado Germán.

Entonces Chris asintió y Germán salió corriendo.

Chris me hizo señas de caminar y yo, aunque me encontraba molesta con él. asentí.

Con cada paso que daba más confundida me sentía. Necesitaba alejarme lo suficiente para preguntarle a Chris cómo era que habíamos terminado amenazando a un hombre, casados y con la compra de un caballo. Tuve que esperar un buen tiempo hasta que por fin German ya no estaba lo suficientemente cerca para escuchar.

—¿Se puede saber qué acaba de pasar? —Solté al instante

—Lo compre para ti, esposa mía.

Odiaba su sentido del humor.

—Lo lamento pero no me gusto el regalo, devuélvelo y regálame el divorcio —Dije impaciente.

Chris miró hacia el cielo.

—Samantha cariño, piensa en los niños.

—Christopher —Dije con voz muy furiosa.

Entonces Chris puso su mirada estoica de siempre y me dijo:

—La casa en la que estamos era de mi madre. El caballo lo compró ella cuando yo cumplí 9 años, por motivos ajenos a nosotros, el caballo se quedó sin dueño. Mi padre se lo regaló a German y a su esposa Nora, son amantes de los caballos. Cuando supe que volvería a Venezuela los llamé.

Hice todo lo posible por no quedarme muda. Me dolió el corazón por Chris, así pasaran los años el aún intentaba mantener el recuerdo de su madre vivo. La casa, el caballo... quise llorar por él y por su vida.

—¿Ellos saben quién era tu madre?

—¿Que la asesinaron? No. Tampoco saben el nombre de mi madre, no recuerdan ni siquiera el de mi padre.

No quise preguntar cuánto le costó el caballo. Por respeto y porque no quería imaginarme cuánto dinero tenía la familia de la madre de Chris.

Al poco tiempo llegamos a la casa. Entonces dije lo segundo en mi lista.

—¿Por qué amenazarlo? Fue amable contigo. Lo trataste como un...

—Como una basura lo sé. No es mi intención Samantha pero no podemos fiarnos de nadie, ni siquiera de German.

—Podías sobornarlo —Dije, dándole otra alternativa.

—Los hombres prefieren su vida al dinero. Los Uzcategui pueden dar un precio mayor por información, la vida... ese es otro asunto. German sabe que lo conozco, a él y a su esposa. No la pondrá en peligro.

Me quedé sentada en el mueble de cuero pensando en sus palabras. Esa era una de las razones por las que me alejé. Las amenazas, sobornos, asesinatos y chantajes... Y ahí estaba, viviéndolo todo otra vez.

Chris se acercó a mí sonriendo y dijo:

—Tengo buenas noticias para ti, sobre tu familia.

Un poco de emoción, ansiedad y miedo se posaron en mi pecho. Rápidamente voltee hacia donde él estaba.

Vestía casual como siempre. Un pantalón oscuro con una camisa de algodón.

A pesar de que ya teníamos un tiempo viviendo juntos, él no relajaba su semblante. Siempre alerta y siempre distante (a excepción de sus manos juguetonas ese día). No era su amiga y él no era mi amigo. Tal vez era mejor así, después de todo, cuando hubiesen terminado esos meses el iría en una misión y yo iría a otra, moriríamos jóvenes si no éramos lo suficientemente inteligentes como él siempre decía, así que no había necesidad de hacernos amigos si más nunca nos íbamos a ver.

—Puedes decirme —Lo dije más como orden que como una pregunta. Había aprendido que eso le molestaba, y lo que le molestaba a Christopher me hacía feliz a mí.

Procedió a hablar, sin mostrar signos de molestia.

—Dos de tus primos vendrán a entrenar contigo, no me preguntes sus nombres, no lo sé.

Entonces hice el comentario más egoísta y fuera de lugar posible. Puse mis manos en mis caderas y antes de que pudiera detener mis palabras, estas salieron:

—¿Dónde se supone que van a dormir? —Dije con voz molesta y girando los ojos.

Él sonrió de medio lado.

—Pensé que te alegraría la noticia Samantha —Su sonido de burla era inconfundible.

Me di cuenta de cómo debió haber sonado eso. Tenía un mes sin ver a nadie de mi familia y cuando me daban la noticia de que podía ver a dos de ellos, respondía sin mayor interés y solo preguntando por mi habitación.

—No me agrada la noticia de que más personas de mi familia se están uniendo a que las maten — Dije intentando defenderme.

Y era verdad. Una cosa era que yo me arriesgara, quería venganza. Otra, era que quisiera perder más de mi gente.

Chris puso sus manos sobre su cara mientras evitaba mi mirada.

—En serio eres tan ingenua para pensar que apenas se están sumando a esto. Samantha, lo más probable es que ellos se unieran meses antes que tú. Que los manden aquí es solo una muestra de que tu familia quiere que más gente te mantenga a salvo, eres su comodín. Ellos creen que yo no basto para enseñarte a defenderte y al mismo tiempo salvarte la vida.

No pude ocultar mi genuina sorpresa.

—Entiendo lo de comodín, nadie sabe de mi existencia, seré un gran activo. Pero lo de que mi familia estuviera en esto antes que yo, Chris, me sumé el mismo día que reanudaron la guerra, cuatro de mis primos decidieron no inmiscuirse en estos asuntos, a los demás se nos dio una localización. Desde que nos mudamos intentas hacerme creer que esto no es nuevo, que la guerra nunca terminó...

—Te lo he dicho cientos de veces. Hasta que el ultimo Uzcategui no esté muerto, esto no terminará —Me interrumpió él contundentemente.

—Y como sabré cuando muera el ultimo, ¿Me mandarán un correo electrónico? —Le contesté altaneramente.

Pude ver que Chris quería gritarme, lo vi en sus ojos como ese primer día de entrenamiento; sin embargo, puso sus manos en la cintura y respiró

profundamente.

Yo imité su postura y me fui a mi habitación.

Una vez ahí, me acosté en la cama, metiendo mi mano bajo la almohada. El frío metal contra mi piel sudada me alivió. Por más que me costara admitirlo el que mi familia viajara hasta esa casa solo hacía aumentar mi ansiedad.

Si llegaban y yo no me mostraba lo suficientemente fuerte, llamarían a mis tíos para que me devolvieran a casa. No quería eso.

Cerré los ojos pensando si a Chris le gustaba o no que viniese mi familia. Tal vez le molestaba porque era un hombre que disfrutaba de su privacidad, o tal vez lo prefería así para no tener que hablar conmigo.

¡Quién podía saber!, ni siquiera me había molestado en preguntarle qué día llegarían.

Definitivamente había sido grosera con él.

Giré en la cama y respiré profundo.

Me quedé dormida.

*Febrero*

*Madre. Disculpa si no te he escrito en varios días.*

*Mentor no me permite escribirte cartas, dice que no eres mi madre, que solo eres la impostora que trata de quitarme a mi verdadera madre.*

*Yo te conozco, sé que no es así. Pero he tenido que ingeniármelas para que él piense que le creo. Al día tengo que repetir un mínimo de veinte veces el nombre de mi supuesta verdadera madre.*

*Si no lo hago, mentor me golpea en la cara.*

*Es un hombre algo flaco y de cabello rojizo. Sus ojos son oscuros al igual que su alma. Le he pedido un millón de veces que me deje escapar, a lo que él responde golpeándome.*

*Desde la última vez que escribí viajamos a un lugar un poco frío. Mentor me registró en una habitación de hotel y después le dio un papel blanco al de la recepción para mi madre.*

*El papel tenía mis iniciales madre, creo que es una forma de avisarle a alguien que estoy aquí.*

*En la habitación que estoy no hay televisión así que suelo aburrirme. Las chicas que antes me acompañaban ya no están, lo único bueno que sale de esto es que ya no tengo que escucharlas gritar.*

*Sin embargo, estoy aburrida.*

*Aún no he perdido la esperanza madre.*

*Espero tu ayuda.*

*Nuestra sangre nos unirá siempre*

*E*

## CAPITULO V

### UNA VERDADERA ASESINA.

Al siguiente día todo transcurrió como siempre, practicamos un poco, escalé la montaña, comimos. Practicamos un poco de combate y antes de las seis ya estábamos exhaustos y listos para cenar.

Comencé a buscar que hacer en la nevera cuando Chris me dijo:

—Nos han invitado a cenar.

Lo miré por encima de la puerta de la nevera abierta.

—¿Por qué deberíamos ir? — Pregunté suspicaz.

—Porque somos dos extraños que llegaron a estas tierras sin mediar palabra con nadie. El único que nos conoce es German y me tiene miedo, tú nunca sales, además tienes que admitir que pareciera que ocultáramos algo.

Giré los ojos y respondí con voz seca:

—Por supuesto que eso es lo que hacemos. Ocultamos que se supone que me enseñes a matar a alguien cuando en realidad lo único que haces es aburrirme todos los días.

Si era posible Chris puso su voz todavía más profunda.

—¿Me estás diciendo que en serio no tienes ganas de salir? ¿No llevas un mes sin ver el mundo exterior?

Llevaba un poco más. No quería salir, nunca me había gustado la gente extraña y menos en el momento en que venía mi familia me apetecía conocer gente.

—Si quieres ve tú. No tienes que estar conmigo las 24 horas del día sabes —Respondí, intentando poner fin a la discusión

—¿Qué hay de tu madre? Hace como un mes que no hablas por teléfono con ella.

Lo miré extrañada.

—Por supuesto, tú me quitaste mi teléfono ¿recuerdas?

—Por órdenes de tu tío. Por otro lado, hablarás con ella si me acompañas. Te doy mi palabra.

Por lo menos no me estaba dando órdenes, estaba negociando. Tenía que admitir que eso era un avance. El corazón me dio un vuelco al escuchar la posibilidad de volver a hablar con mi madre. Miré a Christopher. Su postura era un poco más tensa que de costumbre y sus pupilas estaban un poco

dilatadas, en serio quería que lo acompañara, lo que no entendía era el por qué.

—Me arreglaré —Le contesté después de unos segundos y podría jurar que lo vi suspirar de alivio.

Entonces él asintió y se fue a su habitación.

En una hora, ambos estábamos bañados y vestidos. Yo usaba un lindo vestido color rosa con unas botas marrones tomadas de las compras que hacía Chris esporádicamente. Él usaba Jeans, botas y un suéter color gris que se pegaba a su cuerpo. A decir verdad tenía que admitir que mi situación podía ser peor, después de todo, estaba atrapada en medio de la nada con un hombre muy guapo.

Subimos la cuerda rápidamente y caminamos hasta el Jeep, entonces Chris empezó a bajar la montaña y se adentró en una zona donde habían haciendas. Todo fue en absoluto silencio, no incómodo, me había acostumbrado a estar en silencio a su alrededor, a pensar antes de decir algo, a meditar sobre los hechos que ocurrían a mi alrededor.

Llegamos a la entrada de una hermosa hacienda con un portón de hierro pintado de azul. Dos columnas rodeaban al portón y encima de este, un letrero de madera que decía “La perdición”

—Lindo nombre —Murmuré.

—La perdición es una finca que lleva años en esta zona. Conocí al dueño en uno de mis viajes a la ciudad por comida, como todos piensa que eres mi esposa. Cumple 60 años hoy y nos invitó a celebrarlos con el resto del pueblo.

—No te creí como una persona capaz de hacer amistades Chris —Le respondí mientras Chris estacionaba el Jeep con los demás carros y nos dirigíamos a una de las vaqueras, la cual estaba increíblemente limpia y donde en ese momento estaban haciendo una parrillada.

—Sé mezclarme Clara. Si hay un muerto en el lugar y llegan las autoridades, estas personas no dudaran un segundo en decir que fue la pareja extraña que se mudó hace un mes y que no habla con nadie, les darían nuestras descripciones y la policía estaría detrás de nosotros.

No pasaba por alto que me estaba llamando Clara, el nombre que él había inventado para mí, su supuesta esposa. No hablé más del tema, después de todo tenía un buen punto.

Nos empezamos a acercar a la vaquera donde habría alrededor de 50

personas reunidas. Un hombre alto de cabello negro y con una ropa parecida a la de Chris se acercó. También tenía un gran reloj puesto que ocupaba su muñeca y gran parte de su antebrazo, exudaba dinero y poder. Definitivamente era el dueño de la reunión.

Chris pasó un brazo por mi hombro y me tensé. Su olor tan peculiar me rodeó y tuve que contener mis ganas de inspirar ese olor sonoramente. Intenté relajarme un poco, después de todo, era un simple papel el que tenía que interpretar.

Justo cuando nos encontrábamos a dos pies de distancia del señor, Chris se detuvo.

Chris saludo al señor con un simple apretón de manos. Entonces nos presentó.

—Clara querida, este es el señor Jeremías Hernández, el hombre del que te hablé. Jeremías esta es mi esposa Clara.

Sonreí lo mejor que pude y puse mi mejor cara de *no estoy ocultando nada*.

—Es un placer señor y feliz cumpleaños.

Entonces el viejo hizo algo sorprendente. Se echó a reír estruendosamente y me abrazó mientras me decía:

—Niña, la verdad es que eres hermosa. No me llames señor, nadie aquí lo hace.

Entonces me soltó y mientras yo intentaba entender lo amable que era nos dijo:

—Por dios, pasen y conózcanlos a todos. ¿Cuánto hace que se mudaron y nadie los conoce?, eso tiene que cambiar, aquí somos todos una familia.

Jeremías era alguien de muchas sonrisas, comprendí. Se encargó de presentarnos a todas las familias que poseían tierras cerca, así como a los trabajadores de más confianza, sus primos.

Poco después conocimos a su esposa, Leona, tal vez unos diez años menor que él pero igual de amable. Pelirroja alta y extremadamente flaca, vestía Jeans y una camisa color rosado con un poquito de velos, su sonrisa era increíblemente blanca y sus labios estaban un poco pintados de rosado. Su pelo caía en ondas suaves y hacía ver el mío, maltratado por la falta de hidratación, como una escoba vieja.

Leona entonces nos sirvió dos platos con carne, aguacate y yuca.

—Leona, eres muy amable —Dijo Chris.

Leona hizo una seña de desdén.

—Por dios, Esteban. A Jeremías y a mí nos encantan los invitados. Nuestra vida gira entorno a servir.

Entonces junto a Leona fuimos a donde estaban todos reunidos alrededor de una mesa.

Unos estaban sentados en ella, otros estaban en sillas a parte o en los barrotes de la vaquera. Se veía que era una hacienda grande. Donde miraras, el pasto verde crecía uniforme y hacia arriba, más lejos, las bellas montañas verdes y llenas de vida.

Nos sentamos al lado de Rosario y Jorge Bastidas. Una pareja de unos treinta años, ella estaba embarazada. Como todos ahí, eran muy amables.

Alguien hizo un comentario sobre que se necesitaban más platos, Leona en seguida se levantó a buscarlos y yo para no sentirme inútil me levanté a ayudarla.

Salí con una sonriente Leona a la cocina que se encontraba un poco más lejos de donde estábamos reunidos.

Pasamos una puerta de roble macizo para encontrarnos con la cocina más grande que había visto en mi vida. Toda de acero inoxidable y mármol, era el sueño de toda mujer. Un gran mesón que le haría competencia al comedor de nuestra propia casa se encontraba en el medio, una estufa de 12 hornillas y un horno que muy bien podía ser del tamaño de Chris, pero lo que más me asombró no fue eso. En la pared al fondo de la cocina había alrededor de 40 portarretratos de Leona y Jeremías, desde algunas a blanco y negro de los tiempos de antes, pasando por fotos de ellos en la actualidad. Había de todo, fotos solos, con amigos y familia, fotos de vacaciones y en la Hacienda.

La vida de Leona y Jeremías era un sueño hecho realidad.

Estaba tan asombrada por la cocina que no noté que Leona ya estaba montada en un banco intentando alcanzar los platos.

Un hombre un poco mayor se asomó de una puerta que debía venir del interior de la casa.

—¿Necesita ayuda Señora? —Preguntó este muy respetuosamente.

Leona que hasta el momento no había podido alcanzar los platos dijo:

—Por favor señor Humberto.

El señor Humberto tenía alrededor de 40 años, alto y un poco fornido. A leguas se notaba que hacía ejercicio para mantenerse en forma, tenía puestos

blues Jeans y una camisa blanca, terminó de pasar a la cocina con unos papeles en mano, después pasó por mi lado y los dejó en la gigante mesa que se encontraba cercana a mí.

Debieron pasar un minuto o dos; sin embargo, yo los sentí como dos segundos.

La vista es necia, a veces nos enteramos de cosas que no queremos por mera casualidad. Diría que eso fue lo que a mí me ocurrió en ese instante, pues en el rabillo del ojo visualicé un apellido.

### *Varsolé*

Varsolé no era un apellido común en Venezuela y encontrarlo justamente en la casa de una familia que hasta ahorita parecía muy normal me aterrorizó, me acerqué más y vi al lado del apellido una letra.

### *E Varsolé*

Emilia. La inicial de su nombre con mi apellido no era una casualidad, instintivamente hice ademán de tomar el papel con mis manos; sin embargo, se me había acabado el tiempo. El Sr. Humberto había terminado de ayudar con los platos a Leona y tomó en sus manos los papeles antes de que yo pudiese mover un músculo.

Chris me había dicho que jamás debíamos actuar por impulso así que me calmé, tenía que armar un plan. Después de todo, si ese hombre era un Uzcategui me mataría sin pensarlo al saber que yo en realidad era una Varsolé. Grabé el rostro de Humberto en mi memoria, si ese hombre estaba implicado en el secuestro de Emilia lo mataría con mis propias manos.

### *Detalles.*

La voz de Chris en mi mente escaneó el cuerpo de Humberto queriendo buscar algo que lo delatara como un Uzcategui, después de todo, me estaba guiando por dos palabras en un papel.

Su muñeca llamó mi atención, justo en la unión de la muñeca y la saliente del dedo pulgar un pequeño tatuaje en forma de lágrima con la inicial **Y**. Era el típico tatuaje de rasgos delicados que verías en una mujer, por otro lado, ahí estaba ese típico hombre venezolano con él.

Tenía que hablar con Chris.

—Humberto, esta es Clara. Es esposa de uno de los nuevos propietarios de tierra. Clara, este es el Sr Humberto, es primo de Jeremías —Dijo dulcemente Leona.

Alcé mi mano y nos dimos un ligero apretón así como las cortesías

habituales cuando conocías a alguien. Mi mente no dejaba de grabar su rostro, sus gestos incluso su manera de hablar al repetir su nombre.

Era primo de Jeremías, estaba en la reunión como todos, por lo que se quedaría al menos hasta que partieran la torta.

Eso me relajó un poco y busqué la forma de hablar con Chris.

Leona, el sr Humberto y yo nos dirigimos afuera con los platos distribuidos entre nosotros.

Leona repartió los platos y la comida con el resto de los invitados, me senté al lado de Chris y le tomé la mano, después le di un apretón para hacerle saber que debíamos hablar.

Él no lo entendió puesto que solo pasó su brazo alrededor de mis hombros y se puso cómodo.

Leona era de muy buen conversar. A todos les preguntaba por su familia y amigos, te hacía sentir en casa, de vez en cuando Jeremías pasaba y le daba un beso en la frente o le ponía una mano en la cintura mientras hablaba. Ellos eran lo que todas las parejas que estaban ahí deseaban ser.

En uno de esos momentos Leona habló dirigiéndose a nosotros. Su voz se tornó un poco picara y nos señaló con la mano.

—Entonces Esteban, cuéntame. ¿Qué los trajo a ti y a tu esposa a este pueblo? No son de aquí, lo noto por el acento.

Chris giró un poco la cabeza y me sonrió. El que nos viera por primera vez pensaría que él se la pasaba mirándome así. Tenía esa mirada que un hombre le da a la mujer de sus sueños, esa que te dice que el escogió a la indicada. No lo pude evitar y le devolví la sonrisa, me estaba dejando llevar un poco aunque sabía que eso debía terminar, teníamos que hablar de un asunto más serio.

—Clara y yo no tuvimos una relación de novios fácil. Clara tiene apenas 21 años yo soy un poco mayor, sus padres no querían verla casada obviamente. Tuvimos un noviazgo corto, que les puedo decir, estamos enamorados. Les prometí a sus padres que la mantendría siempre protegida. Ellos no lo tomaron bien. Decidimos empezar de nuevo.

Había pesar y amor en su voz. Había pasado por alto mi edad, yo tenía 20 y él me había sumado un año, tendría que recordárselo a futuro. Yo estudiaba actuación; sin embargo, Chris se había graduado en ese arte hacía años por lo que demostraba.

Un muchacho, uno de los primos de Jeremías, Jasper, me preguntó:

—¿Por qué casarse tan joven?

No entendía porque Chris había creado esta historia tan dramática y engorrosa pero ya no podía desmentirlo.

Sonreí, como si estuviese recordando algo hermoso.

—Supe desde el momento en que lo conocí que quería casarme con él. Mis padres casi no me dejaban verlo, son tan anticuados. Mi padre y yo nunca nos hemos llevado bien. Un día peleamos y me fui de casa. Me fui con Esteban. Teb, siempre correcto quiso llevarme de nuevo a mi casa, pero mis padres no me aceptaron de vuelta. Entonces, vivimos juntos un tiempo. Después decidimos casarnos, fue una ceremonia pequeña. Pero fue perfecta.

Entonces Chris puso nuestras manos en la mesa y me miró.

—Te prometo que después tendremos una boda más grande.

Iríamos al infierno por eso.

Sus ojos diferentes eran hermosos. Aunque sonreía con la boca, sus ojos mostraban ausencia, ahí recordé que no éramos nada. Solo dos buenos actores.

Jeremías nos interrumpió.

—Y por supuesto nos invitaran a todos.

—Por supuesto —Dijimos Chris y yo al unísono separando nuestras manos.

Jeremías entonces comenzó a hablar.

—De padres difíciles se yo, mis queridos amigos. Mi hermana y yo crecimos sin padres, por estas mismas tierras, nos abandonaron a nuestra suerte en las calles, gracias a Dios los padres de mi esposa nos alimentaron un buen tiempo. Cuando me enamoré de Leona y ella me correspondió, me dijeron que tenía que reunir una cantidad de dinero para comprar mis propias tierras, ellos pondrían la otra mitad y yo tendría que ver cómo mantener a mi nueva familia. Eran otros tiempos, en un año logramos comprar un pequeño lote llamado la perdición, y al siguiente año tuvimos el suficiente dinero para comprar más tierras y pagarle a mis suegros.

Leona siguió el relato:

—Mis padres dijeron que no habría en el mundo un mejor esposo para mí. Estoy segura de que dirán lo mismo de ustedes Clara. Después de todo, son grandes las tierras que poseen .

Chris entonces habló:

—La cría de caballos no da mucha renta hoy en día. No importa,

conseguiremos gente que quiera aprender a montar y empezaremos a obtener ganancias.

Aunque me encantaban las historias de amor que terminaban bien, comenzaba a desesperarme, le di otro apretón de manos a Chris, él me besó la frente.

¿Acaso pensaba que apretarle la mano era una manera de pedirle afecto? Es decir, ¿si le volvía a apretar la mano me besaría?

Con una cachetada mental por las estupideces que me decía a mí misma intenté interrumpir.

Entonces otra señora la cual ya se me había olvidado el nombre se me adelantó y habló primero:

—Oh, la hija mayor de Agustina acaba de llegar del exterior. Agustina está buscando en que ocupar su mente. Antes poseían tierras acá pero las vendieron porque al esposo de Agustina y precisamente a su hija les aburría, estoy segura de que Agustina le va a encantar que su hija este por aquí, tal vez desarrolle amor por las tierras y puedan volver a mudarse.

Vi la mirada de Chris cambió a un genuino interés y entendí que no era la única que estaba guardando información, no estábamos ahí para hacer amigos, ni para tener una tapadera en caso de que las autoridades nos buscaran. Chris había venido por información.

—Entonces, ¿Donde puedo encontrar a esta tal Agustina?

—Oh, en la ciudad. La aseguradora SECMECA...

Jeremías interrumpió.

—No deberías meterte con esta gente amigo mío. Dicen que sus negocios no son honestos. Que se hayan ido de acá fue lo mejor que pudo habernos ocurrido. Además, dicen que Agustina viene solo a casarse en su país. No creo que esté interesada.

Los ojos de Chris brillaron más, si es que era posible.

Ya me había hartado, tenía de cualquier manera hallar una forma para hablar con Chris.

Ahí recordé que era su esposa y que no podía ser grosero conmigo o quedaríamos al descubierto.

—¿Cariño? ¿me acompañas por mi abrigo? —Le dije a Chris en el tono más amable que alguna vez había usado en él.

Chris me dió una mirada asesina, de alguna forma me pedía que retractara mis palabras. No lo hice y me quedé sonriendo hasta que no tuvo

más remedio que levantarse.

—Si nos disculpan —Dijo Chris.

Jeremías nos acompañó hasta las puertas de la vaquera así que tuve que esperar hasta estar lo más lejos de él, casi llegando al Jeep para hablar.

—¿Se puede saber que pretendes? —Dije una vez que Jeremías estaba lo suficientemente lejos como para no oírnos

Chris cruzó sus brazos sobre su pecho.

—¿A qué te refieres? —Contestó entre dientes.

—No te hagas el idiota conmigo, estás buscando información, ¿Crees que no reconozco el interés cuando lo veo? Mi familia son Los Varsolé, reconocemos esta clase de cosas a kilómetros de distancia.

—Se me olvida que tu familia hace préstamos Samantha.

Eso lo dijo como un insulto y me molesté.

—Mi familia ayuda a la gente que necesita dinero. Ahora repito, ¿Puedes decirme qué pretendes?

Chris en un movimiento rápido, me tomó de la cintura y me pegó de espaldas al Jeep. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no gritar. Su boca se posó cerca de mi oreja y una de sus piernas abrió las mías. Un escalofrío recorrió mi piel, era una posición muy íntima y no pude evitar ponerme nerviosa.

—¿Qué haces? —Le dije con la voz un poco temblorosa.

—Jeremías sigue viéndonos. Si piensa que estamos en un momento romántico bajará la vista y no se preguntará porque tardamos tanto. Después de todo, toma un segundo buscar un suéter en un carro.

Chris era muy paranoico. Nunca dejaba clavos sueltos. Era bueno aprender eso de él. Me di cuenta que estaba cambiando el tema así que decidí que Christopher no iba a evitar mi pregunta.

—Chris, ¿Qué estamos haciendo aquí? Ese señor Humberto... tenía un papel escrito con el apellido de nuestra familia.

Pensé que eso lo haría alertarse, después de todo era muy paranoico. En cambio continuo acercándose, bajó un poco su cara, lo que nos hizo acercar más si era posible.

—¿Cuál de todos ellos es? Necesitamos acercarnos, sé que están conectados a tu familia, pero no termino de entender cómo. Los necesitamos.

Me intenté alejar pero era imposible.

—¿Para qué necesitamos a Jeremías y a esta gente? No dañarían a nadie,

el tal Humberto en cambio...

—Puede que todos sean aliados de los Uzcategui. Que nos hayan tratado bien no quiere decir que no tengan vidas ocultas, nosotros somos el vivo ejemplo.

Una cuchillada de algo parecido a la culpa cortó mi pecho. Era verdad, si nosotros estábamos mintiendo, cualquiera podía hacerlo.

Por lo menos ya Chris estaba aprendiendo a compartir información.

Chris acercó todavía más su cara hacia mí. Nuestras narices se tocaban y en frente de mis ojos estaban exactos sus bellos ojos diferentes.

—¿Por qué inventaste esa cursi historia sobre nosotros? —Pregunté sin saber muy bien por qué.

—Si nos tienen lastima, sentirán la necesidad de protegernos. Pasamos de ser la pareja extraña a ser los locos jóvenes enamorados. Si necesitamos su ayuda no dudaran en dárnosla, después de todo, creen conocernos, creen en nuestra inocencia.

Era retorcido pero verdadero. No por primera vez me pregunté como Chris había aprendido todas esas cosas.

—¿Qué tenemos que averiguar ahora? ¿Cuál es el plan?

—Intentaré quitarle el papel a ese tal Humberto, seguiremos indagando. ¿Cómo está vestido?

—Jeans y camisa blanca. Alto, tiene un tatuaje de una lagrima con una Y en su muñeca, ¿te parece familiar? —pregunté.

Sus ojos bajaron la mirada a mis labios y en un gesto instintivo me mordí uno con nerviosismo. Volvió su mirada a mis ojos y abrió la boca.

—Cada vez qué haces eso me vuelvo loco —Aspiró una bocanada de aire e hizo un sonido de frustración. Entonces acercó uno de sus dedos a mi labio inferior haciendo que lo soltara de mi boca. Luego, trazó con su dedo lentamente mi labio.

Ondas calientes viajaron por mi cuerpo amenazando a mi cabeza con estallar. Chris quitó su dedo de mi labio, cerró sus ojos y pegó su frente a la mía.

—Dime una buena razón por la que no deba besarte.

Antes de que pudiese analizar sus palabras sonaron 3 disparos por el lado donde todos estaban reunidos.

Nos separamos inmediatamente y corrimos rápidamente hacia la vaquera.

Lo primero que vi al llegar fue la sangre, era un río de sangre alrededor de Jeremías en el piso sosteniendo a uno de sus tantos primos, uno al que precisamente había mandado a Chris a buscar, Humberto había recibido tres disparos. Uno en el brazo y dos en el pecho del lado izquierdo, donde se suponía estaba el corazón.

Chris y yo corrimos. Chris rasgó partes de la camisa del hombre para detener la hemorragia del brazo. Yo junto a un consternado Jeremías sostenía la herida en su pecho.

En la lejanía escuché a Leona decir que iba a llamar a una ambulancia.

No habría tiempo.

Podía ver como la sangre corría, como no lográbamos detenerla. Pensé en que así se debió sentir la gente alrededor de Manuel. Impotente. Traté de apretar más duro. No era suficiente. El hombre tenía los ojos abiertos, el miedo en los suyos.

Lo miré a los ojos y le dije:

—Todo estará bien¿ok?

Él sabía que no era así, yo sabía que no era así. No lo conocía. Pero no quería perderlo, otro hombre no iba a morir conmigo cerca. Miles de preguntas inundaron mi mente, de dónde había venido el disparo, por qué eran exactamente en los mismos lugares donde había sido disparado Manuel y más importante aún, ¿Por qué salió herido el hombre del cual precisamente yo sospechaba que era el enemigo?

Escuchaba a Chris y a Jeremías hablar pero no entendía sus palabras. La imagen era borrosa, solo podía ver los ojos de aquel hombre perdiendo la vida.

Poco a poco los ojos perdieron el color y la mano del hombre que hasta ese momento no me había dado cuenta tomaba una de las mías, perdió la fuerza.

No había más nada que hacer.

Había muerto

No pude evitar las lágrimas que salieron de mí.

—No, no, no.

Jeremías me alejó del cadáver, en tanto Leona tomó mis manos llenas de sangre y me levantó del suelo.

Jeremías le dijo que me llevara adentro para que me calmara. Mientras yo solo seguí diciendo que no.

Escuché a Chris preguntar qué había pasado y eso me hizo callar y parar en seco. Miré a la gente que estaba alrededor del cadáver, también conmovida e intentando entender.

Una señora dijo:

—Él estaba hablando. Contándonos una historia cuando escuchamos los disparos y cayó. Todos nos tiramos al suelo pensando que habían sido hombres del gobierno, pero ningún otro disparo se escuchó.

Chris y Jeremías estaban tan manchados de sangre como yo.

Chris se dirigió hacia mí. Tomó mis manos y las limpió con su suéter.

Borró un poco la sangre pero no la quitó del todo. Se limpió sus propias manos y me levantó la barbilla con delicadeza.

—¿Estas bien? —Preguntó algo extrañado.

No dije nada. Había aprendido a conocer a Chris y sabía que no había pasado por alto nada y tenía las mismas preguntas que yo.

Vi que no solo mis manos seguían manchadas de sangre, mi vestido también lo estaba y había incluso en mi cabello. Tuve náuseas, volví a ver el cadáver y comencé a ver borroso, intenté volver a enfocar, en donde se encontraba antes Humberto estaba el cadáver tendido de Manuel Alejandro.

*Estás imaginando cosas Sam, tu mente está jugando contigo.*

Intenté poner en mi mente una imagen real, no lo logré. Ya no estaba en la Hacienda de Jeremías, estaba en la funeraria con el cadáver que me negué ver ese día.

Una presión en mi pecho me hizo imposible respirar. Estaba teniendo un ataque de pánico, vi puntos blancos en mi periferia y me sentí todavía más mareada, sofocada, hacía meses que no tenía un ataque de pánico. La muerte de Manuel no me había provocado uno, ese momento no debía provocarlo. De repente, quise salir corriendo pero mi cuerpo no se movía. Quería gritar pero el grito no salía. Mi respiración acelerada y mis manos sudorosas era lo único que tenía.

No sé desde dónde apareció Chris, solo recuerdo que tomó mi barbilla más fuerte y me miró a los ojos.

—Concéntrate en mi voz nena ¿sí? Estás aquí conmigo, estás segura, esta sangre no es tuya. Está bien ¿ok? Está todo bien —Su voz sonaba firme y segura, no había lugar para la duda.

Chris no había estado presente el día en que murió Manuel recordé. Él estaba en la Hacienda de Jeremías y yo estaba ahí con él.

Miraba sus ojos bicolors en tanto él seguía diciendo palabras de aliento. No sé cómo pero terminamos de cuclillas en el suelo, el hablándome y yo mirándolo fijamente.

Tomó mis manos en las suyas y abrió mis puños que hasta ese momento no noté que había apretado.

—Calma nena. Yo estoy aquí.

No debía darme seguridad el que Chris me hablara así, por otro lado, poco a poco me fui calmando hasta que pude respirar otra vez con normalidad.

Miré a Chris con vergüenza y él solo me sonrió, me ayudó a levantarme del suelo y me abrazó contra su pecho. No debió sentirse cómodo pero se sintió así, no debí sentirme reconfortada ni mucho menos tomar su camisa en puños y hundirme en él, pero lo hice. Me sentí sin fuerzas y él era mi sostén.

No sabía si era el papel que estaba desempeñando, que no quería que yo arruinara la misión o misericordia de su parte, la verdad no me importaba. Por primera vez desde que lo conocía sentía algo parecido al agradecimiento por él.

La policía llegó e interrogó a Jeremías y a leona. Chris y yo no tuvimos que hablar con ellos porque estábamos lejos cuando los disparos llegaron. La policía determinó que los disparos tuvieron que venir de alguien situado en la montaña, asesinato premeditado lo llamaron.

Poco después leona y Jeremías desconsolados nos despidieron de su hacienda y nosotros emprendimos un camino silencioso a casa.

Cuando llegamos intenté hablar con Chris sobre lo que ocurrió. Este me mando a dormir y me dijo que mañana nos despertaríamos a la hora de siempre a entrenar.

Yo solo asentí y me fui a mi habitación.

Esa noche no pude dormir. Soñaba una y otra vez con el hombre de esa noche, con su asesinato, solo que cuando miraba sus ojos morir, la cara que veía era la de Manuel. Pensé que no podría llorar más su muerte pero esa noche lo hice. Me hice un ovillo en mi cama y lloré de dolor. Gritaba sobre la almohada para que Chris no escuchara y golpeaba mi cama de dolor.

Dios, era como perderlo otra vez. El no entenderlo no lo hacía más fácil. Quería entender lo ocurrido. Quería tomar venganza otra vez por Manuel y también por un hombre que ni el nombre recordaba.

Lo más curioso era que por primera vez en un buen tiempo, había estado

pasando un buen rato, había casi olvidado mi venganza. Yo solo la había estado pasando bien.

Lloré más por eso, de culpa tal vez. Si no hubiese llevado a Chris lejos, tal vez él hubiese visto al asesino, habríamos interrogado a Humberto y tendríamos una pista de la muerte de Manuel. Por eso debía estar molesto conmigo, lo había distraído.

No sé cómo al final pude quedarme dormida. Al siguiente día me paré a las cuatro como siempre, mis ojos pegados y mi autoestima por el suelo. Me bañé, me arreglé y me dirigí afuera.

Chris llegó a la cocina bañado y vestido con su ropa habitual. Sus ojos lucían cansados, no hice comentario al respecto.

—¿Quieres recordar manejar un arma? —Soltó de repente.

De todas las cosas que Chris podía haber dicho, de seguro esa era la que menos me esperaba.

Lo miré de arriba abajo, desconfiadamente, después de todo él nunca me concedía nada.

—¿A qué se debe el cambio de opinión?

Eso me hizo ganar una de sus espeluznantes sonrisas.

—Estuve pensando... estamos bajo amenaza. Entiendes muy poco de lo que ocurre, pero si ayer te hubiesen apuntado a ti o a mí... bueno, solo digo que es bueno estar preparado.

No debía presionar a Chris demasiado. Era muy fácil que cambiara de opinión. Por tanto, me abstuve de decirle que eso era exactamente lo que le había intentado explicar todo ese tiempo.

Con eso y sin darme una mirada más, se retiró. Lo seguí como era de esperarse. Había tardado tanto en decir esas palabras que no lo podía creer. Últimamente me estaba sintiendo inútil. Como si nunca ese entrenamiento sin sentido terminaría...

Chris sacó una pistola y me apuntó con ella.

Me paré en seco.

—Lo primero que debes entender es que así como tú manejarás un arma, el enemigo también lo hará. Las guerras no se ganan con armas Samantha, sino con la mente. Tienes que quitarle el arma a tu enemigo antes de que él pueda apuntarte con ella. Dicho esto, toma

Pensé que me iba a dar una de sus estúpidas lecciones otra vez. Que me diría que le quitara el arma para dejarme usarla o algo de ese estilo. En

cambio, sorprendiéndome aún más, me dio la pistola y se dirigió fuera de la casa mientras seguía hablando.

—Esta es una glock 19 automática. Liviana, fácil de usar. Perfecta para una mujer y perfecta para matar.

Aún tenía mi propia pistola debajo de mi almohada y aún no le había dicho nada al respecto. Chris podría querer quitármela y para mí sería imposible dormir de esa forma.

Salimos de la casa y encontramos un verdadero campo de entrenamiento.

Cómo lo había logrado Chris estaba más allá de mi inteligencia pero en mi frente se encontraban diversas tablas a distintas distancias del tiro al blanco. Redondas con aros a blanco y negro en secuencia, en su centro un punto rojo diminuto. Habían alrededor de 8 de éstas, eran grandes y se veían pesadas.

Mirando hacia mi derecha había una colcha gigante para practicar combate cuerpo a cuerpo, al fin no ensuciaría mi ropa con la tierra y podría amortiguar mejor los golpes, mi moretón en la cadera le agradecía ese gesto a Chris.

A la izquierda, la cuerda en la que llevaba practicando un mes había sido reemplazada por una más segura y, unida a ella, gracias a Dios había un arnés.

Un poco lejano a la última tabla de tiro al blanco se encontraba algo parecido a un saco de arena, solo que era de mi tamaño, color azul y se veía pesado. Todavía más atrás de este se encontraban unos conos dispuestos en circuito.

—¿Qué es todo esto? —Dije con asombro en mi voz y riéndome estúpidamente.

—Esta es la forma en la que entrenaras, todos los días hasta que terminemos la misión. Primero trabajaremos puntería, después un poco de combate cuerpo a cuerpo para tu agilidad, después tu fuerza y por último tu velocidad —Esto lo dijo mencionando cada parte del circuito, no pase por alto que hubo una sola cosa que no señaló.

—¿No más subir la cuerda para mi Jefe? —Pregunté y levanté una ceja.  
Chris sonrió

—Ya sufriste bastante y ya superaste esto. Ahora ¿comenzamos?

Chris me dio unas normas básicas sobre la carga del arma y su seguridad

con su propia pistola. Después, procedió a disparar.

Dio en los 8 blancos.

—Veamos Samantha. Eduardo me dijo que nadie te ganaba disparando Estaba retándome, no solo eso, se burlaba de mí. Puse mi mejor cara de seguridad mientras me dirigía a disparar.

La primera tabla estaba cerca y el blanco era grande. Apunté y disparé.

Había olvidado lo pesado y fuerte que podía sonar un disparo, mi cuerpo se echó para atrás y mi mano tembló un poco; sin embargo, logré mantener la compostura ante Chris.

Dió cerca del centro, pero no en el blanco.

No miré la cara que tendría Chris, me dirigí a la siguiente, un poco más lejos y más pequeño.

Otra vez en el centro pero no en el blanco.

Chris no decía nada en tanto yo pasaba por cada una de las tablas. Cada una más lejos y con los trazos más pequeños, yo siempre llegaba al centro, de los doce círculos siempre pegaba en el 6, cercano al blanco pero nunca en él.

Cuando llegue al octavo decidí concentrarme. Estaba disparando por disparar, no estaba poniendo mi objetivo claro. Recordé las miles de veces con mi tío Eduardo aprendiendo a disparar, siempre decía que los disparos tenían que ser sin pensarlo mucho pero con la precisión de un águila. Aunque sonaba disparatado al poco tiempo lo entendí. Había sido genial disparando, jamás había fallado un disparo desde entonces.

Hasta ahora.

Puse mi objetivo en la mira, estaba muy lejano, a unos 150 metros de donde estaba casi no podía ver el blanco. Solo veía un borrón rojo que sabía era mi objetivo.

Apunté y antes de que empezara a sentir nervios halé el gatillo.

Sonó mi octavo disparo.

Me acerqué a ver si esa vez lo había logrado, no fue así. Mi disparo amortiguado por un material muy resistente estaba muy cerca del blanco pero no en él, estaba en la línea que lo separaba del número uno.

Una pequeña decepción cayó dentro de mí.

Todo el tiempo renegando de mi familia pasaba por enésima vez factura. Chris entonces dijo:

—¡Vaya que sabes disparar!

Escondí mi sorpresa ante lo que sonaba como un cumplido en tanto el

me llevaba a la próxima estación. Combate cuerpo a cuerpo.

Desde que estaba ahí Chris siempre me daba palizas y esa no fue la excepción, aunque la colcha amortiguaba bastante los golpes era difícil levantarse. Primero por la vergüenza y segundo por el dolor.

Luego de eso Chris me hizo empujar el saco los 150 metros que lo separaban de la casa, según él, tenía que hacerlo en un movimiento fluido para trabajar mi fuerza. Otra vez, fui un fracaso, me llevó horas lograr llegar a la meta y para cuando lo hice no podía con mi vida.

Fue cuando llegó el turno de los conos distribuidos de forma estúpida en la tierra. Eran demasiados y había muy poca distancia entre ellos, en forma de zigzag tenía que pasar por cada uno rápidamente, trabajando velocidad. Chris demostró cómo hacerlo y pareció fácil. Y vaya sorpresa, cada vez que lo intentaba tumbaba torpemente los conos y a cada segundo me sentía más y más fracasada.

Chris nunca me dijo que estaba haciendo las cosas mal o se quejó, simplemente me daba consejos para poder realizar cada ejercicio.

Era espeluznante.

Anocheció rápido a mi parecer. Nos retiramos a la casa agotados, mientras comenzábamos a hacer la cena Chris abordó el tema que los dos habíamos estado evitando todo el día.

—Hablé anoche con tu tío Alberto. Le dije que averiguara lo que pudiese de Humberto, el primo de Jeremías. Es mucha casualidad que haya muerto justo en el lugar donde nos envían tus tíos y justo como murió tu primo, intenté buscar el papel que me dijiste que tenía en la mano pero no lo encontré en el cuerpo.

Sabía que no había pasado por alto eso.

—No puedo creer que mientras ese hombre se estaba muriendo estabas buscando un papel —Dije indignada.

Pude ver el asombro en sus ojos antes de que lo ocultara.

—Pensé que estarías de acuerdo. Es información sobre tu familia después de todo.

Estaba muy agotada como para pelear así que solo pregunté:

—¿Cuál es el siguiente paso Jefe?

—Cuando tu tío consiga algo, investigaremos. Si está relacionado, matamos al hijo de puta Uzcategui. Si no está relacionado, nos hacemos a un lado.

—Y ¿qué hay de Emilia? —Pregunté de pronto.

Chris me miró confundido, después respondió con otra pregunta.

—¿Qué hay con ella?

—Llevamos tiempo aquí. ¿No es hora de comenzar a buscarla? Hace unos días me dijiste que es probable que este cerca de aquí. ¿Cómo es que no hemos armado un plan para rescatarla?

Chris me miró un momento a los ojos, después, negó con la cabeza.

—Aún no lo entiendes. Todo se relaciona, solo tienes que esperar las órdenes.

Eso solo me hizo sentir más loca y desesperada. Necesitaba información, respuestas... Si Chris no me las daba, las buscaría yo misma. Con esa conversación no llegaríamos a ningún lado por lo que solo asentí. Comimos, limpiamos y como si de una coreografía se tratara nos dormimos.

Pasaron tres días antes de que tuviésemos noticias de mi tío Alberto. Esos días por supuesto entrenamos, comimos y dormimos. Ninguno de los dos salió, ni siquiera a hacer compras. Chris me comentó que el pueblo estaría cerrado por la muerte de uno de los suyos, así que lo respetamos.

El cuarto día tuvimos noticias, de la forma más inesperada.

Ese día nos levantamos temprano como siempre y desayunamos. La noche anterior Chris me había golpeado muy fuerte la cadera que ya de por sí tenía lastimada entrenando, así que cuando me senté en el comedor hice un pequeño sonido de queja.

Chris, me estaba siguiendo desde la cocina. Se puso en cuclillas junto a mí.

—Pensé que esquivarías ese golpe. Me equivoqué —Su voz sonó de reproche.

Acercó su mano hacia mí, quise alejarme pero Chris fue más rápido. Levantó un poco la camisa para ver mi golpe, su mano era cálida y delicada comparada con su voz. Mi corazón dió un pequeño salto entonces. Ya debía haberme acostumbrado a mis reacciones cuando Chris estaba cerca, jugaba con mi mente todo el tiempo y por más que intentaba no prestarle atención, mientras más tiempo pasaba, más me hacía consciente de él.

Un pequeño hematoma se asomó. Le había puesto hielo pero eso no quería decir que había dejado de doler.

—Debiste tomar un analgésico.

Si, debía haberlo hecho, lo que Chris ignoraba era el hecho de que era

muy sensible a los analgésicos y si tomaba uno no me levantaría en todo el día. Y, como él siempre decía, no teníamos tiempo para perderlo.

Levanté la cara para encontrarme con la mirada de él.

Esa vez no había mirada dura o estoica. Todo lo contrario, había remordimiento. Como si me hubiese golpeado a propósito.

—Estoy bien, además tenemos que entrenar —

Entonces me dio esa media sonrisa suya.

—Debería decirte que no se puede suspender el entrenamiento. Debería decirte que cuando te golpeen los Uzcategui tendrás que aprender a correr herida. Debería ser más duro contigo Samantha.

Ese comentario me dio risa. Así que le sonreí por primera vez a Chris de forma honesta.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo has sido condescendiente conmigo?

Mi pelo estaba húmedo por mi baño, teníamos las ventanas abiertas así que cuando el viento entro por una de estas, me alboroto más el cabello si es que era posible.

Chris sostuvo uno de los mechones que se vino sobre mi rostro. Entonces mientras seguía sosteniendo mi mirada lo puso detrás de mi oreja.

Hay muchas formas en las que una chica se puede sentir cuando ocurre ese evento tan cliché. Nervios, horror, ternura. Amigos, lo que yo sentí en ese momento era lo más cercano al miedo que había podido sentir en toda mi vida. Y no era por el hecho de que el Chris tosco y rudo que conocía al parecer tenía otra faceta, no, era porque en vez de retirarme como se supone que tenía que hacer, seguí sosteniéndole la mirada.

Estaba fuera de mi mente.

—Pensé que no sobrevivirías ni a la primera semana de entrenamiento. Y aquí estás —Eso lo dijo un poco más suave. Contesté sin pensarlo, en ese momento mis neuronas se habían fundido y la Samantha Varsolé que había conocido toda mi vida estaba ausente.

—No podía irme. No puedo irme. No puedo fallar Chris. Es fácil decir que fracasaste y animarte a ti mismo diciéndote que lo intentaste. Pero no sería verdad, no puedes consolarte al menos de que lo intentes en serio. Y si eso significa amanecer todos los días con un hematoma nuevo, que así sea. No solo tengo que defender a mi familia, tengo que sacar esta rabia que siento —Mis palabras eran sinceras. Esa vez no intentaba ser sarcástica o que

él me admirara un poco. Era la verdad en bruto.

Él tragó saliva e hizo un pequeño sonido aclarando su voz.

—¿Crees que lo lograras matando personas Samantha? Te habla alguien que ha vivido con ese sentimiento toda su vida. No se irá, por más que te golpees, quiebres huesos, por más que grites o llores por las noches, no se irá. Te lo dije una vez y te lo repito. Si quieres irte, eres libre. Tu madre está viva después de todo.

Quería apartar la mirada. Pero nunca había sido una cobarde.

—¿Y crees que lo estará mucho tiempo si no hacemos algo? —Repliqué con voz altanera.

—No tienes que encargarte tú personalmente de eso —Respondió él en un tono dulce si es que esa voz podía tener un tono dulce.

Me eche a reír irónicamente.

—¿Tan mala alumna soy?

Ahí me regaló una sonrisa completa y genuina.

—Jamás he dicho que lo seas. De hecho, saltando las partes en que quieres molestarme, criticarme y/o cuestionarme. Se podría decir que aprendes rápido, tienes voluntad, inteligencia y estás adquiriendo cada vez más fuerza. Creo que eres la mejor alumna que he tenido.

Si mi fisiología me permitiera sonrojarme en ese momento de seguro lo hubiese hecho.

—Creo que es lo más parecido a un cumplido que me has dicho.

Levantó una ceja.

—Que no se te suba a la cabeza.

Su olor estaba desconcentrándome. Ya era difícil pelear con él cuerpo a cuerpo todo el tiempo. Tenerlo cerca, mirándome, hacía que todo fuese más difícil. Intentaba pensar mis palabras antes de decirlas pero no lo lograba. A él parecía estarle pasando lo mismo, estaba más relajado, más calmado conmigo cerca.

—Está bien, no se me olvidará que quieres deshacerte de mí Christopher.

Entonces algo extraño ocurrió, Chris echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Después, volvió a mirarme a los ojos y me tomó una de las manos que yo tenía puestas sobre mi herida mientras me volvía a mirar a los ojos.

—No quiero deshacerme de ti Samantha. Todo lo contrario, quiero que seas fuerte. No quiero que seas una de esas pérdidas fáciles de la guerra.

Quiero que sobrevivas, quiero salvarte .

Su contacto era cálido. Y ese miedo que había sentido en primera instancia se volvió a asomar. ¿Qué estábamos haciendo? ¿Ahora éramos amigos acaso? Era fácil tener un profesor guapo cuando nos odiábamos. Si nos hacíamos amigos... No podía pensar en eso.

Me salvé de tener que contestar a eso porque casi al instante sonó una corneta fuera de la propiedad.

Chris se separó de mí inmediatamente. Y me dijo con su voz de siempre y sin dirigirme la mirada si quiera:

—No te muevas.

Luego salió por la puerta.

Respiré profundo en tanto me recostaba en la silla mirando al techo. Junté las manos y me las puse sobre mi cara. ¿Qué estaba haciendo? Ese momento me había confundido, Chris y yo no éramos amigos, habíamos establecido muchas veces que en algún momento en los próximos meses, nos separaríamos y no nos veríamos más.

Con esa línea de pensamiento me levanté de la silla.

No podía dejar que mi confusión o lo que sea que había ocurrido en ese momento retrasaran mi entrenamiento. Tomé la glock que estaba en el mueble de la sala y la puse en la cintura de mi pantalón. Salí a la calle.

*Febrero*

*Madre escribiré rápido. Intentaré dejarte esta carta en la recepción del hotel, confío que a estas alturas ya me hayas rastreado y sepas conseguirla.*

*Hoy vi unos pequeños girasoles en las afueras de la recepción, son mis flores favoritas, las colocaré ahí, confiando que cuando pases por ese lugar, me recuerdes y te detengas un momento a ver las flores.*

*Necesito que te apresures, hoy Mentor llegó molesto, algo no había ocurrido como él esperaba. No me hizo daño porque estuve callada todo el tiempo y llamé por el nombre que él me indicó a todos los invitados que quiso.*

*También llegaron dos adolescentes nuevas, están tan asustadas como yo y les colocaron una ropa un poco corta y atrevida.*

*Anoche gritaron y lloraron. Mi miedo aumenta con los gritos. Creo que intentaré escaparme otra vez si sigo escuchando esos gritos.*

*Mentor dice que cada vez falta poco para encontrarme con mi verdadera madre, eso solo me da nauseas.*

*No he viajado más desde que nos instalamos en este hotel. Por eso aumenta cada hora mi esperanza de que me encuentres.*

*Te amo madre. Tu sangre me acompaña*

*EV.*

## CAPITULO VI

### ALIADOS

Cuando salí de la casa me encontré con una escena muy particular.

Verán, no toda mi familia vivía en el mismo pueblo. Mi tío Eduardo, tenía tres hijos de su matrimonio de los cuales solo uno había decidido ir a la guerra. Así que cuando vi a Atenea Varsolé llegar con mi primo William paré en seco.

Atenea Varsolé era la hija mayor de mi tío Eduardo, una hija que tuvo fuera del matrimonio. Tenía aproximadamente mi edad y era hermosa. Alta y rubia a diferencia de la mayor parte de mi familia. Sus mejillas eran increíblemente rosadas por lo que no necesitaba maquillaje alguno. Su cabello en ondas le llegaba hasta los hombros. Sus ojos eran marrones y siempre tenía una sonrisa en su cara, vestía un vestido muy corto que era gracioso comparado con el frío que estaba haciendo, Atenea no tenía el carácter de ser alguien que se quería involucrar en la guerra, así que no entendía que estaba haciendo ahí.

Mi primo William era todo lo opuesto, era más alto, quizá unos 5cm más bajo que Chris, pero a diferencia de Atenea era moreno de cabello negro, sus ojos color café y su pelo liso estaba perfectamente peinado hacia atrás. Contrario a Atenea vestía con un suéter y jeans color azul, oscuro ambos. William era el hijo mayor de mi tío Alberto, tenía 26 años. Al igual que mi tío siempre estaba serio, no serio nivel Christopher pero si como un poco enojado.

Manuel y él habían sido muy unidos, si yo estaba sufriendo no quería imaginarme como estaba él.

Él tenía motivos más que nadie para vengarse.

Estaban en la cima de la montaña, mientras me acercaba vi como William bajaba la cuerda con suma destreza mientras Chris ayudaba a Atenea a hacer lo mismo.

Sentí una puntada en el pecho a verlos. Siempre había sido posesiva, con mi familia, amigos... Siempre lo controlaba y disimulaba muy bien, ahora saber eso y sentir esa posesión hacia Chris me desconcertó un poco. Tal vez era el hecho de que estábamos haciendo creer que estábamos casados, o tal vez el hecho de que habíamos pasado bastante tiempo viéndonos solos, en

fin, no me gustó saber que quien llegaba a la casa era Atenea y mucho menos me gustó ver a Chris ayudarla a bajar la montaña.

Corrí un poco para saludar a mis primos. A tiempo para que Chris terminara de bajar la cuerda. Recordé que la primera vez que bajé esa cuerda estaba asustada y Chris me había ayudado, ese día me había terminado de bajar poniendo sus manos en mi cintura. Pensé que haría lo mismo con Atenea; sin embargo, se abstuvo y William hizo el trabajo.

Admitiré que eso me llenó de regocijo.

Entonces después de mucho tiempo vi a William. Más que con Atenea, Will y yo teníamos una relación cercana, era como el hermano mayor que nunca tuve. No pude controlarlo, a penas nuestros ojos se encontraron corrí hacia él.

Consideraba a Will una persona seria pero muy dulce por dentro. Abrió sus brazos y me tomó del suelo, dando vueltas conmigo en el aire.

—¿Cómo estas malvavisco? —Preguntó con su voz gruesa de hombre pecho peludo.

Siempre me había llamado así y no pude quitarle la costumbre. Estaba feliz de verlo. Olía a familia, olía a mi hogar.

—No puedo crees que estés aquí ¿Dónde has estado? —Pregunté sonando un poco histérica.

William sonrió.

Su sonrisa era hermosa. Esa sonrisa le había conseguido muchas chicas a lo largo de su vida, eso y que tenía un cuerpo de infarto.

—Estuve en la playa. Tucacas, los cayos. Cuando mi padre me dijo que tendríamos que venir a este infierno casi llore... Casi llore hasta que te vi aquí. ¿Qué haces tú aquí Sam?

Fue entonces cuando recordé que Atenea y Chris estaban ahí. Voltee a mirar a Atenea.

—Hola prima —Dije en seco.

Atenea y yo nunca habíamos sido cercanas. Ella vivía en Mérida, mientras yo viví a 50 minutos de donde estaba ella toda mi vida, para después poner varias horas de distancia entre nosotras. No obstante, era mi familia. Ella era dulce y cariñosa, la quería. Solo que mi relación con William era especial.

Atenea y yo nos abrazamos.

—Samantha, ¿qué haces aquí? —Las palabras en el tono dulce de

Atenea salieron. Atenea tenía esas voces que sabías que siempre te hablaban con la verdad.

—Lo mismo que ustedes supongo. Luchando por mi familia —Dije sin explicar mucho.

Entonces me alejé de Atenea y me puse al lado de Chris. Chris estaba estoico como siempre, no podía saber si estaba feliz o molesto por la compañía de William y Atenea. Me pregunté una vez más dónde dormirían ellos.

Por otro lado Atenea y William se estaban mirando un poco extraño. Era una mirada de complicidad y secretos, al mismo tiempo de odio. William y Atenea debían haberse conocido hace poco. William entrenó junto a mí cuando vivimos juntos en el pueblo, cuando yo me fui a Caracas, él se fue conmigo y después por motivos personales se fue a Colombia a vivir. Cuando vivíamos en el pueblo no viajábamos a Mérida por mi entrenamiento. Así que jamás habían coincidido. Después de todo, a mi tío Eduardo no le gustaba mucho el que Atenea y sus sobrinos frecuentaran, no me extrañaba que se llevaran mal, si para Chris era difícil entrenarme a mí no quería imaginar lo difícil que era para Will entrenar a alguien como Atenea.

Noté que tanto Will como Chris tenían bolsos pesados a sus espaldas. Por lo que les hice ademán para entrar a la casa.

Caminamos el trayecto en un silencio incómodo. Y en cuanto entramos a la casa Chris dijo:

—Will espero que no te moleste dormir en el Sofá, Atenea, dormirás con Samantha.

Me molestaba que tomara esas decisiones sin decirme, aunque claro, era la manera más lógica de distribuirse.

Vi la comida del desayuno en la mesa. El café de Chris ya estaría frío al igual que los panes.

—Parece que llegamos en mal momento —Dijo Will mirando la comida.

Eso sirvió para que yo recordara el momento incómodo en el que Will y Nea habían llegado. Evité la mirada de Chris mientras decía algo entre dientes sobre que no interrumpieron nada y le pedía a Atenea acompañarme al cuarto.

La siguiente hora sirvió para que tanto Atenea como yo nos bañáramos otra vez, habláramos un poco de cosas triviales y reacomodáramos mis cosas

para poner cosas de ella.

Tenía más ropa que cuando llegué. Chris me había comprado mucha puesto que la que tenía antes había sufrido mucho por los entrenamientos. Eso sumado a la ropa que Chris compró para cuando hiciéramos de esposos... En fin, tenía mucha ropa y no me había dado cuenta hasta que Nea me lo señaló.

Poco después salimos. Chris seguía con la misma ropa de la mañana, una camisa blanca de algodón con un pantalón deportivo color negro a juego.

Chris estaba hablando algo en secreto con William, quien vestía ahora una ropa similar a la de Chris, solo que color azul oscuro.

A penas puse un pie en la sala, Chris dijo su frase favorita.

—¿Entrenamos?

Todos nos dirigimos afuera. Tenía curiosidad por saber cómo entrenaríamos ese día. Pensé que Chris me diría que entrenara con Will o con Atenea para variar. Pero como todo lo que tenía que ver con ese hombre, me equivocaba.

A penas llegamos al terreno donde generalmente Chris y yo entrenábamos. Chris me detuvo antes de ponerme en posición defensiva.

—William, deberías enseñar a Atenea a subir la cuerda. Es cuestión de supervivencia

Conocía a Will. Odiaba que le dieran órdenes, se notó en su mirada cuando se oscureció y en sus manos al ponerse en puños. A primera vista pensarías que Will ganaría una pelea entre Chris y él. Will tenía más músculo pero Chris tenía mayor rapidez, y si no tenía más músculo era porque él lo quería así, Chris era una persona grande, solo su estructura ósea le hacía incómodo pasar por una puerta normal, a eso sumado su tamaño de músculos... era una máquina asesina. Will, por otro lado, era alto, más pequeño que Chris aunque tenía tres veces más músculo que el anterior. Por más que deseaba ver que alguien pusiera a Chris en su lugar, no quería que mi primo se peleara con él.

Me acerqué a Will y lo tomé del brazo.

—Primo, Chris tiene razón si alguien llegara a atacarnos aquí por tierra, desapareceríamos en un segundo por la cuerda. Si atenea nos retrasa, estamos muertos.

—Ella estaría muerta. Nosotros nos iríamos —Dijo Chris tajante.

Le di una mirada asesina. Su comentario me hizo recordar porque lo

odiaba en primer lugar.

Miré a Will suplicante.

Entonces vi su semblante relajarse. Me miró a los ojos.

—Entonces muéstrame malvavisco. Tienes brazos firmes, supongo que ya sabes subirla.

Sonreí y me dirigí a la cuerda.

Con lo que no contaba era con las siguientes palabras de Chris.

—Ella no tiene que demostrar nada.

Me había hecho subir diez mil veces esa cuerda las últimas semanas y la única vez que iba a hacerlo por la buena voluntad de mi corazón, me detenía. Definitivamente, los sentimientos de odio volvieron a mí en ese momento.

Lo ignoré para no entrar en conflicto. Puse mis manos en la cuerda y escalé.

Me tomó menos de 3 minutos llegar a la cima, miré a Will, le piqué el ojo y volví a bajar.

Will me abrazó apenas llegué abajo.

—Bueno que no se diga que estos días no te han servido.

Sonreí, era bueno por primera vez tener apoyo.

—Atenea, deberías venir y aprender.

Atenea tenía un pequeño short cubriendo sus piernas y una camisa de algodón. Se veía un poco intimidada por la situación.

Miró a Will nerviosa.

—Atenea, ven —Repitió Will.

Atenea fue.

No supe qué pasó entonces con ellos porque comencé a entrenar con Chris en el circuito. Estaba siendo más lenta, mi cadera me dolía y no podía esquivar los golpes de Chris cuando fuimos a la colchoneta. Caí muchas veces al suelo y el seguía intacto. Caía y me levantaba, después volvía a caer.

Hubo un punto en que Chris me golpeó en el estómago, no pude esquivarlo y caí al suelo.

—Maldición Chris.

—Tienes que ser más rápida. Pueden matarte.

Puse mis manos en la cara mientras decía:

—Tengo un golpe en la cadera. Soy lo más rápida que puedo.

—Pues súmale dos —Dijo él sin misericordia.

Era como si lo que me había dicho anteriormente le hubiese afectado

tanto que ahora necesitaba probarse a sí mismo que era un profesor estricto.

—No puedo. Practiquemos tiro —Dije, llamando a su lado clemente.

Sorprendentemente Chris me hizo caso y fuimos a la casa por la pistola de él, nos dirigimos a los tablonos dejando a Will y Atenea en la cuerda.

A diferencia de la primera vez, solo disparaba a los *unos*. Y unas pocas veces directo al blanco. Era muy buena, como en los viejos tiempos, siempre acertando. Terminé los ocho objetivos rápidamente y cargué el arma esperando el comentario de Chris.

Ya la vibración no me hacía saltar ni el ruido me dejaba sorda. Me había vuelto a acostumbrar al peso del arma y a como se sentía dispararla. Bajé la pistola, contenta con mis resultados.

—Perfecto, ahora otra vez.

Por mas increíble que pareciera, logré acertar otra vez y las siguientes cinco veces que pasaba, Chris me cambiaba de sitio los tablonos y aun así acertaba en el 1 o en el blanco. Nunca logré darle a todos los blancos en una misma ronda, sobre todo en el tablón 8 que era el más difícil. No me importaba, lo estaba haciendo bien.

Me fijé que ya estaba anocheciendo. Chris tomó mi mano y me quitó el arma.

—Mañana conseguiré algo más difícil que esto —Dijo y su voz sonó alegre.

Claro, Lo más alegre que la voz amargada de Christopher podía sonar.

Un inmenso orgullo por mí misma me embargó. Estaba feliz.

Tenía hambre, no habíamos desayunado ni almorzado así que nos dirigimos a la casa, justo para encontrarnos con un deficiente combate entre Will y Atenea.

Atenea golpeaba el brazo de Will mientras el solo decía:

—Con más fuerza Nea.

Su puño estaba mal, su postura estaba mal. Es más, si Will empujaba un poco ella caería estrepitosamente en el suelo.

—Su entrenamiento es un asco, harás que la maten —Interrumpió Chris.

Entonces Atenea y Will se detuvieron. Will miró a Chris como si fuera su mayor enemigo.

—¿Disculpa? Prefiero que aprenda a dar un golpe a dejarla herida como dejas tú a mi prima, pero ¿te dije algo? No, no lo hice porque mi padre me dijo que la entrenarías para algo importante. Así que te pido respeto por lo

que estoy haciendo

Chris cruzó sus brazos e hizo esa sonrisa que sabía que Will odiaría tanto como yo.

—Tu prima te haría caer al suelo en menos de dos minutos gracias a esos morados que se ha ganado con esfuerzo. Crees que evitando dolor ayudas a Atenea pero te equivocas, la estas matando —Esto Chris lo dijo sin rastro de emoción. Era como si estuviese leyendo un reglamento o un mandato. Frío y estoico.

Will se alejó de Atenea y se fue hacia donde estaba Chris.

—¿En serio? Con lo adolorida que está no podría ni lanzar un golpe. Y está así porque no la dejas descansar.

—No la dejes descansar porque la guerra no descansa. Me imagino que este último mes en la playa para ti fueron vacaciones, descanso y playa ¿no? Pues adivina, aquí hemos trabajado de verdad y no descuidándonos —Por primera vez Chris alzó el tono de su voz.

Entonces Chris miró de arriba abajo a Will con desprecio.

—Te aseguro que Samantha puede contigo.

Atenea y yo estábamos paralizadas mientras ellos hablaban. La verdad es que tanto Atenea como Will estaban muy bronceados y sus pieles estaban muy bien tratadas como para haber estado entrenando, tal como decía Chris parecían venir de unas buenas vacaciones.

—Acepto —dijo Will, la furia en su voz.

Fue cuando las palabras que había dicho anteriormente Chris entraron en mi cerebro.

Miré a Chris.

—Estás loco si me pides que pelee con Will.

Primero, Will era todo músculo. Segundo, jamás había peleado con alguien que no fuera Chris y tercero, si perdía me sentiría mal por perder y si ganaba, me sentiría mal por darle la razón a Chris.

Chris me sonrió.

—No te lo pido. Lo harás. Si no peleas o si pierdes, me niego a entrenarte más y dejaré que Will lo haga.

Sabía que hablaba en serio. A Chris le daba igual entrenarme o no. No quise que Will lo notara pero no quería que eso ocurriera. Atenea era puro hueso, Will no la había entrenado ese mes, era tímida, no sabía siquiera dar un golpe y menos escalar una cuerda. William era mi primo pero a primera

vista se veía que era un mal maestro, tal vez Chris era un animal pero al menos había podido enseñarme unas cuantas cosas. Sabía que Chris decía la verdad, según él, ya había aprendido las cosas básicas, si dejaba mi entrenamiento hasta ahí ya habría cumplido con su palabra ante mi tío.

Estiré mis hombros, miré a Will con cara de disculpa y me puse en posición de combate.

Will me miró con asombro y repitió mi posición.

Cuando Atenea y Chris se alejaron, Will fue por mí.

Chris me había enseñado a predecir a mi oponente así que giré hacia la derecha antes de que Will llegara a mí. Will intentó delicadamente tomarme de la cintura para tirarme al suelo por lo que puse mi brazo para detener el suyo y tomé impulso para golpearlo en el estómago.

Will no se lo esperaba y se echó hacia atrás con dolor, aproveché para impulsarme con la otra pierna y golpearlo en el hombro. Will reaccionó rápido y tomó mi pie en el aire.

William sabía mucho sobre defensa personal, había sido instructor en un gimnasio cuando volvió de Colombia, además había estudiado karate cuando era un niño, por tanto supe que intentaría hacerme una llave extraña en ese momento.

Antes de que pudiera hacerme algo, dirigí mi puño a su mandíbula. Chris me había enseñado que el lugar más seguro para golpear a un hombre en la mandíbula era en el lugar que estaba entre la oreja y la mejilla pues no lastimaría mi mano y le dolería como el demonio.

Hecho esto Will soltó mi pie y me eché hacia atrás para que no pudiera volverme a agarrar.

Caminamos en círculos.

—Lo admito primita, te subestime. Discúlpame si voy con todo.

Genial. Lo que estaba probando era solo una fracción de Will.

Will intentó derribarme de una patada pero mis reflejos eran rápidos y salté; sin embargo, él ya se esperaba eso y me golpeó en el abdomen.

Caí en el piso. No le presté atención al dolor y me levanté en una rodilla, entonces con mi pierna libre le hice una zancada que no se esperó. Cayó al suelo. Antes de que se levantara puse mi pie en su hombro en un lugar que había aprendido que ejerciendo la suficiente fuerza, podía causar un dolor muy grande.

Will gritó.

Recordé que aún tenía la glock en la cinturilla de mi pantalón. Me levanté rápido y apunté a Will. Entonces dije:

—Muerto.

Un pequeño silencio nos inundó a todos.

Cuando se hizo evidente que le había ganado a Will bajé el arma. Mi cuerpo estaba muy pero muy adolorido. Aunque había probado un punto, sabía que Will no había puesto toda su fuerza en mí para no maltratarme.

En ese momento entendí los entrenamientos de Chris. Por más que supiera disparar un arma, una persona como Will aún podría matarme en un pestañear de ojos.

Miré a Chris.

El solo asintió.

No me debió doler pero lo hizo. Había puesto toda mi energía en probar su estúpido punto y el solo asentía. Ese era mi error, buscar su aprobación. No necesitaba la aprobación de Chris, ni de él ni de nadie.

Will se levantó a mis espaldas.

—Bueno primita. Unos meses más y podrías ser mortal —Dijo riéndose un poco.

Estaba adolorida. Así que solo sonreí.

Miré a Atenea, nos miraba a todos con sus ojos marrones como si fuésemos bichos raros, tragaba saliva una y otra vez frotándose los brazos con nerviosismo. No solo estaba impresionada, estaba aterrada. Me pregunté otra vez qué quería sacar en la guerra, después de todo, casi no conoció a Manuel, ni a Manuel ni a ningún Varsolé. Tenía nuestra sangre y apellido, era nuestra familia pero no nos conocía. Su personalidad no era del tipo que peleaba. Así que era difícil comprender qué hacía ahí.

Guardé mis pensamientos para mí misma y me dirigí a la casa.

Chris y yo nos fuimos a la cocina como de costumbre mientras los demás se fueron a bañar. Hicimos la cena como siempre y llevamos todo a la mesa.

Ni Will ni Nea salieron.

Nos miramos, nos encogimos de hombros y comenzamos a comer.

Chris estaba en la cabecera y yo estaba a su lado en la mesa, comíamos lado a lado y en silencio. No era un silencio incómodo, todo lo contrario. Estábamos cómodos simplemente haciendo silencio. Nos habíamos acostumbrado a nosotros.

Al poco tiempo Atenea llegó y con una mirada de vergüenza se dirigió a su asiento a mi lado. Me extrañé por su actitud, Tal vez le apenaba no haber cocinado, no importaba en realidad. Estaríamos ahí un buen tiempo y ya quedaba rato para devolvemos el favor.

Will llegó después, con la misma cara que Atenea y se sentó junto a esta a comer. Noté que ambos evitaron deliberadamente sentarse al lado de Chris. He de admitir que me molestó un poco su apatía, al igual que me molestaba estar defendiendo a Chris cuando yo sabía que era detestable.

Cuando terminamos de comer Will alzó la voz:

—Tenemos instrucciones de mi padre. Sobre el hombre que murió hace unos días.

—¿Y hasta ahora lo dices? —Pregunté desconcertada y molesta.

—Quería comer primero. Mi padre me llamó mientras me bañaba — Dijo William disculpándose.

Me fijé en que Atenea tomaba rápidamente el agua que estaba en su mesa, obviamente estaba muy ansiosa por las noticias que Will iba a dar.

—¿Y bien? —Le pregunté a Will, ahora un poco ansiosa también.

Will empezó a hablar pausadamente.

—Comenzamos buscando cualquier cosa importante que tuviese el hombre que asesinaron. Marca de auto, casa, deudas, sus relaciones personales... En fin, encontramos que es divorciado. Hace 1 año aproximadamente se divorció, divorcio en buenos términos. Esperaron el tiempo adecuado, adecuada repartición de bienes... Nada fuera de lo normal...

—Lo que quiere decir que no tenemos nada —Afirmé decepcionada.

Sin prestar atención a mi interrupción, Will prosiguió.

—Excepto que tenía un seguro de vida a nombre de su ex. A mí particularmente me pareció dramático que su ex —esposa lo matara por un carro y un negocio sin mucha prosperidad por tanto pedí a Rafael seguir investigando y descubrimos el nombre de la aseguradora.

Fue el turno de Chris de hablar por primera vez.

—Déjame adivinar, SECMECA.

Entonces mis tres acompañantes pusieron la cara más seria del mundo. Como si tuviesen entre ellos el secreto de la vida eterna y no supieran que hacer con el. Si las palabras de Chris tenían que lograr el mismo efecto en mí, no lo hicieron.

Miré a Chris.

—¿Se supone que eso tiene que decirme algo? —Le Pregunté un poco confundida.

Chris miró al techo y después me miro. Su mirada era aburrida y seria. Pero podía ver por su expresión corporal que en realidad estaba muy molesto por lo que había escuchado.

—SECMECA es una empresa de seguros cuya sede y dueños están en la ciudad. Hace tiempo descubrimos que los Uzcategui recientemente cambiaron los seguros no solo de ellos, sino de todos sus trabajadores a esta empresa. No solo eso, el presidente de la empresa se va a casar con la hermana menor de Francisco Uzcategui.

Recordé que Francisco Uzcategui era el cabecilla de la familia.

—¿Por qué no me habías contado esto? —Imité un poco el tono de Chris cuando estaba molesto, soné seria y condescendiente. Para nada dolida porque me haya estado ocultando información.

Me miró detenidamente.

—Me dijeron que te entrenara no que tenía que contarte de cada cosa que descubriera.

—Estoy en esta guerra tanto como tú —Dije en Reproche.

Entonces se echó a reír en mi cara irónicamente.

—¿Qué es tan gracioso? —Me alteré un poco y levanté la voz.

—No se entra en esta guerra hasta que hayas asesinado a la primera persona Samantha.

Viré mis ojos. Ya me tenía molesta cuestionando mi participación en la guerra.

—¿Y ya tú lo hiciste? —Contesté desafiante.

Chris quedo en silencio, después con toda calma, cambiando el tema dijo:

—Samantha, SECMECA no es solo una aseguradora, sabemos que manejan drogas y tráfico de mujeres. SECMECA no solo es una empresa multimillonaria, está más allá de la justicia. Lo que ellos hagan, la ley lo pasa por alto

*Como todo en este país, pensé.*

—Los Uzcategui no solo lograran un respaldo legal con esa boda, también tendrán uno económico. Pueden lograr lo que nunca han logrado — Interrumpió Will.

—¿Y eso es? —Pregunté

—Nuestros datos. Somos menos, pueden acceder a las personas correctas y obtener información, no solo de los que estamos participando en la guerra, también de los que no están en ella.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al escuchar esas palabras. No me importaba lo que me ocurriera, yo había sido la loca que había decidido meterse en el lío de la guerra. Pero mi madre, mis otras primas, ellas no tenían nada que ver.

—Hay algo que no entiendo. ¿Qué ganan los dueños de la empresa con esto? Después de todo es solo una boda, ¿Qué pueden ofrecer los Uzcategui?

—Los Uzcategui les ofrecen sus negocios. SECMECA les da respaldo y los Uzcategui les dan acceso a la pequeña parte del país que SECMECA aún no ha corrompido —Me contestó William.

Quedé un segundo en silencio, luego, otra pregunta vino a mi mente.

—¿Qué tiene que ver el primo de Jeremías con esto? —

—Eso es lo que tenemos que averiguar prima.

Me quedé pensativa unos segundos. Qué casualidad haber estado justo en el lugar donde mataron al primo de Jeremías, si no hubiese sido por eso, Will nunca hubiese tocado el tema delante de mí y Chris no se hubiese visto obligado a contarme de estas personas que estaban tan cerca. Francisco, SECMECA todo era muy confuso...

—Espera, ¿desde cuándo sabes todo esto Chris? —Pregunté de repente.

—Lo de SECMECA lo sabemos hace meses Samantha, que tú a penas te enteres de la guerra no es mi...

—Chris cállate —Ordenó William

Algo no me estaban diciendo. Chris siempre me hablaba como si la guerra tuviese mucho tiempo, no solo eso, lo de SECMECA no era un secreto. Los miré a todos en busca de respuestas, pero evitaban mi mirada. No me dirían nada, por tanto tenía que averiguarlo por mí misma.

—Se supone que tengo que averiguar cuál es el trato de los De Achille, los dueños de SECMECA y los Uzcategui, por eso fuimos ese día a casa de Jeremías, tu tío cree que hay algo más que prestigio detrás de todo este trato. Solo que en vez de encontrar una respuesta, encontré una nueva variable. No sé dónde encaja el primo de Jeremías en todo —Habló Chris, concediéndome lo que él pensó era una explicación.

Mi cabeza estaba confundida. Era mucha información que digerir.

—Querrás decir tenemos —Corregí.

—¿Disculpa? —Me dijo Chris con tono de ofensa.

—Querrás decir tenemos que averiguar. No eres el único que Eduardo mandó aquí, si nos enviaron a los dos, es porque los dos somos útiles.

—Te enviaron a que entrenaras, que tú hayas estado presente el día en que murió y que conseguiste el papel no quiere decir que te tengo que decir todo Samantha —Me respondió Chris indignado.

Me estaba cansando de sus juegos. Era como si cada batalla que ganara contra él iniciara dos más. Si no fuera por mí él no se hubiese dado cuenta...

—¿A qué te refieres con el papel que conseguí? —Pregunté, cayendo en cuenta de su afirmación anterior.

Chris quiso levantarse de la mesa pero coloqué mi mano en su brazo.

—¡Christopher! —Grité perdiendo la paciencia.

Chris me miró y suspiró. Después pasando sus manos por su cabello, dijo a regañadientes:

—Cuando te dio tu crisis nerviosa tenías un papel en la mano. Pensé que se lo habías quitado al primo de Jeremías antes de morir, lo oculté de la policía, podía contar como evidencia y nosotros lo necesitábamos.

—¿Cuál crisis nerviosa? —Preguntaron Atenea y Will al mismo tiempo, la preocupación en sus voces.

Miré a Will, me miraba en la mesa haciendo una pregunta silenciosa. Negué con la cabeza, haciéndole creer que Chris solo exageraba. No quería hablar de eso, no quería revivir el pasado. Sobretudo, no quería que Will y Nea se enteraran de lo que había ocurrido ese día. Por otro lado, tenía una nueva pregunta en mente.

Ignorando la pregunta de mis primos continué hablando con Chris como si ellos no existieran.

—¿Qué información contenía el papel y dónde está? —Exigí.

Chris me miró a los ojos. Estaba enojado, no le gustaba compartir información y yo no lo dejaba salirse con la suya. Intenté mostrarle que yo también estaba molesta y que no me daría por vencida.

—No había nada importante, era solo una página en blanco.

Seguía ocultándome algo, lo averiguaría con el tiempo. Estaba segura. No indagué más y dije:

—Estoy en esto tanto como tu Chris y si hay algo que yo pueda hacer lo haré.

Fue el turno de William de interrumpir.

—De hecho malvavisco, hay una forma en que puedes ayudar.

—Eso es indiscutible —Dijo Chris antes de que Will continuara.

Lo miré enojada.

—Nada es indiscutible Chris. No tienes derecho a ordenarle a mi primo que pueda o no decirme —Dije, mi paciencia terminándose finalmente.

Asentí hacia Will.

Will estaba aguantando las ganas que tenía de pelear con Chris. Eran dos hombres de la misma edad luchando por el control de la situación. ¿En qué habían pensado mis tíos al poner a esos dos juntos?

—Sam, Sabemos que darán una fiesta por el aniversario de SECMECA y la unión de los Uzcategui y De Achille en un restaurante que abrieron las dos familias, todos, Uzcategui y De Achille estarán ahí, sería de suma importancia infiltrarnos.

Sin siquiera pensarlo respondí.

—Entonces hagámoslo —Dije sin ver la complicación.

Chris continuó el relato de Will.

—No es tan fácil. Como te dije, Los De Achille manejan muy bien su seguridad, no puede pasar nadie sin invitación.

—Y ¿Cómo la conseguimos? —Preguntó Atenea, decidiendo hablar por primera vez.

Will me miró condescendentemente.

—La esposa de Francisco Uzcategui visita diversos lugares de élite en la ciudad. Es una mujer celosa de su esposo por lo que es difícil que haga amigas, no está activamente en la guerra así que no podemos hacerle ningún tipo de daño. Francisco Uzcategui no la deja acercarse mucho a los hombres así que necesitamos que Clara la convenza de meternos a los 4 a la fiesta.

Will me estaba pidiendo que hiciera mi papel de Clara Smith para lograr colarnos a la fiesta. Estaba bien, podía hacerlo. Lo que no entendía era: ¿Por qué era tan importante ir la fiesta?

—¿Qué haremos una vez que logremos entrar a la fiesta? —Pregunté.

Will me sonrió.

—Lo más probable es que Emilia esté en esa fiesta, los Uzcategui harán creer que es parte de ellos, la rescataremos. En caso de que no esté ahí formatearemos todos sus teléfonos, tendremos la información de su ubicación y sabremos quién es el asesino de Manuel. Más importante, tendremos sus

ubicaciones e identidades. Nos deben una vida Sam y si es posible esa noche la tomaremos.

Respiré profundo, encontrar a Emilia y al asesino de Manuel es lo que había querido desde el principio. No me importaba como iba a conseguir esas invitaciones, yo lo haría.

—Está bien, lo haré.

Chris entonces se comenzó a reír.

—¿Cómo lo harás exactamente? Si uno de los guardaespaldas de Claudia Uzcategui tiene al menos una duda sobre quién eres, te asesinarán.

—Entonces me defenderé —respondí simplista.

Atenea habló entonces.

—Arreglaré a Sam de modo que podamos hacer de Clara y Samantha dos personas diferentes. Claudia Uzcategui lleva su mismo nombre, siempre lo hemos sabido. Se hará amiga de Clara al saber que tiene esposo, Clara tendrá cosas en común con ella, puedo descargar en menos de 5 minutos todos los lugares que Claudia ha visitado en los últimos días.

Esa era Atenea. Era optimista y feliz. Necesitaba contagiarme un poco de eso.

Atenea entonces me sonrió, si quería una aliada en esa casa, en ella la tenía.

Le sonreí de vuelta y sin darle una mirada más a Chris, me dirigí a mi habitación.

Al poco tiempo Atenea entró en la habitación. Con ella ahí, la habitación se veía más pequeña, nuestras cosas estaban unidas en el tocador y el armario. Nos tocaría dormir juntas en la cama, lo bueno era que se trataba de una cama gigante lo suficiente para albergar a 5 personas juntas. Me quité los zapatos y me senté en ella.

—Entonces, ¿Me harás irreconocible?

Atenea me miró de arriba abajo, se encogió de hombros y se sentó conmigo en la cama sin zapatos.

—Traje mi secadora de cabello. ¿Hace cuánto no te lo arreglas? No podrás mantener la mirada de Chris en ti con ese cabello prima, si te bañas puedo acomodártelo y...

—¿De qué mirada estás hablando? —Pregunté interrumpiéndola.

Entonces sonrió.

—No deja de mirarte prima. Ni tu dejas de mirarlo a él. Deberías

disimular un poco o Will se dará cuenta.

—¿Cuenta de qué? —Pregunté confundida y perdida.

Atenea me sonrió más grande. Mostrando sus perfectos y blancos dientes.

—Si quieres jugar a hacerte la loca, está bien por mí. Ten en cuenta esto, has estado aislada con este hombre increíblemente bello todas estas semanas, llega otra chica más arreglada que tú y él aun así no te quita la mirada de encima —Atenea se encogió de hombros.

Lo que decía Atenea no tenía sentido. Si Chris y yo nos mirábamos es porque estábamos acostumbrados a hacerlo. No había más ahí. No me molestó el comentario de que ella estaba más arreglada, más que un comentario de presunción fue una afirmación honesta.

—Atenea, tu sabías sobre SECMECA, ¿Sabes más sobre todo esto cierto?

Entonces ella suspiró. Se movió a donde estaba su bolso, entonces de ahí tomo un cuaderno y un lápiz.

—Te daré un pequeño resumen sobre lo que sé.

Mi corazón dio un salto, necesitaba información y ella estaba dispuesta a dármela.

—Ya te hablaron de Francisco Uzcategui. Es la cabeza de familia. Como es Tío Alberto para nosotros. Dirige todo, hace los negocios. Se encarga de que cada mujer de su familia que no está en la guerra este bien escondido. Tiene una hermana, Agustina, que se va a casar con Diego Achile, dueño mayoritario de SECMECA. Mientras Agustina tiene como 40, Diego tiene casi 60 años.

Bien, era una diferencia de edad muy grande.

—Agustina ya había estado casada antes, tiene tres hijos. Gabriel, Maximiliano y Benjamin. Los tres están activos en la guerra, deben tener 16, 19 y 21 años respectivamente. Su padre murió de cáncer hace varios años...

>>Francisco Uzcategui se establece en esta ciudad. Es dueño de varios negocios y conoció a Diego De Achile hace aproximadamente un año en una fiesta. Se hicieron socios, y la familia de Achile se volvió una familia asociada.

Ahí interrumpí a Atenea.

—¿Qué es una familia asociada?

Me sonrió.

—Son familias que no están en la guerra; sin embargo, participan a cambio de algo. Un socio, un favor, cualquier cosa. Después de todo, los Uzcategui lo tienen todo. Económicamente, comparados con ellos no somos nada.

Esa información era nueva. Los Uzcategui tenían más recursos, eran más poderosos. A diferencia de nosotros, ellos no se ocultaron esos años, trabajaron juntos para que su fortuna se hiciera mayor.

Mi familia tenía una empresa de arquitectura. Diseñaban edificios a nivel nacional. Éramos prósperos, casi ricos, tan rico como se podía ser en el país sin ser parte del gobierno. El que Atenea dijera que no teníamos recursos comparado con los Uzcategui me preocupó.

Atenea entonces se dirigió a su computador. Atenea era increíble buscando información sobre personas, en menos de 10 minutos encontró todo lo que podía sobre Claudia Uzcategui. Otra vez tomó su cuaderno e hizo un bosquejo sobre temas que entablaría con ella.

Ahí entendí que hacía Atenea en la guerra, no era un Activo ni una guerrera. Era una persona excelente en el manejo de computadoras que podía ser una buena cooperadora. Era la Paz cuando las cosas se ponían difíciles, y a partir de ese momento se hizo mi amiga.

Cuando terminamos Atenea me dijo que iría a entrenar un poco con Will, yo solo asentí y entré a bañarme, después de todo, Atenea tenía que cambiar mi imagen.

*Febrero.*

*Madre. Malas noticias. Mentor me dijo que habían ocurrido cosas malas y que por eso mi madre nueva y yo no nos veríamos en un buen tiempo.*

*Al principio pensé que esas eran buenas noticias. Pero el enojo de mentor y los gritos de las demás chicas me hicieron ver que no es así.*

*Hoy me trajeron una pila de libros. Dijeron que tenía que instruirme, que no podía seguir analfabeta.*

*La verdad es que ya me estaba aburriendo de solo escuchar el tic tac del reloj, de limpiar e intentar averiguar qué le hacen a las demás chicas.*

*Hoy, cuando me llevaron a almorzar vi unos escalones que llevaban a una avenida. Me pregunto qué ocurriría si mañana a la hora del almuerzo siguiera los escalones al exterior, ¿Seré esta vez tan rápida para escapar de mentor?*

*Nada pierdo intentándolo.*

*Tu sangre.*

*EV.*

## CAPITULO VII

### MISIÓN.

Mi baño duró aproximadamente dos horas. Atenea tenía razón, estaba muy descuidada. Aproveché ese tiempo para pensar en la nueva información que tenía. Un plan comenzó a formarse en mi mente, claro, para hacerlo realidad necesitaba de la ayuda de Chris, persona que tenía como única misión en la vida contradecirme. Ese hombre me detestaba de forma gratuita.

Nea decía que no apartaba la mirada de mí. Resoplé, tal vez se quedaba viendo mi cabello que como Nea y el mismo Chris había dicho una vez, era un desastre.

Fui a mi habitación, me coloqué un pantalón y un jersey color negro. Vi en la cómoda el secador de cabello de Nea, lo tomé y me acomodé mi cabello.

Veinte minutos después una nueva Samantha me veía en el espejo. Nea entró en mi habitación y me dijo:

—Pensé en que podíamos quitarte los mechones rubios, después pensé que era mejor oscurecerte el cabello cuando todo esto acabe. Intentaré darte un vislumbro de cómo te verás, después saldré a conocer la ciudad con Will —Sin decir palabra más Tomó mi pinza de cejas y las acomodó.

Nea era una verdadera princesa de la belleza, después procedió a tomar su estuche de uñas. Cortó, limó y pintó mis uñas color vino.

Me volví a ver en el espejo. Me parecía mucho a la Samantha que habían llamado para que regresara a casa hacía casi dos meses, me parecía y a la vez me desconocía, era más delgada, había perdido la sonrisa que antes siempre llevaba.

Sonreí, entonces me di cuenta de que tenía un mes y un poco más sin usar maquillaje.

Como leyéndome los pensamientos, Nea me hizo señas para que fuese a la cama mientras ella buscaba su propio bolso de maquillaje.

Nea estuvo mucho tiempo arreglándome, se suponía que era solo una pequeña probada de quien sería Clara Smith. Tenía que verme menos como una matona y más como una mujer de ciudad.

Terminó y me pude ver en el espejo.

Una Samantha nueva me saludaba. Estaba hermosa, mi cabello había crecido y al verme más delgada la ropa me quedaba mejor. Entonces Nea me pasó una cajita blanca con forma ovalada.

—¿Qué son estos? —Pregunté al abrirla.

Nea sonrió.

—Tengo lentes de contacto de todos los colores. Esos son color verde. Cuando hayamos desaparecido y describan a Clara Smith lo harán como una rubia de ojos verde, delgada y que ama usar jersey cuando la realidad es que tienes el cabello y ojos castaños y no usaras más nunca un Jersey.

Suspiré

—Está bien. Igual hoy no es necesario ponérmelos, no saldré hoy. Ni siquiera he hablado con Will sobre a qué hora y donde me encontraré con Claudia.

—Oh, ya hablé con él. Es un nuevo restaurante en la ciudad, sus puertas abrieron ayer y Claudia no evitará visitarlo pronto. Desearía ser tan valiente como tú, el solo pensar en hacer un trabajo de ese tipo, no sé, no soy buena mintiendo, mucho menos actuando.

Me sentí valorada 5 segundos por Atenea y eso me hizo feliz. Me vi una última vez en el espejo y salí a buscar a Chris a la sala mientras Atenea se veía con un Will recién bañado en el pasillo y salían de la casa.

Envidiaba en parte a Atenea. Era demasiado perfecta, había estado entrenando dos horas y se veía espectacular, tanto así que podía salir con Will a esa hora sin bañarse y aun así no dejar de verse bien. Mientras yo, entrenaba 20 minutos y tenía que deshacerme en el agua para poder verme la mitad de decente que ella.

Encontré a Chris en el Sofá.

—Tenemos que hablar —Le dije.

Chris tenía una laptop encima mientras estaba sentado en el sofá, escribía, borraba, volvía a escribir. Una taza de café en la mesa del frente.

—Sobre cómo te saltaste el entrenamiento de hoy...

—Creo saber cómo hacer que Claudia Uzcategui me invite a esa fiesta.

Chris se echó a reír.

—Y cuéntame, ¿cuál es tu plan?

Chris dejó su mirada del computador y me miró. Pude ver un destello de asombro en sus ojos, lo ocultó rápidamente y comencé a hablar:

—Me disfrazare. Puedo usar extensiones color rubio en mi cabello, usar

lentes de contacto de color... Lo que quieras. Así mi identidad sigue secreta, puedo decirle que soy planeadora de eventos. Si me hago su amiga y le digo que necesito trabajo, nos dará acceso a todos a su fiesta sin tener que presentarle a cada uno de ustedes

Chris también estaba recién bañado. Su camisa se pegaba un poco a su cuerpo, se levantó la manga de su camisa color negro. Y el tatuaje que me había llamado la atención desde la primera vez, se asomó.

—Lees lo que dice aquí. Dice *sobrevivir*, no me sirve un plan estúpido Samantha. Si quieres suicidarte, te regalé una pistola hace poco. Eres bienvenida a usarla, pero no inventes tontos planes para esto.

No era estúpido, era un plan brillante.

—Lo intentaré de todas formas. Will ya tiene los datos de Claudia. Soy la única de nosotros cuatro capaz de establecer amistad con Claudia Uzcategui, por algo estoy aquí entrenando todos los días Christopher.

Un destello de rabia inundó sus ojos.

Me había acercado a Chris lo suficiente para sentir su aroma a pino. Intenté no respirarlo profundamente mientras lo veía a los ojos.

—Lo hiciste bien allá afuera con Will. Honestamente pensé que no ibas a querer probar mi punto.

Me percaté que estaba cambiando el tema pero lo dejé pasar. A veces discutir con Chris me agotaba más que los entrenamientos

—Eres muy grosero Chris, ganas no me faltaron para dejarte por tu cuenta...

—Pero... —Continuó Chris con una media sonrisa.

—Pero no quería que Will se quedara entrenándome. Es mi primo y lo amo, pero le falta un poco de mano firme con Atenea.

Sonrió mas grande.

—Es lo que yo intentaba explicar. Te lo he dicho Samantha, lo único que intento es que no te asesinen.

Crucé mis brazos.

—Eres grosero porque así te criaste y porque quieres serlo. Hay mejores maneras de decir las cosas.

Entonces se borró su sonrisa.

—Estas linda hoy. Debiste haber salido con Atenea y con Will en vez de quedarte aquí.

Me inundaron un poco de nervios y un poco de vergüenza al mismo

tiempo. Retiré mi rostro.

—Sí, bueno, emm... Quería comentarte el plan y eso —Dije mientras asentía.

Chris se acercó a mi levantándose, después delicadamente subió mi barbilla.

—Cuando alguien te dice linda, dices gracias y listo.

Entonces me eché a reír.

—¿Quieres controlar hasta lo que digo?

—No, solo te ayudo un poco. Tengo suerte, tu tío pudo haberme dado una esposa más fea, menos inteligente, menos capaz.

—Hasta cuando dices cumplidos insultas Chris. Es increíble —Dije mirando el techo.

Se cruzó de brazos.

—Lo sé, soy increíble.

Luego me pasó por el lado. Me sonrojé internamente por sus palabras. Después de todo, lo que yo dije no era un cumplido.

Miré hacia al techo mientras tragaba saliva.

—No me refería a ese tipo de increíble.

—Lo que tú digas Samantha —Dijo mientras me ignoraba.

Lo vi tomar su teléfono e irse a su habitación. Yo lo imité y me fui a la mía. Al poco rato Atenea llegó, intenté hablar con ella un poco; sin embargo, se veía algo molesta. No me dirigió la palabra, ni siquiera la mirada y se acostó a dormir con el mismo vestido que traía puesto.

Al siguiente día les hablé a Will y Atenea sobre mi plan. Estuvieron de acuerdo, finiquitamos los detalles sobre como manejaría yo la situación con Claudia en tanto llegó Chris para entrenar.

Atenea estaba muy reservada desde que había llegado de su paseo con Will, ni siquiera hablaba casi con él y su armoniosa relación se había ido cuesta abajo.

Will y Atenea peleaban mucho. Ella quería que él le enseñara a pelear de verdad y él... bueno no sabía qué le decía Will al respecto.

Atenea al igual que yo estaba incomunicada con el mundo exterior así que podía entender muy bien su frustración. La tensión en la casa se hizo muy evidente con el pasar de los días.

Chris se estaba comportando normal conmigo. Ni pedante, ni grosero, ni amable. Era solo mi instructor y compañero. La verdad, aunque había más

personas en la casa me seguía sintiendo sola.

Cuando Atenea y Will cumplieron una semana viviendo con nosotros y faltando un día para que al fin se abrieran las puertas del restaurante al público decidí hablar con Atenea...

—Nea, ¿hice algo que te molestara? Créeme es difícil vivir con Chris, pero contigo ha sido imposible. No contestas las cosas que te digo, ni siquiera me puedes ver a la cara.

Entonces Atenea por primera vez en días se dirigió hacia mí.

Sus ojos marrones estaban tristes y tenía bolsas en los ojos. Ya lo había notado mientras comíamos pero verlo de frente me hacía notar lo cansada que estaba.

—Sam, no fue mi intención ser grosera contigo. Esa noche con Will fue horrible y yo solo no quería hablar. Después me sentí tan apenada por tratarte mal esa noche que bueno, preferí ignorarte.

Bueno, eso era muy del estilo de Atenea.

Respiré profundo.

—Está bien. Somos familia, esas cosas pasan. ¿Amigas? —Le sonreí y ella me sonrió de vuelta.

—Por supuesto.

Cuando salimos, los chicos nos habían dejado una nota diciendo que irían a hacer compras y que comenzáramos a entrenar solas.

Ese día los chicos llegaron tarde. Pero llegaron con muchas compras.

No solo era comida. Traían nuevos teléfonos para Atenea y para mí, después de todo mañana yo saldría al mundo exterior y necesitaba comunicarme con ellos.

Chris me debía una llamada a mi madre aunque no la mencionaba. Yo tampoco hacía referencia a ella porque me estaba dando cuenta que el estar incomunicada me sentaba mejor. Era menos preocupante, más solitario y bueno, más cómodo.

Entrenamos un poco más y el día se acabó.

Así mi gran día llegó. Me levanté temprano como siempre, comí, entrené, todo rutinario, solo que a las 3 de la tarde Nea y yo cambiamos más mi imagen que el primer día.

Atenea me hizo ondas en el cabello y me puso lentes de contacto. Me puse un vestido, un jersey y unas botas.

Tenía mucho maquillaje, me había puesto pestañas postizas y muchos

accesorios. Mis zapatos eran demasiado altos para mi gusto, no me sentía yo misma, pero después de todo, esa era la idea.

A las 4 Chris trajo el Jeep a la puerta de la casa puesto que no podía dañar el vestido subiendo la cuerda. Atenea y Will se quedarían en la casa entrenando, mientras Chris, mi esposo, me llevaría al nuevo restaurante, *VENEZIA*.

El Jeep comenzó a bajar las montañas, había silencio en la camioneta, yo estaba nerviosa y Chris estaba pensando en sus asuntos. Como fuera, quería llegar cuanto antes.

Estuvimos en silencio unos minutos hasta que yo no aguanté más y hablé:

—¿Tú me recogerás? —Pregunté con nerviosismo.

—Por supuesto. No dejaré que ella me vea, mientras menos averigüen sobre nosotros mejor.

Comencé a tener frío y me abracé un poco a mí misma.

—Supongo que aunque ella no, sus guardaespaldas son asesinos de Varsolé, ¿Pienso de forma correcta?

Chris se quedó callado. Sin decir más palabras, encendió la calefacción del auto. Tal vez se había dado cuenta de que yo tenía frío, pensé. Después negué con la cabeza. Chris no era una persona amable.

—Supongo que te gustará volver al mundo de la actuación —Dijo, intentando desviar el tema.

Sonreí.

—Es un mundo seguro. Puedes ser quien quieras. Todos los problemas se quedan atrás.

Salimos a la avenida principal. El sol pegaba en el parabrisas destellante y hermoso. No había más neblina, solo la bella ciudad de Barquisimeto.

Edificios grandes me saludaron al igual que varios centros comerciales y hoteles. Todo era bonito, brillante. Los semáforos estaban en buenas condiciones a diferencia de otras partes del país. Los carros nos pasaban y al otro lado de la calle se podía ver una gran cantidad de ciclistas practicando.

No había nada mejor que la civilización.

Chris volvió hablar haciéndome volver a la tierra.

—¿Por qué escapar?

—¿Disculpa? —Dije, pestañeando e intentando entender.

—¿Por qué escapar en vez de enfrentar lo que te quiere hacer huir?

Me transporte a hacía unos años. Recordé un poco el dolor y el miedo. Recordé la risa y las ganas de escapar. En mi piel sentí el aliento y en mi cabello el dolor. Mis manos dolieron y bajé a verlas, la sangre...

Tragué saliva y volví a la realidad.

—Hay cosas de las que no puedes huir por más que quieras. Puedes hacerte creer a ti mismo que huyes como yo, o puedes dejar que te atormenten por siempre.

Pude sentir la mirada de Chris en mí mientras nos deteníamos en un edificio rojo de puertas blancas.

Tomó mis dos manos sorprendiéndome y volteando mi cuerpo hacia él.

Sus ojos diferentes eran cálidos ese día. Su mirada generalmente estoica no estaba y pude ver un rastro de... No sabría decirlo, parecía como si me compadeciera a la vez que parecía que quisiera entenderme, era como si estuviese confundido sobre como mirarme.

—Las cosas de las que quieres huir están en tu mente Samantha, en más ningún lado. Aquí no hay nada que te pueda hacer daño, yo no lo permitiré y más importante, tu no lo permitirás —Me dijo firmemente.

Sentí en contraste a su cálido contacto, el frío del metal.

Abrí las manos y bajé mi rostro.

Una pequeña argolla de boda estaba en mis manos. Era plateada, sencilla, dos líneas se entrelazaban formando el anillo más hermoso que había visto en mi vida.

—No puedes fingir que estás casada sin un anillo —Me dijo Chris, levantando la ceja que hacía brillar su piercing.

Subí la mirada para verlo ponerse en su dedo anular una argolla similar.

Ante mi mirada de duda Chris contestó mi pregunta no formulada.

—En los detalles esta todo Samantha. No puedes decir que estas casada si no tienes un esposo o un anillo. La fiesta es dentro de poco, tienes que conseguirnos una invitación.

Sin decir una palabra, me puse mi propio anillo.

Esto era lo más parecido a un voto de confianza que había logrado de Chris.

No podía defraudarlo, ni a él, ni a Will, ni a Nea.

Iba a descubrir al asesino de mi primo. Y para hacerlo tenía que lograr entrar en esa fiesta. La clave de la fiesta me esperaba al otro lado de la puerta.

Así, me armé de valor y Salí del Jeep sin responder nada a Chris.

Ese día marcaría el inicio de una nueva vida para Samantha Varsolé.

Me dirigí a la puerta blanca pasando por un pequeño jardín.

Escuché el ruido del motor que me indicaba que Chris me dejaba por mi cuenta.

Estaba sola.

Pasé la pequeña puerta a la nueva aventura.

Era un restaurante hermoso. Atenea había revisado la lista privada de reservaciones, algo un poco ilegal pero necesario. No solo había visto que la reservación de Claudia era a esa hora y con tres acompañantes, también había logrado hacer mi propia reservación.

Pasé por aquella puerta para llegar a la estructura más extraña que había visto en mucho tiempo. Miles de dólares tenían que haber sido invertidos para llegar a lo lujoso de ese lugar; las paredes eran de un papel tapiz color plateado en conjunto con unas lámparas de cristal que habían puesto tanto en el techo como al lado de los múltiples reflectores de colores neón que se gateaban por el suelo. Suelo que por cierto era del mármol más fino.

Eran dos pisos. El primero, en el que me encontraba, tenía en toda la entrada una gran barra donde hombres y mujeres se servían un trago a tempranas horas, mientras en el centro, personas hablaban al tiempo que les servían una nueva taza de café.

Las tazas eran de porcelana y el atuendo de los mesoneros era un conjunto negro y blanco con un moño rojo. El estilo del resto de la gente que ahí se encontraba era muy parecido al que yo tenía en ese momento. Vestidos costosos, cabellos arreglados y uñas pintadas, los hombres tenían camisas de vestir manga larga y exudaban dinero y poder.

Una música estilo clásico me indicó donde estaban las escaleras para ir al siguiente piso, comencé a caminar pasando sobre el mar de gente, haciendo una nota mental del baño que se encontraba a mi izquierda (podía ser útil si tenía la necesidad de escapar), llegué a las escaleras y delicadamente comencé a subirlas preparada para encontrarme a Claudia Uzcategui en cualquier momento.

Me senté en la mesa que se encontraba al fondo del salón de 200 metros cuadrados donde aproximadamente 50 personas bien vestidas estaban distribuidas en diferentes espacios hablando sobre quien tenía más dinero en su cuenta bancaria. Muchos de ellos serían personas *enchufadas* al gobierno venezolano y que tenían su riqueza a costa de mantener a los suyos en la

cúpula gubernamental.

Refunfuñé un poco al verme obligada a estar rodeada de esas personas, después me puse cómoda en mi mesa la cual aunque estaba al final de salón, me permitía ver perfectamente quien pasaba por aquellas escaleras. Además, estaba cerca de una barra de cocteles aún más grande que la anterior.

Estaba un poco nerviosa, cuando pensé en involucrarme en la misión, pensé en que tendría que amenazar, secuestrar y hasta asesinar personas. Personas que eran responsables del dolor que yo estaba sintiendo. Jamás en mi vida hubiese pensado que me tocaría poner en práctica mi habilidad de la actuación y mucho menos hacer una amistad con el enemigo.

Un mesonero me llevó la carta con todo lo que ofrecían en ese lugar. Chris me había entregado una tarjeta de crédito con mi identidad falsa; sin embargo, no sabía su límite y cada plato en ese lugar era más costoso que toda la ropa que había comprado en mi vida.

Pedí sólo agua y me quedé atenta a esperar la llegada de Claudia Uzcategui. Me quedé un rato pensando en lo que le diría una vez que la viera, intentaba pensar en que ese era solo otro papel más en mi carrera y mi objetivo era lograr hacer una amiga, y con ello, colarme en la fiesta de compromiso de su cuñada.

Mi celular comenzó a sonar, lo saqué rápidamente de mi bolso para descubrir que no era un número registrado. No eran ninguno de mis compañeros. Llevaba demasiado tiempo sin hablar con mi madre por lo que sin pensarlo dos veces contesté desesperada.

—¿Madre?

—Sam, es bueno escucharte —Dijo la voz de Anette al otro lado de la línea.

Verán, cuando tenía 11 años, me enseñaron todas y cada una de las reglas principales sobre cómo resguardar tu identidad, mis tíos dejaron claro que nunca debías hablar por teléfono a largas distancias. Anette estaba en otro país, yo misma la había llevado al aeropuerto, si por algún motivo un Uzcategui llegaba a encontrar a Anette o a mí, darían con la otra en cuestión de segundos sólo con nuestros registros de llamadas. Así que se podrán imaginar lo molesta que estuve al escuchar su voz.

—¿Acaso te volviste loca? Conoces las reglas, ¿Sabes el peligro que es el que me llames? Es más, ¿Cómo conseguiste mi número en primer lugar? —Traté de no subir mucho el tono de voz para que las personas no me

miraran, no obstante, eso no le quitó fuerza a las palabras que dije.

—No la he pasado muy bien Sam. Estoy... bueno, se supone que no debo decir donde estoy. Solamente, extraño todo, mi vida anterior, esto no ha sido fácil. Eres mi prima y quería hablar.

La última vez que Anette y yo tuvimos una vida fácil, ella salía a embriagarse todos los fines de semana al tiempo que terminaba con su novio de toda la vida. Su vida ya había sido un caos antes de que tuviera que irse, podía imaginar que iniciar todo de cero había sido todavía peor para su autoestima.

Anette y yo habíamos sido criadas como hermanas. Claro, ahora viéndolo desde perspectiva, yo había sido la típica hermana que cuidaba a la otra y era responsable mientras ella había sido siempre un desastre. El padre de Anette había muerto en un accidente de auto, por lo que siempre sentí que mi deber era protegerla.

La amaba pero a decir verdad no la extrañaba, no extrañaba el ir a buscar a horas tardías teniendo que ir temprano a clases el día siguiente, no echaba de menos sus momentos de ebriedad y mucho menos extrañaba nuestras peleas incesantes.

Por supuesto, no le dije nada de eso. Para mal o para bien era mi prima y estábamos unidas por años de risas y secretos así como de lágrimas y peleas sin sentido.

—Tampoco ha sido fácil para mí. Los extraño mucho a todos —Mentí.

Pude escuchar en la otra línea un suspiro de alivio.

—Mi madre tenía tu número guardado con todos los demás en un cajón. Me costó conseguirlo, yo... sigo estudiando arquitectura acá pero es muy diferente —Escuché una risa nerviosa al otro lado de la línea.

—¿Por qué diferente? —Pregunté, genuinamente interesada.

Anette siempre había sido buena en su carrera. Era muy inesperado escucharle decir esas palabras.

—Las personas son diferentes. O no sé si soy ahora diferente. Desde que terminé mi relación con Lucas siento que no puedo ser feliz Sam. Yo necesito hablar con él, madre me dijo que seguías en Venezuela. No quiero ponerlo en peligro llamándolo ¿crees que podrías contactarlo?

Y ahí estaba la Anette que yo conocía. No quería poner a su ex novio en peligro llamándolo pero si podía llamarme a mí, no solo eso, la intención de esa llamada nunca fue saber de mí. Lo único que Anette quería era hablar con

Lucas.

Le iba a responder cuando una gran rubia se asomó por las escaleras.

Una mujer de unos 40 años estaba subiendo las escaleras. Solo podía ver su perfil. Tenía el cabello rubio que caía en ondas en su espalda. Su nariz era pequeña, casi no se le veía de perfil, sus labios pintados de rojo. Era muy alta pues sus largas piernas casi podían subir dos escalones a la vez. Tenía un vestido de señora de sociedad de color rojo pegado a su cuerpo y hasta las rodillas, sus zapatos eran tres veces más elegantes que los míos y su suela roja me podía decir lo costosos que eran.

¿Cómo supe que era Claudia Uzcategui? Fácil, su presencia era fuerte. Gritaba millones al mirarla y más importante aún, era la única persona mayor de 35 en el salón.

Frente a ella un hombre caucásico vistiendo enteramente de negro. Él estaba caminando dos pasos por detrás de ella, parecía decirle algo pero no podía determinar el qué, después de todo, era un salón grande y yo estaba demasiado lejos.

Colgué el teléfono a una Anette molesta que seguía hablándome mientras le pedía al mesonero un plato cualquiera de la carta. Me levanté y me dirigí hacia Claudia Uzcategui con la excusa de dirigirme a hacer los baños.

Seguía conversando con el hombre de negro.

Puse mi mejor sonrisa inofensiva y me acerqué.

Tal como sospeché, en cuanto hice ademán de bajar las escaleras llamé la atención de Claudia Uzcategui. Y bueno quién podía culparla, cuando una chica se acercaba a él con un anillo de casada y un brazalete en el brazo que decía *Francisco*, era de esperar alguna reacción en alguien como Claudia Uzcategui.

*Nota mental: Agradecer a Nea por el brazalete.*

—Espera —Me dijo el hombre al lado de Claudia

Claudia volteo y me sonrió. Era increíblemente bella. Pude ver que unas pocas cirujías la habían ayudado en el proceso. A primera vista parecía una persona inofensiva, por otro lado yo en ese momento también me veía bastante inofensiva.

Noté que lo primero que Claudia vio en mí fue el pequeño anillo que me había dado Chris. Pasado eso, me sonrió todavía más y me señaló la esclava con el nombre de su esposo.

Lo primero que me habían dicho sobre Claudia Uzcategui es que era muy celosa, el encontrarse con una mujer bien vestida en un lugar extremadamente caro con un anillo y una esclava tan vistosa por supuesto iba a llamarle la atención.

—¿Puedo saber de dónde sacaste eso niña? —Dijo tocando con sus manos el oro en mi piel.

Sus uñas eran largas y arregladas. Tenía un brazalete también dorado con pequeñas rosas seguramente de oro hasta su codo. Era una mujer con buen gusto.

Pensé que decir, había ido hasta allá sin nada preparado, así que voltee y saludé a su amigo.

Era un hombre pelirrojo con una postura seria, cara común, no podía establecer si era guapo o no, ojos oscuros, una cicatriz en la muñeca, tal vez ebrio se cortó con una botella de vidrio, pensé. Tampoco podía descifrar si era solo su amigo o su guardaespaldas.

Ya había visto una herida similar antes, sólo que no podía recordar de dónde. Hice una nota mental de pensarlo después.

No respondió a mi saludo y me dijo:

—Responde la pregunta de la señora.

Miré a Claudia Uzcategui, y sonreí.

—Es el nombre del padre de mi esposo. Me la regaló antes de morir, ¿le interesa señora?

Pude ver cómo sus fosas nasales se dilataban mientras empezaba a mirarme fijamente intentando encontrar una mentira en mi rostro. Yo era actriz así que la miré de la forma más inocente posible. Es decir, ¿qué posibilidades había de que yo conociera a su esposo?

—Entonces Niña, ¿eres de por aquí? Tienes un acento extraño. —Dijo Claudia amablemente.

Volví a mirarla.

—Mi esposo y yo nos mudamos hace poco por su trabajo.

Dije eso con la intención de que preguntara mi nombre o el de Chris, por lo menos el por qué estábamos en esa ciudad, ella no lo hizo.

El mesonero que me había atendido se acercó para indicarme que mi plato estaba servido. Sin decir una palabra me retiré de donde estaba Claudia y su acompañante para dirigirme a la mesa.

Ellos me siguieron.

—Entonces ¿eres nueva en la ciudad? Y decidiste venir para acá sola sin tu esposo por...

Le puse a mi personaje un toque de Samantha Varsolé.

—Por el mismo motivo que usted está aquí sin el suyo señora —Dije señalando la argolla de casada unos millones más cara que la mía.

Me senté en mi mesa al tiempo que Claudia Uzcategui hacía lo mismo, tomó rápido la carta y le pidió un plato al mesonero.

Comencé a comer los raviolis que había pedido anteriormente, sin dejarme intimidar por ella mucho. Quería que tuviera la suficiente curiosidad sobre mí como para verla otra vez.

Nea me había comentado que Claudia estaba obsesionada con los misterios. Le gustaba saber todo y cada una de las cosas que ocurrían a su alrededor, yo, una recién llegada en una ciudad donde cada persona y apellido poderoso se conocían, era definitivamente un enigma.

Claudia se echó a reír al tiempo que me contestaba.

—Los hombres no entienden lo que es pasearse en un nuevo restaurante. Es por eso que asisto primero a los lugares y después vengo con mi esposo cuando sé que el lugar será agradable para él.

Mi voz siempre había sido un tanto gruesa. Por tanto intenté que sonara lo más dulce y suave posible, quería ser de esas personas inofensivas que cuando intentas encontrar un culpable ni siquiera puedes recordar su cara.

—Mi esposo es igual. Tenemos una empresa de decoración, o bueno, yo tengo una empresa de decoración. Jamás me acompaña a los lugares a buscar clientes. Está ocupado en su trabajo, supongo que su esposo es igual —Me encogí de hombros.

Claudia se echo a reír.

—Oh por dios, tutéame, no estoy tan vieja. En realidad yo no trabajo. Mi visita a este lugar es de puro placer, tiendo a aburrirme cuando estoy en ciudades pequeñas.

Hizo ademán a un mesonero y pidió una copa de vino, en tanto yo buscaba cómo llevar la conversación a mi punto.

Eso me dio una idea.

—Si quiere probar cosas nuevas, mi esposo y yo tenemos un pequeño establo. Si quiere aprender a cabalgar, solo llámenos.

El tiro me salió por la culata. Claudia Uzcategui me respondió rápidamente

—No, no. Odio los animales, mi vida es un poco... no sé cómo decírtelo... glamorosa.

Ahí entendí la clase de persona que era Claudia Uzcategui. Era la clase de persona que se creía mejor que los demás, pero que aparentaba ser todo lo contrario. Me decía que su vida era glamorosa para generar admiración en mí y en cualquier momento poder tener lo que ella crea necesario.

Decidí hacerle creer que caí en su juego.

—Me imagino, tu vestido es... Desearía poder pagar algo así —Mi voz era de admiración y mis ojos debían estar saltones.

Ese comentario le gustó.

—Si quieres consejos sobre cómo vestirme estoy disponible. Tu vestido es bonito pero te ves un poco simple.

El mesonero llegó con su copa de vino.

Claudia continuó hablando mientras le daba vueltas y degustaba su gran copa de vino.

Tragué saliva para no responder al insulto escondido en sonrisa.

—Me encantaría que me prestaras tu ayuda.

Claudia pidió algo para almorzar y decidió que seríamos amigas, prefiero decir que sintió por mí un honesto apego. Habló toda la tarde conmigo en tanto el que ya había reconocido cómo su guardaespaldas, nos miraba desde el otro lado de la mesa. A veces me movía intentando verle su muñeca; sin embargo, el hombre sabía esconderse muy bien de mi necia vista.

Por otro lado, Claudia Uzcategui nunca se percató de que casi no hablaba de mi propia vida y de que me limitaba a escuchar de sus viajes, de su ropa, de su familia y básicamente de su vida. Cómo a mitad de la conversación me preguntó mi nombre y me dio el de ella, después siguió hablando de lo difícil que fue para ella tener un esposo tan ocupado y como más difícil aún había sido mantenerse viviendo en Venezuela. Jamás mencionó los nombres de sus hijos ni de ningún miembro de su familia, ni siquiera cuántos eran ni cuántos permanecían en Barquisimeto. Lo que quería decir que Claudia Uzcategui estaba enterada de la guerra.

Llegó un punto en que entendí que no lograría obtener nada de Claudia Uzcategui así que me rendí e intente despedirme

—Me tengo que ir, le dije a mi esposo que viniera por mí.

Claudia negó con la cabeza

—Necesitas un auto si vivirás en la ciudad. Si tu esposo no te puede dar uno, consigue otro esposo.

Me eché a reír como si el comentario no hubiese sido ofensivo.

Hice ademán de irme cuando Claudia Uzcategui me dijo:

—Deberías venir a una pequeña fiesta que tiene mi familia, me has hablado tan bien de tu negocio que puede que ahí hagas algunos contactos.

Le respondí con voz sorpresiva y honesta.

—¿Por qué haría eso por mí?

Claudia sonrió

—Eres joven y audaz, tienes cara de que crees lograr lo que tengas en mente. Solo quiero ayudar

Y lo iba a hacer. Lo que no sabía ella en ese momento es que la ayuda que me estaba prestando a la larga sería perjudicial para su familia.

—Gracias entonces, ya te di mi número puedes mandarme los datos y ahí estaré

Asentí y me fui de ahí.

Caminé lo más rápido que pude por las escaleras mientras le enviaba un texto a Chris. Aunque las últimas palabras de esa mujer me habían aturdido, solo podía concluir que Claudia Uzcategui era insoportable.

Mi teléfono era imposible de rastrear por eso Atenea y yo no vimos ningún inconveniente en que Claudia lo tuviera. No obstante, no podía evitar sentirme incómoda con la idea de que una mujer como ella tuviera acceso a una parte aunque sea mínima de mi verdadera persona.

Justo cuando termine de bajar las escaleras y me dispuse a cruzar al baño de damas choqué contra un cuerpo alto y musculoso. No estaba acostumbrada al uso de zapatos altos por tanto tiempo, mis pies inestables se resbalaron y caí completamente en el suelo.

—¡Cuidado! —Dijo una voz amable y cálida.

Alcé la vista para ver a un hombre de cabello rubio cenizo (al parecer amigable) frente a mí. Era casi tan alto como Chris y rápidamente bajó a socorrerme.

Me tomó de los brazos y pude verlo fijamente a los ojos.

Eran verdes o azules, no podía identificarlo. Su nariz era larga, y sus pómulos un poco marcados. Me sonrió y pude ver en primera fila su blanqueado dental. Era lindo, no era guapo nivel Chris pero si lo suficiente para llamar la atención.

Me ayudó a ponerme de pie y descubrí que era tan alto como pensé al principio. Volvió a sonreír y comencé a pensar que tenía algún grado de retraso.

—¿Apurada por salir? —Caí en cuenta de que no había dicho una sola palabra.

Sonreí de vuelta.

—Emm sí, supongo. Disculpa por tropezarte.

Su sonrisa se hizo más grande.

Definitivamente estaba enfermo.

—Discúlpame a mí por taclearte, mi nombre es Ben —Extendió su mano derecha.

No podría explicar el por qué pero no quería que viera mi sortija de casada así que evité darle la mano y solo asentí, mi teléfono sonó en ese momento, era un mensaje de Chris.

Puse casualmente mi mano derecha en mi espalda en tanto agarraba con la izquierda mi teléfono.

*Estoy aquí*

Sonreí a Ben y contesté:

—Emm... me tengo que ir, disculpa otra vez por eso. Un placer conocerte Ben.

Ben puso su cuerpo en mi camino.

Era grande, un poco más delgado que Chris pero eso no hacía que se viera menos guapo. Inspiraba ternura, me fijé en su ropa, una camisa manga larga de vestir color azul a juego con sus ojos, pantalones y zapatos de vestir marrones, su ropa solo decía dinero.

—Vendrás a la fiesta de los Uzcategui —Dijo de repente.

Si, Claudia ya me había hablado de eso por lo que me extrañó que Ben lo volviese a mencionar. No entendí si me estaba invitando o me estaba preguntando por casualidad.

—No estoy en lista —Dije amablemente, intentando pasar por su lado.

Otra vez me impidió pasar.

—Té vi almorzando con Claudia Uzcategui. Eso es una invitación definitiva.

¿Así que me había estado espionando? Aunque eso me debió haber molestado (y si lo hizo en cierta medida) la verdad es que me sentí halagada de llamar la atención de esa manera de un chico lindo.

—Al parecer tú pregunta ya fue respondida ¿no? —Le dije, riéndome.

Se rió de vuelta y pude ver que en el borde de sus labios tenía una muesca de hoyuelo. Ben se reía muy a menudo por lo visto.

Se rascó por detrás el cabeza un poco apenado mientras me decía:

—Supongo que te veré ese día.

Sonreí y pasé coquetamente por su lado, saliendo por fin del restaurante e ignorando mi anterior necesidad de ir al tocador.

En mi salida vi al guardaespaldas de Claudia, estaba hablando por teléfono y tuve la ligera impresión de que estaba alertando a su gente de mi existencia. Pero eso era imposible, no había manera de que él supiera quien era yo.

Hizo ademán de acercarse a mí y entré un poco en pánico. No quería tener un conflicto justo en ese momento.

Me sonrió y me dijo en voz alta:

—La estoy vigilando Sra. Clara —Luego, entró al restaurante.

Pensé en algo inteligente que decir, pero nada vino a mi mente. ¿Cómo había salido del restaurante sin que yo lo viera en primer lugar? Ese chico Ben me había distraído, en otro momento, ese pequeño detalle podría haber sido mortal. Me di una cachetada mental, no podía arruinar nada por un chico. Tenía que enfocarme más.

Alejí esos pensamientos de mi mente y busqué con la mirada el Jeep.

Chris se acercó en la camioneta.

Entré mientras me recostaba en el cabecero con los ojos cerrados.

Chris condujo en silencio. Bajé la mirada para conseguirme con un semáforo en rojo frente a nosotros.

Voltee a verlo. Bebía de una taza de café mientras me hacía señas al portavasos del jeep, donde había una taza igual.

—Te he dicho que no tomo café —Dije.

Se encogió de hombros.

—Es un mocca. Pensé que querrías probarlo.

—No, no quiero —Dije tajante.

—¿Mal día?

Y así fue como le conté todo lo que ocurrió a Chris. Mi conversación con Claudia, su extraño guardaespaldas y la invitación al próximo cóctel. Obvié la parte en la que conocía a Ben, primero, porque no era relevante y segundo, porque simplemente Chris no tenía que saber todo sobre mi vida.

Además, Ben me había distraído, mientras más ignorara su existencia mejor para mí.

Chris estuvo un minuto entero en silencio y después me dijo:

—Su guardaespaldas te está conociendo, piensa que eres una oportunista, no puede estar más lejos de la verdad. Mientras el esté alerta sabemos a qué atenernos. Piénsalo, si tú pensaras que él piensa que eres inofensiva te descuidarías. Esto nos obliga a estar alerta.

Su repentino optimismo me asombró.

—¿Desde cuando eres tan optimista? —Hablé impresionada.

—Hay cosas de mí que no conoces Samantha —Dijo con una media sonrisa.

Estaba relajado. Chris debía tener algún trastorno de la personalidad, a veces estaba feliz, otras veces era un amargado. Ahora, yo era una persona que aprovechaba las oportunidades de la vida.

—Entonces cuéntame, sabes cosas de mí, de mi familia. Yo no sé nada de ti.

Me miró sobre el volante mientras pasábamos un bache. Pegó sus labios y levantó una ceja hasta que al fin dijo:

—¿Qué quieres saber?

—No sé, ¿Cómo aprendiste a pelear tan bien? No he logrado ni siquiera hacerte un morado en todo este tiempo. Eres muy rápido.

Pude verlo sonreír con los labios mientras decía con voz de regocijo:

—Te propongo un trato.

Me eché a reír.

—¿Otro? Pensé que ibas a responder mis preguntas.

Hizo lo que más le gustaba hacer, habló como si yo no hubiese dicho palabra alguna.

—¿Qué tal esto? Mientras te esperaba fui a una cafetería, compre dos tazas de café con la esperanza de que te gustara uno y aun así me despreciaste, así que, probarás un tipo diferente de café a cambio de mis respuestas. Haremos eso hasta que encontremos el sabor de café que te gusta.

Sonreí y me mordí un poco el labio con nerviosismo.

—¿Por qué no puedes aceptar que odio el café?

Encendió el aire mientras me decía un poco más serio.

—¿Aceptas o no?

Tomé la taza de café que me había ofrecido antes y le di un buen trago.

Como lo esperaba el sabor a café y chocolate no me gustaron. Ya estaba un poco frío así que eso no lo hizo saber mejor. Bajé la taza y miré a Chris quien me miraba con ojos curiosos y entusiastas.

—¿Te gustó?

—Christopher. Acabas de arruinar el chocolate para mí.

Se echo a reír. Aunque su risa no era tan amigable como la de Ben, era más sincera. Christopher podía no reírse todo el tiempo pero cuando lo hacía, se veía que lo disfrutaba, era una imagen linda de ver.

El sonido de su risa ronca y el movimiento de su pecho me hicieron sonreír.

Algo se removió en mí en ese momento.

—Eres la única persona que conozco que puede decir eso —Me dijo.

—Si bueno, es claro que no conoces a personas con buenos gustos. Ahora, mis preguntas.

Me miró encima del hombro mientras empezaba a tomar el camino hacia las montañas.

—Viví en Estados Unidos casi toda mi adolescencia. Tuve un pequeño entrenamiento militar con un amigo de mi papa ahí. Después viví en México donde aprendí todo sobre defensa personal y manejo de armas. Allá me entrené como guardaespaldas personal. Pero me faltaba algo, llamé a mi padre y me fui entonces a Asia, conseguí un buen profesor en artes marciales mixtas, lo contraté y lo llevé a México conmigo, entrené 7 años hasta que me volví mejor. Luego, regresé a Estados Unidos a encargarme de las empresas de mi madre. Nunca me descuide, tuve varios profesores en diferentes disciplinas y un buen gimnasio para mi fuerza.

Lo dijo todo tan rápido que cuando terminó me quedé callada de la impresión. Este hombre estaba obsesionado con vencer a cualquier persona que se le acercara. Lo que yo había aprendido ese mes era nada comparado con lo que él había estudiado en toda una vida.

—¿Asombrada Samantha?

Suspiré audiblemente.

—¿Por qué hacer todo eso por una guerra?

—¿Por qué no hacerlo?

La niebla empezó a bajar y el soleado día cambio por las nubes y las pequeñas gotas de la lluvia. Esa era una de las cosas que amaba de mi país, su clima cambiante, nunca sabías a qué atenerte. Podía ser el día más soleado

como ese y volverse el más frío en un segundo.

Decidí responderle a Chris como él me hubiese respondido a mí si los lugares fuesen contrarios.

—Porque puedes tener una vida. Salirte de esto. Es decir, haces esto por lo que le ocurrió a tu madre y solo lograras que te asesinen.

Era la primera vez que hablaba directamente de la muerte de su madre, tal vez lo tomaría a mal pero estaba de buen humor y yo quería que intentar comprenderlo.

—Amé a mi madre Samantha. Pero no hago esto solo por la venganza.

Lo admito. Eso me sorprendió.

—¿Por qué más lo harías?

—Información. No sé qué ocurrió en esos años Samantha. Mi padre solo me dijo que confundieron a mi madre con tu tía y la asesinaron, pero no me hicieron nada a mí. Estábamos en la misma casa, si ya habían roto las reglas matando a una mujer ¿Por qué me dejaron vivo?, no me secuestraron, no me hicieron nada. Además, ¿cómo nos encontraron?, se suponía que nadie debía saber de nuestra existencia. No tienes una vida cuando no tienes claro tu pasado Samantha.

En esas cuatro puertas Chris comenzó a mostrarme otro lado. Me encontré con un Chris preocupado y perdido, honesto y hasta un poco gracioso. Quise darle la mano o abrazarlo, aunque lo conocía y eso no sería bien recibido.

—Tampoco entiendo el asesinato de Manuel, era solo un niño. No conocía la guerra y lo asesinaron entrando a clases. No quiero saber las razones Chris, solo quiero tener el nombre de quién lo asesino y quitarle todo.

Chris estaciono el Jeep en la casa.

—Bájate, Esconderé el Jeep en la montaña y después bajaré.

Y ahí quedo nuestro momento. Me bajé del Jeep con mis llaves de la casa en mano. Caminar por la tierra con esos zapatos era incomodo, así que me los quité para poder caminar descalza.

La casa estaba en silencio, abrí la puerta lentamente y pasé. No había nadie ni en la sala ni en el comedor, lo cual era extraño ya que Will no tenía habitación en esta casa, supuse que él y Nea habían decidido salir.

Entré en mi habitación para encontrarme con una Nea con los ojos rojos de las lágrimas y el maquillaje corrido.

Nea estaba en la cama de la habitación mirando fijamente la puerta

donde yo me encontraba. Traía como siempre un vestido veraniego el cual estaba un poco roto debido al entrenamiento, estaba lleno de tierra y tenía un pequeño rasguño en el hombro.

—¡Por dios! ¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

Comenzó a negar con la cabeza mientras lloraba profunda y sonoramente.

Intenté acercarme a ella.

—Ven, tienes que bañarte.

Entonces se paró rápidamente de la cama en tanto se secaba las lágrimas de su rostro.

—Estoy bien Sam, solo vamos por un poco de agua ¿sí?

Se dirigió hacia la puerta y alcé mis manos para detenerla.

—No te levantes, yo te la traigo Nea. Solo metete a bañar. Después de un baño todo estará bien —Le dije al ver que sus uñas estaban rotas y sus manos negras.

—Sam te lo contaré todo pero vamos a la cocina.

Atenea se aproximó más y me tomó del brazo queriendo que hiciera lo que ella deseaba.

—Estás mal prima. ¿Dónde está Will? ¿Ocurrió algo en su entrenamiento? —Pregunté preocupada.

Si era posible su cara se enrojeció más y me dijo con una voz un poco más molesta:

—Samantha. Te dije que te lo contare todo, solo salgamos de aquí.

Entonces miré sobre su hombro nuestra habitación.

Encima de nuestro televisor había un suéter color azul marino masculino tres tallas más grandes. El piso estaba lleno de tierra al igual que la cama. Miré el cabello de Nea, sus hermosos rizos rubios eran un desastre. Una sospecha comenzó a formarse en mi mente.

Repliqué su voz molesta y le pregunté:

—¿Dónde está William?

Atenea me miró con sus ojos marrones suplicantes. Dos lágrimas más comenzaron a brotar.

—No esta aquí Sam. ¿Podemos salir?

La mirada de Atenea era tan lastimera y tan dolida que no pude resistirme más. La abracé y le dije que todo estaba bien. Ella me abrazó con fuerza de vuelta mientras lloraba más profundo. Luego, salimos de la

habitación.

Después de buscar un vaso de agua y sentarnos en el comedor le pregunté a Nea que había ocurrido.

—El entrenamiento fue muy fuerte para mi Sam. Le dije a Will mal profesor y peleamos. Me gritó y yo solo, esto es muy estresante.

Atenea se quedó en silencio un momento. Su voz usualmente dulce ahora tenía un matiz amargo. La vi ponerse las manos sobre sus ojos, como si quisiera borrar una visión de su mente. Sentí pena por ella, no era fácil lo que estábamos viviendo para sumarle lo que sea que le preocupara.

Siguió hablando, un poco más seria rayando a la amargura.

—Tú lo entiendes como nadie. No soy una luchadora buena y...corrí a mi habitación y rompí a llorar. Escuché la puerta sonar poco después, supongo que Will se fue enfadado.

Eso no explicaba lo que yo había visto en la habitación. Por otro lado, Nea se veía muy sucia, definitivamente el entrenamiento no había salido bien.

Sospeché que me mentía en algo. Sus expresiones, su manera de agarrarse las manos fuertemente y evitar mi mirada la delataban.

—¿Segura que eso es todo Atenea? —Insistí.

Nea me miró con sus ojos marrones tristes. Había algo más ahí y ella quería decírmelo. Yo podía imaginarme que era, podía imaginármelo muy bien y a la vez quería no hacerlo. A veces si no nos enterábamos de las cosas hacíamos mejor.

—Está bien Nea. No me tienes que decir más nada

La tomé del hombro y la miré firmemente a los ojos.

—Si quieres algún día decirme que está pasando, aquí estoy.

Ella asintió.

En ese momento Chris entró a la casa.

No dijo una sola palabra sobre el aspecto de Atenea.

Afuera comenzó a llover por primera vez en días. Chris y yo hablamos un poco sobre como seguiríamos el entrenamiento mientras Atenea regresó a la habitación, me comentó que tendría nuevos retos para mí y que iba a poder llamar pronto a mi madre. Después de eso vimos un poco de televisión.

Pasaron dos horas y aún Will no llegaba. Chris me había entregado hacía poco mi teléfono con un número nuevo y con el numero grabado de todos ellos, de todos excepto el de mi madre, el número nuevo que le habían asignado a ella lo tenía Chris, por eso estaba tan desesperada porque me

dejara comunicarme con ella.

Le recordé que había prometido dejarme hablar con ella, él me aseguró que mi madre tenía mi número en su poder y si quería en cualquier momento podía contactar conmigo.

Miedo se apoderó de mi al pensar que mi madre no quería saber nada de mí por lo que había hecho, no solo miedo, el dolor de decepcionarla otra vez me embargó.

Negué con la cabeza, intentando borrar pensamientos fatalistas.

Marqué el número de teléfono de William pero me desvió a buzón. Intenté dos veces más hasta decidir solo dejarle un mensaje de texto.

No podíamos entrenar por la lluvia, no podíamos salir porque el carro estaba demasiado lejos y nos mojaríamos, ya no había nada bueno que ver en televisión y no teníamos de que hablar. Se estaba haciendo hora de dormir pero no quería invadir la privacidad de Atenea.

Hubo un ruido extraño proveniente de mi habitación y después el sonido de vidrio rompiéndose.

Chris tomó su arma rápidamente y yo corrí junto a él a la habitación.

Con una patada Chris abrió para encontrarse a una asustada Atenea en toalla con las manos ensangrentadas, la cómoda, el televisor y el espejo estaban en el suelo rotos y ella estaba con los ojos llenos de lágrimas.

Nea hablo rápidamente.

—Yo solo estaba revisando unas cosas, el espejo me cayó encima. No quise asustarlos yo...

Chris le hizo un gesto a Atenea para que ella notara que no estaba totalmente vestida.

Atenea enrojeció y se fue corriendo al baño en tanto nos gritaba:

—¡Prometo limpiar este desastre!

Atenea estaba actuando extraño y yo no tenía tiempo para eso. Antes de que yo pensara si quiera en qué decir escuché a William llegar.

—Chicos, vengan aquí en seguida. ¡Mi padre me llamo! —Gritó.

Chris y yo salimos a la sala viéndonos seriamente consternados a ojos de Will.

Nos sentamos en la mesa del comedor mientras un Will un poco mojado por la lluvia y en verdad ansioso nos comentó las noticias.

—Tenemos que vestirnos. Papá quiere que interceptemos un cargamento, ya guardé todo lo necesario. Hay un camión que se dirige a casa

de los Uzcategui. Tiene nuestras identidades, la de nuestra familia, también la tuya Chris y de tu padre, los números de vuelos con que salimos del país, todo

El corazón se me iba a salir del pecho.

—Eso no es posible. No hay forma que alguien de afuera tenga esa información.

Noté que los ojos de Will estaban desencajados. Sabía algo.

—William, ¿Por qué un camión se dirige hacia la casa de los Uzcategui? ¿Por qué simplemente no enviaron la información vía e —mail?

—Sam, cualquiera podría manipular la información en un segundo. Rafael ha estado intentando borrar la información pero es imposible. Ya está en un dispositivo USB. La única solución es lograr interceptar el vehículo que trae la información.

Rafael era un genio en informática, aún más que Atenea. Si él no podía recuperar la información, nadie podría.

Mi tío Alberto le había dado instrucciones específicas a Will. Le entregó las placas del camión así como los datos de las personas que lo manejarían. El camión pasaría por un punto específico a las 11 de la noche y esa era nuestra única oportunidad para interceptarlo.

Llamé a Atenea y nos vestimos.

La primera idea de Will era que Atenea y yo nos quedáramos. Atenea no era útil y yo no estaba completamente entrenada. Según Will, era mejor que yo cuidara a Atenea en la casa mientras ellos hacían el trabajo pesado.

Chris y yo no estuvimos de acuerdo. Después de todo, si ellos fallaban, el primer lugar al que irían los Uzcategui sería la casa para asesinarlos.

Así, el plan se cambió. Iríamos en los dos Jeep. Nea y William por un lado y Chris y yo juntos. Interceptaríamos el vehículo, tomaríamos el USB y nos iríamos.

Como si de ladrones de banco se tratara, nos vestimos todos de negro. Nea y yo nos amarramos el cabello y nos pusimos botas militares como las que siempre usaban Will y Chris.

Chris y yo decidimos irnos por la parte de arriba de la montaña, es decir, subiendo la cuerda. Mientras, Will y Nea tenían su Jeep estacionado cerca de la casa.

Eran las 9 y 30 de la noche cuando nos fuimos de la casa y se hicieron las diez y cuarto cuando llegamos al lugar que Tío Alberto había indicado.

Proteger esos datos era la mayor tarea que mi tío Alberto podía tener, el perderlos era perder la guerra que ni siquiera había terminado de iniciar.

Estábamos en una interestatal, ya había escampado. El asfalto estaba lleno de baches y no había buena iluminación. Eso era lo que el gobierno había hecho con mi país, lo había repudiado toda mi vida y ahora esta falta de estructura era lo que nos iba a ayudar a obtener los datos.

Nosotros estábamos hacia un lado fuera de la carretera en sentido sur, mientras Will y Nea estaban en el lado y dirección contraria en sentido norte y con los intermitentes puestos, del lado de ellos se suponía que vendría el camión.

Mientras nosotros estábamos ocultos entre la maleza y la oscuridad, ellos estaban a plena vista.

Will llamó a mi teléfono.

—¿Dime? —Conteste rápidamente y puse el altavoz.

—El plan es simple chicos. Pero si algo sale mal no podemos ir a la casa, nos quedaremos en lugares diferentes y nos encontraremos en el centro comercial del cual le envié la dirección a Sam.

Yo estaba muerta de nervios y lo que Will decía no hacía nada por aliviarlos.

—Conozco el plan, yo fui quien lo armo por si lo olvidas —Dijo Chris.

Queriendo evitar una futura pelea, los interrumpí.

—¿Cómo está Nea? —Le pregunté a Will.

—Asustada, ¿y tú? —Contestó Atenea, demostrándome que Will también me tenía en altavoz.

—Nerviosa —Le respondí.

—Chicas, todo saldrá bien —Dijo Will, aunque yo sabía que estaba igual de ansioso que nosotros. Entonces colgó.

Miré a Chris. Estaba mirando a la nada, era como si en su cabeza repasara el plan muchas veces. En esos datos no solo se revelaba su existencia, también decía en que parte del mundo se encontraba su padre. Era preocupante, no había lugar para los errores.

—Samantha, si en algún momento te digo que tomes el volante. Por favor, no dudes —Me dijo.

Solo asentí.

Miré la hora. Faltaban 15 minutos para que el camión se acercara. Quise matar los nervios hablando.

—¿Por qué sobrevivir?

Chris volteó a verme, extrañado.

Intenté reformular lo que dije.

—Pudiste tatuarte cualquier cosa, sin embargo, eliges sobrevivir.

Sonrió y se levantó la manga de su camisa. Otra vez las letras negras me saludaron. **SOBREVIVIR**. Era un tatuaje hermoso, no era de esos que la tinta se les iba o que no se entendía lo que decía. Era sencillo y a la vez poderoso.

—Las personas eligen siempre ser felices. Pero a veces tiene un costo para tu misma esencia. A veces el ser feliz termina asesinándote Samantha. Hace unos 7 años elegí que antes de tomar cualquier decisión, me haría una pregunta: ¿Sobreviviré a esto?

Se hizo ese tatuaje cuando cumplió mi edad, pensé. Supuse que lo decía por su madre. Había elegido amar a su padre y eso le había costado su vida después de todo.

Una nueva pregunta me inundó.

—¿Meterse en esta guerra no es lo contrario a sobrevivir? No saben de ti, podrías desaparecer fácilmente.

Por primera vez lo vi hacer un gesto de nerviosismo. Se sacó su argolla de casado y la empezó a girar entre sus dedos.

—Si hubiese tomado esa decisión no me enteraría de que los Uzcategui están a punto de saber de mi existencia. Sobrevivir no es alejarse del peligro Samantha, es enfrentarlo.

Esas palabras tocaron una fibra sensible en mí. Pensé en el momento que decidí dejar la escuela de arquitectura. Estaba huyendo en aquel entonces. Tal vez si hubiese elegido sobrevivir como decía Chris, en ese momento a unos pocos segundos de robar un camión no necesitaría ningún entrenamiento por parte de Chris, pues se suponía que ya a esas alturas habría terminado el mío.

Las luces al otro lado de la carretera me hicieron poner nerviosa.

El camión había llegado.

*Febrero.*

*Logré escapar.*

*Hoy mentor me llevó al mercado a comprar ropa madre, en el momento en que fue a pagar me escapé.*

*Por primera vez corrí más rápido que él y me mezclé con el mar de gente. Ahorita me estoy quedando con algunos niños sin hogar que piden en las calles, me darán refugio hasta mañana.*

*No puedo pedir en las calles como ellos o Mentor me encontraría, así que mañana a primera hora tengo que buscar a donde ir.*

*Comí bien antes de escaparme, no soy loca madre. Así que no te preocupes.*

*Tengo que esconderme bien, si mentor logra encontrarme me golpeará igual que a las demás chicas.*

*No sé qué hacer en este momento. No puedo ir a la policía, está comprada por los hombres de mentor, no puedo comprar un pasaje al pueblo, no tengo dinero.*

*Estoy desesperada y asustada.*

*Pero no importa porque soy libre.*

*Madre antes de despedirme quiero que sepas...*

## CAPITULO VIII

### **SOBREVIVIR.**

Era un pequeño camión que llevaba una carga de verduras, tal cual como tío Alberto había dicho, estaba al otro lado de la carretera frente a nosotros. Las placas las reconocí por el mensaje de texto que tenía de Will. Iba a 100km/hora, estaba a unos 400 metros, tal vez menos, de donde nosotros estábamos.

Tal como habíamos planeado, a penas el camión pasó a Will, este arrancó. Entonces Chris lo imitó y encendió las luces.

La calle estaba desolada, ya nadie pasaba por esa vieja carretera tan tarde. Ni siquiera los ladrones.

Chris pisó el acelerador cuando el camión y Will se encontraban a 200 metros de nosotros y se pasó al otro lado de la carretera en dirección contraria. Antes de que el camión pudiese hacer algo se colocó en el mismo carril que él, el camión no tenía tiempo de cambiarse de carril, ya estábamos frente a frente, a punto de colisionar.

Tenía que tomar una decisión irse al otro lado de la carretera, detenerse o chocar.

Todas menos la última nos convenía.

Saqué entonces mi Glock y bajé el vidrio, preparada.

50 metros.

Tragué saliva, necesitábamos que el camión se detuviera.

—Chris —Dije un poco asustada, si chocábamos, no sobreviviríamos.

—Él quiere vivir tanto como tu Samantha, confía en mí.

20 metros.

Siguió su curso, cada vez más cerca de nosotros. Chris tampoco frenó, tenía un objetivo en mente y lo iba a cumplir.

Había tantas cosas que podían salir mal en ese plan, mi corazón latía a mil por horas y sentía la adrenalina recorrer mi sangre. Mi pierna se comenzó a mover incontrolablemente, ganas de gritar se apoderaron de mí. Lo que debieron ser dos segundos se volvieron horas ante mí. Las ganas de vivir se hicieron más fuertes que nunca.

15 metros.

Apreté los labios. La imagen estaba cada vez más cerca, aunque tenía el

cinturón puesto si chocábamos era imposible que sobreviviéramos. Íbamos muy rápido, el camión era muy grande, destrozaría el vidrio y con ello nuestras caras.

10 metros.

Cerré los ojos antes la vista de las luces tan cerca.

El sonido de la corneta y los frenos del camión me alertaron que había frenado, Chris hizo lo mismo quedando a unos pocos metros de distancia. Era hora de actuar.

Solté el aire que no sabía que contenía.

Como si lo hubiéramos practicado, Chris y yo salimos del Jeep. Escuché a Will frenar detrás del camión.

Antes de que el conductor si quiera se preguntara que estaba pasando, disparé a las llantas delanteras. Dos disparos en cada caucho.

Escuché a Will hacer lo mismo con las traseras mientras Chris se dirigía hacia la puerta del conductor.

Rápidamente corrí devuelta a mi asiento, atenta.

Chris me había dicho que tenía que estar pendiente del momento en que el recuperara el USB. Nea debía estar en ese momento encendiendo su computador, Chris le daría el USB a ella y después todos nos iríamos.

Vi a Chris acercarse a la puerta del copiloto y abrirla. El hombre que conducía el camión era de unos cincuenta años, vestido muy modernamente para su edad y un poco gordo. Su rostro era común. Desde que habíamos iniciado la misión su cara había sido ansiosa y asustada. No nos disparó, no intentó ni siquiera detener a Chris de abrir la puerta. No era un matón, lo entendí en el momento que se lanzó al suelo detrás de Chris con las manos arriba.

Pensaba que queríamos robarle el camión.

Chris lo levantó del suelo por la camisa, debía estarle preguntando dónde se encontraba el USB.

Tuve un mal presentimiento.

Mi tío había dado instrucciones de que habría mínimo 4 hombres. Todos secuaces de los Uzcategui.

No solo eso, habíamos acordado que Chris se encargaría de los hombres que estuvieran en los asientos delanteros mientras Will buscaba el USB.

Will no estaba.

Aunque había mucha oscuridad podía ver lo suficiente como para notar

que Will no se encontraba en la parte trasera del camión.

Algo malo iba a ocurrir. Lo sabía en mis venas, mi desesperación se multiplicó a medida que pasaban los segundos. Comencé a frotarme las manos en el pantalón mientras pensaba las cosas.

Tenía instrucciones de quedarme en el auto y disparar a todo lo que se moviera si algo salía mal. Nada se movía porque no había nadie. Chris estaba ocupado intentando averiguar dónde estaba el USB y no había señales ni de Nea ni de Will.

¿Y si había ocurrido algo? ¿Si tenían a Will y Atenea de rehén?

*SOBREVIVIR.*

Recordé lo que habíamos hablado Chris y yo. A veces sobrevivir no era seguir las instrucciones como un soldado, en algunas ocasiones tenías que seguir tu instinto de supervivencia. Mi corazón iba a estallar en mi pecho, mis orejas estaban calientes y mis manos temblaban, respiré profundo y cerré los ojos.

Los abrí, determinada.

Tomé mi Glock y me puse otra arma en el bolsillo de mi pantalón para bajarme del auto. Me dirigí hacia atrás del camión y le dije a Chris:

—Will se esta tardando, iré a revisar.

—Atente al plan —Contestó Chris mientras le daba un primer golpe al hombre.

Pasé a Chris y vi la parte trasera del camión. Más allá de él, las dos puertas del Jeep de Will estaban abiertas, no veía a Will, mas sí a una aterrada Atenea que me fue a gritar algo cuando sentí que me golpeaban el brazo haciendo caer mi arma. Intenté reaccionar; sin embargo, me tomaron rápidamente del cuello para después taparme la boca.

Alcé mis manos hacia las de mi oponente y le clavé mis uñas inútilmente. La persona no me quitó las manos de encima y me cortó un poco la respiración.

Luché para que me dejaran ir en tanto intentaba ver qué ocurría. Un hombre se puso en frente de mí y me colocó una cinta en la boca.

Era un hombre de más o menos 30 años y sonreía. Intenté alcanzar mi otra arma en la cinturilla de mi pantalón, el hombre sonriente me levantó la camisa y me la sacó del bolsillo.

¿Dónde estaba Will?

Atenea no hacía nada, no gritaba, no intentaba salir del auto. No era solo

que estaba asustada, era como si no pudiera mover ni un solo músculo.

Intenté recordar alguna lección de Chris pero me era imposible.

Pateaba y me retorció mientras hombre sonriente colocaba una cuerda alrededor de mis muñecas.

Podía ver a Atenea. Intentaba comunicarme con ella y ver que podíamos hacer, no me decía nada.

Hombre sonriente entonces colocó mi propia glock en mi sien, se acercó a mi oreja en tanto me decía:

—Habla, mueve un músculo y estás muerta.

Tragué saliva y asentí.

¿Por qué no me asesinaban y ya? No lo entendía. Tenía que hacer algo, pero no sabía el qué.

El hombre se divertía, deslizaba el cañón del arma por mi cara y seguía sonriendo. Si alguien iba a ser la primera persona que asesinara, definitivamente era ese hombre.

Tragué saliva e intenté calmar mi corazón. Mis manos sudaban al igual que mi frente, comencé a sentir el frío de la noche, mis dientes castañeaban, si era de ansiedad, miedo o rabia, no podía saberlo.

¿De dónde habían salido esos hombres? Nadie había salido de las puertas del camión y Will era el encargado de revisar que no hubiese más hombres en la carga.

Vi a Atenea bajarse del Jeep de Will y a una persona bajarse del asiento trasero. Otro hombre le apuntaba a Atenea.

Por eso no había dicho nada, al igual que yo estaba amenazada.

Mis manos estaban atadas y tenía una cinta en la boca. No podía pensar con claridad, nada estaba ocurriendo como debía.

Escuchaba el sonido de los puños de Chris. Era escalofriante.

Le preguntaba una y otra vez al hombre dónde estaba el USB, después entraba a la parte delantera del camión y buscaba, luego salía, volvía a golpear al hombre.

El sonido de una mandíbula desencajada.

El grito de dolor por una pierna rota.

Otro grito, esta vez de piedad.

No quería escuchar eso. En otro momento, le hubiese exigido a Chris que parara, el hombre era inocente, la verdadera gente de Francisco Uzcategui estaba delante de mí.

Era una pequeña tortura para mis oídos. Hombre sonriente seguía mirándome, era como si estuviese esperando algo.

Fue cuando lo supe.

No nos mataban porque nos llevarían de rehenes y no detenían a Chris porque tenían que esperar a que Chris matara al viejo.

Una de las reglas de la guerra era no matar civiles, ese hombre era inocente. Estaban dejando que Chris hiciera el trabajo sucio por ellos.

Seguí escuchando a Chris buscar el USB siempre en la parte delantera del camión.

*Jamás nos buscará aquí atrás, se está ateniendo al plan, pensé.*

Habíamos acordado que la parte trasera era de Will. Habíamos dicho que cuando Will terminara de buscar atrás iría adelante con Chris. Para Chris, el que Will no hubiese ido a su encuentro quería decir que Will seguía buscando en la parte de atrás.

Como llamado por mi pensamiento, Chris gritó:

—William, ¿Nada allá atrás?

Pasaron unos segundos nadie hablaba.

Otra respuesta vino a mi mente. Si Chris no conseguía el USB era porque uno de eso matones lo tenía en sus manos.

—Nada por acá, sigo buscando —Contestó la voz de Will detrás de mí.

Estaba vivo.

Suspiré de alivio tanto como me lo permitía la cinta.

Yo estaba en frente del Jeep de Will mientras él debía estar atado como yo en la parte trasera del camión. Alguien amenazándolo como a Nea y a mí.

—¿Todo bien Samantha? —Escuché la voz de Chris gritarme.

Tenía que responder, miré al hombre sonriente quien sonrió más grande si es que era posible. Volvió a acercarse a mi oreja.

Escupía mientras hablaba y su saliva me hacía querer alejarme de él, desprendía mal olor, además se pegaba demasiado. De todos los matones que podían existir, a mí me había tocado el más asqueroso.

—Te quitaré la cinta. Si dices algo indebido te vuelo la cabeza.

Asentí, soportando las ganas de llorar.

Hombre sonriente me quitó la cinta y dije lo único que se me vino a la mente para que Chris supiese que ocurría:

—Todo bien cariño, estamos buscando el USB.

Mi voz sonó dulce y calmada. Chris sabía que jamás le diría alguna

palabra de afecto al menos que estuviese actuando.

—Está bien —Respondió un Chris tranquilo.

Entonces, la mala imitación del Guasón me puso otra vez la cinta.

Pedí a Dios en silencio que la calma de Chris fuese fingida.

—Lo encontré —Escuché decir a Chris acompañado de un quejido de dolor por parte del dueño del camión.

Cara de Guasón entonces se alarmó, lo vi mirar rápidamente su bolsillo y lo supe, él tenía el USB.

Lo siguiente ocurrió demasiado rápido.

Escuché un disparo detrás de mí y el hombre que tenía a Nea amenazada cayó muerto con un disparo en la cabeza.

Guasón borró la sonrisa y me miró como si hubiese sido yo. Después, cuando vio que eso era imposible volteó, quitando el arma de mi sien.

Pude respirar en tanto volteaba para ver a Chris dispararle a hombre sonriente cuatro veces en el corazón.

Casi al mismo tiempo vi salir a un pálido Will de la cabina del camión. Sus manos estaban llenas de sangre y corrió hacia mí para quitarme la cuerda y la cinta.

Respiré tranquila cuando fui liberada y tomé mi arma del suelo.

Me tiré sobre el cuerpo del hombre que antes me amenazaba en el suelo. Busqué en sus bolsillos el USB.

El cuerpo del hombre era pesado y buscando me llené de la sangre que le brotaba en el pecho, cuando encontré el bolsillo de su pantalón logré tomar un USB pequeño y azul en mis manos.

—Samantha corre —Me gritó Chris.

Fue cuando noté dos patrullas de policía venir hacia nosotros. Tres personas salieron de diferentes ventanas de los vehículos y unos cuantos disparos empezaron a sonar.

Estábamos acabados.

Lancé el USB a Will mientras este corría hacia su Jeep.

Lo imité y corrí hacia el Jeep de Chris en tanto este le disparaba de vuelta a la policía.

—Sube al asiento del conductor —Me gritó Chris.

Le hice caso .

Arranqué y di reversa. Entonces me puse en la dirección correcta y pise el acelerador.

Mi cuerpo se dirigió hacia atrás del impacto. Mi piel se erizó, estaba asustada y a la vez emocionada, bajé los vidrios y sentí el aire de la noche. Aceleré más.

—Cámbiate al carril izquierdo —Me indicó Chris mientras se salía por la ventana de copiloto del Jeep y comenzaba a disparar.

Los disparos de los policías rompieron los vidrios traseros del Jeep. Mientras Will y Chris no lograban darles a ellos.

Le hice caso mientras mis manos llenas de sangre manchaban el volante. Estaba eufórica.

Había dos opciones si nos alcanzaban. O nos metían presos por los hombres muertos al lado del camión como buenos policías, o eran policías corruptos enviados por los Uzcategui para asesinarlos.

Ninguna de las opciones era viable.

A esas alturas no sabía cómo no había sufrido un paro cardiaco. Mi sangre corría a gran velocidad por todo mi cuerpo, sudaba, sentía frío, estaba un poco mareada y a la vez ebria con la sensación.

—Toma la siguiente salida a la izquierda.

Vi un aviso que nos decía que nos dirigíamos a la ciudad.

Giré a la izquierda, las llantas del Jeep chirriaron sobre el asfalto y mi propio cuerpo se dirigió hacia la ventana, ¿Cómo hacía Chris para mantener su cuerpo tan quieto?

Escuchaba los motores detrás de nosotros y miré el retrovisor para ver que se trataba aún de las dos patrullas. El jeep de Will no se veía, había logrado escapar.

Los disparos de Chris y de los policías sonaban junto a los motores, estaba nerviosa, no había forma de perderlos.

Pasamos una estación de servicio y vi un pequeño callejón a la derecha, lo tomé.

Voltee a ver por el retrovisor que Chris lograba darle a los cauchos de una de las patrullas. Casi al mismo tiempo tomé un retorno a la vía principal y escuché el sonido del choque de los dos autos que nos venían persiguiendo.

Pude respirar tranquila.

Chris en cambio, siguió con su pistola en mano y alerta.

Sonó mi teléfono, era Will.

Chris contestó y puso el altavoz.

—Dispararon a Nea, está sangrando mucho. Tengo que llevarla a un

hospital —Dijo sin rodeos un William alterado.

La voz de Will sonaba mucho más que asustada, estaba aterrado y tal vez un poco enojado. La condición de Atenea debía ser grave, Will no era de los que podías sacar de sus casillas fácilmente.

Ir a un hospital era una pérdida de tiempo, además de que no tenían insumos y que siempre estaban atestados de gente, la policía nos buscaría ahí. No sabíamos si los sujetos que manejaban las patrullas estaban muertos o no, o si detrás de ellos había más, si sabían que le habían disparado a Atenea nos buscarían en los hospitales, decidí reescribir nuestro plan.

—Will. No podemos ir a un hospital. ¿Qué tan grave es? —Dijo Chris compartiendo mis pensamientos.

—Le dispararon en el brazo, está perdiendo mucha sangre rápidamente mientras yo... ¿Nea? ¡Nea despierta! ¡Nea! ¡Nea! Chicos está desmayándose y muy pálida, No sé qué hacer, Nea quédate conmigo ¡Maldición!

Un pequeño golpe de Will al volante se escuchó tras la línea. Se me secó la boca y mi corazón empezó a latir más que nunca, no podíamos perder a Atenea.

—Will en ningún hospital o Clínica hay los insumos necesarios para atenderla. Además están obligados a llamar a la policía. Nos vemos en la Av.2 con calle 14, es una farmacia, siempre deben tener un médico en las farmacias, él debe ayudarnos —Mi voz fue firme y sin dar lugar a dudas. Ni Chris ni Will dijeron si era o no una buena idea, Will me respondió que nos veríamos ahí sin colgar el teléfono y emprendí la nueva ruta.

Cuando venía a Barquisimeto a visitar a mi padre era un juego para mí aprenderme cada rincón de la ciudad, ahora eso jugaba a nuestro favor. En cada farmacia siempre había un médico, podíamos comprar los insumos y podían atender a Atenea. Claro, todo si lográbamos llegar a tiempo.

Chris había armado un plan casi perfecto. Había establecido que después de recuperar el USB los dos Jeep se dispersarían, que cada “equipo” se iría a un hotel y que nos veríamos al día siguiente en un lugar público, de modo que si nos seguían, un equipo lograría salvarse y después rescatar al otro. El que Atenea estuviese herida había cambiado eso, aunque nos habíamos separado en algún punto de nuestra huida de la policía, ahora teníamos que vernos con el fin de salvar a mi prima, arriesgándonos a que los Uzcategui nos alcanzarán e identificarán.

Mientras yo pisaba más y más el acelerador, Chris mantenía silencio absoluto, evaluando y pensando en las posibles cosas que podían salir mal, eso ocurría cuando convivías tanto con alguien, hasta en sus silencios adivinabas sus pensamientos. Por otro lado, escuchaba la voz suplicante de Will al teléfono, le gritaba a Atenea que no se durmiera y que se quedara con él. Solo escucharlo me daba ganas de llorar, sufría al verla así, moría por salvarla. Hubo un momento fugaz en el que me pregunté si las súplicas de Will eran las de un primo preocupado o si había algo más, después me di una cachetada mental por eso. No tenía tiempo de armar películas en mi cabeza.

La voz de Atenea sonaba débil, a veces preguntaba cuánto faltaba y en otras le decía a Will que tenía miedo. Mis manos comenzaron a sudar contra el cuero del volante al pensar que no lo lograríamos.

Solo faltaba una calle más. Yo no podía ni siquiera pestañear de la desesperación, estaba angustiada, preocupada. Atenea no debía morir tan rápido.

Justo cuando logré cruzar hacia la farmacia, las luces del Jeep de Will me sorprendieron de frente. Rápidamente estacioné el Jeep y Will me imitó.

Habíamos llegado.

Chris y yo nos bajamos al mismo tiempo del Jeep, este corrió a auxiliar a Atenea mientras yo salía a tocar el timbre de la farmacia.

Era una estructura grande de vidrio, su anuncio era color azul y de letras blancas. Una franquicia del país muy conocida por todos, su anuncio decía que había atención las 24 horas; sin embargo, no había una sola persona en los alrededores. Frente a mí, una pequeña ventana con un enrejado de seguridad color azul y una puerta pequeña que nos impedía ver si había alguien y al lado de este un gran timbre que decía: *para emergencias, tocar aquí*.

Toqué el timbre.

Sentí como abrían la puerta pequeña, no obstante, la rejilla de seguridad quedó en su sitio. Un hombre de unos 30 años, bajo de estatura por lo que podía ver, de cabello negro y ojos color café protegidos por unas gafas pasadas de moda me saludó.

—¿En qué puedo ayudarle? —Me preguntó con voz monótona

No pensé las palabras antes de decirlas, estaba asustada y solo quería desesperadamente que alguien auxiliara a Atenea

—Es mi prima, tiene una herida de bala. ¿Tienen a algún médico que la

pueda ayudar?

El hombre ni siquiera parpadeo. Suponía que estaba acostumbrado a eso, en un país donde los hospitales no sirven, la gente con dinero recurría a las clínicas privadas donde tenían que pagar sumas exageradas mientras que la gente común, buscaba a los médicos que trabajaban en farmacias.

—Hoy no hay doctor de guardia. Te recomiendo que vayas a un hospital.

Mi corazón se iba a salir de mi pecho, nuestra mala suerte era tan grande que mi prima tendría que morir por mi genial idea de venir a una farmacia donde no había médico de guardia.

—¿Puede llamarlo? Por favor es una emergencia. Ella no sobrevivirá el traslado a un hospital, no llegaremos a tiempo. O podría venderme los implementos para extraer la bala e indicarme cómo hacerlo, yo... mi prima va a morir al menos de que hagamos algo señor.

—No tengo autorización para dar indicaciones médicas ni mucho menos puedo llamar al médico si hoy no tiene guardia. Podría venderle lo que necesita pero tendría que alertar a la policía. Y por su rostro, usted no quiere eso ¿verdad? Le recomiendo irse ya para que pueda llegar rápido al hospital.

No era una sorpresa que supiera que no quería a la policía aquí. Después de todo, yo me veía como alguien que podía costearse una clínica y si aun así había preferido una farmacia era porque algo ocultaba.

Vi su rostro, no habría forma de conciliar con él. Era de esas pocas personas que se habían vuelto indolentes, no le preocupaba que alguien pudiera morir por su falta de ayuda, lo único que quería era que yo lo dejara de fastidiar e irse a dormir.

—Por favor señor. Solo véndame lo que necesito para extraer la bala. Yo me las arreglaré después sola.

Me miró con ojos aburridos, después tomó el teléfono mientras yo veía cómo se disponía a marcar.

—Si continúa insistiendo llamaré a la policía...

Miré la ventanilla, solo nos separaban las estúpidas rejas. Sin ellas podría obligarlo a hacer lo que yo quisiera.

Respiré profundo mis manos temblando, sabía lo que tenía que hacer. Era capaz de hacer lo que fuera por mi familia.

Tomé mi pistola de la cinturilla de mi pantalón y lo apunté con ella.

Vi su rostro palidecer ante la posible visión de su muerte, soltó el

teléfono en el mostrador y se quedó quieto mirando. Aproveché su miedo y transformé mi cara en la de alguien igual a él de indolente, alguien que no le importaría robar una vida con tal de tener lo que quiere.

—Baja la cara. No grabarás mi rostro. Te diré lo que haremos, me vas a abrir las estúpidas puertas de vidrio y me vas a dar todo lo que necesito para salvar a mi prima. Después me darás las instrucciones que te pedí. Cómo sacar la bala y qué tipo de antibióticos tomará mi prima después. Trabajas en una farmacia, algo tienes que saber —Dije en voz baja.

El hombre bajó la cabeza y comenzó a mirar su pies mientras asentía. Como vi que no me abría las puertas, seguí apuntándolo con mi pistola y saqué con mi otra mano la glock para hacer un disparo hacia el cielo.

—¿Eres sordo? te dije que abrieras las puertas.

El hombre saltó de su sitio con el sonido de mi disparo y poco a poco se movió para abrir las puertas de vidrio.

—¿Qué está ocurriendo? —Dijo la voz de Chris detrás de mi.

No voltee a verlo, si lo hacía el hombre podía llamar a la policía y estaríamos todos jodidos. Guardé mi glock en la cinturilla de mi pantalón mientras con mi mano libre volvía a empuñar la pistola con la que estaba apuntando al hombre.

—Él se niega a cooperar. Así que le doy un incentivo. No te preocupes estoy bien, ve a ayudar a Nea.

Escuché la respiración acelerada de Chris. Estaba molesto porque las cosas no iban según lo planeado, no estaba interesada en sus sentimientos. Tenía un objetivo.

—Logramos hacerle un torniquete y controlar un poco la hemorragia. Necesitamos algo que haga que disminuya su sangrado.

Miré al hombre

—Ya lo escuchaste. Necesitamos algo que pare el sangrado e instrumentos para extraer la bala.

Chris habló por encima de mi voz.

—Y suturas, la herida es grande y vamos a necesitar coserla.

Quién iba a hacer todas esas cosas estaba más allá de mi comprensión. En ese momento solo necesitaba las medicinas.

Chris y yo pasamos a la farmacia, el hombre pálido y con la cabeza baja procedió a tomar de una despensa todo lo que yo le pedía y lo ponía encima de la mesa.

Pronto la mesa estuvo llena de gasas, pinzas, antibióticos, suturas, analgésicos, guantes, alcohol, un tensiómetro, algo llamado *procoagulante* y un frasco color marrón que no supe identificar.

Miré al hombre pálido quien había comenzado a meterlo todo en una bolsa.

—Mírame a los ojos —ordené con voz amenazante.

Él se resistía. Verán, en Venezuela cuando mirabas a alguien de los bajos mundos a los ojos y grababas su cara ésta persona después iría por ti y te asesinaría por miedo a que la acuses ante las autoridades.

—Si no quieres que dispare mírame —Dije en un tono de voz más bajo.

El hombre aun temblando subió su mirada y me encontré con sus ojos negros. Aunque yo tenía lentes de contacto y el pelo rubio sabía que jamás olvidaría mi rostro.

—Si me das algo que pueda matar a mi prima, si me das una sola pastilla o frasco que pueda hacerle el mínimo daño, no habrá lugar en el mundo del que puedas ocultarte de mí. Ni tú, ni tu familia, te cazaré y los mataré uno por uno.

Si era posible el hombre palideció más y otra vez bajó la cabeza. Sus manos temblaban en tanto metía todo en una bolsa, creí verle algunas lágrimas caer y sentí vergüenza.

Esa era la razón por la que había abandonado a mi familia, había querido evitar convertirme en eso. Por más que le decía a mi mente que era una actuación no dejaba de preguntarme si en serio sería capaz de matar a ese hombre por Atenea.

Chris tomó la bolsa de las manos del hombre.

—Espera, no nos ha dado instrucciones sobre cómo usarlas —Dije, sin dejar de apuntar a la cabeza del hombre.

Chris me contestó igual de serio y molesto que yo.

—No es necesario. Parte de nuestro entrenamiento es saber retirar una bala, tienes suerte, aprenderás con tu prima.

Entonces Chris se fue, dejándome confundida con sus palabras.

El hombre aprovechó mi descuido e intentó quitarme el arma. Con sus dos manos tomó el cañón de la pistola en un intento por arrebátarmela y casi lo logra. Verán, siempre he tenido buenos reflejos, cuando ese hombre se me vino encima lo único que pude hacer para no dispárale fue dar una patada a nuestras muñecas juntas de modo que el arma voló al otro lado de la

farmacia.

Antes de darle tiempo para pensar en algo que hacer, tomé con mi mano su cuello y lo pegué al vidrio de la farmacia, el hombre no era tan pesado y con lo asustado que estaba no hice mucho esfuerzo para pegarlo al vidrio. No sé si era la furia que tenía o lo asustada que estaba pero no pude evitar cerrar mi puño y golpearlo en la mandíbula. El sonido fue horrible y asqueroso, si abría la boca estaba segura que descubriría que le había partido uno o dos dientes del impacto. A mi mano en cambio no le dolió, estaba muy molesta para eso.

—Ya por favor —Suplicó el hombre.

—Espero que lo pienses dos veces antes de volverle a negar la ayuda a una persona Robert —Dije, mencionando por primera vez su nombre que estaba en una etiqueta de su camisa azul.

Hice que Robert se encerrara a sí mismo en el depósito. Después lo obligué a decirme cuánto dinero le debía.

—Mañana a esta hora el doble de la suma estará frente a las puertas. Gracias por sus servicios —Luego salí de la farmacia.

Lo más probable es que el siguiente turno llegara a las 6am y lo encontrarían encerrado. Él les diría todo lo que ocurrió pero no mencionaría mi cara, no solo porque lo había amenazado a él, sino que tenía conocimiento de su nombre y podía rastrear también a su familia. En Venezuela el miedo vencía a las personas y por eso los fuertes vencíamos a los débiles.

No estaba orgullosa de lo que había hecho, pero era necesario.

Corrí al Jeep de Will y la imagen que encontré me detuvo en seco.

En el asiento delantero se encontraba Will con Atenea en sus piernas, él le sostenía el brazo derecho y le decía cosas al oído mientras Chris echaba una sustancia naranja en donde estaba la herida de bala.

No podía ver qué tanta sangre había en sus ropas pues todos estaban vestidos de negro, sin embargo, las manos de Chris que tenían guantes puestos estaban totalmente rojas y el rostro de Atenea era tan blanco como un papel.

—¿En qué puedo ayudar?

Will y Atenea ignoraron mi presencia. Ella por el dolor y Will porque al parecer solo podía ver el rostro de Atenea, estaba asustado. Mi primo no quería aceptar que había muchas probabilidades de que Atenea muriera esa noche.

—Toma unos guantes de la bolsa y colócatelos, pásame la pinza.

Procedí a hacer lo que Chris me dijo, mientras él me explicaba lo que había adelantado.

—Se supone que ya limpié la herida y le eché algo que decía anestesia Tópica, ella tomo algunos analgésicos y le inyecte el *procoagulante*. Eso no va a evitar que le duela como el demonio cuando extraiga la bala, por suerte, la bala no perforó la arteria braquial, de ser así ya estaría muerta. El riesgo es que ha perdido mucha sangre, podría producir hipovolemia y finalmente falla al corazón.

—Está bien haré que entendí todo lo que dijiste. ¿Alguna vez has hecho esto? —pregunté.

—Algunas, pero necesito que me ayudes. A penas saque la bala brotará más sangre y tendrás que poner la gasa. Después tendremos que suturar.

Chris le había puesto un tensiómetro automático a Atenea en el otro brazo. Su presión estaba bajando a causa de la pérdida de sangre, no tenía tiempo para cuestionar a Chris e hice lo que me dijo.

Todas las luces del Jeep estaban prendidas para que Chris pudiera ver bien. Llenamos la punta de las pinzas con alcohol pensando que así no contaminaríamos más la herida de lo que estaba. A penas el metal tocó su piel Atenea gritó.

—¡Pensé que me habías dicho que habías anestesiado el brazo! —Gritó un Will molesto.

—Ese era un tópico, jamás podría anestesiar todas las terminaciones nerviosas. Créeme, sin eso Atenea ya se habría desmayado del dolor.

Tal como Christopher había predicho, en cuanto tocó la bala, la sangre se disparó y puse alrededor de 5 gasas para detener la hemorragia.

Era difícil ver el brazo de mi prima a carne viva. La herida era de unos cuántos centímetros, no podía ver el hueso, la sangre y el músculo desgarrado no me lo permitían. Además, cuanta más gasa ponía menos tejidos había en mi campo visual.

Chris Tardó alrededor de 10 minutos en sacar la bala. Esos diez minutos fueron igual a diez horas. Diez minutos en los que Atenea gritaba y lloraba mientras Will hacía lo posible por calmarla. Cada vez que Chris sacaba las pinzas estas eran llenadas otra vez con alcohol, no era una buena forma de esterilizar, existían estudios que decían que el alcohol era la peor forma de limpiar un instrumento, pero no contábamos con nada más. Atenea sabía en

lo que se estaba metiendo cuando accedió a unirse a la guerra, no podíamos hacer mayor cosa, ella estaba consciente de que la identidad de toda nuestra familia dependía de nosotros y que si la llevábamos a una clínica privada alertaríamos a la policía y por ende a los Uzcategui.

Chris me pidió algo llamado fórceps y poco después termino de sacar la bala. No sé qué hizo Chris después pero la sangre dejó de correr, Chris dijo que era por algo sobre ligar, la verdad no entendí bien. Fue cuando Chris pidió las suturas.

—William tienes que sostener el brazo, Samantha toma las gasas y llénalas del líquido del frasco color naranja, vas a limpiar la herida hacia afuera. Atenea, esta parte es la que menos duele.

Todos hicimos lo que Chris dijo, limpié toda la herida con el líquido naranja de adentro de la herida hacia afuera. Las gasas llenas de sangre y un olor horrible inundó todo el vehículo. Respiré profundo, las náuseas amenazaban mi cabeza con explotar.

Chris estaba sudado y con el ceño fruncido, concentrado sin dejar de lado su preocupación por la presión de Atenea, me daba instrucciones precisas para que lo ayudara a suturarla y de vez en cuando veía el tensiómetro. ¿De dónde había sacado esas habilidades de doctor House? Ni idea. El tensiómetro comenzó a marcar la pérdida del pulso a Atenea y comencé a rezar.

No era una persona muy devota a Dios, las personas que se criaban en mi familia no lo eran. Pero en ese momento recé porque mi prima se salvará. No quería tener su vida en mi consciencia.

El tensiómetro pitó, la presión comenzó a bajar y a bajar. Había perdido demasiada sangre, la íbamos a perder.

Atenea se había desmayado hacía rato y Will no había dejado de hablarle al oído en el proceso. Cuando su corazón paró de latir, Will gritó su nombre a todo pulmón y empezó a llorar.

Me quedé quieta viendo su cuerpo inerte. No podía ser posible, habíamos hecho todo lo que debíamos hacer, no podía terminar así.

Puse mi mano en su cuello, incrédula, intentando sentir su pulso.

Las lágrimas salieron de mis ojos. Escurrí mi mano con nerviosismo y volví a intentar sentir su pulso.

Nada.

Había muerto.

**Marzo.**

**Hoy sentí la necesidad de escribirte. Perdón si he faltado a mi palabra de mantenerte al tanto de mi vida.**

**He estado ocupada con mi adiestramiento. He aprendido a no faltar el respeto a las personas que solo quieren mi bien. Después de todo, pronto seré la heredera.**

**Aquél día que decidí escapar tomé la peor decisión de mi vida, hoy me doy cuenta de ello.**

**Por suerte Mentor siempre ha estado ahí para mí.**

**Dice que si me porto bien algún día me dejaran ser su mujer.**

**No hay cosa que me plazca más.**

**Todas esas chicas lo han intentado. Y de todas ellas él me ha escogido a mí.**

**Mentor dice que me escogerán por mi belleza e inteligencia.**

**No me ha puesto una mano encima desde aquella vez que decidí escaparme y se lo agradezco infinitamente.**

**Por su calma y su comprensión.**

**A veces solo hace falta equivocarse para entender dónde está tu lealtad.**

**EV.**

## CAPÍTULO IX

### AMÉMONOS ANTES DE QUE AMANEZCA.

Pasarán los años y jamás olvidaré el grito de William ese día. Era desgarrador y sorprendente, de esos que te quitaban el alma y te hacían querer llorar.

Los Varsolé habíamos sido criados como ganadores, desde pequeños nos decían que podíamos contra lo que sea y quien sea. En ese momento William entendió que había alguien a quien nunca vencería, la muerte.

Me di cuenta que mi primo era la persona más segura de sí misma que conocía, incluso más que Chris. Pues mientras yo terminaba de suturar y tiraba la toalla, Will obligó a Chris a inyectarle adrenalina a Atenea, se volteó y empezó a dar compresiones en el pecho.

Chris aunque hizo lo que le pidió no era tan optimista

—William es inútil, no podemos hacer nada —Dijo Chris.

Will no se detenía, continuaba haciendo compresiones en el pecho mientras le gritaba a una Atenea inconsciente:

—¡Te dije que te quedaras debajo del asiento! Pero eres tan terca. Te dije que te quedaras en la casa, ¡Pero querías ayudar! Nea te dije cientos de veces que no fueras parte de esto, pero no sé qué tienes en la cabeza. Y ahora... justo ahora quieres dejarme. Por dios Nea, ¡No lo hagas!

Con cada oración una compresión en el pecho. Mis ojos se aguaron mientras me quitaba los guantes y buscaba si había algo en la bolsa que pudiera ayudar. Era inútil.

—Atenea Varsolé. No lo hagas. ¡Juro que no podré seguir si lo haces!

Mi mente procesaba las cosas que William decía y se daba cuenta de la inminente verdad. Tragué saliva, quise preguntarle a Atenea en qué momento había ocurrido todo pero no podía, mi prima ya no estaba.

Chris estaba paralizado en su lugar, estaba más manchado de sangre que cualquiera de nosotros y no hacía nada por quitarse ni los guantes ni las gasas de encima. Veía a Atenea y a Will, en sus ojos pude ver ira e incluso un atisbo de dolor. Ni siquiera Christopher Thrasia podía huir del sentimiento tan absurdo de la pérdida.

Me armé de valor para separar a Will del cuerpo inerte de Atenea. Me acerqué con sumo cuidado y puse las manos en sus brazos.

—Ya es tarde —Dije con sumo pesar.

Will seguía dando compresiones en el pecho desesperadamente. Era como si no me escuchara.

—William detente, solo te estás lastimando más —dije en un tono más alto.

—No lo entiendes Sam, no me puede dejar. Lo prometimos, nosotros no íbamos a dejar que esta guerra nos asesinara. Es fuerte, más de lo que tú o ella misma piensa —La convicción en la voz de Will me lastimaba, se negaba a dejarla ir.

—Will cariño....

—No Sam, no.

Más compresiones en el pecho.

—William tienes que entenderlo. Está muerta y no hay nada que puedas hacer.

Parte de mí lo decía por su bien. La otra parte, esa parte que aún le guardaba algún tipo de rencor a William por cosas que habían ocurrido hacía años, esa parte que más odiaba de mí misma, buscaban darle una lección.

Will siguió dando compresiones sin ningún resultado. El cuerpo sin vida de mi prima seguía igual. Mis lágrimas cayeron, otra vez perdíamos un Varsolé.

El rostro de William estaba rojo y sus propias lágrimas le debían estar nublando la vista.

Le toqué el hombro.

—Basta —Dije indulgente.

William seguía. No veía lo inútil que era, el daño que me hacía. Nea se había ido, nos doliera o no.

—Por favor Will...

Seguía sin responder. Me molesté con él y me dispuse a alejarlo de Atenea cuando la voz de Chris me detuvo.

—Samantha no.

Alcé la mirada para mandarlo joderse cuando me fijé en su mirada. Al principio pensé que su frase había sido hecha con el único fin de decirme que hacía mal al querer separar a mi primo de Atenea, pero cuando vi sus ojos, noté que había esperanza en ellos.

Me separé de Will que aún andaba dándole compresiones al pecho de Atenea para ver que el pequeño tensiómetro otra vez estaba pitando. Estiré

mis dedos índice y medio y los puse suavemente en el cuello de Atenea justo donde pasaba la carótida.

Los primeros segundos no ocurrió nada. Después, sentí un pequeño cosquilleo en la piel. Me quedé sin decir nada para no dar falsas esperanzas, tres segundos después lo volví a sentir. Había pulso.

—¡Will, ya puedes parar! —Grité con entusiasmo.

Él no me entendía y continuaba.

—William lo lograste ¡Will está viva! —Dije haciendo énfasis en la palabra viva.

Fue entonces cuando mi primo me vió a los ojos, buscando la verdad en ellos. Vi el instante en que supo que no le mentía y que la vida volvía a él. Bajó los brazos inmediatamente y puso sus dedos justo en donde yo aún no había quitado los míos.

Sintió el pulso bajo su piel y en un acto de impulso abrazó el cuerpo de Atenea ahora con vida junto a él.

—Sabía que no me dejarías —Atenea seguía inconsciente y no le pudo responder, pero estaba viva y era lo que nos importaba.

Un Chris que había recogido toda la basura y ya se había deshecho de ella nos interrumpió.

Nos miraba fríamente como siempre, aun así, era obvio que estaba aliviado por Atenea. Lo sentí en su postura y en sus ojos, en sus manos ahora relajadas y en la forma en como habló calladamente:

—Pronto amanecerá, tenemos que irnos a hoteles muy alejados de acá. Si llevamos los dos Jeep a un mismo establecimiento llamaremos la atención de la policía pues nos estarán buscando en tanto el hombre de la farmacia haga su declaración—Entonces en un movimiento preciso Chris sacó su propia Glock y apuntó a disparar a algún lugar en el techo de la farmacia.

Una cámara de seguridad.

—No se preocupen, es la única que hay. Pongámonos en marcha, tenemos que estar antes de que amanezca en un hotel.

Will estaba tan descolocado que le hizo caso a Chris sin protestar, colocó a una Atenea que estaba recuperando el conocimiento en el asiento del pasajero y mientras le colocó el cinturón esta le dijo:

—¿Astronauta?

Pensé que mi prima estaba alucinando hasta que vi que Will le sonrió y contesto de vuelta

—De la luna a las estrellas.

Negué con mi cabeza y me propuse no terminarme de enterar de lo que ocurría. Me monté en el Jeep y encendí el motor, Chris se sentó en el asiento de copiloto sin decir nada y emprendimos un nuevo camino.

No podíamos llamar a Will hasta la mañana siguiente, así había sido nuestro plan inicial, había que buscar donde dormir y muy lejos de esa farmacia. Mientras mirábamos los retrovisores por si nos perseguían, pensamos qué hacer.

Bajé la velocidad cuando logramos llegar a las afueras de la ciudad, unos pocos minutos después, tomé la salida principal.

Chris como siempre se hizo cargo y me dió instrucciones sobre hacia dónde ir. En menos de diez minutos llegamos y tomamos la vía contraria hacía nuestra casa.

Seguimos rodando una media hora más, casi llegando a otra ciudad y cuando pensé que se me iba a acabar la paciencia Chris me dijo que estacionara en un pequeño hotel de mala muerte.

Estacioné el vehículo en la parte más alejada de la recepción, un Jeep lleno de agujeros y con los vidrios rotos llamaría la atención del recepcionista.

Apagué el motor.

—Es mejor que te quedes aquí, estás llena de sangre —Eso lo dijo molesto, como si el estar llena de sangre fuese mi culpa o algo así.

Lo miré de arriba bajo haciéndole hincapié con mi mirada en que él estaba igual de sucio que yo.

—Mi ropa está sucia, solo eso. Tú por otro lado pareciera que te hubieses bañado en un charco de sangre —Dijo aún con tono aún más molesto e irónico.

Me miré en el espejo del Jeep y era verdad, no sabía cómo tanta sangre había llegado a mis mejillas, las toqué con mis manos para descubrir que también había sangre en mis manos y brazos. Me había vuelto un desastre.

Busqué unas toallitas húmedas en tanto Chris se bajaba.

No lo había visto bien pero suponía que él no estaba mejor que yo. Golpear a un hombre como él lo había hecho no podía dejar impecable los nudillos, eso más nuestro episodio con Atenea. Puede que no tuviera sangre en el rostro, pero tampoco había salido bien librado esa noche.

Miré mis propias manos, estaba temblando. Más que eso, mis dientes

estaban castañeando y mi corazón se iba a salir de mi pecho.

Pudimos haber muerto.

Recordé el cañón de la pistola en mi rostro, no había peor forma de morir.

Y Atenea, por poco la perdíamos.

Me abracé a mí misma, estaba comenzando a hacer mucho más frío.

Chris llegó y me hizo señas para que me bajara de la camioneta.

Me costó ponerme en pie, mi cuerpo temblaba terriblemente. Seguí a Chris hacia unas escaleras, después llegamos a un pasillo un poco sucio, las paredes amarillas tenían moho y el techo era de machimbre.

*Habitación 15 —20.* Decía un pequeño letrero.

Chris continuó por ese pasillo y yo lo seguí, pasamos una serie de puertas de madera hasta que conseguimos la 20.

Chris sacó una pequeña llave con el número 20 y abrió la puerta, entonces entró.

Una habitación pequeña matrimonial me saludó. Las paredes eran de un color rosa cursi y había un pequeño televisor en una de ellas. Una mesa con hielo y una cafetera. Un mini refri y por supuesto un aire acondicionado.

Un mueble frente a la cama que había visto mejores días, el piso y el techo iguales a los del pasillo que nos había traído hasta ahí.

Al menos teníamos un techo donde dormir.

Fue cuando noté que Chris pretendía que durmiéramos juntos.

—Disculpa, ¿Se puede saber por qué solo pediste una habitación? — Dije con una voz temblorosa que no me era propia mientras seguía abrazándome a mí misma.

Chris suspiró.

—Samantha, arruinaste el plan. Por favor no me des más razones para ahorcarte

Sus palabras sonaron frías como el hielo de sus ojos mientras tomó la almohada de la cama y la puso en el mueble. Después, pasó por donde yo estaba parada como idiota y cerró la puerta de la habitación.

—¿Estás sugiriendo que lo que ocurrió es mi culpa? —Pregunté incrédula.

—Teníamos un plan. No lo seguiste, las cosas salieron mal. No hace falta ser un genio para llegar a la conclusión de la razón —Me respondió él tranquilo.

Olvidé el susto, olvidé el temblor de mis manos y las ganas de llorar que tenía en ese momento.

Me enojé.

—Si lo olvidas, gracias a mí conseguimos el USB y gracias a mí te diste cuenta de lo que estaba ocurriendo Christopher, si hay alguien a quien culpar es a ti, mataste a un hombre buscando un USB sin que se te ocurriera que todos podíamos estar siendo amenazados en la parte de atrás. Fue mi idea ir a la farmacia y fue gracias a mí que tuvimos todo lo necesario para asistir a Atenea —Lo último lo dije casi gritando, mi cuerpo temblaba otra vez solo que por rabia.

Dejó su lugar al lado del mueble y caminó lentamente hacia mí. Sonará extraño pero otra vez me parecía un animal asechando. Quería asustarme y no iba a poder.

—Si te hubieses quedado en tu puesto los hombres en algún momento se dirigirían hacia mí obligándote a dispararles a ambos. Después de que murieran encontraríamos el USB y no hubieses estado en peligro. Y continuando con tu línea anterior todo lo que hiciste por Atenea era inútil si no sabías cómo sacar la bala.

Siguió acercándose esperando que diera un paso atrás. No lo haría, me quedé donde estaba.

—Y tal vez Atenea y Will estuviesen muertos si hubiésemos seguido el plan, tal vez Atenea estuviese muerta si yo no hubiese improvisado.

Siguió caminando.

—No sabes eso Samantha. Simplemente corriste al peligro arruinándolo todo. ¿Querías que te mataran? ¿Era eso? —Dijo levantando la voz.

Nos separaban unos tres pasos, estábamos muy cerca y me puse nerviosa. Claro, eso era lo que él quería, intimidarme.

—¿Por qué dices eso? Quise ayudar, hice lo necesario para sobrevivir — Levanté también mi voz.

Rio sarcásticamente y se pegó a mí.

—Desde donde yo estaba, había un arma apuntando a tu sien. Eso no es sobrevivir.

Nuestras respiraciones se mezclaban, no había lugar para el espacio personal mientras nos mirábamos a los ojos.

—Corrí el riesgo. No me uní a esta guerra para ver morir a mis primos.

Sonrió de medio lado. Sus ojos fríos asomaron algo parecido a la

preocupación.

—Pudiste morir. Que estúpida al dar tu vida por ellos.

—Harían lo mismo por mí —Dije con convicción.

—¿Por qué estás tan segura?

Me quedé callada. Nuestros corazones iban rápidos y al mismo tiempo. Nuestras respiraciones eran fuertes, no podíamos dejarnos de ver a los ojos. Él siguió hablando y por más cursi que suene, mientras más hablaba más quería escucharlo. Puso su frente junto a la mía y aún viéndome a los ojos dijo:

—Vaya entrenador estoy siendo. Mi trabajo es protegerte y por el momento las dos veces que has salido han asesinado a alguien frente a ti y te han puesto una pistola en la cabeza, eso sin contar la persecución policiaca.

Su olor me inundaba, comenzó a dolerme el cuello por estar mirando hacia arriba. Era muy alto. Alto y guapo, sus ojos eran atrayentes al igual que el resto de su rostro.

—No es tu trabajo protegerme Chris. Solo terminarme de entrenar —  
Dije.

Sus ojos bajaron hacia mis labios y mi corazón dio otro vuelco, se acercó un poco más a mí. Comenzó a hablar casi encima de mis labios, me di cuenta que le gustaba hacer eso.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que yo te digo que hacer? No al revés Samantha —No supe si era una afirmación o una pregunta.

Con su mano recorrió el lugar justo donde había estado la pistola, después bajo y rozó mi barbilla.

Un escalofrío me recorrió.

Justo cuando pensé que iba a besarme se apartó de mí.

—Tenemos que dormir. Mañana averiguaremos si logramos tener el USB correcto.

Dejé salir el aire que no sabía que estaba reteniendo, extrañé su contacto inmediatamente y me odié por eso. Me di un golpe en la cabeza mentalmente y me dirigí a la cama en tanto Chris se dirigía al mueble-sofá.

Obligué a mi mente a despejarse y le contesté:

—Por supuesto.

Quité las sabanas de la cama y me dispuse a acostarme cuando Chris me interrumpió:

—¿Samantha?

—¿Si? —Respondí y lo miré en el sofá.

Chris sonrió.

—Estaba vivo.

No comprendí.

—¿Cómo? —Pregunté confundida.

—El conductor, lo dejé vivo. A penas me dijiste *cariño* supe que algo estaba mal, aún seguía con vida cuando nos fuimos.

No supe por qué pero eso me contento el alma.

No le respondí y me dormí.

Unos ruidos me despertaron. Eran gritos mudos. Me levanté sobresaltada intentando ubicarme. Los recuerdos de toda la noche me inundaron, prendí la luz de una pequeña lámpara al lado de mi cama que no sabía que estaba ahí hasta ese momento, miré hacia el lugar de donde venían los ruidos y me levanté.

Encontré a un sudado Chris vuelto un ovillo en el sofá, el sudor hacía que su franela y pantalón se pegaran a él. Noté que no se había quitado las botas y le estaban molestando, pero eso no era lo peor de todo. Su cara reflejaba mucho dolor, era como si lo hubiesen estado torturando. La vena en su cuello sobresalía mientras volvía a gritar, sus manos estaban en puños pegados al sofá.

Estaba teniendo una pesadilla.

—¡Chris! —Grité, pero él no despertó.

—¡Chris!

Ese hombre gritó más fuerte, como si lo que yo dijera le diera más dolor. Llevé mi mano a su hombro y le dije con voz firme.

—¡Chris despierta!

Dos ojos diferentes se abrieron desencajados. Un brazo se levantó y unas manos me halaron hacia a él. En un extraño movimiento terminé acostada en el sofá con Chris encima de mí y su brazo en mi cuello cortándome la respiración.

—Chris —Dije desesperada y asfixiada.

Mis manos tomaron sus brazos desesperadamente. Lo arañé un poco pero no reaccionaba.

—Chris —Dije otra vez, comencé a ver un poco borroso, me estaba quedando sin aire.

Le intenté dar una patada en el pecho, esta salió sin fuerza, débil y a

penas lo golpeó un poco en el abdomen.

Fue suficiente.

Pude ver en VIP como volvía en él. Sus ojos se calmaron y retiró su brazo de mí.

—Samantha, ¿Qué haces aquí? —Dijo extrañado.

Tomé una gran bocanada de aire y puse las manos en mi cuello, mientras le decía un poco molesta:

—Estabas teniendo una pesadilla e intenté despertarte.

Por primera vez Chris no podía ocultar sus emociones, vi claramente el momento en que recordó su pesadilla y como intentaba olvidarlo. Me condolí de él. Levanté mi brazo y con mi mano toque su mejilla.

—Parecía como si te torturaran, era solo un sueño —Dije con dulzura, mis dedos recorriendo su barba incipiente.

—¿Qué escuchaste? —Me dijo desesperado y vi en sus ojos que estaba asustado.

—Nada, solo gritabas —Dije para tranquilizarlo.

Recordé aquella primera noche en la casa, yo me había levantado temprano y él había estado igual de sudado y desencajado como en ese momento, ¿Había tenido una pesadilla esa noche también?

—Disculpa por haberte despertado —Me dijo un Chris apenado.

Estaba sudado y por primera vez desde que lo conocí, no parecía ni un poco seguro de sí mismo.

—Chris ¿Estás bien? —Le pregunté.

—¿Por qué no habría de estarlo? —Replicó a la defensiva.

Yo solo señalé con mi barbilla la forma en que estábamos. Él todavía encima de mí en el sofá, me tenía atrapada y parecía que no se había dado cuenta.

Cuando él lo vio, saltó fuera del sofá. Se levantó y se puso las manos en la cara, como si aún intentara borrar las imágenes de su mente.

Me levanté y le toqué el brazo.

—Es difícil dejar los demonios atrás —Le dije, un poco en broma.

Se quitó la mano de la cara y me dijo:

—Lo mío son cosas peores a los demonios.

Sonreí compasivamente.

—Podemos escapar de ellos cuando estamos despiertos pero una vez que cerramos los ojos es imposible. No tienes que sentir vergüenza conmigo

por eso, si alguien sabe lo que es querer borrar ciertas partes de nuestra vida soy yo —Dije encogiéndome de hombros.

Hizo un pequeño sonido de burla.

—Te lo dije antes, escapar no es la solución, por eso yo nunca lo hago.

—¿Entonces? Si no escapas ¿Por qué tienes pesadillas?

Volvió a ponerse las manos en su rostro.

Ver a un Christopher tan indefenso me hizo querer acercarme a él.

¿Por qué las mujeres queríamos salvar a todos los hombres del planeta?

Es decir, pude dejar a Chris ahí e irme a dormir o simplemente ignorar su pesadilla. Pero no, una parte de mí aunque no lo supiera en ese momento, quería salvarlo. Hacerlo sentir algo, que dejara de actuar un poco como robot.

Luego hice algo que jamás había hecho.

Abracé a Chris.

Se quedó estático mientras puse mis brazos alrededor de él. Hice lo que mi madre hizo infinitas de veces conmigo, intenté transmitirle con un gesto que todo estaría bien. Él no me abrazó de vuelta, es más, podría jurar que ni siquiera respiró en ese momento. No me importó.

Estuvimos así unos segundos hasta que lo sentí relajarse y poner sus brazos alrededor de mi cintura, después enterró su cara en mi cuello.

Si alguien entraba sabía que nos veríamos cómicos.

Un hombre de casi dos metros abrazando como un niño a una chica llena de sangre de un metro sesenta.

Ese día comprendí que Christopher tenía un alma, no solo eso, que su alma podía estar tan atormentada como la mía. Deseo no haberlo descubierto, al humanizarlo la pequeña muralla que había puesto entre nosotros se rompió y al romperse no sabía si podría resistir lo que sería establecer un lazo con Christopher Thrasia.

Abracé a Chris con la intención de hacerlo sentir seguro; sin embargo, abrazarlo me hizo sentir segura a mí. Quiero decir, estar entre sus brazos era cálido. Él era fuerte, no solo eso, me apretó con firmeza como si nunca quisiera soltarse. Intenté pensar en qué pudo haber soñado, después me dije que eso era parte de su privacidad y así como había cosas de las cuales yo dudaba sentirme alguna vez preparada para hablarlas, él también tendría las suyas.

No dormimos en toda la noche. Nos pusimos a conversar de temas triviales, política, sus viajes, la inseguridad del país. Temas normales como

chicos normales. No nombramos su sueño o los planes del siguiente día.

Fuimos juntos a la cama, aún pegados. Christopher no quería soltarse de mí, era como si yo fuese su ancla en el mundo. Él se sentó en la cama y me tomó de la cintura poniéndome en frente de él, casi sentada en sus piernas, enterró su cara otra vez en mi cuello y rodeó con sus brazos mi cintura. Hablaba sobre mi piel, de forma confidente, de forma magnética. Yo por otro lado, me sentía relajada a su lado, confiada, no me importaba en absoluto nuestra posición.

En un momento de la noche él se quitó los zapatos y comenzó a hablarme de su único viaje a París. Era increíble como dentro de ese soldado existía alguien que amara tanto las culturas, hablaba de París no desde el lado de la ciudad del amor, hablaba de su gente y sus costumbres, de lo diferente que podían ser a los venezolanos. Me dijo algunas cosas que me hicieron reír y olvidarme de las que me preocupaban.

Hablamos de como él aunque estuviese ausente trabajaba invirtiendo el dinero de su madre, como tenía tanto conocimiento sobre armas y estrategias. No pasé desapercibido que en ningún momento mencionó a su padre y yo a cambio nunca mencioné al mío.

Yo le hablé un poco sobre cómo era mi vida en la universidad, como era una chica normal que no había visto a su familia en tres años. Él no me preguntó sobre mi niñez o adolescencia y yo en mi mente se lo agradecí.

Chris me comentó que en la guerra cada persona necesitaba un nombre clave, era una forma de enviarse mensajes sin revelar el verdadero nombre de la persona que estaba al otro lado del teléfono. Esa era información nueva para mí, aproveché las ganas de compartir información de mi compañero para preguntarle:

—¿Cuál es el nombre clave de mi tío Eduardo?

Chris se quedó pensativo un momento, tal vez dudando si darme o no esa información. Después de unos segundos que para mí se sintieron como una eternidad, sonrió y me respondió:

—Maestro.

Sonreí, no era de extrañar en realidad. El único de mis tíos que se apersonaba en nuestro entrenamiento era mi tío Eduardo, más que mi madre, más que mi tío Alberto. Todavía podía recordar el día que decidió enseñarme las miles de formas en que podías extraer información a una persona sin siquiera ponerle un dedo encima, sí, Eduardo Varsolé me había enseñado el

poder de las amenazas y cómo hacer que las personas temieran a ellas.

—¿Y el tuyo? —Le pregunté otra vez a Christopher con genuina curiosidad.

Chris no dudó en responder.

—Cuando asistía al colegio, en la clase de religión nos enseñaron la existencia de dos ángeles algo extraños, tal vez incomprendidos. Abaddon ángel de la destrucción y Azrael, ángel de la muerte...

—Déjame adivinar. Escogiste ser Azrael, ángel de la muerte —Afirmé interrumpiéndolo.

Chris hizo lucir su hoyuelo mientras me respondía algo divertido:

—Sí, quise ser Azrael toda mi vida, no es que me crea un ángel, es sólo que puedo entender la necesidad de ser alguien bueno y que la vida te obligue a hacer cosas malas. Entonces mi profesora me explicó que el ángel Azrael generalmente era considerado una mujer, así que tachando de mi lista al Ángel de la muerte, decidí quedarme con el ángel de la destrucción, es más, a veces siento que se adapta más a mí.

Lo miré.

Hasta el momento Chris me parecía todo menos alguien que quisiera destruir, todo lo contrario, su afán de controlarlo todo era sinónimo de construcción y mantenimiento de las cosas, no su descomposición. Chris recogió entonces todo mi cabello hacia un lado y se colocó más cómodamente en mi piel. Su nariz comenzó a recorrer la línea de mi cuello, no sabía si era consciente de eso o no, yo no dije, solo por esa noche decidí poner en pausa mi pelea con Chris.

Solo sonreí y aclaré:

—Entonces tu nombre es Abaddon.

Él solo asintió y cambió el tema.

No sé cómo amaneció y nosotros seguíamos despiertos. No nos soltamos en toda la noche, mi piel se sentía viva ante su contacto, algo excitada y sofocada incluso. Yo no decía nada y trataba de controlar mis reacciones, un poco avergonzada por ellas.

—Deberíamos ir a ver a Will y a Nea —Me dijo una vez que el sol resplandeció en toda la ventana.

Por mas extraño que pareciera, no quería que esa noche terminara. Pero tenía un deber. Me levanté de la cama separándome de él y sonreí.

Chris bajó un momento al Jeep por los bolsos que habíamos hecho el día anterior con artículos personales y ropa. Nos turnamos en el baño para arreglarnos y bajamos con prisa a la recepción a entregar la llave.

El Jeep estaba en malas condiciones, no podíamos pasar desapercibidos en un vehículo que estaba prácticamente sin vidrios, sucio y con múltiples disparos. Le comenté a Chris que era mejor irnos en taxi a lo que el sorprendentemente concedió y me hizo caso.

Dejamos el Jeep en un lugar donde estuviese *robable* (palabras de Chris) en medio de una avenida y caminamos una cuadra para pedir un taxi.

Estuvimos en el lugar que pactamos con Will a las 8 am.

Era un pequeño lugar al que al parecer Will y Nea habían ido el día que llegaron a Barquisimeto, tenía unos grandes ventanales por los cuales vimos que los chicos no habían llegado y me preocupé un poco.

Escogimos una mesa alejada de la entrada pero cerca de los baños. Chris fue a la caja a pedir su dosis de café y un sándwich para mí.

Atenea y Will llegaron en ese preciso instante, aunque su aspecto físico era igual de vergonzoso que el de nosotros, sin contar con que Nea estaba tres veces más pálida de lo usual y tenía una pequeña intravenosa en el brazo, ellos se veían inusualmente alegres. En cuanto entraron por la puerta del café noté que Atenea con su usual vestido veraniego y unas pequeñas botas estaba feliz, más que eso, tenía una de esas sonrisas que con solo verlas te provocaba sonreírle de vuelta, Will no se quedaba atrás, tenía sus manos en los bolsillos de sus jeans y caminaba viéndose las botas militares que cargaba puestas, pero cuando alzó la mirada tenía aquella misma sonrisa que Atenea.

Lo habíamos logrado.

Los datos estaban a salvo.

Atenea y Will se sentaron en la mesa, al poco tiempo llegó Chris y hablamos de como habíamos pasado nuestras noches. Atenea y Will dijeron que habían ido a un pequeño hotel al norte, Will le había puesto una intravenosa con los artículos que robé de la farmacia con el fin de hidratarla y que habían revisado los archivos los cuales estaban bloqueados pero que Rafael los podría desbloquear en la tarde. Estaban muy alegres al respecto, Nea quien había pasado varios días amargada se encontraba radiante. Chris y yo les dijimos que habíamos alquilado una habitación al sur de la ciudad y que habíamos dormido toda la noche cómodamente. No mencionamos que nos quedamos en la misma habitación y mucho menos la pesadilla de Chris.

Se había vuelto algo personal, algo que solo nos pertenecía a nosotros.

Will se quedó mirando algo detrás de mí, después tomó su celular y me envió un texto.

*Alguien en la mesa detrás de ti te está observando ¿Lo conoces?*

Entendía el mensaje, antes de cumplir 15 años pasaba todas las navidades en Barquisimeto, por tanto, sería normal encontrar a alguien que me conociera. Por otro lado, nos estábamos ocultando de enemigos. No era saludable que alguien me reconociera.

Observé por el rabillo del ojo que Chris había leído el mensaje y sentí como su cuerpo se tensó a mi lado. Antes de que hiciera una estupidez, me levanté como si me dirigiese al baño y miré la mesa que se encontraba detrás de mí.

Efectivamente un hombre se encontraba en la mesa del fondo, sus rasgos eran muy comunes y me parecía haberlo visto antes. Como estaba intentando no mirarlo fijamente, le envié un texto a Atenea para que le tomara una foto y me la enviara mientras yo iba al baño.

Una vez en el baño entré en la cabina más alejada de la puerta en caso de que el hombre me siguiera. Tal vez era paranoide, a los Varsolé nos habían criado para desconfiar de cualquier persona que no conociéramos y hasta de los que llamábamos amigos. Era un instinto, unos años atrás hubiese tenido miedo, en ese momento solo tenía curiosidad.

No nos podían haber descubierto, teníamos posesión de los archivos.

Justo en ese momento llegó la imagen de Atenea, la acerqué. Seguía pareciéndome familiar pero no podía recordar de dónde. Fue cuando vi una pequeña herida en la muñeca y recordé.

Se trataba del guardaespaldas de Claudia Uzcategui.

No sabía si eso representaba una amenaza o no, por tanto reenvié un mensaje a mis amigos.

*Se trata del guardaespaldas de Claudia Uzcategui. Piensa que Chris y yo estamos casados.*

Luego me dirigí a nuestra mesa para encontrar que ya señor espeluznante no estaba.

Me senté.

—¿Hace cuánto se fue? —Pregunté.

Chris me dio la mano por encima de la mesa, se acercó más de lo apropiado a mí y me dijo en el oído.

—Se acaba de ir.

Quise perseguirlo, las palabras de Chris me detuvieron.

—Estas cansada. No tuvimos una buena noche, si no es peligroso harás que se alerte sobre ti. Y por otro lado, si es nuestro enemigo, solo lograrás que te mate.

Miré a Will pidiendo su opinión silenciosamente.

—Sam. Él no sabía que estaríamos aquí, nosotros mismos no sabíamos que íbamos a estar aquí. Podemos dejarlo pasar.

Respiré profundo.

Intenté relajarme.

Me senté y compartí el desayuno con mis compañeros. No quisimos hablar sobre la noche pasada, cada uno por motivos propios, así que nos concentramos en hablar de cosas triviales y algunas divertidas sobre nuestras vidas.

Los que más hablaban eran Atenea y Will sobre su mes viviendo solos en la playa. Tal como Chris y yo habíamos pensado anteriormente, casi nunca entrenaban y se la pasaban metiéndose en problemas. Mi tío Alberto tenía una casa de dos pisos en la zona céntrica y ahí era donde se habían quedado, hasta que mi tío Alberto y mi tío Eduardo les dieron la orden de reunirse con nosotros.

—Cuando mi padre nos ordenó devolvemos casi lloramos. Habíamos tenido muy buenas vacaciones y nos estaba pidiendo ir del sol a una zona que prácticamente era congelada, pensé que Nea estaría triste, mi sorpresa fue encontrarla empacando a pocos segundos de decirle —Comentó Will riéndose.

Atenea le dió un golpe juguetón en el brazo y continuó la historia riendo tontamente.

—En ese momento ya me había aburrido de la playa. Mi cabello se la pasaba horrible, mis uñas débiles, me sentía salada y mi piel no podía broncearse más. Cambiarse de ambiente era lo que quería, después de todo, nunca quise involucrarme en la guerra.

Ese comentario llamó tanto mi atención como la de Chris, quien antes de que yo hablara hizo la pregunta formulada en mi mente.

—Si no querías estar en la guerra, ¿Por qué no te fuiste del país como el resto de tu familia?

Atenea borró la sonrisa de su rostro y miró sus manos con nerviosismo.

Will extendió su mano e hizo ademán de tomar la de Atenea, pero en último momento se arrepintió y la dejó en un puño en la mesa. Las caras de ambos eran de preocupación.

—Mi padre no me dejó opción. Tengo habilidades imprescindibles para él y para la guerra.

Quise echarme a reír al escuchar a Nea decir palabras tan serias, después de todo, aunque Nea era buena con las computadoras, Rafael era mejor. ¿Por qué sus habilidades entonces eran tan necesarias?

Al ver mi mirada escéptica Atenea me dijo:

—Soy buena con los computadores Sam, más que buena, fui aceptada en el MIT en Estados Unidos.

Así chicos, es como una cara de incredulidad se vuelve una de profundo asombro.

—¿Que tú qué?! —Interrumpió Chris, igual de sorprendido que yo.

Nea se encogió de hombros.

—Les dije. ¿Cuán favorable creen que eso es en la guerra? Mucho. Mi padre dijo que para que mi madre estuviese a salvo tenía que ayudarlo con unas pequeñas cuestiones antes de irme a vivir a USA, así que aquí estoy, hasta que mi padre lo decida soy esclava de los Varsolé.

A veces eras víctima de tu familia sin darte cuenta. Ese era el caso de Atenea, ella sabía que su familia usaba lo que había en su poder para lograr sus objetivos. Atenea no podía irse de Venezuela sin la ayuda de nuestra familia para infiltrarla en un avión sin que los Uzcategui se diesen cuenta, mucho menos irse a Estados Unidos con su identidad original para poder entrar al MIT. En todo ese tiempo Nea no nos había dicho cuáles eran sus motivos de estar ahí, ahora lo sabíamos.

Mientras el resto de nosotros estaba actuando en consecuencia de sus sentimientos, Atenea solo estaba ahí porque mi tío la había obligado.

Mal por mi tío Eduardo.

Poco después de que Atenea nos revelara su secreto nos fuimos a nuestra casa en el Jeep de Will, el cual no estaba tan destrozado como el de Chris y podía pasar desapercibido por la ciudad.

Atenea le entregó el USB a Will y cada uno de nosotros se fue a dormir.

En unas horas, Atenea descriptaria la memoria USB. Al principio opiné que era mejor dárselo a Rafael ya que se suponía que ese era el plan original; sin embargo, Nea se ofendió argumentando que era mejor que su

hermano.

No sólo borraríamos nuestras identidades, tal vez, solo tal vez, tendríamos por fin una pista sobre Emilia.

Y esa primera misión podría terminar antes de lo planeado.

*Marzo.*

*Jamás había sido tan feliz. Estoy en clases de piano, de baile, de historia y de canto.*

*Mentor me ha llevado a todos los lugares que he querido sin pedir nada a cambio.*

*Solo el que esté abierta a conocer a mi verdadera madre.*

*Y por supuesto, que no intente escaparme.*

*Le pedí que dejara de golpear chicas y lo ha hecho. Es más, ninguna mujer además de mí está entre nosotros.*

*He comprado ropa, zapatos, bolsos...*

*Todos son amables y solo quieren mi bien.*

*Ya sé que no vendrás por mí. Ese día que me escapé no fueron los golpes de Mentor los que me dolieron. Lo que me dolió fue enterarme de la verdad.*

*¿Por qué tú y Alberto Varsolé me intercambiaron por la paz de las familias?*

*Ya me enteré de que los Uzcategui negociaron contigo y con el que hasta hace poco era mi tío para restaurar la paz entre nuestras familias.*

*A cambio de mí, la que pensó que era tu hija.*

*Pero no te preocupes, ya soy feliz. He logrado encontrar mi lugar en el mundo.*

*Espero que esta carta sí llegue a tus manos.*

*Te perdono.*

*EU.*

## CAPÍTULO X

### NO TODO SALE COMO QUEREMOS

Me quedé dormida profundamente hasta que el sol que pegaba en la ventana abierta me despertó. El reloj marcaba que habían pasado dos horas desde que habíamos llegado de desayunar, miré hacia mi lado con el fin de despertar a Atenea, para encontrarme con que ya ella se había levantado.

Normalmente tenía el sueño muy sensible y en todo el tiempo que llevábamos compartiendo habitación, jamás me había pasado por alto el momento en que Atenea se despertaba...

Me dispuse a bañarme y arreglarme para el nuevo día y corrí al baño. Después de cuarenta minutos entre cepillarme, bañarme y ponerme una ropa deportiva salí a la sala.

No había nadie en la sala, por lo que supuse que habían iniciado el entrenamiento. Llené un vaso con agua en mi parada por la cocina y salí al aire libre.

Ni Atenea ni Will se encontraban afuera, Chris por otro lado sí.

Se encontraba con una ropa deportiva color azul, atravesando el circuito. En ese momento estaba boxeando en las colchonetas de entrenamiento. Movía sus puños perfecta y simétricamente a un punto imaginario. Estaba sudado y sus músculos estaban en tensión, en algunos momentos, alternaba con una patada y otras veces hacía una especie de giro. No se daba cuenta de que había salido de la casa, después de todo estábamos muy lejos y él estaba de espaldas.

A veces lo veía irse un poco para atrás y otras disparaba sus puños como si su vida dependiera de ello. Estaba demasiado concentrado, cada movimiento, aunque fuera sumamente rápido se veía que era coordinado para ejercer una específica cantidad de fuerza, era imparable.

Su brazo completamente en tensión y sudado golpeaba mientras en su cuello sobresalía su vena. Parecía enojado, frustrado, era como si ahí se encontraran todos sus problemas y deseara salir de ellos.

Decidí hacerle ver que me había despertado y comencé a caminar sonoramente hacia él.

Vi su espalda tensarse en el momento en que cruzaba los puntos de tiro para llegar a él.

Justo cuando llegué a un centímetro de su colcha de entrenamiento Chris me dijo:

—Despertaste antes de lo pensado..

No respondí a eso, en cambio le hice una pregunta:

—¿Atenea y Will?

A lo que él me respondió:

—Si no nos enteramos de algunas cosas Samantha, no tenemos forma de ser cómplices de ellas.

Mi corazón casi se para al escuchar esas palabras.

Así que él también se había dado cuenta. Bueno, era obvio después de todo. No quise hablar sobre los secretos de mis primos en ese momento y decidí entrenar un poco.

Chris y yo habíamos llegado a un punto de nuestra relación en que ya coordinábamos el entrenamiento a la perfección. Pasamos las siguientes dos horas en el circuito y la última media hora en combate cuerpo a cuerpo, como siempre, no logré siquiera atestarle un golpe a Chris mientras él me dejaba vuelta papilla.

Cuando nos dispusimos volver a la casa, escuchamos el Jeep por encima de la montaña y en la casa, diez minutos después Will y Nea entraron por la puerta.

Ninguno de los dos dijo nada, se sentaron en el mueble de la sala frente al televisor, Atenea solo encendió una laptop que Will le entregó en sus manos y juntos metieron el USB al computador.

Había llegado el momento.

Todos nos acomodamos alrededor de Atenea mientras esperábamos ver que había en la pantalla. Unos segundos después, en la computadora apareció un icono de contraseña. Mi corazón se aceleró un poco, Atenea había dicho que era capaz de descifrar el archivo; sin embargo, estaba acostumbrada a dejarle estas cosas tecnológicas a mi primo Rafael. Fue cuando Atenea sacó un nuevo USB de su bolsillo, este color rojo, y lo puso en la otra ranura del computador.

Una nueva pantalla apareció en el computador, esa vez con una serie de números y secuencias. Después aparecieron algunas letras y la barra de contraseña del primer USB se llenó sola.

*Desbloqueado*

Bueno, que no se dijera que Atenea Varsolé no tenía talentos ocultos

Al momento empezaron a emerger muchos documentos en la pantalla, todos necesitaban una contraseña, incluso para solo poder ver el título. Atenea siempre hacía lo mismo, tecleaba un poco, abría un documento emergente proveniente del pendrive rojo y en cuestión de segundos el documentoabría.

Había alrededor de 12 documentos, uno con el nombre de cada uno de los jefes de mi familia. Todos excepto los nombres de mi tío Eduardo, mi tío Alberto y mi madre; al mismo tiempo, cada uno de los documentos se subdividía en el nombre de cada uno de mis primos y dentro de esos archivos estaban las armas para poder acabar con cualquiera de ellos.

Nombre, edad, país donde residían, y lo más importante: nueva identidad

No solo eso, cuando entrabas en el archivo había una foto tipo carnet de la persona.

Después de revisar cada uno de los archivos notamos que habían 4 personas más ausentes en los archivos, nosotros.

Seguíamos en incógnito.

¿Cómo habían logrado los Uzcategui dar con eso? Y más importante aún, ¿Existiría alguna copia?

—Nea, ¿Hay alguna forma de saber si existe alguna copia de esto? — Preguntó Chris, diciendo en voz alta mis preocupaciones.

—Es evidente que el archivo fue escrito en este USB, jamás se creó una copia —Dijo Atenea para mi alivio.

No quería, pero no pude evitar preguntar:

—Alguien tuvo que haber recaudado esta información Atenea, esa persona tiene los datos de nuestra familia. Hay que reubicarlos a todos.

Fue el turno de William de hablar.

—Desde el momento en que supimos de su existencia, cada uno de nuestros familiares fue removido.

Atenea por alguna razón se ruborizó e interrumpió a Will, diciendo con voz muy molesta y golpeando las teclas del teclado más fuerte de lo necesario.

—Cosa que vi ilógica. Les expliqué millones de veces que esta información había sido recaudada por un panel a computadora de una dirección remota que fue enviada en un software encriptado a una computadora conectada a una cámara en el lugar y momento indicado.

Al igual que siempre mi cara dijo todo lo que pensaba, es decir, que no había entendido una palabra de lo que Nea había mencionado.

Will que al parecer ya conocía esta parte de la historia y me explicó:

—Atenea tiene la hipótesis de que alguno de nuestros conductores o guardaespaldas informó que día y a qué hora exactamente se iría cada uno de nuestros familiares, los Uzategui activaron una especie de programa en el aeropuerto con el cual lograron reconocer los rostros, nueva identidad y por supuesto el destino de cada uno.

Estuve confundida un segundo y molesta los siguientes. Tal vez hasta un poco dolida. Quería decir que alguien nos había traicionado. Que alguien de nuestra confianza se había puesto en contacto con los Uzategui y había puesto en peligro a mi familia. Esa persona tenía que pagar, gracias a ellos, mis primas, primos, tíos, tías y hasta mi abuela habían sido fotografiados en el aeropuerto, gracias a eso sus destinos y nuevas identidades habían sido descubiertas.

No solo eso. Atenea casi había perdido la vida recuperando esa información

A raíz de eso, recordé mis antiguas lecciones, cuando solo era una niña y me estaban enseñando lo importante de la familia. Mi madre muy bien lo había dicho en esos días, entre la brisa incesante del viento y el sol resplandeciente del clima tropical. Escuché sus palabras otra vez como si las estuviese recitando en mi oído:

*Sam, la familia es para protegerla y cuidarla. Estamos para proteger a los que sentimos más débiles que nosotros, es nuestra responsabilidad. Si no logramos hacerlo, al menos debemos buscar revancha.*

Le pregunté a Will si ya se sabía quién nos había traicionado a lo que él solo me respondió:

—No tenemos la menor idea sobre si eso fue en verdad lo que pasó Sam. Hasta donde sabemos, una persona pudo haber estado en el aeropuerto espionándonos o en el mismo funeral de Manuel, estábamos mal esos días.

Atenea si es que era posible, se colocó más roja y empecé a comprender la razón. Atenea aunque no había sido criado con nosotros era lo más cercano a un verdadero Varsolé de lo que Will y yo si quiera podíamos soñar. Era orgullosa de su mente y sus capacidades, estaba segura del modo en que había sido obtenida la información y el que Will o cualquiera lo pusiera en duda la ofendía de una forma inimaginable.

Decidí que lo mejor era cambiar el tema de conversación, después de todo, cuando se descubriera la persona responsable de que los Uzcategui casi tuvieran en sus manos la forma de asesinar a mi familia, aquel individuo iba a lamentar haber nacido. No porque Will y yo fuésemos a hacer algo, nuestras órdenes únicamente eran recuperar en USB, no, el peligro iba a venir de aquel Varsolé que estaba segura mi tío Alberto le iba a encargar la tarea de vengar a nuestra familia. Recordé otra vez la voz de mi madre hacía muchos años...

*Nuestro apellido se ha forjado de nuestro orgullo y sangre Sam.*

Dejé de pensar en el pasado y me concentré en ayudar. Todos pasamos las siguientes horas ayudando a Atenea a borrar el archivo por completo, al tiempo que intentábamos encontrar cualquier cosa que pudiera ayudarnos a dar con el paradero de Emilia.

Hubo un momento en que paramos para hacer almuerzo y comer, todos excepto Atenea que le daba miedo dejar su trabajo, sobretodo porque la información sobre su madre aún no había sido borrada. Era increíble como el proceso de borrado tardaba incluso más que el proceso de abrir el archivo. Atenea me explicó que todos los USB como aquel que habíamos robado, habían sido diseñados para el implante de una pequeña antena, y que al borrar los archivos, ella tenía que asegurarse de no dejar ningún tipo de rastros que pudiera hacer que los Uzcategui tuvieran la posibilidad de regenerar el archivo.

Era muy complicado y agradecí tener a Atenea para hacer esas cosas.

Hubo un momento en la tarde que Anette llamó, otra vez para saber de mí y cómo estaba. Como la primera vez, hice lo posible por terminar la conversación rápidamente. Esas llamadas no eran sanas para ninguna de las dos y violaban con el protocolo de seguridad. Pensé que Chris me diría algo al colgar aunque a decir verdad, Chris había pasado esas horas ensimismado en su mundo.

Yo no podía decidir si la actitud de Chris se debía al estrés que le generaba el que su padre también estuviera en los archivos o si era debido a alguna otra cosa.

Cayó la noche y aún faltaban algunos archivos. Atenea ya había borrado las prioridades: información sobre niños, mujeres (incluida su madre) y por supuesto mi abuela.

Era el turno de todos los archivos de los hombres.

Yo caminaba en círculos por toda la sala desesperada, en todo ese tiempo no habíamos encontrado nada que pudiera jugar en nuestro beneficio, además Chris me había pegado un poco su ansiedad.

Los segundos pasaron, luego los minutos, las horas se hicieron eternas hasta que al fin todos los nombres fueron borrados y solo quedó un archivo sin título aparente en el USB.

Atenea hacía lo suyo mientras el título del documento se abría completamente en el computador. Cuando emergió el título, todos nos mirábamos extrañados, no era un nombre o un apellido, ni siquiera el nombre de algún país. Solo había una fecha.

*11/01/2017*

—La fecha del funeral de Manuel —Dije extrañada.

Atenea no perdió tiempo e intentó abrir el archivo, este rápidamente se desdobló en 10 Líneas donde pedían diez contraseñas diferentes.

—Parece que tenemos algo importante, lo protegieron mejor que la información sobre nuestros padres —Dijo Chris.

Fruncí el entrecejo mientras veía a Atenea tocar teclas y mover el mouse. Comencé a moverme ansiosa, tal vez después de todo si teníamos algo contra los Uzcategui.

Atenea tardó un poco, pero al final lo logró.

Abrió el archivo.

Todos acercamos nuestras cabezas para mirar la nueva información.

La desesperanza me inundó al ver el archivo Word frente a mí.

Se trataba de una hoja en blanco con unas pocas letras dispersas. En la esquina superior una E, abajo de esta letra una C, en la esquina inferior Una A, y en el medio una sola palabra *Tigre*.

—Esto debe ser una broma —Dijo Atenea en voz alta.

Miré a Will y a Chris. Ambos se veían igual de decepcionados que nosotras, no había forma de saber qué significaban esas letras, así que, aunque habíamos recuperado nuestras identidades seguíamos sin tener la menor idea de cómo cumplir la verdadera misión, rescatar a mi prima.

Will dijo en voz alta:

—Todavía tenemos el Plan A.

—Aún falta un mes para la cena de compromiso, ni siquiera estoy segura de que Claudia Uzcategui me haya ofrecido una invitación a mí y mucho menos a ustedes —Respondí.

—Al menos ya tuviste contacto con Claudia Uzcategui, si te ve llegar de improviso al compromiso, no se extrañará —Dijo Chris

Alcé una ceja.

—¿Quién eres y Qué hiciste con nuestro Chris? —Pregunté al escuchar de su parte un comentario optimista.

Ocurrió algo que me hizo reír en ese momento. Chris se ruborizó. No hablo de cuando alguien está enfadado o sudado y por eso sus mejillas enrojecen. No, me refiero a qué Christopher tuvo verdadera vergüenza en ese momento y se ruborizó por ello.

Me eche a reír al instante. Era divertido verlo sin su imagen de aguafiestas al menos un segundo. Este como respuesta hizo algo mucho más inmaduro todavía, se fue a su habitación.

Me encogí de hombros en tanto me dirigía a la cocina a tomar un vaso con agua, después de eso, me levanté y vi a mí al rededor.

Will y Atenea hablaban en secreto sobre algo, Chris nunca volvió de su cuarto y yo empezaba a tener sueño, vi la hora en el microondas y me di cuenta de que casi era la 1 de la mañana.

Tenía que dormir.

Despidiéndome de mis primos me fui a mi habitación, sin ponerme pijama me tiré en la cama y decidí olvidarme del mundo.

*Will intentaba que volviera en mí. Gritaba una y otra vez mi nombre, me pedía que me calmara y guardara silencio. Me suplicaba una y otra vez que lo dejara hacer su trabajo.*

*Yo era culpable, no podía hacerlo.*

*Miré a mí al rededor, todos en la tienda me observaban, me tenían un sobrenombre. Era culpable y ellos no lo callarían.*

*Abrí mi boca para pedir perdón pero las palabras no salieron, comencé a gritar otra vez. Will abrazaba mi cuerpo junto al de él y yo lo golpeaba una y otra vez intentando escapar, movía mis piernas intentando lastimarlo lo suficiente para escaparme.*

*Quería entregarme a la policía.*

*Mi familia iba a querer taparlo todo y yo no podía permitirlo.*

*Volví a gritar.*

*Will en un impulso colocó su brazo sobre mi boca para callarme, fue la peor cosa que pudo haber hecho. Mi instinto de supervivencia se asomó y lo mordí con la mayor fuerza que pude, sentí el sabor de su sangre y sentí un*

*poco de repulsión, no me importó, había logrado lo que quería.*

*Will me soltó y yo empecé a correr.*

*Salí de la tienda con el fin de llegar al callejón rápidamente, no recorrí mucho camino cuando sentí a un hombre tomarme del brazo.*

*Will me miraba con sus ojos negros, estaba molesto conmigo. Solo hacía cada vez más difícil su trabajo. Empecé a llorar incontrolablemente a lo que él respondió con una cachetada.*

*El escozor en mi mejilla solo me hizo llorar más, tenía dolor, más que eso, tenía rabia con Will y mi familia, ellos me habían obligado a esto.*

*Will me sostuvo los hombros con sus fuertes manos y me dijo:*

*—Levanta la cara.*

*Le hice caso en tanto intentaba dejar de llorar, estaba perdida, sola, asustada y sin saber qué hacer.*

*—Sam, no vas a ir a la cárcel. Yo no lo voy a permitir, mi padre no lo va a permitir, tú madre no lo va a permitir. Pero necesitamos que te calmes, no hiciste nada malo.*

*Era una mentira. Los dos lo sabíamos, no es que yo quisiera ir a la cárcel, era que no había otra manera. Alguien tenía que responder ante el crimen y esa era yo. No podíamos salirnos siempre con la nuestra, Los Varsolé al igual que el resto del mundo éramos mortales. Si yo no me delataba, el ojo del gobierno iría a mi familia y todo se complicaría.*

*Aunque había otra manera*

*—Asesíname Will —Dije desesperadamente entre llantos.*

*Él me miró, la confusión en sus ojos.*

*Estaba cansada de sentirme culpable, de vivir a medias, de hacer lo que siempre se suponía que tenía que hacer. No podía dejar a mi familia descuidada y tampoco podía dejar que un crimen quedara impune o peor, que un inocente pagara por ello.*

*El dolor en mi pecho, esa angustia que nunca se iba, los ataques de pánico, los insomnios y las pesadillas. Todo terminaría.*

*No había peor dolor en el mundo que el de tu propia consciencia.*

*—¡Asesíname! — Le grité suplicante.*

*Desperté sola en mi cama, sudada, el corazón a mil y con lágrimas en mis ojos. Puse una mano en mi pecho como si de esa forma pudiese parar el susto y el dolor del recuerdo.*

*Por más que intentaba borrar ese día de mi mente, era imposible. Traté*

de pensar en otra cosa, lo que sea. No lo lograba.

Atenea no estaba ahí conmigo. Quería distraerme y olvidar aquellos días.

En tres años jamás había sentido la necesidad de recordar mi pasado. Si, a veces tenía pesadillas pero nada como esa noche. Desde el día antes a la muerte de Manuel mi mente sentía la no tan grata necesidad de llevarme a aquellos meses en los que solo sufrí. Más que eso, me hacía recordar las razones por las que le había dejado de hablar a muchos miembros de mi familia y eso más que ayudarme a ser más eficiente en la misión, lograba todo lo contrario.

Salí de la habitación, la luz en la ventana de la sala de estar anunciaba que ya había amanecido.

Todos se encontraban con sus pijamas en la sala, su cara era de preocupación.

Por un momento pensé que me habían escuchado gritar en mi sueño, después, vi dos papeles en la mano de Atenea.

—¿Se puede saber qué es eso? —Dije antes que nada.

Algo en mi interior me dijo que las cosas no iban bien incluso antes de que Atenea hablara. Fue uno de esos momentos en los que solo con una mirada a la persona indicada entendías que todo iba cambiar.

William, diplomático como siempre, habló primero.

—Creemos tener una idea del paradero de Emilia.

El aire que estaba conteniendo en mis pulmones salió en forma de alivio. Bueno, eso no había sido tan malo.

Miré a Will. Su postura corporal no era de alguien que estuviera feliz, todo lo contrario. Estaba parado detrás de Atenea, quién se encontraba sentada en el puesto principal del comedor. Sus puños estaban a cada lado de su pantalón negro de pijama, sus pies descalzos se movían con nerviosismo mientras evitaba deliberadamente mi mirada.

Observé a los demás, tenían posturas similares.

—Está bien. ¿Qué no me están contando?

Mi voz salió un poco chillona y mis manos comenzaron a sudar. Mi sueño me había dejado con los nervios de punta y mis amigos no hacían nada para ayudarme.

Chris, que estaba sentado en la mesa del comedor justo al lado de Atenea, se levantó quitándole los papeles de la mano. Al igual que Will,

llevaba un pantalón de pijama, una camiseta blanca y estaba descalzo. Por su cara igual a la mía pude saber que recién se iba despertando.

Traté de encontrar algo en su mirada, fue imposible. Estaba completamente hermético. No quería que yo supiera lo que pasaba por su mente y eso solo hizo que me preocupara un poco más.

Me dio los papeles.

Los abrí.

El primero era el mismo que habíamos visto la noche anterior en el USB de los Uzcategui. Una letra E, una letra A, una C y la palabra tigre. El papel estaba nuevo, Atenea debía haberlo impreso en la mañana mientras todos dormíamos, no vi nada de malo, así que pase a ver el siguiente.

Este estaba un poco más arrugado, la hoja parecía vieja y al igual que el anterior no tenía sentido.

Una parte de la hoja tenía la letra V junto al número 3, después en la parte inferior izquierda una A, en el medio un 15. Eso me dejó extrañada y sin entender. Fue entonces cuando observé la esquina superior derecha, eran unas iniciales, *EV*, escritas a máquina y luego a mano, no era la primera vez que las veía.

Tragué saliva.

Mis manos comenzaron a temblar mientras veía a Chris a los ojos.

—El día que comimos en Casa de Leona y Jeremías, te dije que había visto un papel con el nombre de Emilia. ¿Es este? ¿Lo robaste el día de la fiesta? —Pregunté intentando que mi voz sonara calmada.

El señor Humberto quien había sido al que le había visto el papel esa noche había muerto, asesinado.

Jamás pensé que Christopher podía tener el papel, mucho menos que se los mostrara a todos antes que a mí. No debía, pero me sentía traicionada.

Lo miré buscando una respuesta.

Atenea me habló.

—Sam, más allá de cómo lo haya obtenido. Tienes que ver el panorama completo. Si unes los dos papeles vas a encontrar que las letras se correlacionan

Miré a Atenea extrañada y antes de que pudiera detenerlo, Chris tomó mis manos, uniendo las hojas.

Tenían razón. Si uníamos las Hojas se formaba el siguiente enunciado.

*EEV*

*AV 3CA 15 TIGRE.*

Entendiéndolo todo, dije en voz alta:

—Emilia Eleonora Varsolé, Avenida 3 con Calle 15, Tigre.

—Buscamos en internet, justo en esa calle queda un hotel llamado el tigre, Emilia podría estar ahí.

Will le dijo a Atenea, un poco en mal tono:

—Ya te dije que es imposible que este ahí. Los Uzcategui saben que tenemos el USB ya la debieron haber reubicado.

Dije un poco desconfiada en voz alta mis pensamientos:

—¿Por qué se enviarían a sí mismos la ubicación de Emilia? No tiene sentido.

Chris habló por primera vez y me dijo a modo de explicación:

—El modus operandi de los secuestros es que solo el o los secuestradores sepan el paradero de la víctima. Es obvio que Emilia no está con Francisco Uzcategui y este necesita la ubicación para al fin encontrarse con ella. No me extrañaría que Humberto fuera uno de los secuestradores y que lo mataran con el fin de no dejar testigos. Después, tomarían la información sobre el paradero de Emilia. No contaban con que tú te les adelantaras.

Otra vez, lo que decía Chris tenía mucho sentido. Vi que lo que decía Will también era cierto, los Uzcategui ya debían haber mandado a reubicar a Emilia, por otro lado, nada perdíamos con ir a ese lugar. Podían existir registros sobre el hospedaje de mi prima.

Iba a decir exactamente eso, cuando mi mente proceso la última frase que dijo Chris.

—¿A qué te refieres con que yo me adelantara a ellos?

Vi por el rabillo del ojo como William y Atenea volteaban la mirada. Chris arrugó un poco las cejas mientras se pasaba las manos por su cabello rubio con rabia y se tomaba el puente de la nariz. Era la primera vez que lo veía demostrar rabia contra sí mismo.

—Christopher, te hice una pregunta —Dije para presionarlo.

En ese momento nos separaban unos dos pasos y él los completo para tomar mi mano.

Quise quitarlas con nerviosismo, a pesar de ello, las deje ahí. No quería demostrarle ni la más mínima debilidad.

Chris tragó saliva en tanto miraba nuestras manos. Luego cubrió cada

una de mis manos con cada una de las suyas hasta que hizo de mis manos dos puños.

—¿Podemos hablar en privado? —Su voz tenía un poco de pesar, bajó su mirada hacia a mí. La máscara estoica ya no estaba y en su lugar había arrepentimiento.

Si era posible mi ansiedad se multiplicó, comencé a hiperventilar y se me secó la boca. Si Chris mostraba arrepentimiento era que sus palabras no me iban a gustar.

William y Atenea hicieron ademán de levantarse pero les dije sin moverme un centímetro, sin dejar de mirar a Chris a los ojos:

—Yo no tengo nada que ocultar. Somos un equipo, si algo ocurre, todos merecemos saber.

Los puños de Chris apretaron contra mi piel, no quería. Lo miré duramente, por primera vez él no tenía la última palabra.

Chris miró al techo un momento, como si estuviera tomando fuerza para hablar, luego me miró otra vez a los ojos.

—Esa noche tuviste un ataque de pánico. Sé que lo recuerdas, nunca hablamos de eso, primero porque tu privacidad no me corresponde y segundo, porque si tus tíos se llegaban a enterar que a raíz de ver a alguien muriendo tuviste una crisis, te iban a enviar de regreso con tu madre. Te pregunté mil veces si querías esto Samantha, sé que lo quieres, no podía hacerte eso

Hizo una pequeña pausa mientras sonreía un poco, como si estuviese recordando algo. Después continuó hablando:

—Veo la fuerza en ti, veo tus capacidades Samantha. Yo no te dije nada porque no quería que algo te hiciera recordar ni mucho menos repetir aquel episodio...

Chris volvió a detenerse.

Soltó mis manos para pasárselas por la cara, cortando nuestras miradas. Christopher no era alguien que supiera como disculparse, quería ayudarlo, por otro lado, no estaba al tanto de qué era eso que me había hecho.

—Chris, ve al grano por favor —Dije con voz temblorosa.

Volvió a tomarme las manos y las coloco en puños.

—Estabas gritando e hiciste puños con tus manos, aún no sé en qué momento le tomaste a Humberto la hoja, lo cierto es que tenías llena de sangre una de tus manos y con la otra sostenías el papel. No quería que nadie

lo viera, podía ser evidencia y yo pensé que nosotros lo necesitaríamos más, abrí los puños de tus manos y te quité el papel. Después lo escondí de tu vista.

Recordé aquella noche. Chris me había tomado en sus brazos y había abierto mis puños, en ese momento pensé que se le había ocurrido hacerlo para evitar que yo misma me lastimara, había estado equivocada.

Solté sus manos inmediatamente.

—¿Me estas queriendo decir que guardaste información vital sobre el paradero de mi prima deliberadamente?

Recordé que ya antes me había hablado sobre quitarme un papel, cuando Will y Nea estaban recién llegados, también me había dicho que el papel estaba en blanco.

—Este es el supuesto papel en blanco ¿No es cierto? No solo me ocultaste información, me mentiste de frente

Los ojos de Chris aún estaban en mí, solo hacía dos noches lo había visto así. El día que tuvo la pesadilla, esa noche lo quise consolar, esa mañana por el contrario quería que se sintiera mal.

—No quería que recordaras...

—¿Crees que olvidé que tuve un ataque de pánico Chris? —Dije levantando la voz mientras lo golpeaba en el pecho con un dedo—No lo he olvidado. Dices que soy fuerte pero me tratas como una niña frágil, no me ocultaste esto por querer protegerme o que me quedara aquí. Por si lo olvidas, desde que nos conocimos has querido que desista de esto.

Ahora era yo quien hacía una pausa y lo miré, la verdad sobre lo que yo pensaba saliendo a la luz.

—La razón por la que lo ocultaste es porque no soportas no tener el control. Me conoces, querías evitar que yo tuviera ideas o tomara cartas en el asunto. Por eso decidiste traicionarme, mentirme.

—Nunca te he mentido ni traicionado Samantha —Dijo él, intentando defenderse.

—¿No? Y cómo se le llama el arrancarle a una mujer que tiene un ataque de pánico un papel importante para ella, para su familia y decirle que el papel no contenía nada. No solo eso, verla todos los días, hablarle todos los días evitando nombrarle lo que sabes que ella necesita. No sé tú, pero para mí eso es traición. Vivir una mentira.

—Eran dos páginas, una estaba en blanco y la otra contenía esto.

Técnicamente no te mentí...

Lo detuve con la mano, no podía escucharlo más, no podía mirarlo más. No quería que me engañara con sus ojos claros y su actitud de perro arrepentido. Comencé a dirigirme a mi habitación, cuando Will corrió a mi lado y me dijo:

—¿Por qué no me habías dicho que los ataques de pánico volvieron?

Eso era lo que me faltaba justo en ese momento.

Voltee a verlo.

—No he necesitado de ti en años William Varsolé, no actúes como si ahora de repente si lo hiciera. En veinte minutos saldremos a buscar a mi prima si es que ya acabaron de decirme las mentiras en esta casa.

Nadie dijo nada y yo me retiré a mi habitación.

*Marzo*

*¿Has visto alguna vez un jardín de rosas? Crecen dispersas, una más larga que la otra, una con menos espinas, algunas se quedan pequeñas y otras tienen demasiados pétalos.*

*Aun así, las cortamos y las ponemos en un ramo haciéndonos creer que son igual de hermosas.*

*Creo que eso hacían ustedes conmigo.*

*Me hacían creer que era igual de importante que el resto de la familia, que el resto de mis primas.*

*Pero, cuando pidieron sacrificar una rosa, sacrificaron la más pequeña e insignificante.*

*A mí.*

*Mentor me dijo que hoy iríamos a casa de mi madre verdadera, me compró un nuevo vestido y me prometió que iré de su mano en todo momento.*

*Le pedí que me dejara ir sola, que yo podía con esto, a lo que él respondió:*

*—Nunca podría apartarte de mi lado*

*Yo sonreí e intenté irme de la habitación, entonces él me tomó fuerte del brazo y me pidió que no olvidara su falta de paciencia.*

*No mentiré, soy feliz la mayor parte del tiempo, si mentor está feliz, me deja ser feliz.*

*La única forma de hacerlo feliz es haciéndole caso.*

*Y no dejo de preguntarme:*

*¿Qué pasará cuando me pida hacer algo que yo no quiero?*

*EU.*

## CAPITULO XI

### **TRAICIÓN O BENDICIÓN.**

Tal como dije, en una hora todos estuvimos bañados, vestidos y montados en el único Jeep con el que contábamos.

William iba manejando, Chris de copiloto, Atenea y yo en los asientos traseros. Había un silencio incómodo en el vehículo y me dio vergüenza con Atenea. Cuando te entrenaban para la guerra, te enseñaban que la confianza lo era todo. Si no podías confiarle tu vida a tu familia, no tenías nada en que sostenerte y morías.

Hasta ese momento había peleado con Chris incontables de veces pero jamás me había sentido traicionada, en ese momento, era diferente. Sentía que debía estar en guardia con él, después de todo, si me había ocultado ese papel por tanto tiempo ¿Qué otra cosa me ocultaría?

Will estaba enterado de mi ataque de pánico, si le decía a mi tío Eduardo, a mi tío Martín, a mi tío Alberto o peor aún a mí madre, yo estaría fuera de la guerra.

Respiré profundo y me recosté en el apoya cabezas del Jeep.

En una media hora de silencio llegamos al hotel.

Se encontraba diagonal a una plaza. El tráfico era más intenso en esta parte de la ciudad. Bajé la ventanilla para verlo mejor en tanto Will se estacionaba. Eran aproximadamente unos 10 pisos de ladrillo. Su estructura era muy simple y rústica para ser un hotel. Mi familia era amante de las edificaciones, así que supuse que Will como gran arquitecto que era estaría decepcionado.

En cada piso se asomaba un pequeño balcón que miraba directamente al punto donde nos encontrábamos. La entrada era sencilla, un pequeño valet parking y la señalización de la recepción. Las puertas eran de vidrio y automáticas. Ahí se encontraba el botones y justo a su lado un pequeño cartel donde decía los servicios que ofrecía el hotel.

Lo gracioso era que a pesar de la poco estética fachada, el hotel se encontraba repleto. Personas entraban, salían, algunas se registraban y otras iban a buscar su equipaje al auto. Estábamos en pleno Marzo así que no entendía el número de personas.

Will no estacionó el Jeep en el hotel sino en el restaurante que se

encontraba diagonal a ese. Cuando apagó el Jeep se volteó y nos miró a todos.

—Aquí estamos, ¿Cuál es el plan?

Por extraño que parezca, Atenea fue la que habló en ese momento.

—Chris y Sam irán a recepción, distraerán al hombre que atiende mientras buscamos la forma en que yo me conecte a su servidor. Will se quedará en el auto por si tenemos que salir corriendo

En seguida me di cuenta que a Will no le gustaba el plan.

—Chris podría quedarse en el auto mientras los demás vamos al hotel —  
Dije.

Atenea en seguida movió la cabeza en negación.

—Will tiene los rasgos característicos de los Varsolé. En seguida lo reconocerán si este es territorio Uzcategui. Tú tienes teñido el cabello Sam, a decir verdad nunca has parecido Varsolé. Chris y yo somos rubios, tampoco tendremos problemas

Chris respondió, su voz más fría que nunca.

—Atenea tiene razón. Además, estamos perdiendo tiempo. Si quieres te bajas Samantha o puedes quedarte con William, como quieras.

Y así señores Chris se bajó del auto sin darme tiempo a responder.

Me bajé furiosa mientras lo alcanzaba.

—Muy maduro de tu parte. Siempre queriendo tener la última palabra —  
Le dije.

Se rió sarcásticamente.

—¿Ahora yo soy el inmaduro? No soy el que está poniendo peros a la misión solo por problemas personales.

Chris dijo eso al momento que pasábamos las puertas de vidrio, por eso y solo por eso no dije más palabras.

Atenea debía estarse bajando en ese momento del auto, era obvio que no podíamos llegar juntos, nosotros éramos la distracción.

Por dentro el hotel no llamaba mucho la atención. Podría decir que era... muy limpio, tenía buen olor y todo era color dorado o verde. A decir verdad no había ningún espejo ni mucho menos alguna lámpara costosa, era como si fuese un edificio donde vivías en vez de un hotel cuyo propósito era servir comodidad a tus vacaciones.

Esperamos a dos familias que estaban delante de nosotros en la recepción. Solo había una persona atendiendo, lo que no era extraño. En

Venezuela a raíz de la situación económica había mucho desempleo.

Después de unos minutos nos atendieron. El de la recepción tendría unos veintitantos años, su estatura era normal y su cabello castaño, a decir verdad era un poco guapo. Sus ojos eran verdes y sonrió al vernos al instante.

—¿Esposos? —Dijo apreciando el anillo en la mano de Chris que había dejado caer apropósito sobre el mostrador.

Chris y yo sonreímos.

—Por supuesto —Dijimos al unísono.

Ví por el rabillo del ojo a Atenea, esta se sentó en algún lugar de la recepción y tomó su celular.

Al instante mi teléfono sonó.

El hombre le pedía nuestras identificaciones a Chris mientras yo miraba mi teléfono.

Era un mensaje de Nea.

*Necesito que conectes tu teléfono a su computador. Dile que lo vas a cargar.*

Yo me había puesto uno de los vestidos costosos que Chris me había comprado para ir a las posibles invitaciones de Claudia Uzcategui, era color verde claro y tenía también puestos zapatos cerrados con un hermoso bolso a juego.

Recé porque mi cargador estuviese en el bolso y para mi sorpresa ahí estaba. Le quité la base al cargador para poder decirle al hombre:

—¿Disculpe? Pensara que soy abusadora pero, ¿Podría poner a cargar mi teléfono? Es que no traje la base del cargador y no puedo conectarlo en ningún otro lado

Le sonreí en tanto el hombre miraba a Chris como si buscara su aprobación. No entendí esa actitud, después de todo, puede que estuviese supuestamente casada pero no estaba obligada a pedirle a Chris permiso para hacer las cosas.

—¿Puede prestárselo? —Preguntó Chris al hombre viendo si lo hacía entrar en razón.

—Sí claro —Respondió este inmediatamente.

Fue cuando el hombre levantó el brazo para tomar el cable.

Cuando dije que desde que me desperté ese día supe que algo iría mal, no me refería al momento en que descubrí la traición de Chris, no, me referí justo a ese momento. Ese instante en el que el hombre levantó el brazo y le

pude ver en el lugar que unía su muñeca con el pulgar un pequeño tatuaje de una lágrima en color negro con la letra “Y” en el medio.

Era el mismo tatuaje que había visto en el guardaespaldas de Claudia Uzcategui unido a su cicatriz y ahora recordaba, también lo había visto en Humberto cuando estuvimos en casa de Jeremías.

Ese hombre era un Uzcategui y lo más probable era que supiese donde se encontraba Emilia.

Chris me tomó de mi mano libre en ese momento y la presionó.

Se había dado cuenta de lo mismo que yo.

El hombre conectó mi teléfono a su computador.

No sabía cuánto tiempo podía tardarse Atenea, pero tenía que hacer algo. Después de todo, el hombre era peligroso y tenía la respuesta a todo.

Fue cuando se me ocurrió un cambio de planes. Era descabellado y solo funcionaría si mis compañeros me seguían la corriente. Podía arriesgarme, debía hacerlo. Por Emilia y por mí misma.

Hacía años, antes de entrar a la universidad había leído sobre todos los derechos y privilegios que tenían las personas discapacitadas. No solo los que tenían alguna malformación física, también las personas con desórdenes mentales.

Eran legalmente inmortales.

Para mi primera obra de teatro me tocó personificar a un paciente con un problema de disociación. Eran personas que un momento podían estar bien y al siguiente desubicarse en tiempo y espacio. La noche que Chris y yo habíamos pasado juntos hablando yo le había comentado de esa obra y cómo mi personaje había logrado evadir las autoridades para lograr su objetivo. Él tenía que acordarse.

Recé para que todo saliera bien.

Un segundo me encontraba calmada tomando la mano de Chris, en el próximo grité y me lancé encima del hombre de recepción.

Imagínense a mí, de pequeña estatura, tierna de imagen, alzándome sobre un mostrador de metro y medio, con un vestido corto, haciéndole daño al hombre de recepción.

Si eso no era locura, no sabía que podía serlo.

—¿Me engañaste verdad? ¡Me engañaste!

Comencé a gritar en tanto clavaba mis uñas en su piel. El hombre trató de quitarme de encima pero no podía. Yo estaba arriba de él, mis muslos

(fuertes por el entrenamiento) lo acorralaban mientras lo tomaba con más fuerza.

No podía zafarse de mí sin hacerme daño.

Y por supuesto, no lo haría. Nadie les hacía daño a los locos.

Chris, quien gracias a Dios entendía lo que yo quería hacer, gritó con voz fuerte a Atenea mientras le lanzaba su teléfono.

—Por favor llama al contacto que dice doctor William. Dale esta dirección y dile que la esposa de Esteban está teniendo otra crisis.

Listo, solo faltaba que Atenea cayera en cuenta.

Chris fue a donde estábamos y tomó mis manos en las suyas. Solo que en vez de ayudar al hombre a salir de mis manos, hizo fuerza para que el no pudiera deshacerse de mí.

—Por dios Ayúdeme, su esposa, ¡Dios suéltame!

Tengo que admitir que me dio un poco de remordimiento ver al hombre. No obstante, necesitaba hablar con él.

La gente empezó a aglomerarse en torno a nosotros mientras Chris decía:

—Mi esposa está enferma, nadie la toque, solo pueden alterarla más.

De ese modo la gente solo se nos quedaba mirando pero no intentaban quitarme de encima del hombre.

Yo movía mi cabello mientras decía incoherencias, algunas veces gritaba y otras veces dejaba caer mi peso sobre el hombre y comenzaba a decir susurros. Actuaba como una verdadera lunática pero era necesario. Si Atenea hacía lo correcto, saldríamos de ahí pronto.

Pasaron diez minutos, hasta que vi que las manos morenas de Will tomaban las mías.

—Clara, ¿te acuerdas de mí? —Me dijo Will.

Voltee mi cara como había visto miles de veces a las mujeres poseídas de las películas hacer y respondí:

—¿Doctor?

—Clara, entraremos a mi auto pero necesito que suelte a este joven.

—¡Por favor!, ¡Doctor quítemela de encima!

Todo estaba ocurriendo tan rápido que nadie noto que William, con sus vaqueros y camisa negra parecía más un mafioso que un personaje de la salud.

—Amigo, necesito que nos acompañes al hospital, necesito sedarla.

El hombre asintió.

Logré lo que quería.

Poco a poco, hicimos creer que William y Chris nos llevaban con cuidado al Jeep. Nadie se molestó en registrar las placas, ni notaron que era Atenea quien se montaba para manejar el Jeep.

La sociedad sentía miedo y repulsión de las personas que eran diferentes. Eso estaba mal, si en ese momento hubiesen notado que en vez de dejarlo sentarse calmadamente en el asiento trasero yo apunté con un arma en el abdomen al hombre, si alguien se hubiese fijado en que Atenea había tomado mi teléfono del computador del hombre, si solo hubiesen preguntado a qué hospital íbamos, no tendría nada por lo cual arrepentirme hoy en día.

Salimos corriendo de aquel lugar. Mientras yo me deshacía de mi personaje, subí mi glock a su cuello y le pregunté al hombre:

—Entonces, dime cariño, ¿Cómo te llamas?

El hombre me miró, vi como su cara cambiaba de rabia a miedo, había entendido quien era yo, quienes éramos todos y lo que queríamos de él.

—Les... Les juro que no sé nada —su labio le temblaba y en su frente empezó a correr una gota de sudor, su mirada se desviaba a cada parte del jeep buscando cómo escapar, no podía.

William acercó su propia pistola a su sien.

—Ella te hizo una pregunta.

El hombre miró a William, era evidente lo que pensaba. Al ver a un hombre que te doblaba en tamaño y músculo enfadado contigo y apuntándote con un arma, no puedes hacer más que responder sus preguntas.

—Me llamo Tavo —Dijo entre dientes.

No éramos tan ingenuos como para pensar que nos estaba dando su verdadero nombre. La verdad no me importaba su nombre o quien era, pero tenerlo en mi mente simplemente como el hombre del tatuaje no me gustaba mucho.

—Cuéntame Tavo, ¿Dónde conseguiste ese lindo tatuaje en tu mano? —Dije con voz dulce.

Los ojos de Tavo me miraron con odio, y aunque no me gustaba admitirlo, sentí vergüenza.

Nunca había estado de acuerdo con la intimidación, ni siquiera cuando era solo una niña, hacer eso en mi corazón se sentía mal, pero en mi mente era diferente. Mi Razonamiento era el que me habían inculcado toda la vida:

*a veces tenemos que hacer cosas que no nos gustan para mantener a salvo a nuestra sangre.*

—Si les digo algo igual me asesinaran. Prefiero que lo hagan ustedes a ellos.

Busqué algo inteligente para decir. No me dió tiempo, William, quien se había cansado de escuchar al hombre hablar, le respondió con un golpe fuerte en la nuca, dejando a un Tavo inconsciente caer sobre la puerta de pasajero.

—¡Qué rayos crees qué haces! —Le dije a Will, molesta por su interrupción.

Chris, quien solo había estado mirando la escena atentamente por el retrovisor, explicó:

—Mientras hablabas con él, él estaba haciendo un repaso sobre dónde se encontraba. Si se llegara a escapar, no solo sabría cómo llegar a la civilización, también tendría la forma de decirle a los Uzcategui donde nos encontramos.

Suspiré.

Que Chris tuviera razón solo me irritaba más. Me levanté del cuerpo inconsciente de Tavo e hice mi propio espacio en el medio del Jeep.

No me preocupaba que Tavo se despertara e intentara abrir la puerta, al segundo que lo intentara tendría un disparo seguro en alguna parte de su cuerpo.

Ascendimos por las montañas y a los minutos llegamos a nuestra casa. No tomamos el camino largo por la vieja cuerda, simplemente nos estacionamos en todo el frente de nuestro nuevo hogar.

Chris y Will se encargaron de sacar a Tavo del auto, mientras Nea y yo dábamos marcha atrás para esconder el Jeep.

Mientras ascendíamos recordé cuál había sido nuestro plan inicial, no el secuestro de un recepcionista de hotel, habíamos ido allá en primer lugar para tener información sobre los registros de habitaciones.

—Nea, ¿por casualidad lograste tener acceso a la computadora del hotel?

Nea me sonrió. A veces me daba un poco de envidia la facilidad con que mi prima podía sonreír, para ella el mundo era de muchos colores y muy pocas veces encontraba algo que le opacara esa belleza. Yo, por otro lado, era una amargada. Siempre encontraba algo que me hiciera enfadar o peor aún, lamentar.

—Por supuesto que lo hice. En cuanto lleguemos a la casa puedo usar la laptop y ver qué puedo encontrar sobre Emilia. No sé qué será más efectivo, sacarle información al tal Tavo, o buscar en la base de datos del mismo hotel. Sacar información.

La última vez que William se había encargado de sacarle información a alguien las cosas habían salido muy mal para todos. Una cosa era intimidar a una persona, hacerle creer que le harías las cosas más horribles del mundo para que te diga lo que necesitas y otra muy diferente torturarlo para que hablara.

Nea estacionó el Jeep lejos y juntas caminamos de vuelta a la casa.

—Tengo que hablar con Will. Necesito que me deje manejar esto —Dije preocupada.

Nea paró en seco y me miró con tristeza.

—Es bueno que tengas compasión Sam, solo te daré un consejo, deja a Will hacer las cosas como quiere. Tú huiste de esto hace mucho, te aseguro que Will sabe lo que hace. Además, no quiero que te vayas.

Me reí un poco del comentario de Nea y detuve también mi paso, mirándola a la cara le respondí:

—¿Por qué me iría? ¿Crees que una pelea con esos dos me harán desistir de encontrar a mi prima?

A Nea se le ensombreció un poco la mirada y me dijo con pesar:

—Tal vez tú no quieras irte. Pero conoces a Will, si piensa que no tienes lo necesario buscará a alguien que te reemplace.

Ese día Nea no se dio cuenta, pero sus palabras causaron un efecto mayor del que ella esperaba. No era la primera vez que yo peleaba con Will y tampoco era la primera vez que él intentaba reemplazarme.

Suspiré.

Si dejaba a Will hacer lo que él quisiera, lo más probable es que Tavo muriera. Y aunque no muriera a manos de nosotros, ya le había puesto una diana en la cabeza desde el mismo momento en que decidí secuestrarlo. Tal vez mi plan no había sido tan bueno como pensaba.

Negué con la cabeza.

Decidí que dejaría a Will hacer su trabajo y si algo no me gustaba, le diría que se detuviera y rogaría porque al igual que la vez anterior decidiera escucharme.

Pronto llegamos a la casa.

Ninguno de los muchachos se encontraba en la casa, así que dejamos nuestros bolsos. Yo me cambié por algo más cómodo y justo cuando iba a salir a buscarlos, escuché el primer grito.

Atenea y yo nos miramos al mismo tiempo, salimos corriendo a los establos.

A decir verdad no les he contado muy bien cómo estaban distribuidos los establos. Se trataba de aproximadamente 15 cabinas, las primeras cuatro decían *apartado* por alguna razón y las siguientes no tenían nada.

Cada cabina era del tamaño de una habitación normal y sus cimientos eran de piedra aunque sus puertas fueran de madera. Eran altas, cada una tenía una serie de estantes para colocar cualquier cosa del caballo o del jinete. Siempre pensé que esa casa en su tiempo serviría como campo de entrenamiento para las personas que estudiaban equitación; sin embargo, en ese momento la última cabina al final del establo, funcionaba como campo de tortura.

Pasamos la puerta de madera para ver a un Tavo amarrado en una silla metálica, su camisa y su pantalón se habían ido así que se encontraba solo con unos calzoncillos además de descalzo, su cara estaba morada por un golpe que para mí sorpresa, Chris le había propiciado.

Me puse las manos en la boca.

—¿Qué crees qué haces?! —Grité.

Chris quien se encontraba usando la camisa de Tavo para limpiarse la sangre dijo:

—Sacando información.

Will se encontraba al fondo de la cabina, miraba impasible la escena con los brazos cruzados frente a él.

Le quise preguntar si estaba de acuerdo con lo que ocurría, era inútil. Estaba segura que Will había sido el de la grandiosa idea.

Una cosa era golpearlo, otra muy diferente era desnudarlo, privarlo de su dignidad, torturarlo de mente y espíritu.

—Alguien podría escucharlos —Dije estúpidamente.

Tavo nos miraba a todos molesto. No abría la boca y grababa nuestros rostros en su mente, solo se estaba sentenciando a sí mismo, si al final del día Tavo representaba una verdadera amenaza, nadie lo dejaría ir.

Ni siquiera yo.

Chris me miró por encima del hombro y sonrió de medio lado.

—El pueblo está a aproximadamente veinte minutos de acá. En los meses que llevamos aquí viviendo, nadie nos ha visitado nunca. Solo Germán y no dirá nada que pueda amenazarme. Además, las personas están de luto.

Todo lo que decía era cierto.

Chris miró otra vez a Tavo y le dijo lentamente:

—Volveré a repetir. ¿Qué significa tu tatuaje?

Tavo miró desafiante a Chris.

—Que me cogí a tu madre anoche —Dijo altaneramente.

Chris le dio un golpe tan fuerte en la cara que Tavo se cayó con todo y silla.

—¿Lo pensaste mejor? —Preguntó Chris sin inmutarse por el insulto.

Tavo se quedó callado y Chris le dio una patada sonora en las costillas.

Un quejido de dolor profundo salió de sus labios, pero ninguna palabra.

Chris entonces levantó la silla con Tavo encima y lo volteó de modo que su pecho y rodillas quedaran viendo al frío suelo de piedra y heno. Lo iba a dejar caer.

—Chris espera... —Dije inútilmente.

Abrió sus manos dejándolo ir bajo su propio peso.

El hueso roto y el quejido de dolor me acompañarán toda mi vida. Había escuchado a Chris torturar a alguien la noche que robamos el USB, escucharlo y verlo eran cosas totalmente diferentes. Iríamos al infierno por eso.

—Es suficiente Christopher —Dije con temblor en mi voz.

Chris me miró impasible y se encogió de hombros. Chris escogió sus siguientes palabras con sumo cuidado. Cuando su voz salió, sonó fría y escalofriante.

—Ella tiene razón, es suficiente. Te veré en la noche, tal vez pasar un poco de sed y dolor te vuelve más cooperativo.

Luego, pateó la silla dejando al hombre adolorido de medio lado en el suelo.

A Tavo se le salían las lágrimas de dolor y su rodilla se veía de una manera un poco extraña.

—Chris no podemos...

—Samantha no está verdaderamente roto. Créeme si el hueso estuviera roto, el dolor sería mayor.

Con eso y sin decir media palabra más, Chris se fue.

Inmediatamente miré a William para reclamarle, no contaba con que una audaz Atenea se adelantaría

Atenea fue hasta donde estaba Will y olvidando nuestra conversación de dejar a Will en paz, con el rostro a punto de estallar en lágrimas le dijo:

—No puedes permitir esto. Es inhumano. No estamos si quiera seguros de que él sea parte de esto.

El hombre adolorido intentaba encontrar una posición cómoda, por supuesto no lo logró. Si giraba su cuerpo hacia su espalda tendría que aguantar el peso de su pierna dolida sobre él, si se dejaba caer hacia un lado, su cara moreteada quedaría pegada al suelo y no tenía la fuerza suficiente para levantar su silla completamente.

Hice ademán para ayudarlo, después de todo, a mí aún me quedaba un poco de humanidad.

—Sam, detente —Me dijo Will.

Me detuve y lo miré. Estaba decepcionada de él, decepcionada de Chris y hasta de mí misma.

—¿Qué quieres Will? ¿Qué me vaya a mi habitación y finja que no van a asesinar a este hombre?

Atenea siguió mi línea de pensamiento y añadió sarcásticamente:

—O peor aún, ¿Pretendes que los ayudemos a torturar? ¿Les consigo unos cuchillos?

Yo estaba cerca de la salida de la cabina, mientras Will y Nea se encontraban al fondo de la misma. Tavo yacía en el medio y los tres nos quedamos mirándolo buscando una solución al aprieto.

William decidió ignorar a Atenea y fue hasta donde yo me encontraba. Me puso una mano en el hombro, obligándome a encararlo.

La presencia de Will no era intimidante para mí, a diferencia de Chris, Will aunque era grande y musculoso, a mis ojos era inofensivo.

—Ya hemos pasado por esto. Solo tienes que decir la palabra y te conseguiré un vuelo para esta misma noche fuera de aquí. Necesitamos saber dónde está Emilia. Sam, este hombre pudo ser el que la secuestrara, pudo hasta torturarla ¿y ahora tú sientes compasión por él? Tenemos que protegernos, y si para proteger a Emilia, a ti y a toda mi sangre tengo que romper cada uno de sus huesos lo haré. Respeto si no estás de acuerdo pero no permitiré que intentes lavar mi cabeza o la de Chris.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y se me erizó la piel. Mi primo tenía

razón, no conocía a este hombre, no tenía que tenerle compasión. El conocimiento de eso no detuvo mis siguientes palabras:

—Siempre nos han contado que los Uzcategui eran bárbaros y que nosotros sólo intentábamos cuidar a nuestra sangre. ¿Torturando es cómo vas a cuidarnos? Si lo torturas no eres diferente a ellos William.

Atenea se había quedado al fondo del salón viéndonos. Se había dado cuenta que en nuestras palabras había algo más, no era solo lo que estábamos viviendo en ese momento, era el pasado que una vez más nos ponía a mi primo y a mí en una situación incómoda.

William se acercó a mí y justo como aquel día de antaño me dió un beso en la frente.

—Prometo cuidar de ti. Ve con Atenea, revisen los registros del hotel, tal vez consigan algo más sobre Emilia. Les prometo que no haré ruido.

En mi familia, cuando le dabas un beso en la frente a alguien estabas prometiendo algo, algo de gran peso y que era inquebrantable. Dos veces me habían hecho promesas de este tipo, las dos veces había sido Will.

*Te prometo que cuando vuelvas todo estará solucionado, solo deja de llorar Sam. Te prometo que lo solucionaré todo...*

Ese día había cumplido su promesa y yo le había pagado huyendo de mi casa y renegando de mi familia. Voltee mi cara mientras asentía, tenía que volverme dura, no podía pretender para siempre que era inocente, no lo era y nunca lo había sido.

Le dije a Atenea que nos fuéramos.

—¿Esperas que me vaya a revisar documentos mientras torturan a este hombre Sam? Yo... yo jamás pensé que tú pudieras ser partícipe de esto. ¿De Will? Lo creo, es un soldado al igual que Chris. Pero tú eres igual a mí Sam, sabes que esto está mal. O sea, sé que fui yo la que dijo que los debíamos dejar hacer su trabajo, pero mira esto Sam.

Sus palabras penetraron mi mente pero no cambiaron mi decisión.

Miré a Atenea, sus ojos marrones estaban llorosos, se sentía traicionada.

*Bienvenida al Club.*

—Si el día de mañana asesinaran a Emilia y yo me enterara de que este hombre tenía información que me pudiera haber ayudado a evitarlo, no podría perdonármelo nunca. Asesinar a Uzcategui no sería suficiente para agotar el sentimiento de culpa en mí. ¿Tú podrías Nea? ¿Podrías vivir sabiendo que preferiste a un extraño sobre tu sangre? —Pregunté casi

gritando.

Tavo había quedado inconsciente del dolor. Nea lo miraba con lastima, después aquella mirada se posó en mí.

—Viviría con ello. Pero no podría vivir conmigo misma sabiendo que permití que torturaran a un hombre.

—Él no es inocente Atenea —Dijo Will

—Ni tú tampoco William —Dijo Atenea.

Will se enfadó. Su postura se tensó y por un momento pensé que haría algo de lo que después se arrepentiría.

—Jamás he hecho daño a una mujer y mucho menos una menor. Tendré mis pecados pero te aseguro que ninguno es tan blasfemo como los de este hombre.

No quise seguir escuchándolos pelear, sin mirar más a Tavo me dirigí a la casa.

Había acabado de oponerme a ellos.

*Marzo.*

*Mentor hoy estaba molesto. Me dijo que no le fastidiara en todo el día, así que no tengo nada que hacer.*

*Tiene a todos sus hombres ocupados buscando a alguien, así que no puedo ir de compras.*

*Pensé: ¿Por qué no escribir?*

*Después de todo, lo he hecho estos meses. Mentor no me ha tratado bien los últimos días, mi madre no pudo asistir a la reunión en que nos conoceríamos y nadie me habla de mi padre.*

*Comienzo a sentirme sola, confundida.*

*Vi ayer a Mentor asesinar a alguien, no dije nada por miedo a que me golpeará, ¿Se supone que ahora debo vivir así?*

*No es que tenga dudas sobre mi vida, tengo dudas sobre si hago las cosas bien, si debería exigir más...*

*Es muy confuso, la última vez que Mentor me golpeó duré con el ojo morado toda la semana, no quiero que se repita lo mismo otra vez.*

*Desearía tener una amiga en este momento.*

*Tal vez una madre.*

*Alguien viene, creo que es Mentor, espero que ya no esté enojado.*

*EU.*

## CAPÍTULO XII

### MENTIRAS, MÁS MENTIRAS

Poco después de que me instalara en la sala, Atenea llegó.

No tuvimos conversación alguna y nos dimos a la tarea de ver los registros del hotel.

Para nuestra mala suerte no encontramos nada que pudiera ser de provecho, no había nadie registrado en los últimos meses con las características de Emilia. En realidad, aunque en un principio habíamos visto a muchas personas entrar y salir del hotel, cuando revisamos los archivos solo había una o dos habitaciones reservadas por mes. Extraño sí ¿Había algo que pudiéramos hacer? no.

Sin una palabra más a mi prima me dormí. Recuerdo esa noche haber dormido más de la cuenta, me levanté al mediodía. Fui a la sala para ver qué todos estaban entrenando e hice lo mismo. En algún punto de la tarde, Chris y Will se ausentaron, como Will prometió no escuché ningún ruido que me diera alguna pista sobre lo que estaban haciendo, no es que fuese necesario.

Así transcurrió una semana. Yo no hablaba con casi nadie, estaba molesta con Will y Chris por sus sesiones de tortura, Atenea estaba molesta conmigo por no apoyarla sobre detenerlos y a decir verdad, yo tampoco me perdonaba el permitirlo.

El viernes de esa semana me llamó Anette. Estaba borracha otra vez y me hablaba sobre cómo era su nueva vida. Me aburría hablar con ella, después de todo, ella tenía una vida normal mientras yo estaba durmiendo solo 6 horas al día y practicando el resto.

Ese día le pregunté a Christopher cuando podría ir otra vez a la ciudad, él fue muy claro al decirme que lo mejor era que no me apareciera allá hasta el día de la fiesta. Todavía faltaban 9 días para eso.

Intenté varias veces llamar a mi madre pero ella nunca respondía, eso sólo hacía que aumentara mi tristeza y nostalgia.

Todas las noches le preguntaba a Will si había algún progreso, todas las noches contestaba que no. Volvía a sentirme inútil. Peor que eso, cada día que pasaba sentía que iba arrancándose una parte de mi alma.

¿Qué nos hacía pensar que si a esas alturas no habíamos logrado obtener información un poco más de tortura iba a lograrlo? Peor que eso, me quitaba

el sueño pensar qué ocurriría con Tavo una vez que Will y Chris terminaran con él.

Todo era mi culpa.

Así pasó otra semana, otra larga semana de sufrimiento y cargo de consciencia en la que no sabía si Tavo moriría o diría algo que pudiera ayudarme encontrar Emilia. Eso enervaba algunas pesadillas, unas sobre el pasado y otras sobre cosas que solo inventaba mi mente, me pregunté si Chris también tendría pesadillas para después responderme a mí misma que no era mi problema.

En serio, ya no era mi problema.

Chris no mediaba palabra conmigo en los entrenamientos y se lo agradecía. Incluso me enviaba la ropa que compraba con Atenea. Yo trataba de evitarlo en la casa, me despertaba un poco más tarde y me acostaba temprano.

Yo era la que estaba molesta, él había sido quien había traicionado mi confianza. En primer lugar, me había ocultado información sobre Emilia y después había comenzado a torturar a ese hombre a sabiendas de que yo no estaba de acuerdo.

No podía hablarle y mucho menos ser amigable con él.

Esa semana Anette no llamó y lo agradecí en silencio. Era sábado por la mañana y me levanté como siempre a hacer desayuno, después me bañé y coloqué un pantalón gris de entrenamiento con una franela a juego. Ya Chris no desayunaba conmigo, se levantaba más temprano que yo para torturar a Tavo antes de entrenar. William hacía lo mismo y Nea...

Nea simplemente dejó de entrenar y al dejar de hacerlo también dejó de levantarse temprano.

Así me senté en una mesa gigante sola. Sintiendo que nadie en el mundo era mi amigo y que mi propósito se había vuelto una farsa. Tomé un poco de mi jugo de naranja pensando en una solución a mis problemas cuando sonó el timbre.

Nosotros nunca teníamos visitas por lo que entré en pánico.

Ni Will ni Chris oirían el timbre en los establos por lo que me tocaba hacer frente a la posible amenaza a mí, tomé mi glock y la coloqué en la parte de atrás de mi pantalón.

Me dirigí a la entrada y abrí la puerta de sorpresa.

No contaba con que la sorprendida sería yo.

Era Leona.

Su larga melena color rojo caía en cascada en su cintura. No tenía una sola gota de maquillaje pero se veía radiante. Vestía con un pantalón negro con blusa blanca y botas a juego. Había llegado en un Jeep parecido al nuestro y me sonrió a penas abrí.

—Clara buenos días, me alegro de que estés despierta.

Sonreí de vuelta mientras tenía una crisis interna. Cada vez que Will o Chris salían de los establos Atenea y yo estábamos encerradas en la habitación haciendo algo, como ambas los estábamos evitando, nunca los habíamos visto. Ni siquiera en las noches ya que ambas nos acostábamos temprano. No necesitaba verlos, si pasabas horas torturando a alguien mínimo tendrías que salir lleno de sangre.

Ahora, imagínense la sorpresa de nuestra vecina si llegaba a ver a alguno de esos grandes hombres salir de los establos con los puños rotos y cubierto con la sangre de otra persona.

Llamaría demasiado la atención.

—¡Leona! Que grata sorpresa, ¿Gustas en pasar? —Grité efusivamente y más fuerte de lo necesario.

Si los muchachos salían y veían el Jeep de Leona afuera, sabrían que no debían pasar a la casa.

Leona pasó con elegancia a la casa, miró al rededor y supe lo que estaba pasando por su mente. Estaba dentro de la casa de unos recién casados, una casa desprovista de adornos o fotos, una casa que aunque estaba limpia porque Atenea estaba obsesionada con la limpieza de la casa, no tenía un gramo de calor de hogar.

Leona miró desde el techo hasta el mueble y televisor, pasando por las lámparas y quedándose al final viendo fijamente la mesa del comedor con solo un plato y un jugo encima.

—¿Esteban no está? —preguntó Leona.

Sonreí

—Está ordenando los establos, le encanta pasarse horas en eso —Dije dulcemente.

Leona puso su mano en su boca y se echó a reír

—Te entiendo. Jeremías es igual, al principio lo acompañaba después entendí que ellos tienen una conexión única con la tierra. Lo dejé estar.

Le ofrecí café a Leona y ella aceptó. Ella seguía viendo y observándolo

todo. Tal vez era paranoica pero sentía que buscaba a Tavo, Chris, Will o cualquier persona que nos hiciera ver cómo culpables. Intentaba no verme nerviosa pero la verdad era que me iba a morir de la ansiedad.

Encendí la máquina de café de Chris mientras pensaba en un tema de conversación. El silencio era incomodo en la sala. Pregunté cosas triviales como la salud de Jeremías y cómo había estado el trabajo, Leona contestó educadamente. Hablamos torpemente hasta que la máquina de café sonó.

Le serví una taza de café sobre un plato pequeño a Leona con azúcar, leche y una cucharita al lado.

Leona mezcló todo, después dejó la cucharita en el plato, tomó un sorbo y después habló:

—Sé que te estás preguntando qué hago aquí Clara. La verdad es que quería venir con Jeremías pero por cuestiones del trabajo no pudo venir.

Las palabras de Leona solo me hicieron poner nerviosa. ¿Que se traía entre manos?

No pude evitar mover incontrolablemente mi pierna debajo de la mesa del comedor, intenté aparentar una postura confiada uniendo mis manos sobre mi rodilla y sonriendo, aunque, mi rápido parpadeo y la forma en que lamía mis labios me delataba.

Yo me encontraba sentada frente a ella y empecé a jugar con una servilleta de la mesa, mi desayuno ahora frío, reposaba en frente de mí.

—La cuestión es que he estado preocupada por ti. La muerte de Humberto te afectó tanto ese día, nunca tuve oportunidad de preguntarte cómo te sentías —Dijo Leona con un poco de empatía en su voz.

Miré su lenguaje corporal. Sonaba sincera, su cuerpo se encontraba relajado sobre la silla, su cara tranquila, sus ojos mostraban honestidad además de preocupación innegable, pude respirar un poco en paz y relajarme.

Solo estaba preocupada por mi ataque de pánico.

No sabía que estábamos torturando a un hombre atrás.

Tomé un poco de jugo y procedí a hablar.

—No hay nada de qué preocuparse. A veces, solo sé sobrerreaccionar, no sé, he estado nerviosa estos meses.

Leona sonrió

—Es normal, supongo que era la primera vez que veías... ya sabes a alguien morir. Yo vi a dos de mis hermanos creo que se me olvidó el horror e impacto que podía tener sobre una persona.

*Ahí es donde te equivocas, no es la primera persona muerta que veo.*  
Sonreí de vuelta y disimulé.

—Sí, fue un poco traumático la verdad. Por eso no he querido salir, prefiero estar aquí.

Leona hizo algo que no esperaba, soltó sus manos de la taza de café y puso una sobre la mía.

—No tienes que quedarte aquí encerrada y sola. Mi casa siempre está disponible para ti. Además, después de lo que pasó en la ciudad con el sujeto de la farmacia, lo mejor es permanecer solo el menor tiempo posible. Cuando Esteban trabaje deberías bajar a mi casa.

Leona hablaba de bajar la montaña hasta la hacienda de ella y Jeremías, era una propuesta muy amable de su parte. Leona no estaba consciente de la presencia de Atenea ni de Will en la casa, era normal que se preocupara.

Fue la segunda parte de lo que dijo lo que llamó mi atención y me puso alerta.

—¿Lo que le ocurrió al sujeto de la farmacia Leona? —Pregunté con inocencia.

Leona era una persona sensible. El solo hecho de haber venido a ver cómo me encontraba te podía decir eso, no obstante, fueron sus ojos llenos de lágrimas los que me dijeron que delante de mí se encontraba una excelente persona.

—¿No supiste? La farmacia que está antes de llegar a la ciudad, unos rateros entraron y robaron algunas cosas. Las cámaras de seguridad estaban dañadas y el disco duro que lo grabó todo fue robado. La policía dice que tiene pistas de que se trataba de más de uno. Habían encerrado al vendedor en una bóveda, lo halló la policía ahí hace varios días. No entendemos cómo ocurrió pero antes de que pudiera ofrecer declaración le dispararon en el pecho.

Mi corazón se aceleró al recibir esta nueva información. Esa era la farmacia que habíamos atacado el día que hirieron a Nea. Yo había dejado al farmacéutico vivo, me había asegurado de que simplemente pasara un susto.

Leona ajena a mi conflicto interno siguió hablando.

—Tenía esposa e hijos. Es una lástima. Todos saben cómo está la inseguridad pero esta zona de la ciudad es relativamente segura, si no molestas a la gente equivocada puedes vivir bien. Es una tragedia.

Leona seguía lamentándose mientras yo intentaba dar con los hechos.

Chris no había dicho una palabra pero conociéndolo no quería que el hombre quedara vivo. Después de todo, era un testigo. Chris no pudo ir esa misma noche a asesinarlo, estaba conmigo. Pero ¿Qué había hecho al día siguiente? Yo me había acostado a dormir, fácilmente él podría haber ido y terminar el trabajo.

Si era posible me decepcioné todavía más de él.

Le había dicho al farmacéutico que iría por su familia, había muerto con el miedo de que les pasara algo.

Cerré los ojos un momento. Todo iba de mal en peor.

Atenea no lo haría y William estaba muy ocupado cuidándola como para ir a asesinar a un hombre.

Tenía que haber sido Chris.

Paré la diatriba de Leona y le hice una pregunta clave:

—Dijiste que le dispararon. ¿Por casualidad no han dicho qué tipo de arma usaron?

Leona se extrañó por mi pregunta, mas no tardó en responderla.

Encogiéndose de hombros y acomodándose el cabello hacia un lado, Leona me dijo:

—Creo que Jeremías mencionó una Glock creo, no estoy segura.

Había sido Chris.

Sonreí e hice lo pertinente para que Leona se fuera. Me levanté y me dirigí a la puerta.

—Me encanta que hayas venido Leona, tenemos que repetirlo.

Leona se quedó viéndome y sonrió extrañamente.

—Claro. Tenemos que repetirlo —Se dirigió a la puerta de la casa y justo cuando iba pasándome me dijo:

—Clara, están pasando malas cosas. Supe que secuestraron a un joven trabajador en pleno día. Lo mejor es que estés acompañada, no conoces a nadie acá. Ven a mi casa cuando necesites.

Seguido a esto me tomó el brazo confortablemente y se retiró.

Tenía una sensación extraña en mi estómago. Estaba nerviosa porque iba a enfrentar a Chris, también estaba molesta, a decir verdad molesta era poco, quería asesinarlo. Mis propios ojos se llenaron de lágrimas mientras veía a Leona subirse a su camioneta e irse.

Inmediatamente Atenea salió de la habitación.

—Sam, sé lo que estás pensando. Ninguno de ellos sería capaz de algo

así, tuvo que ser uno de los Uzcategui.

Atenea continuaba en pijama, su cabello estaba muy despeinado. Lo más probable era que el timbre la hubiese despertado y que, a sabiendas de que lo más sano era que Leona no la viera, decidiera esconderse.

—Averigüémoslo —Dije, mi voz inestable.

Antes de que Atenea pudiese responder algo emprendí mi camino a los establos, Nea siguiéndome los talones. No les di tiempo de reaccionar, abrí el portón del establo y conseguí un motivo más para enojarme.

Chris se encontraba golpeando a un irreconocible Tavo mientras William lo mantenía de pie.

Las dos semanas de encierro le habían pasado a Tavo factura, aún se encontraba solo en calzoncillos. Sus brazos, pecho y piernas tenían marcas y hematomas en diferentes estadios, sus ojos estaban morados y de seguro le era difícil ver bien. Se encontraba en un estado de suciedad deplorable. No olía ni a orina ni a excretas por lo que supuse que al menos Chris y Will le habían dejado tener esa parte de su dignidad intacta.

La sangre seca invadía sus mejillas y su anterior cabello claro estaba completamente rapado.

Su pierna se veía peor que el día en que Chris se la había casi partido. Sus labios estaban resecos y debía haber disminuido al menos 5 kilogramos.

Me puse las manos en la boca conteniendo un grito.

—Están locos —escuché decir a Atenea detrás de mí.

William soltó a Tavo al piso. Su cara era del más profundo dolor; sin embargo, no emitió quejido alguno.

Chris por otro lado levantó su ceja perforada al verme, después tomó una camiseta vieja que había detrás de él y se limpió sus manos llenas de sangre.

—¿Qué haces acá Samantha? —Preguntó Chris fríamente.

Mis manos temblaban incontrolablemente al igual que mi labio inferior. Mis ojos estaban llenos de lágrimas y mi mente estaba a punto de estallar.

Alcé mi voz como estaba segura que Chris nunca se le olvidaría.

—¡Eres un monstruo desgraciado! —Exclamé.

Chris cruzó los brazos frente a su pecho. Pasando por encima el cuerpo inmóvil de Tavo se posicionó frente a mí, sonriendo de medio lado.

—Dime algo que no sepa.

Atenea me tomó por el brazo.

—Sam, es mejor que discutamos esto dentro de la casa.

Con un gesto no muy diplomático me quité el brazo de Atenea encima. Luego, puse mi dedo índice a la altura del pecho de Chris mientras le decía lo que pensaba.

—Siempre supe que eras un estúpido. Pensé que eras un niño mimado que simplemente quería hacer las cosas a su manera, luego te conocí y me dije: tal vez no es tan malo, tal vez pueda enseñarme algo valioso para proteger a mi sangre...

Hice una pausa para respirar y me coloqué las manos en la cintura. No quería llorar frente a él, llorar era demostrar debilidad. Y yo no era débil, en ese momento me sentía más fuerte que nunca.

Continué mis palabras en un tono más bajo:

—¿Pero sabes qué Christopher? No hay absolutamente nada de ti que yo necesite. Eres un ser egoísta y cruel. ¿Ves a este hombre? —Señalé a Tavo — Es un ser humano Christopher, si no te ha dicho nada a esta altura ¿Por qué crees que lo hará después? ¿Eres mejor que él con esto? No lo eres.

Chris me miró con curiosidad pero no borro la expresión fría y sonriente de su cara.

—Estás enfermo ¿Es eso? —continúe con mi diatriba —Porque no veo otra razón para disfrutar haciendo daño a las personas. Este hombre... aquel hombre, ¡Cómo pudiste! ¿Cómo pudiste asesinarlo y después acostarte a dormir sin cargo de consciencia?

Pude ver en primera plana el gesto de confusión de Christopher Thrasia. Me miró como si no supiera de qué estaba hablando.

—Samantha ¿Podrías explicarme a qué se debe tu enojo? —Dijo en un tono burlón que tenía meses sin escuchar. Haciendo uso de su hoyuelo y sus blancos dientes.

Lo empujé un poco mientras le decía:

—¿Pensabas ocultarme eso también? ¿Pensabas que no me enteraría? ¿Tan estúpida me crees?

Se estaba enfureciendo. Bien, eso era lo que quería. Necesitaba urgentemente una reacción en él.

—¿A qué te refieres? Si es por lo del estúpido papel, en serio va siendo hora de que lo superes Samantha. Has hecho estas semanas insufribles y yo...

—¿Yo las he hecho insufribles? ¿Quién es el que ha estado mintiendo todo este tiempo? ¡Dejaste sin familia a un hombre Christopher!

Chris estaba perdiendo la paciencia y me lo hizo notar.

—Los hombres como él no tienen familia Samantha. Los Uzcategui no contratan a matones con familia —Dijo mientras empezaba a caminar en círculos cerca de mí.

Él no me estaba entendiendo o seguía haciéndose el loco sobre lo que en verdad me molestaba. No se lo iba a permitir.

—Mataste a ese hombre Christopher. Mataste a un hombre que su único pecado fue no atenderme en una farmacia —Dije calladamente. Era un hecho y no le iba a dar oportunidad de negarlo. Mi voz sonó quebrada y sin aliento, tal vez cansada.

La cara de Chris se transformó. Si yo demostraba furia plena, Chris había convertido su cara en el enojo más sincero y brutal que podía existir.

—Ya va, ¿Estás acusándome de asesinar a un inocente Samantha? —La voz entre ofensa e irritación de Chris se mezclaba con su frialdad habitual.

Me puse las manos en la cabeza en señal de frustración.

—No intentes ocultarlo Chris. Sé que lo querías muerto, era lo más lógico, sé que la única razón por la que quedó vivo fue porque yo me encargué de encerrarlo esa noche.

Chris me miró como si me hubiese vuelto loca.

Abrió la boca como para defenderse, luego la cerró. Vi su mirada cerrarse y sus ojos siempre fríos me miraron implacables.

—No lo asesiné —Dijo simplemente.

—¡No me mientas más! —grité.

Asesinar a un enemigo podía perdonarlo, todos ellos se habían iniciado en la guerra matando a alguien de mi familia o a una persona asociado a ella. Matar a alguien inocente, a alguien que su único pecado era estar en el lugar y momento equivocados... eso no podía perdonarlo.

—¡No te estoy mintiendo! —Gritó el de vuelta, después se acercó al marco de la puerta del establo en madera y lo golpeó duramente.

Debió haberle dolido pero no lo demostró, después se giró hacia a mí.

Antes de que pudiese hacer algo William lo tomó de los hombros.

—¡Christopher tienes que calmarte! —Gritó William.

—Déjalo Will. Que intente hacer algo. Es un cobarde, solo un cobarde asesinaría a un inocente —Dije .

Las venas sobresalían sobre el cuello de Christopher al pronunciar las siguientes palabras:

—Jamás de mi boca ha salido una mentira hacia ti Samantha. He sido honesto desde que te conocí, así que me creas o no: No tengo nada que ver con lo que le ocurrió a ese hombre.

—¿Igual que no me robaste el papel de Emilia de mis manos? Igual que cuando me miraste a los ojos y me dijiste que el papel estaba en blanco.

Chris bajo su voz todavía más. Y eso me molesto más que si hubiese gritado.

—Eran dos páginas... Una en blanco y la otra. Decidí hablarte solo de una. Tal vez te oculté información, pero no mentí. Solo te protegía. Si llegabas a tener otra crisis...

—Por dios. Basta de excusas Christopher —Dije cansada, masajeándome la frente.

Chris se pasó la mano por el cabello, soltándose del agarre de William.

—No tengo tiempo para esto. Ni siquiera tienes alguna prueba de lo que dices —Me respondió igual de cansado.

—¿En serio? ¿Entonces es casualidad que haya muerto de un disparo justo en el pecho por una glock? —Dije sarcásticamente.

Chris me iba a responder cuando las palabras de Atenea lo detuvieron.

—Fue Will —Dijo una dolida y avergonzada Atenea.

Chris y yo volteamos a verla inmediatamente.

—Qué... ¿Qué dijiste? —Pregunté, la primera lágrima derramándose en mi mejilla.

Atenea miró a William por encima de mí y le dijo con voz suplicante:

—Tienes que decírselo.

Aparté la mirada de Atenea y vi a mi primo. Estaba fuera de base, miraba a Atenea suplicante, quería que ella retractara sus palabras pero Atenea seguía firme.

Miré a William fríamente mientras me reía.

—Debí suponer que eras tú —Le dije decepcionada.

William intentó acercarse a mí, lo detuve con un gesto de mi mano.

—No lo intentes. ¿Ya pasamos por esto verdad? Solo dirás que era necesario.

William bajó la cabeza mientras me decía:

—No quería que te enteraras para que no estuviese entre los pecados que debes llevar.

Y así es como todos elegían ocultarme algo porque sentían que era el

eslabón más débil. ¿Acaso todos se habían vuelto locos menos yo? ¿Cómo sentir compasión y respeto por la vida podía hacerte débil? No era débil, era humana.

Miré hacia mis pies y dije a Atenea:

—Tú lo sabías y me quisiste hacer creer hace un momento que era un error.

Atenea comenzó a hablar y aunque la escuchaba, su voz sonaba lejos. Como si estuviésemos a millones de kilómetros de distancia.

—Will volvió ese día conmigo antes de encontrarnos con ustedes. Créeme estuve tan molesta como tú pero era necesario Sam. Él te había visto, te podría reconocer y todo lo que hicimos no habría valido de nada.

Necesario. Estaba hartándome de esa palabra.

Miré a mi prima.

—Llevas días molesta conmigo porque permito la tortura de un hombre. Llevas quince días tratándome duramente cuando tú presenciaste y ocultaste el asesinato de un hombre que sí era inocente. Al menos cada vez que a mí me invade el cargo de consciencia me repito que este hombre pudo ser quién secuestrara a Emilia. Pero ¿Cómo haces tú Atenea? ¿Cómo logras dormir?

No vi su reacción, me volteé y encaré a William mientras los pasos de Atenea alejándose se escuchaban.

—Y tú. ¿Cómo pudiste volverme a hacer esto Will? Teníamos un trato.

Chris nos miraba a todos como si estuviésemos locos. A veces abría la boca para opinar y luego se callaba. Debía ser mi imaginación pero en algunos momentos pensé que quería acercarse a mí. Eso no ocurrió, solo se quedó ahí, neutral.

—Tú tenías un trato Sam. Nunca lo has entendido. O estás con nosotros o no. Esto es una guerra y yo vendería mi alma de ser necesario por mi familia. Estás llena de moralismo y poco sentido del deber. Tal vez sea hora de llamar a mi padre y...

Me tenía harta con eso.

—¡Entonces llámalo William! ¿Qué esperas? —Alcé mis manos y le mostré donde estábamos en señal de frustración.

Después le dije más molesta aún:

—Me tienes aburrida amenazándome con lo mismo. ¿Sabes qué creo? Que mi tío Eduardo me puso en esta misión porque sabía que yo jamás haría algo que pudiese dañar las personas que somos. Él sabe que haré lo posible

por protegerte Will incluso de ti mismo. Pero si no me quieres aquí bien puedes llamarlo o mejor aún, termina la tarea que te suplique hicieras hace tres años.

Tomé la pistola en la cinturilla de mi pantalón y se la arrojé a Will en el piso.

—Solo se necesita un disparo —Le dije, las lágrimas casi en mis ojos otra vez.

Luego, me fui de ahí.

Corrí lo más rápido que pude y me dirigí al Jeep. Estaba luchando para retener las lágrimas. Will lo había vuelto a hacer, habíamos peleado y pasado por tanto para que al final volviera a hacerlo.

Me monté en el asiento del conductor y encendí el motor. Antes de que pudiese arrancar, la puerta de copiloto se abrió y Chris se montó en el asiento.

—¿Qué crees qué haces? —Pregunté frustrada.

Chris se encogió de hombros, tranquilo.

—Que tus planes no se detengan por mí. Estás desarmada y no sabes pelear tan bien como yo. Necesitas a alguien contigo en este momento.

No quise discutir. No hice ni siquiera un gesto que dijera que lo había escuchado. Solo pisé el acelerador y me dirigí a la ciudad.

En veinte minutos bajé la montaña, luego me dirigí a un parque que me traía buenos recuerdos. Mi padre solía llevarme ahí cuando estaba más pequeña, a montar bicicleta, charlar, comer, lo que sea que quisiéramos hacer.

Eran hectáreas de parque. Cuando era pequeña me daba miedo perderme. Mi padre solía decirme que en ese caso, nos veríamos en la segunda puerta al lado de la gente que hacía bailoterapia.

El parque marcaba un camino circular, bañado en árboles verdes con troncos que habían visto más de un niño crecer en esos alrededores. Podías ver los girasoles, las trinitarias y claveles brotar por todos los arbustos, el olor a naturaleza bañaba de alegría a las personas que ahí se encontraban. Al pasar por la entrada vi un pequeño jardín de rosas blancas que no existía en el pasado, los tiempos cambiaban, los lugares cambiaban y las personas como yo también lo hacían.

Había una zona para que las personas caminaran, corrieran o patinaran. Al igual, si te estacionabas y caminabas un poco, encontrarías un pequeño sector para que los más pequeños jugaran. A unos metros más,

aproximadamente 10 puestos de comida en perfecto estado, y detrás de estos la grama verde para un día de picnic.

La verdad es que era el lugar indicado para hacer feliz a una persona.

Estacioné el Jeep y me dirigí a unos bancos que se encontraban en frente del parque de niños jugando. Escuchaba los pasos de Chris detrás de mí, no le estaba prestando mucha atención. Me senté en el banco y me quedé mirando los niños mientras pensaba un poco.

Tal vez si era hora de irme, no tenía madera para matar a sangre fría, no tenía las agallas que se necesitaban para hacer cosas inescrupulosas por la familia. Jamás iba a ser capaz de torturar a alguien, mucho menos matar a un inocente. Estaba mal que me molestara con Will o Chris por hacer eso, ellos hacían lo que estaba en sus manos por ganar la guerra.

Yo solamente los obstaculizaba.

Sentí a Chris sentarse a mi lado, luego puso un helado en una barquilla frente a mí.

Levanté una ceja.

—¿Es en serio?

Chris sonrió y me dijo:

—No puedes sentarte ahí a amargarte para siempre.

Vi que en sus manos tenía una igual, ambas de chocolate. La verdad es que no tenía ganas de comer nada, por otro lado, había que aprovechar los regalos que te hacían.

Él probó el helado y no evité quedarme mirando la forma que lo hacía. Por primera vez vi a Chris disfrutar algo. Probó su barquilla y se quedó con los labios pegados al helado por un segundo, después pasó su lengua y tomó una buena porción de él.

Me miró por el rabillo del ojo y me sonrió.

—En serio, Pruébalo —Dijo.

Desde el primer momento en que Chris me habló, se había convertido en una constante confusión para mí. Lo había acusado de asesinar a alguien inocente. No le había preguntado lo ocurrido, ni siquiera le di el derecho a palabra, lo llamé cobarde y asesino ¿Cómo respondía él? Comprándome un helado y animándome.

Christopher Thrasia era una persona muy extraña.

El helado se estaba derritiendo en mi mano. Probé un poco.

Todo iba bien, un simple helado de chocolate, hasta que terminó de

pasar el bocado por mi garganta y el horrible sabor a café me inundó.

—¡Chris! ¡Dios! esto no es chocolate —Dije con repulsión.

Christopher sonrió más ampliamente, esta vez la sonrisa llegó a sus ojos.

—Nunca dije que fuera chocolate.

Revisé mentalmente nuestra conversación. Era verdad, yo había asumido que era chocolate. Rememoré nuestra discusión más temprano, me había dicho que por su boca jamás había salido una mentira hacía mí. También eso era cierto, me había dicho lo que pensaba desde el primer momento.

Miré al cielo.

Me encantaba de mi país el azul de su cielo, como hasta las 6 de la tarde el resplandor del sol seguía alumbrándolo todo. Las nubes no tapaban el sol así que sus rayos cayeron en mi cara.

Sentí su calor. No sabía si Emilia podría sentirlo donde quiera que estuviera, mis malcriadeces solo nos alejaban del objetivo.

—Creo que deberíamos irnos —Dije a modo de respuesta.

Chris se encogió de hombros y se acercó un poco más a mí, ya casi terminaba su barquilla, al parecer a él si le había gustado el sabor. Se había hecho su costumbre invadir mi espacio personal, aunque antes me molestaba, ahora solo me parecía una especie de reto silencioso entre ambos.

Me acerqué también.

—¿Por qué el apuro Samantha? Ya casi es el cóctel y espero tener las respuestas que necesitamos ese día.

Levanté una ceja.

—Christopher, ¿Por primera vez no vas a ir corriendo a entrenar?

En un movimiento rápido, Chris terminó su helado y tomó el mío que se seguía derramando en mis manos. Continuó comiendo vorazmente mientras me pasaba unas pocas servilletas.

Comencé a limpiarme mientras lo veía tomar todo el helado derramado, en serio le gustaba ese helado. Un poco de helado se derramó en su dedo pulgar, Chris lo chupo antes de que se terminara de caer.

—Tienes derecho a una pregunta —Dijo Chris simplemente.

Lo mire extrañamente y voltee mi cuerpo hacia él. Vestía unos pantalones un poco rasgados con una camisa de algodón negro, en vez de sus típicas botas moteras tenía unas deportivas. Otra vez me asombró como una persona podía vestirse de forma tan sencilla y ser tan imponente. Miré su

cara, estaba extrañamente relajada y feliz, podía fácilmente contrarrestar con mi actitud molesta de ese día. Sus ojos estaban alegres, ¿Por qué estaría tan feliz en un día tan malo? Su cabello había crecido y le llegaba a las orejas dándole una actitud aún más despreocupada, en vez del hombre de negocios/matón que era, parecía un chico que vivía en la playa y pasaba su tiempo libre comiendo helado.

No por primera vez me había quedado mirándolo fijamente. Él me estaba viendo por el rabillo del ojo pero no hizo nada por detenerme o al menos avisarme que no había contestado su pregunta. Noté el dolor en mi labio inferior, había estado mordiéndomelo, me dió vergüenza y a la vez risa como siempre terminábamos de la misma forma, yo mirándolo como psicópata, el haciéndose el loco y disfrutando de mi atención.

Me sacudí la cabeza mentalmente y respondí:

—¿Por qué habría de hacerte una pregunta? —Mi voz sonó distraída y me molesté conmigo misma. Me estaba volviendo igual de bipolar que él. A veces contenta, a veces molesta y cuando no estaba haciendo eso, tomaba la actitud de una niña de nueve años.

Chris terminó el helado y también volteó su cuerpo hacia mí, quedamos frente a frente. El recostó uno de sus fuertes brazos en el banco y mientras seguía sonriendo me respondió lentamente :

—Conoces el trato. Yo te doy a probar algo con café a cambio respondo una de tus preguntas.

Imité su postura y sonriendo le respondí:

—Está bien, es lo mínimo que merezco porque me hayas engañado con ese helado.

Pensé en qué preguntarle. Podía ser sobre sus habilidades con la medicina moderna, o sobre su padre Aaron, incluso tenía ganas de preguntar sobre sus habilidades para torturar; sin embargo, mis ojos se fijaron en la palabra que había tatuada en su brazo.

—¿Tienes algún otro tatuaje? —Solté sin pensar.

Pude ver el destello de sorpresa en los ojos de Chris antes de que se volteara y se subiera un poco la camisa.

La espalda de Chris era igual de fuerte que el resto de su cuerpo. En la zona lumbar podía ver una especie de letras chinas impresas en tinta negra. El artista había sido delicado y a la vez masculino. Puse mis manos en una de ellas sin pensarlo, y la espalda de Chris se puso en tensión, había pasado los

límites.

Retiré la mano inmediatamente.

Chris sin decir nada se bajó la camisa y volteó a verme.

—¿Qué significa? —pregunté.

Chris se encogió de hombros.

—Es en lo que nuestro idioma significa: la pérdida del miedo.

Mis pensamientos empezaron a resonar en voz alta.

—Uno dice sobrevivir, el otro es sobre el valor. Te tatúas todas las cosas que aspiras tener.

Chris se quedó un momento pensando, después respondió:

—Son cosas que me costaron conseguir. Y ahora lucho por mantener.

—Sobrevivir. Entiendo, Lo necesitaste cuando tú madre falleció, pero ¿El valor?

Me quedé viendo su expresión, esperando no haber ido más allá de la línea.

La mirada de Chris se ensombreció. Un poco de dolor se asomó en ellos y la sonrisa en su rostro se borró. Volvió sus manos en puños y la rigidez en su postura se hizo más que evidente.

—Valor para vivir con mi padre —Fue lo único que dijo.

Estaba poniéndolo en una situación incómoda, no era la idea. Decidí cambiar el tema

—Entonces, dos tatuajes. ¿Más ninguno?

Chris sacudió un poco su cabeza y aunque su mirada seguía perdida sonrió. Después me respondió lentamente:

—Tengo otros dos.

Pensé que me los iba a mostrar, pero no hizo ademán de moverse.

—¿No me los vas a mostrar? —Pregunté sonriendo.

Chris entonces me miró a los ojos, después sin dejarme de mirar subió lentamente su camisa, dejando ver su abdomen muy cuidado pero sin tatuajes.

—No veo nada —Dije un poco confundida.

Chris entonces sonrió más ampliamente y con sus dos pulgares tomó la cinturilla de cada lado de su pantalón. Después miró hacia abajo y luego subió la mirada de nuevo a mí, la explicación más que evidente.

Cuando un chico tiene un tatuaje debajo de los pantalones, aunque parezca interesante, lo más pudoroso es evitar verlo.

Alarmada alcé mis manos y giré mi mirada hacia las personas haciendo bailoterapia.

—Está bien, está bien ya entendí —Dije.

Escuché su risa y el movimiento de sus manos al volverse a colocar la camisa en su lugar.

Volví a verlo y sintiéndome un poco atrevida le dije:

—¿Al menos me dirás qué dice el tatuaje?

Chris pasó su mano por su cabello y recostando su cabeza contra su brazo, sin dejarme de mirar a los ojos me dijo:

—Quizá algún día lo sepas por ti misma —Su voz entre seria y jugando.

Tragué un poco de saliva por lo que estaba diciendo. ¿Acaso Christopher Thrasia estaba coqueteando conmigo?

Me reí.

Eso era imposible. No es que me considerara fea, era solo que esas cosas no me pasaban a mí. Era Sam después de todo, Sam la amargada, Sam la seria, Sam la persona que tenía miles de responsabilidades

El viento jugó un poco con mi cabello y decidí recogérmelo en una cola aún con la mirada de Chris en mí, concluí que le gustaba mucho mirar a las personas más que hablar.

Me empezó a dar sed, decidí caminar un poco y buscar un puesto donde vendieran agua potable.

Chris me siguió y caminamos un largo trayecto. Hablamos de unas pocas cosas sin importancia, Chris vio un lugar donde podría conseguir mi agua y salió corriendo a comprarla.

Me quedé sonriendo sin motivo alguno hasta que escuché una voz a mi espalda:

—¿Sami?

Mi cuerpo se tensó y un sudor frío recorrió mi espina dorsal. Me tambalee un poco en mi sitio mientras giraba lentamente.

Tragué saliva y levanté mi mano temblando.

—Hola papá —Dije.

*Abril*

*No aguanto más. ¿Qué se necesita para ser feliz?*

*Había aceptado mi vida, me había resignado. Y a pesar de eso aquí estoy.*

*Mentor hoy me golpeó, me pidió que hiciera almuerzo y le respondí que no era cocinera.*

*Entonces él decidió estrellar mi cara contra el granito de la habitación.*

*Ahora me pidió vestirme y maquillar el moretón para presentarme a mi madre. Después me tiró agua caliente en los pies para que recordara quién mandaba.*

*Quiero asesinarlo.*

*Lo odio, así como mi vida, así como a ti madre por permitirme vivir esto.*

*Si no me hubieses vendido... Todo sería diferente.*

*Estoy en una casa bonita, ya no vivo en el hotel pero aun soy prisionera.*

*¿Cuánto tiempo más aguantaré?*

*E.*

## CAPÍTULO XII

### LA SANGRE ES VENENO

Hacía tres años que no veía a Jesús Medrano. Hacía dos y medio que yo había dejado de usar el apellido Medrano.

Mi padre no había cambiado mucho, seguía igual de elegante desde la última vez que lo vi. Para ser un parque, estaba vestido de manera muy formal, un pantalón de vestir con una camisa blanca de botón a juego y zapatos negros, mi padre era de mi estatura. Su cabello negro azabache corto, tenía los ojos verdes y sonrientes.

Verlo me proporcionó un gran dolor en mi pecho. Se sentía surrealista, teníamos años sin vernos y aun así él sonreía como si hubiésemos hablado ayer.

No sonreí, no fui hasta donde él se encontraba a unos pocos pasos delante de mí. Solo me quedé estática con el brazo en el aire.

Mi padre se acercó a mí y me puso los brazos al rededor a modo de abrazo. Yo seguía inmóvil, con los brazos a los lados. Esperé a que quitara los suyos de mí.

—Te ves bien Sami —Dijo mi padre refiriéndose a mi cabello teñido.

Solo me quedé viéndolo.

—¿Qué haces aquí Sami? ¿Por qué no me avisaste?

A sus ojos yo no estaba herida, a sus ojos él no me había hecho nada. Me dieron nauseas.

Mi padre se quedó frente a mí a la expectativa, se suponía que tenía que responder algo.

—Yo... —antes de que contestara unos brazos rodearon por detrás mi cintura, un olor a pino me rodeó y el calor de su cuerpo a mi alrededor me dijo quién era.

Chris.

No debí sentir el alivio que sentí, mucho menos debí sentir protección o fuerza; sin embargo, no controlamos algunas cosas.

Sentí sus labios contra mi mejilla mientras me decía:

—Aquí estás cariño.

Vi los ojos de mi padre oscurecerse. Siempre había sido celoso conmigo, en todos menos el momento en que debía serlo.

Voltee e intenté sonreírle a Chris. Puse una mano en su mejilla a modo de gracias y después volví a ver a mi padre. Chris entonces pasó una mano sobre mis hombros y me acercó a su cuerpo.

Parecíamos en verdad una pareja.

Mi padre entonces vio el anillo en mi dedo anular y me dijo:

—Te casaste —Sutono de acusación claro.

Armándome de un poco de valor dije, más para lastimarlo que cualquier otra cosa:

—Papá, te presento a Chris, mi esposo.

Chris se puso un poco tenso. Era obvio que cuando llegó no sabía que el hombre que estaba frente a mí era mi padre, tomé su mano libre junto a la mía y le di un apretón, pidiéndole silenciosamente que siguiera con el juego.

Chris levantó el brazo y le dio la mano a mi padre.

Mi padre cambió el tono de voz y le dijo a Chris:

—Hubiese sido bueno una invitación a la boda.

Chris sonrió, y sin perder la compostura le respondió:

—Fue una ceremonia muy íntima.

Ambos soltaron sus manos y se quedaron mirándose, midiéndose. La testosterona subió cien grados en ese momento.

—¿Cómo está tu madre Sami? —Dijo mi padre intentando hacer el momento menos tenso.

Mi madre. Recordé sus lágrimas ese día, su lucha porque yo no me diera cuenta de la situación. Un poco de rabia me inundó pero la suprimí, no le daría el gusto de verme mal.

—Perfecta —Fue lo único que dije.

Mi padre miró la hora haciendo notar su reloj de muchos dólares. No era raro que mi padre intentara mostrar su dinero y poder ante los demás.

—Y... ¿En qué trabajas muchacho?

Si era posible el cuerpo de Chris se puso aún más duro, un poco más y le daría una parálisis. Le caía mal mi padre, eso estaba bien, ya éramos dos.

—Con la tierra señor —Dijo Chris sin ofrecer mayor explicación. Me gustó eso, que no se dejara intimidar por mi padre y empezara a hablar de dinero igualándose a él. Me gustaba lo sencillo que era Chris, era refrescante en comparación al orgullo Varsolé y la prepotencia de los Medrano.

Mi padre lo miró por encima del hombro y me dijo:

—¿Por esto no me has hablado en años Sami? —La voz de mi padre no

sonó molesta ni dolida, era casual, como un viejo amigo preguntándome cómo me fue en mi último viaje. Eso solo me molesto más.

—No te he hablado en 3 años, porque la última vez que lo hice no contestaste.

Y vaya que necesitaba que lo hiciera. Aunque no quise, mi mente rebobinó ese día hacía tres años, aquella llamada que tanto necesitaba que fuese contestada y mi padre no lo hizo.

Mis gritos resonaron en mi cabeza al igual que las lágrimas que ese día de mí brotaron.

Si. Estaba aún enojada.

El teléfono de mi padre sonó, haciendo un gesto de disculpa contestó.

—Aló ¿cariño? —Dijo él

No podía hacerlo más. No podía fingir que todo estaba bien cuando no era así. Jesús Medrano no era mi padre y Christopher Thrasia no era mi esposo.

—Cálmate cariño, está todo bien. Dentro de un rato regresaré a la casa —Dijo mi padre a la mujer del teléfono.

La presión en mi pecho se hizo mayor y en la periferia comencé a ver puntos.

Estiré un poco mi ropa en el cuello, me sentía ahogada. Una gota de sudor rodó por mi frente y sentía mis oídos zumbiar.

No podía seguir ahí.

—Dile a las niñas que pronto estaré en casa. Estoy resolviendo unos negocios aquí —Explicó mi padre al teléfono.

No pude más.

Me solté de Chris y empecé a correr.

—¡Espera Sami! —Escuche la voz de mi padre gritar.

Conocía ese parque como la palma de mi mano. Corrí y crucé el estacionamiento hacia el otro lado, evitando que Chris me encontrara, doblé a la izquierda en el parque de niños y me fui a un pequeño bosque de árboles. Al igual que cuando era niña, busqué el árbol más grande y frondoso, trepé, escondiéndome en sus ramas.

Cuando llegué a la cima, en una posición muy estable puse mis rodillas contra mi pecho, doblé mis brazos y comencé a llorar.

Dirán que Samantha Varsolé se ha pasado toda la historia llorando, y fue así. De las lágrimas nace la fortaleza, y de las mías renací como una persona

diferente. No ese día, tampoco la siguiente vez que me senté a llorar, pero, con cada lágrima una pequeña parte oscura en mí se alumbraba, y una carga que no sabía que llevaba se volvía más ligera.

Sentí unas pisadas llegar al árbol y supe de quién se trataba inmediatamente.

—No bajaré. Puedes volver solo a la casa —Dije entre lágrimas, sin pena por mi estado.

Escuché a Chris trepar, incluso más rápido de lo que yo lo hice. El árbol era lo suficientemente fuerte para tenernos a ambos.

*Tal vez a propósito había escogido ese árbol* pensé cuando Chris se sentó muy cerca de mí.

Seguí llorando sin prestarle atención y como algún día yo hice con él, Chris pasó un brazo sobre mi hombro, después me abrazó a él, mi rostro quedó pegado a su pecho y mi respiración se trancaba por mi nariz congestionada de llorar, mi boca contra la tela de su camisa hacía que mi voz sonara ahogada.

Eso solo sirvió para hacerme llorar todavía más.

Lloré, no por primera vez, por todas las cosas que me ocurrían en ese momento mientras Chris no decía absolutamente nada.

Mi cabello se había soltado en algún momento y al pasar los minutos comencé a sudar, mis lágrimas unidas al sudor mojaron mi cuello y mi cabello. Sentí como Chris tomó todo mi cabello teñido y lo hizo en un moño dejándole llegar el aire a mi piel.

Por alguna razón eso me conmovió y me dieron ganas de nunca parar de llorar.

Llegó un punto en que lloré tanto que mi pecho y respiración quedaron trabadas. No podía terminar de respirar ni de llorar, los mocos habían corrido por toda mi cara y sabía que mis ojos estaban rojos a más no poder.

Chris, como buen caballero que era, no hizo mención de mi cara cuando me retiré de su pecho y le dije entre lágrimas:

—Dejé tu camisa empapada.

Él solo se encogió de hombros, después tomó una porción seca de su camisa y me hizo ademán para que acercara mi cara.

Negué con la cabeza.

—Más sucia de lo que ya está es imposible —Dijo Chris, entonces me hizo mover mi cabeza hacia él y secó mi cara llena de lágrimas con sus

dedos.

Aun así yo no dejaba de llorar suavemente. Estaba recordando cosas y recordar cosas me hacía querer llorar.

Solté mis piernas y las dejé caer en el árbol. Vi el cielo, ya estaba oscureciendo.

—Al llorar le demostraste que te importa —Me Dijo Chris.

Me reí sarcásticamente entre lágrimas mientras con mi mano me secaba los ojos.

—Si buscas consolarme no lo estás logrando —Dije.

Chris suspiró.

—Yo... está bien tienes razón, soy pésimo para esto —Su voz sonó recriminatoria para sí mismo, vi cómo se echaba su cabello para atrás con su mano en señal de frustración.

Me miró un poco avergonzado e hizo algo que me sorprendió.

Chris extendió sus brazos torpemente hacia arriba, al igual abrió las manos, volteó la cara de modo que quedó sin mirarme y con su cuerpo en tensión sosteniéndolo en el árbol me dijo:

—Puedes abrazarme.

Verlo así de alguna manera era tierno. A él no le gustaban los abrazos, su personalidad lo decía a cada segundo y ahí estaba, intentando darme lo que él sabía que para mí era consuelo.

Negué con la cabeza mientras secaba el último par de lágrimas de mi rostro.

—No tienes que hacer eso. No tienes que prestar atención a mis dramas de niña —Dije con una falsa sonrisa que le intentaba decir que todo estaba bien.

Fue su turno de negar con la cabeza.

Chris era una persona con una voz muy áspera, además de su acento que no había podido descifrar, generalmente sus palabras sonaban frías y sin sentido. En ese momento, él hizo un esfuerzo porque su voz sonara lo más dulce posible.

No lo logró, su voz sonó como la del lobo feroz intentando hacerle creer a la caperucita que era su abuela. Por otro lado, aprecié el esfuerzo.

—Cuando llegamos aquí, pensé que no podrías con el entrenamiento. A pesar de que te quejabas continuamente y desafiabas lo que decía, jamás lloraste, te desmayaste o decidiste renunciar, todo lo contrario —Chris sonrió

como si recordara algo bueno de esos días, me pregunté qué sería, mis recuerdos sobre nuestros primeros entrenamientos eran horribles.

Al poco tiempo continuó hablando:

—Cuando llegó William solo te hiciste más fuerte, más capaz, no lo niego me enorgullecí cuando le diste una paliza —Se quedó viéndome a los ojos y tomó mis manos en las suyas mientras decía con firmeza:

—Te admiro Samantha. Admiro tu honestidad, lealtad y espíritu. No sé qué ocurre con William o con tu padre, pero si te hace poner en este estado sé que no es un drama de niña ni mucho menos, algo ocurrió. No espero que me lo digas, solo quiero quedarme aquí y asegurarme de que estés bien —Dicho esto soltó mis manos y se recostó en una de las ramas del árbol.

Ambos estábamos en el tronco, muy juntos entre nosotros, las ramas nos sujetaban la espalda y nuestros pies que caían en el tronco nos daban estabilidad. Si nos movíamos un poco cualquiera de los dos podía hacer caer al otro, su movimiento no me hizo caer, pero sí me hizo perder un poco el equilibrio y obligarme a agarrarlo de un brazo para estabilizarme.

El calor de su contacto me abrumó, siempre estaba así, su aroma me inundo y cuando sus palabras atravesaron la neblina que era mi mente me sentí reconfortada. Nunca me había engañado sobre las reacciones que Christopher provocaba en mí, siempre las atribuía como un sentir netamente físico, hasta ese día.

Mi madre me había criado como una mujer fuerte que no necesitaba de un hombre para valerse. Era así y sería así hasta el resto de mis días.

Saber esto, no detuvo mis palabras. Evitando la mirada de Chris y mirando a unas pequeñas hojas secas en la rama del árbol, le dije:

—¿Quieres saber por qué entre en crisis el día de la cena de Jeremías?

Aunque no lo veía, podía imaginarme los bicolores ojos de Chris mirándome y analizándome. Podía verlo mover su cabello hacia atrás y medir con cuidado sus siguientes palabras.

—No es de mi incumbencia.

Continué hablando, como si no me importara su opinión.

—Tendría yo quince años, mi padre decidió abandonar a mi madre por una mujer más joven. Desde pequeña había sido una persona racional, entendí desde el principio que a veces las relaciones se acaban, que no era culpa de nadie. Que solo había que avanzar.

Mi voz sonaba desconectada. Aunque hacía unos minutos yo no podía

dejar de llorar, en ese momento mi corazón estaba duro y mi mente no sentía lo que decía, solamente pronunciaba palabras.

—Continúa —Me Dijo Chris. Al parecer si ya había decidido contarle no podía echarme para atrás.

—A todos los adolescentes con padres separados les dicen: Tu padre seguirá siendo tu padre y tú madre te amará a pesar de todo. Lo asimilé rápido la verdad; sin embargo, no conté con que mis padres al año volverían a estar juntos, mi padre era un hombre de negocios por lo que algunos fines de semana y una que otras vacaciones me traía para acá, a esta ciudad, a este parque...

Aclaré mi garganta, sin saber cómo continuar.

Tomé una de las pequeñas ramas con mi mano y le quité una hoja. Después comencé a jugar con ella en mis manos mientras los recuerdos dolorosos volvían:

—Lo que yo nunca imaginé era que viajábamos tanto para acá, porque aquí vivía su amante —Suspiré.

Chris no decía nada, yo no tenía el valor para mirarlo así que decidí respirar profundamente y contar lo que en verdad me dolía.

—Pasaron dos años. Mis padres peleaban mucho y él se iba siempre de viaje, me dejó de llevar y sin darnos cuenta nuestra relación se volvió lejana. Pero no importaba, él era mi padre, así que cuando llegaba de sus viajes con regalos yo era feliz, podía al igual que mi madre hacerme creer que todo estaba bien —La hoja me cortó un poco el dedo y lo enrollé con mi camisa. Era increíble como el dolor físico a comparación con el dolor en mi corazón era mínimo. Me reí un poco para mí misma.

Quise alejarme un poco del tema de mi relación con mi padre en aquel entonces, aunque me dolía, no era la razón por la que había decidido dejar de ser una Medrano.

Deseaba ver a Chris, podía sentir su mirada crítica en mí pero no podía adivinar qué opinaba de lo que yo le estaba contando.

Decidí hablar de un tema más fácil

—Toda mi vida fui entrenada para atender la zona de mi madre en el negocio familiar. William y yo éramos los mejores en lo que hacíamos, él era mayor así que cuando era mi momento de intimidar a un joven que vendía droga, Will me acompañó, o más bien William pidió encargarse él y yo supliqué acompañarlo. A mí parecer yo ya cumplía con la edad necesaria para

atender el negocio familiar, necesitaba que Will y mi familia confiaran en mí. Caminamos horas por las calles buscando al muchacho, yo ya tenía 17 años y sentía que podía comerme el mundo. Tenía un arma en mi pantalón y a mi primo de casi dos metros a mi lado, no necesitaba un padre, nada. Cuando conseguimos al chico lo reconocí al instante, era mi novio.

Tragué saliva al recordar ese día. Mike no había sabido lo que hacía en aquel entonces, no sabía lo que significaba retar a mi familia al vender droga en nuestro pueblo. Jamás olvidaría su cara frente a mí, de sorpresa al haber sido descubierto y de rabia de que yo misma me hubiese encargado de ello.

—Me había estado usando para saber los horarios de patrullaje de nuestra zona. Así se adentraba y conocía a qué hora, dónde vender su droga y todo lo necesario para evadirnos —No escuchaba a Chris, hasta donde sabía, podía haberse esfumado, voltee a verlo.

Nuestros ojos se encontraron.

Tenía sus dos manos pegadas junto a su barbilla y sus ojos estaban oscuros, estaba indignado, era dulce que sintiera ese nivel de amistad por mí, quise acercarme a él pero si lo hacía tal vez no lograría contárselo todo.

Me quedé donde estaba y perdida en el mar de sus ojos continué hablando:

—Will lo conocía, así que te podrás imaginar su reacción cuando lo vió. Generalmente cuando un joven incumplía las reglas, lo amenazabas y listo. William se olvidó del protocolo y se le lanzó.

Podía sentir el calor de aquel día, lo erizada que estaba del susto. El sonido de los golpes y la ira en el rostro de Will. Sí, casi había matado a Mike ese día.

—Si yo no hubiese intervenido habríamos tenido que enterrar a Mike ese día. Lo dejamos ahí, con el rostro destrozado y huimos a nuestra casa. Ninguno de los dos habló al respecto con nuestros padres, solo dijimos que el problema estaba solucionado. No vi a Mike en el colegio al siguiente día, ni al siguiente, ni al siguiente —Hice una pausa, no quería que Chris pensara que lo de Mike me afectaba aún, no era así, yo era joven, estúpida y lo de Mike sirvió para que entendiera que en mi pueblo la gente iba a querer usarme.

—Había llorado todos los días porque en ese entonces creía amar a Mike. Quería que me explicara lo ocurrido, que me dijera que no había estado usándome. Llegaba temprano al colegio y era la última en irme. Me sentía tan

culpable.

Chris habló entonces, su voz apenas contenía la rabia reprimida y sabía que si Mike se acercaba algún día a nosotros el mismo lo asesinaría.

Sí, eso era más que imposible

—Él fue un mentiroso. Te usó y después no se presentó a explicarte lo ocurrido. A mí parecer lo mejor fue que no lo vieras más —Dijo un Chris furioso.

Sonreí y al instante esa sonrisa se borró de mi cara. Continué hablando:

—Pasaría un mes al menos, todos continuamos con nuestras vidas. Una de mis amigas cumplía años una noche. Mi madre estaba de viaje, mi padre se encontraba en una cena de negocios en el pueblo esa noche y yo estaba sola en la casa con los guardaespaldas. Había ido más temprano a una tienda a comprar un vestido y zapatos, cuando llegué a casa me di cuenta que la muchacha de la tienda había empacado los zapatos pero no el vestido así que decidí devolverme. El camino era corto así que les dije a los guardaespaldas que se quedaran mientras yo iba en el carro.

Hice una pausa mientras las náuseas me invadían. Mi respiración se aceleró, era la primera vez que iba a hablar de eso en voz alta, se sentía como si estuviera ahí otra vez. Comencé a sudar y a mordirme las uñas. Recordé las pisadas y el escozor en mi piel, mis brazos me dolieron y supe que no podía continuar.

Algo ocurrió. Chris, extraño como siempre, se movió de donde estaba, me desequilibré un poco y antes de que me cayera del árbol él me abrazó y me sentó en sus piernas, después se recostó otra vez en la rama.

Mi cara quedaba en el hueco entre su cuello y pecho, aspiré otra vez su aroma. Estaba ahí con Chris, ahora tenía veinte años y tenía mucha más fuerza, ya no era tan inocente. Sentir el cuerpo fuerte de Chris junto al mío despertó algo en mí que no conocía, Chris no dijo nada acerca de su iniciativa y yo tampoco dije nada por miedo a que me devolviera al lugar frío del otro lado del árbol.

Respiré dos veces y continué mi relato:

—Iba llegando de la tienda, estacioné el auto en el sitio de siempre. Verás... el auto se estacionaba afuera y tenía que caminar un pequeño trayecto para llegar a mi casa. Me bajé del auto y sentí una mano en mi brazo —Una pequeña lágrima se alojó fuera de mi ojo mientras mi piel se erizaba —Inmediatamente intenté golpearlo, sabía que era Mike incluso sin verlo.

Entonces él me golpeó fuertemente de la cabeza y quedé inconsciente.

Mi boca se secó y un miedo muy grande me embargó. Enterré más profundamente la cara en el cuello de Chris y él me apretó más fuerte junto a él.

Mi voz empezó a salir sin fuerza, me costaba que cada palabra si quiera sonara y me costaba aun más no desbordarme por los sentimientos.

—Eso es lo último que recuerdo antes de despertar completamente desnuda en su cama —Al decir esto sentí los pelos de la piel de Chris levantarse, tenía miedo de que me soltara o que comenzara a pensar mal de mí. Él no lo hizo, continuó callado, esperando.

>>Mike estaba frente a mí, aún con ropa. Recuerdo sus palabras como si fuera ayer: *no te preocupes Sam, quería que estuvieses consciente cuando tuviéramos sexo*— Respiré profundo, y dije a modo de explicación —Era virgen. Jamás había querido acostarme con él, supongo que quería vengarse de Will y de mí humillándome. Me levanté rápidamente y corrí fuera de la habitación. Él solo se reía y me tiraba a la cama. Una y otra vez, tocaba mi cuerpo por todas partes y por más que yo lo golpeará no se detenía. Era era...

Me detuve y me puse la mano en mi boca conteniendo un sollozo. Mi cuerpo había empezado a temblar y noté que había cerrado fuertemente los ojos, como si de alguna forma pudiera borrar la imagen de mi mente.

—No tienes que decirme más nena —Dijo Chris, su voz reflejando dolor.

No podía seguir siendo débil. No había podido hablar con nadie de esto, ni con mi madre, ni con los tres psicólogos a los que fui. Era algo que necesitaba decir, que necesitaba al menos poder enfrentar.

—Él se cansó de jugar conmigo y comenzó a desnudarse. Sabía que iba a violarme. Prefería morir antes que permitirlo Chris. Había visto mi ropa en la entrada en uno de nuestros forcejeos, así que corrí por ella en un momento de descuido de él. La tomé toda y abrí la puerta, él salió corriendo detrás de mí y no supe cómo tropezó...

Podía recordar el sonido de su ropa abriéndose y cayendo en el suelo. Mis ganas de escapar, la ira que me consumió en ese momento.

>>Seguí corriendo y llegué a otro cuarto, al parecer se encontraba solo porque la habitación a la que entré era de su hermana. Jamás me había invitado a su casa. No sabía ni siquiera en qué parte me encontraba.

>>Tomé mi teléfono del pantalón y llamé a mi padre —Me reí

sarcásticamente —Sé que debía ser la última persona a la que debía llamar, pero mi madre estaba de viaje, Will me había dicho más temprano que estaría en toda la salida de la ciudad, los guardaespaldas matarían a Mike y mi padre... mi padre sabría qué hacer me dije. Es mi papá, el vendrá corriendo, era un pueblo pequeño así que se encontraría a dos cuadras de donde yo me encontraba, vivíamos juntos, no pensé qué ni cómo. Solo llamé.

Mi voz se entrecortó en ese momento. Debí haber llamado a Will ese día, o alguno de mis tíos. Pero había sido boba, aún como estaba la situación con Mike yo había tenido la esperanza de que saliera vivo de esa.

—Mi padre no contestó. Lo llamé dos veces antes de que Mike lograra entrar al cuarto con una llave. Entonces me tiró a la cama otra vez, comenzó a besar mi cuerpo mientras yo lo intentaba alejar. Te juro que intenté con todas mis fuerzas que se fuera de mí, pero no lo logré, él separó mis muslos y sabía lo que venía. Chris no podía dejar que él me violara —dije un poco histérica.

Chris estaba en silencio. De seguro ya se imaginaba lo que había pasado, no le dejé más dudas y dije en voz alta y clara:

—Aún tenía mi pantalón en mi mano, el teléfono se me había caído, pero sabía que había una pequeña navaja en el pantalón. La saqué y antes de que Mike se lo imaginara se la clave en la carótida.

A todos nos daban clases básicas de anatomía humana. Había dos formas de morir por herida de cuello. Una apuntar a la carótida y permitir el derramamiento de toda su sangre. La segunda, aún más cruel, una pequeña herida en la yugular y mandar una burbuja de aire directa al corazón.

Yo había tomado la primera.

—Su cuerpo inerte quedó en mi cuerpo desnudo y lleno de sangre. Aún recuerdo su rostro de asombro al verme. Lo había asesinado. ¿Sabes qué hice después? Me bañé en el cuarto de su hermana y me puse mi ropa. Fui inteligente, llamé a Will, rastreó mi teléfono hasta esa casa y como siempre hizo lo necesario, se deshizo de la evidencia, llamó a mi tío Eduardo para que escondiera el cuerpo.

Tragué saliva.

—Nadie, ni siquiera mi madre sabe exactamente qué ocurrió. Solo lo sabemos Will, mi tío Eduardo y yo. Al tiempo decidí entregarme y Will lo prohibió. Me dijo que era necesario que fuera la cabeza de familia. ¿Qué clase de cabeza de familia podía ser? Había matado a alguien. Solo me salí con la mía por mi apellido, no era justo. Renegué de mi sangre y me fui de

ahí. A partir de ahí mi relación con Will se dañó, no fui a ese pueblo más nunca. Me fui a vivir a Caracas y a empezar una nueva vida. Mi padre nunca supo lo ocurrido, ni siquiera se molestó en devolver la llamada.

No supe que había empezado a llorar otra vez hasta que Chris tomó mi rostro en sus manos y limpió mis lágrimas.

Pensé que vería en él algún poco de recriminación o duda de mi historia. No la había, su cara era dura y estoica. No había compasión ni tampoco tristeza.

Chris se aclaró la voz para hablar. Su voz no sonó dulce, era alta y clara:

—Eres una sobreviviente. No tienes que sentir vergüenza por eso. Hiciste lo que tenías que hacer. Ese hombre merecía morir, alguien que te causara tal terror, de sólo pensar lo que hubiese ocurrido si no lo hubieses asesinado yo...

Chris me había pegado aun más a sí mismo. Tenerlo tan cerca me hacía sentir con coraje, sentía que podíamos con cualquier cosa en ese momento. Estúpido lo sé, pero así había sido, siempre analítica pero soñadora. Dura y al mismo tiempo débil.

—¿Tú qué? —pregunté mirándolo a los ojos.

—No concibo que alguien te haga daño Samantha —Dijo Chris apartándome un mechón de cabello del rostro

Estábamos a milímetros uno del otro, me mordí el labio en un impulso y él lo notó. Me acerqué más a él.

Él acercó su rostro al mío, no por primera vez quedamos con nuestros labios cerca pero sin besarnos.

Chris subió sus labios y me dió un beso en la frente.

No sé los negaré. Me sentí rechazada y decepcionada. Quise alejarme de él pero Chris me tenía atrapada. Entonces puso su frente junto a la mía, con los ojos cerrados mientras me decía:

—Estás dolida y no piensas con claridad. No puedo aprovecharme Samantha —abrió los ojos. Levantó su brazo y con su dedo pulgar trazó mis labios —Jamás te haría eso.

Tenía razón, yo no estaba bien. Si dos horas antes me hubiesen preguntado si querría besar a Christopher Thrasia hubiese respondido con un rotundo no. *Te arrepentirás al llegar a casa* pensé.

Me retiré de él y me apoyé en sus hombros para levantarme.

Y en un acto inesperado, Chris tomó mi cintura y me devolvió a donde

estaba.

Abrí los ojos grandemente, sorprendida.

—Al diablo —Dijo Chris.

Entonces me tomó por la parte de atrás de mi cuello, y me besó.

No me retiré.

Sus labios cálidos junto a los míos hicieron en mí brotar un montón de emociones que no sabía que existían. Mis manos me picaron y las sostuve detrás de su cabello rubio, le devolví el beso con devoción y pasión. Él me pegó más a sí, mis sentidos estaban abrumados, era su olor, era su sabor, su calor. Sentí su lengua pedir permiso para entrar y abrí mis labios para él.

Podía durar toda la vida en ese segundo.

Todas mis anteriores emociones se esfumaron, el miedo, la rabia, Will, mi padre. Quedamos sólo Chris, yo y ese beso.

Sabía que a él le ocurría lo mismo, pues sus labios se movían cada vez con más urgencia y deseo. Me derretí junto a él, y mi cuerpo se sintió por un momento tambaleante e inestable no sabía cómo él podía mantenerse en equilibrio. Su cuerpo era el que nos mantenía estables en ese árbol, juntos.

Hicimos una pausa para respirar. Pero yo no quería que el momento acabara, Chris me hacía sentir cosas que hasta hacía unos meses creía imposibles de sentir.

Volví a besarlo.

Supe que se había sorprendido en el momento que sonrió contra mi boca. Si es que era posible, esa vez el beso fue más intenso que antes. Era como si toda nuestra vida hubiésemos esperado para ese beso.

No teníamos suficiente, jamás tendríamos suficiente.

Chris tomó mi rostro en sus manos mientras me seguía besando.

Podrías pensar que alguien tan frío y que se asemejaba a un robot como Christopher sería incapaz de besarte con tanto fervor. Eso no era cierto, Chris en su beso se entregó a mí de la misma forma en que yo lo hice con él.

Éramos hambre, deseo. Éramos la luz en la oscuridad. Me sentía segura, deseada. Era la sensación electrificante de sus labios junto a los míos y la alegría de tenerlo tan junto a mí.

Ahí me di cuenta que mi amistad con Chris peligraba por culpa de nosotros mismos.

¿Qué importaba?

Chris me mordió el labio, aumentando el deseo. Me subí aún más en sus

piernas, necesitaba más, Chris era adictivo. Sus labios eran suaves pero seguros, su lengua era juguetona pero sin rodeos.

Con un dedo Chris trazó la línea de mi cuello. Un escalofrío me recorrió mientras yo pegaba mi pecho a él. Un sonido salió de su boca, mitad deseo mitad frustración. Yo sentía lo mismo, necesitaba más de él. Mis manos tocaron sus bíceps y enterré mis uñas en su piel, él a modo de respuesta llevo mi cabeza hacia atrás y comenzó a besarme el cuello.

Pequeños besos continuaron la línea que ya él había trazado con su dedo. Dijo mi nombre contra mi piel logrando que me derritiera. Después subió a mi boca, tomando uno de mis labios y succionándolo levemente.

Eso solo aumentó el deseo. Volvimos a besarnos con más urgencia, con más ganas, con más fuerza...

Podríamos habernos quedado ahí toda la vida, sí pudimos haberlo hecho de no ser por el teléfono de Chris que sonó en su bolsillo.

Era Will.

Ahí había acabado el momento.

**Abril**

***Mi nueva madre no era lo que yo esperaba. Es amable, compasiva, interesada en las cosas que me gustan.***

***Incluso me dijo que si me desagradaba Mentor lo alejaría de mí.***

***No estoy loca, si Mentor se entera que le dije algo a mi madre, me asesina.***

***No he sobrevivido tanto tiempo para morir por una estupidez.***

***Me dijo que me mudaría con ella hoy, mandó a buscar mis cosas en un carro y dijo que pronto vendría por mí.***

***A Mentor no le gustó eso, yo era su trofeo, su saco de boxeo. No quiere que me alejen de él.***

***A decir verdad, no sé si yo quiero irme de su lado. Con Mentor, se a qué atenerme, con mi nueva madre...***

***Caras vemos...***

***Por otro lado estoy contenta. Mentor me prometió que ya no traería más chicas a la casa. Nunca he sabido qué les hace para que griten tanto, para que lloren tanto.***

***Sé que lo ha prometido muchas veces y después vuelve a traerlas, pero creo que esta vez es cierto.***

***No quiero escuchar más golpes.***

***El miedo que ese sonido provoca en mí es nauseabundo.***

***Solo el pensar que el día que Mentor se canse de mí, seré igual a una de esas chicas...***

***Pienso que algún día estas cartas llegaran a ti, y sentirás remordimiento por lo que me hiciste. Me da miedo pensar que ni eso puedas sentir por mí.***

***E.***

## CAPÍTULO XIII

### SIN PALABRAS

El viaje en el Jeep fue muy incómodo. Will había llamado diciendo que nos necesitaba en la casa de forma urgente. Ya había caído la noche cuando bajamos del árbol, ninguno de los dos dijo nada, ambos sabíamos que lo que habíamos hecho estaba mal.

Éramos compañeros, amigos, nada más.

Después de todo, ¿Qué nos quedaría después de estos meses? Ambos seríamos matones en la guerra. No éramos normales y no podíamos hacernos creer que lo éramos.

Yo me encontraba sentada en el Jeep mirando la ventana mientras Chris manejaba con el acelerador pisado lo más fuerte posible.

¿Qué había hecho? No podía mirar a Chris después de eso, no podía decir que era un error. No nos habíamos besado una vez, habían sido tres, tres muy intensas veces.

Estacionamos frente a la casa y nos bajamos al unísono.

Empecé a caminar rápido cuando Chris me tomó del brazo antes de poder llegar a la entrada.

—Tenemos que hablar —Dijo un poco molesto a mi parecer.

Iba a responder. Abrí mi boca justo cuando Will abrió la puerta de la casa y nos dio la bienvenida desde dentro.

Will estaba recién bañado, no tenía camisa y solo tenía un Jean puesto.

No me extrañaba verlo así, Will era una persona orgullosa de su cuerpo, no era la primera vez en mi vida que lo veía lucir poca ropa.

Chris quitó la mano de mi brazo.

—¿Ocurrió algo? —pregunté.

Will solo nos dijo:

—Pasen.

Nos movimos para entrar a la sala, solo para encontrar a una Atenea amarrada a una silla con cuerdas y con una cinta en la boca.

Atenea tenía los ojos abiertos y rojos de llorar. Tenía la misma ropa con la que la dejamos, estaba asustada de Will. Se movía frenéticamente e intentaba decirnos algo.

—¿Acaso te has vuelto loco? —Le grité a mi primo.

Comencé a desatar a Nea cuando Will se acercó a mí y me dijo:

—Liberó a Tavo hace unos minutos.

Quedé helada en mi lugar mientras pensaba en las complicaciones de eso.

Tavo era parte de los Uzcategui, al igual había sido entrenado para actuar en reconocimiento y ubicación, era un peligro.

En pocas palabras, conocía el lugar donde vivíamos y después de todo lo que le habían hecho, no dudaría dos veces antes de traer a Francisco Uzcategui a nosotros.

—¿Por qué la tienes atada William? No creo que quiera escaparse junto a Tavo —Dijo Chris sarcásticamente refiriéndose a Atenea.

Le quité la cinta de la boca a Atenea. No era hora de pelear, si los Uzcategui venían hacia la casa teníamos que movernos.

—Recojan sus cosas. Tavo no tardará en contactar a los Uzcategui — Dije.

Atenea me miró algo enojada.

—No puede contactarlos. Tiene costillas rotas, no puede ver bien ya que Chris dejó inflamada la zona alrededor de sus globos oculares, tiene una fractura en la pierna. ¿En serio piensan que él es una amenaza?

Recordé unas palabras de mi madre y alce la voz para decirlas:

—Las únicas personas que no amenazan a nuestra familia...

—Son las personas que pertenecen a ella —completó William.

Nos habían criado para entender que una persona que no fuera Varsolé siempre iba a representar daño.

Chris le pasó una franela a Will y le pidió salir a buscar a Tavo.

Tomé mi glock, mi cartera y mi teléfono, me dirigí a la puerta.

Will me interceptó en el camino.

—¿A dónde crees que vas?

Chris, quien no se había dado cuenta de mis intenciones, salió de su habitación hablando en voz alta:

—Atenea, supongo que tomaste el caballo que se suponía que traerían hoy y llevaste a Tavo a la entrada del pueblo, le diste algo de dinero y te regresaste ¿Cierto?

Atenea no respondió.

—Nos dirigiremos directamente a la entrada, es poco probable que Tavo aún se encuentre en las tierras.

Chris continuaba dando directrices, tomando cosas de la sala y comedor. Yo estaba intentando pasar a Will y Atenea nos ignoraba a todos.

Entonces Chris se percató que yo intentaba ir.

—Necesitamos que alguien se quede vigilando a Atenea.

Reí sarcásticamente.

—¿¡Qué?! ¿Piensas que dejará entrar a los Uzcategui? Una cosa es que tenga piedad y otra diferente es que nos traicione —Dije.

—Quizá le dio un teléfono a Tavo, quizá sabe dónde se encuentra. Qué se yo, liberó a nuestro prisionero sin que William se diera cuenta, no es tan inofensiva.

No estaba lista para otra pelea en el día. A veces de tanto pelear llega un punto en que agotas tus energías.

Me quedé en la casa.

Atenea estaba libre en la sala sin decir una sola palabra, no es que yo le estuviese buscando conversación. Seguía enojada por su hipocresía, mas aún, por su compasión con Tavo, una persona bajo el mando de los Uzcategui. Atenea no tenía entrenamiento mayor al que Will le había ofrecido, mi tío Eduardo jamás se encargó de decirle las consecuencias que podían traer sus acciones.

Hacía unas horas me había dicho que dejó que Will asesinara al de la farmacia porque era necesario, ¿Por qué de repente sentía una repentina compasión por un Uzcategui?

No lo entendía.

Las horas pasaron y nada que los chicos encontraban a Tavo. Atenea se fue a dormir, yo preparé un poco de café para Chris, después de todo, sabría que si no encontraba a Tavo al final de la noche, llegaría de mal humor.

Intenté no pensar en lo que había ocurrido en la ciudad, ahora parecía surrealista, ¿Sam Varsolé besándose con Christopher Thrasia?, no era posible.

Chris y Will llegaron pasadas las doce. Si en 4 horas no habían encontrado a Tavo, teníamos que suponer que había logrado escapar.

—Esta tarde, Tavo me dijo el nombre de quien retenía a Emilia. Tal como pensábamos, Emilia no ha llegado a las manos de Francisco, alguien de su familia la tiene retenida por seguridad. En el USB que robamos, Francisco iba a tener la información sobre Emilia, información que necesita para darle una nueva identidad —Dijo Christopher tomando la taza de café y sentándose

en el comedor.

Will y yo nos encontrábamos sentados, yo tenía puestas dos chaquetas sobre mi pijama, el frío estaba más desgarrador que nunca. Chris y Will seguían con sus franelas de algodón, a ninguno de los dos parecía molestarles el frío.

—¿Quieres decir que nuestra teoría de que alguien apadrinó a Emilia es cierta? —Pregunto Will.

Apadrinar.

Habían pasado muchos años desde la última vez que había escuchado ese término. En la guerra, cuando alguien tomaba a un niño de la calle para criarlo como suyo, se decía que este estaba apadrinado. Normalmente no se mostraba este Niño al público, ni siquiera a la familia, hasta que los papeles del mismo no estuviesen listos. Mi madre siempre me había explicado que esto era con el fin de evitar que los enemigos asesinaran al niño. Otra forma de apadrinaje menos frecuente, era cuando raptaban a un niño para después casarse con él o ella, ¿Retorcido y poco común? Sí.

—Eso es ridículo. Como si fuésemos a asesinar a Emilia —Dije.

Chris negó con la cabeza mientras explicaba:

—No nosotros, los mismos Uzcategui. Aunque Francisco es el líder, su hermana podría tratar de asesinar a Emilia. Por alguna razón, Francisco quiere que Emilia ahora sea parte de su familia.

—Pero no ha podido hacerlo. Nosotros tenemos los archivos en los cuales se le daba a Francisco una pista del paradero de Emilia, pista que nos llevó a Tavo y más nada. ¿Qué nos dice que Francisco ya no le dio papeles de Uzcategui a Emilia y está viajando con ella al exterior?

—No lo hizo —Dijo Chris simplemente.

—¿Cómo sabes? —Preguntó Will.

Chris tenía su taza de café caliente en las manos, la miraba y jugaba con ella entre sus manos mientras nos respondía.

—Claudia Uzcategui es quien está apadrinando a Emilia, no Francisco.

La mesa quedó en silencio, un segundo después las preguntas por parte de Will no dejaban de rondar, yo me quedé en silencio, tratando de pensar en las nuevas implicaciones.

—¿Desde cuándo sabes esto? —Decía Will.

—Si Claudia Uzcategui la tiene, perdimos todo.

—¿Por qué Claudia Uzcategui quiere a Emilia?

Will seguía hablando y aunque lo que este decía tenía sentido, yo solo pensaba cómo podíamos sacar a Emilia de ese aprieto.

Si Francisco Uzcategui hubiese decidido apadrinar a Emilia, todo hubiese sido más fácil. Hallar la ubicación, esconder a Emilia, matar a Francisco, esperar que antes de eso él nos dijera quién era el asesino de Manuel, y darle un destino parecido.

¿Con Claudia en el juego?

Solo estábamos complicados.

—Claudia no tiene implicaciones en la guerra. Si siquiera la tocamos, haremos que todos los Uzcategui vengan sobre nosotros —Dije.

Una de las reglas de la guerra, mujeres y niños estaban fuera de ella.

Me puse las manos en la cabeza e intenté pensar. Cada vez estábamos más lejos de Emilia, ahora Claudia en la ecuación solo lo hacía más difícil, de un simple peón para poder ir a una cena de compromiso, se había convertido en el mayor dolor de cabeza.

—El cóctel —De repente Dijo Chris.

Levanté la cabeza.

—¿A qué te refieres? —Dije.

—Mañana es el cóctel —respondió Chris, como si eso lo explicara todo.

Will se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina. Desde allá continuaba hablando con nosotros.

—Ya lo sabemos. Emilia podría estar ahí, pero recuerda que la única que tiene invitación es Sam —Dijo Will.

Asentí mostrando que estaba de acuerdo con lo que decía mi primo.

—Creo que tenemos que ir otra vez al hotel donde encontramos a Tavo, Ver si encontramos otra pista —Dije

Chris soltó la taza con la que seguía jugando. Y con voz frustrada nos dijo:

—No entienden. El cóctel es una fiesta patrocinada por Claudia Uzcategui, es un evento que dura aproximadamente doce horas, si decidió apadrinar a Emilia no solo estará en la fiesta, hará público que Emilia es su hija. Sabemos que no ha podido conseguirle otra identidad, para eso necesita a Francisco, aunque ella sea una Uzcategui no tiene el poder que tiene su esposo, aprovechará el cóctel para que Francisco le dé una nueva identidad sobre Emilia, si la interceptamos antes...

—¿Quieres decir secuestrarla? —Pregunté.

Por primera vez desde que llegó, Chris me vio directamente a los ojos.

—Sí. Podemos secuestrarla y...

—¿Y qué piensas? ¿Golpearla hasta que te diga dónde está Emilia? —  
Dijo Will sarcásticamente.

Chris volteó los ojos y nos dijo:

—No. Si secuestramos a Claudia, Francisco tendrá que buscar a Emilia. Haremos un cambio, Claudia por Emilia. No tenemos que matar a Claudia, no tenemos que buscar como estúpidos por toda una fiesta a Emilia, ni siquiera tenemos que averiguar la identidad de Francisco Uzcategui.

—Francisco nos asesinara a todos con esa idea —Dijo Will.

Yo no estaba del todo de acuerdo con mi primo. Era una buena idea, si nos poníamos a buscar a Emilia en toda la cercanía de la fiesta, perderíamos a Francisco Uzcategui. Secuestrar a Claudia era la forma perfecta de terminar con casi todos nuestros problemas.

—¿Qué hay de Tavo? Si ya habló con Claudia, ella ya sabrá lo que él te soltó —Dijo Will.

—Tavo no está en condiciones de hablar. Si Claudia o Francisco son inteligentes, lo llevarán a rehabilitación antes de hablar con él, con las heridas que tiene, no podrá hablar al menos en 48 horas, tiempo suficiente para que encontremos a Emilia.

—¿Qué pasa si Francisco le hace daño a Emilia en el proceso? —  
Pregunté.

Chris se encontraba varias sillas lejos de mí, rápidamente se sentó a mi lado y aun viéndome a los ojos me dijo:

—No lo hará. Hasta ahora Emilia es el premio que le recuerda que nos han quitado dos personas valiosas. Claudia vive haciendo beneficencias, le da buena imagen, tampoco arriesgará a su esposa. Chicos esta es nuestra única opción.

Por más extraño que pareciera, cambiamos totalmente nuestros planes. Ideamos una forma en que Will, Chris, yo e incluso Atenea, pudiéramos entrar a la fiesta, secuestrar a Claudia Uzcategui y dejar una forma en que Francisco Uzcategui pudiera comunicarse con nosotros.

Estábamos dementes.

No hubo tiempo para avisarle a nuestros padres, es decir, a nuestros jefes sobre lo que haríamos. Despertamos a Atenea y le contamos el nuevo plan, no hubo tiempo para discutirlo ni mucho menos para que ella se

opusiera.

Estábamos sobre el tiempo.

No dormimos en toda la noche. Planeamos cada uno de nuestros pasos detalle a detalle. Solucionamos el problema de las invitaciones y buscamos un nuevo vehículo para Chris y yo trasladarnos.

A las 2 am teníamos todo cubierto.

Las horas pasaron mientras conseguíamos ropa, dinero, la camioneta nueva, sogas, armas, personas aliadas...

Todo fue un caos, pero por primera vez, teníamos un plan que nos acercaba a Emilia.

Evitar a Chris se hacía cada vez más difícil. Él quería hablarme pero ¿Qué tenía yo que decir? Estábamos en un momento crítico y no teníamos tiempo para hablar de... ni siquiera sabía de qué quería hablar, ¿Diría que todo fue un error? Está bien podía con eso, pero ¿Qué ocurría si Chris había sentido lo mismo que yo? Eso me daba mucho más miedo que cualquier Uzcategui o cualquier plan que pudiera salir mal.

No tenía tiempo para lidiar con sentimientos, mucho menos con el mareo y nerviosismo que me daba cada vez que Chris estaba cerca. Tampoco tenía tiempo para ponerme a pensar en su sonrisa, ojos, o cómo ese hombre tan difícil parecía entenderme como más nadie.

Negué con mi cabeza.

Era hora de dormir, mientras antes me acostara, más rápido podría secuestrar a Claudia Uzcategui.

La mañana llegó más pronto que tarde. Trabajé en automático junto a mis compañeros para que todo saliera según lo planeado.

Atenea me retocó un poco el tono de mi cabello para que se viese más rubio, me coloqué un vestido un poco acampanado y hasta las rodillas color rosa, tenía encaje color blanco rodeando todo el corsé en forma de corazón, era cómodo y fresco a juego con unas sandalias tacón alto color champán. Mi cabello estaba ondulado hasta la cintura y mi maquillaje aunque sencillo me hacía ver radiante.

Atenea se había vestido igual de elegante. Su vestido era largo hasta los tobillos, sin embargo se abría en los lados de las piernas dándole un tono más relajado, era color verde y hacía resaltar sus ojos. Atenea estaba maquillada de una tonalidad más fuerte que la mía, sus labios rojos carmesí la hacían ver cómo un ser extraño y exótico.

Yo podía ser bonita pero Atenea se veía como una diosa.

No por primera vez sentí un poco de celos hacia mi prima, pero ¿Qué podía hacer? Nada, solo aceptarme como era.

Salí y me monté en el asiento de copiloto de un nuevo Jeep color blanco que habían llevado en la noche. El Jeep estaba en todo el frente de la casa por lo que pude ver en primer plano a Chris salir de la misma.

Quedé boquiabierta. Claro, mentalmente hablando.

Chris siempre se vestía casual y sencillo. Verlo ese día entrando en personaje en verdad descolocó mi corazón. Lo primero que noté era que tenía su cabello peinado hacia atrás, además de eso, tenía un pantalón elegante color gris que se entallaba a sus piernas, a juego con una camisa de vestir manga larga de color azul, claro que parecía haber sido hecha solo para él, pude ver inmediatamente que se había puesto un lente de contacto color azul para que sus ojos se vieran iguales y a juego con la camisa. Me decepcionó un poco eso la verdad, amaba los ojos de Chris, ocultarlos era un delito.

Se montó en el asiento del conductor, se sentó y prendió el motor.

No dije palabra alguna, llevaba alrededor de doce horas evitándolo y ahora estar sola con él me ponía un poco nerviosa.

Will y Atenea salieron poco después. Mi primo estaba igual de guapo que Chris, tenía una camisa vino que hacía ver su piel trigueña más exuberante, un pantalón negro y su cabello igual de peinado. Conocía a Will, de seguro se había puesto uno de esos perfumes caros que hacía derretir a las mujeres.

Se dirigieron a otro Jeep esta vez color negro, y al igual que nosotros encendieron el motor.

—¿Estás nerviosa? —Me Preguntó Chris, hablando por primera vez.

Tragué saliva.

—No. solo quiero terminar con esto.

No lo veía pero escuché su risa sarcástica.

—Tienes que aprender a disfrutar las misiones.

Voltee mi rostro hacia él.

—Morirá gente. ¿Cómo podrías disfrutarlo?

Tenía su hoyuelo marcado y una mirada de diversión mientras me contestaba:

—Eso no lo disfrutas, esa parte es solo trabajo. La parte en que haces a unos desalmados secuestradores entender que no pueden venir y tomar a tu

prima como yegua de cría... esa parte tienes el deber y derecho de saborearla.

No hice comentario alguno aunque sentí un poco de su entusiasmo. Pensé que hablaría del beso en ese momento, en cambio, solo avanzó la camioneta al final de la montaña.

Así inició el viaje a la ciudad, los chicos nos alcanzarían después.

Pasé todo el camino nerviosa pensando en el momento en que Chris decidiría hablar del beso, la verdad, la espera lo hacía todo más difícil. Había silencio, ni la radio sonaba, sentía mariposas en el estómago, mis manos estaban sudorosas y yo no dejaba de ver a todos lados y mover las piernas con nerviosismo. Llegó un punto en que pensé que si él no hablaba lo haría yo.

Justo cuando abrí mi boca Chris dijo:

—Creo que deberíamos olvidar lo sucedido hasta que finalice la misión.

Lo miré extrañada. ¿Qué significaba eso? ¿Después de la misión hablaríamos sobre que no se repetiría más? ¿Me daría un sermón acerca de nuestro deber en la guerra?

Chris comenzó a ir más lento mientras llegábamos al restaurante.

—Una vez que Emilia esté a salvo hablaremos, ahora necesitamos concentrarnos y sé que desde ayer ni tú ni yo hemos podido trabajar bien.

¿Quería decir que el beso también había significado algo para él? ¿Era eso?

Chris tenía razón, desde aquel beso había estado evitándolo y ahora quería analizar cada palabra que me decía como si ahí encontraría la respuesta a las dudas que no sabía qué tenía.

Asentí con la cabeza, era la hora de ser profesional, era el momento de encontrar a mi prima.

Llegamos al edificio del Restaurante. Claudia Uzcategui y su esposo estaban haciendo negociaciones con los dueños de la aseguradora y de ese Restaurante, lo más probable era que la seguridad de Claudia Uzcategui se encontraría en ese lugar.

En la entrada un hombre me abrió la puerta mientras Chris hacía acto de presencia y me tomaba de la mano. En toda la entrada de la gran puerta roja estilo vintage acorde con el edificio de ladrillo sencillo se encontraba un hermoso cartel blanco que con tinta dorada tenía escrito *Bienvenido*.

Atenea me había explicado antes de nuestra pelea que la razón a esta simple fiesta era para que los ya casi nuevos aliados de los Uzcategui le

mostrarán a estos últimos su dinero y poder, a cambio, los Uzcategui le darían a uno de sus personajes más poderosos en matrimonio.

Para mi gusto era algo arcaico, por otro lado, en ese momento nos era beneficioso.

Chris me tomó del brazo con suma delicadeza y nos dirigimos a la entrada.

Un hombre con ropa negra y chaleco dorado muy amablemente nos preguntó:

—¿Nombres?

—Esteban y Clara Smith —Dijo Chris de forma segura.

Dos personas se nos acercaron, nos tocaron por encima y supe lo que buscaban: armas, algo extraño o voluptuoso en mi ropa que pudiera ser peligroso, cosas así... No lo conseguirían, salvo el arma en mi muslo, estábamos limpios.

Los hombres se separaron de nosotros y miraron al anfitrión.

Este hombre asintió y nos dejó pasar.

Atenea se había encargado de que Chris, Will y ella aparecieran en la lista de esa noche. Al parecer la fiesta era solo para gente sumamente poderosa en esa ciudad y era imposible para ellos como simples trabajadores lograrlo sin el apellido Varsolé.

Claro que si dábamos el apellido Varsolé alertaríamos a los enemigos y estos nos asesinarían.

Atenea y Will llegarían dos horas después exactamente, mientras tanto, nosotros teníamos que socializar.

Entramos al gran salón y no pude evitar un sonido de sorpresa.

Si era posible el salón lucía diez veces más elegante que la última vez que estuve ahí. Las paredes plateadas y el mármol fino lo hacía lucir como un salón de lujo; sin embargo, en ese momento habían telas doradas tapando las lámparas de cristal y dándole un tono más oscuro al salón.

Mesas llenas de diferentes entremeses se hallaban pegadas a las paredes con mesoneros atendiendo y la música un poco tropical hacía que sintieras lo que era un cóctel al estilo de la gran ciudad.

Una puerta que no había notado en mi última visita se encontraba al fondo del salón y daba con un jardín hermoso en el cual pude vislumbrar una pequeña piscina. Ahí las personas también se encontraban con copas brindando y hablando entre sí.

Christopher y yo no conocíamos a nadie, por eso nuestro trabajo por las siguientes dos horas era hacer suficiente acto de presencia como para hacernos notar en la multitud.

La planta de arriba se encontraba cerrada y dos personas con chaleco cuidaban que nadie pasara.

Giré la cabeza e hice señas para que Chris lo notara.

Chris sonrió, se acercó a mi oreja y me susurró:

—Buscaré a Claudia, encárgate de lo tuyo.

Le sonreí, asentí y me dirigí al centro del salón. Había la suficiente cantidad de personas para considerar que la fiesta estaba llena pero no tantas como para afirmar que el lugar se encontraba repleto, esto me aseguró poder pasar por el mar de gente desapercibida, analizaba los rostros pensando en reconocer a alguno de los Uzcategui que Chris me había mostrado, no lo logré. Intenté buscar con la mirada al chico de los ojos claros de la otra vez, mi búsqueda sin frutos.

Me dirigí a los baños de damas.

Otra vez el lujo me impactó, el tamaño de cada cubículo era igual al de mi habitación, los lavamanos eran grandísimos y sin detalles. La habitación era en tono beige lo que la hacía ver más elegante.

Había dos chicas saliendo en tanto yo entraba dejando el baño completamente vacío. Cuando estuve sola me voltee rápidamente y cerré las puertas con seguro.

Me miré en uno de los muchos espejos que había en ese baño, después me subí el vestido para hallar en el interior de mi muslo mi glock.

El estilo acampanado del vestido había sido perfecto para guardar el arma pero con todas las cosas que tenía que hacer en la fiesta me era imposible moverme con agilidad cuando tenía un arma automática en mi muslo.

Miré debajo del lavamanos, Will había contratado a dos chicos para que se infiltraran en la mañana y abrieran una pequeña ranura en el baño. Sonreí al verla y coloque mi glock, sabía que nadie la vería ahí.

Después de todo, nadie en una fiesta revisaba debajo de los lavamanos.

Respiré profundo y recordé mi segundo encargo en el plan.

Había 4 cubículos desde la entrada al final del baño, según las cuentas de Will en el primer cubículo conseguiría lo que quería.

Abrí las puertas y me agaché a abrir la basura. Por suerte lo único que

encontré ahí fue un pequeño rodete de papel, lo tomé y conseguí lo que buscaba.

Un pequeño polvo color verde se encontraba en mis manos, rápidamente lo escondí en mi escote.

La razón por la que no habían puesto el polvo verde en la ranura del lavamanos era para evitar que se humidificara y dañara, no podíamos permitirnos margen de error.

No quería dejar mi arma aún cuando Chris ya me había explicado la cantidad de Uzcategui y guardaespaldas que se encontraban en la fiesta, cuando mi familia me entrenó me enseñó a leer lenguaje corporal, para esos hombres no había sido diferente, un movimiento en falso, una mueca de molestia por el arma y ellos sabrían lo que yo tenía en cima.

Una cosa era meter un arma a la fiesta y otra diferente era ocultarla de los verdaderos asesinos.

Quitó el seguro del baño y salió con paso natural. Busqué a Christopher un rato, para mi sorpresa se encontraba conversando en el bar con nada más y nada menos que Claudia Uzcategui.

Me dirigí hacia ellos y con suma efusividad saludé a Claudia.

Ella me reconoció al instante y sonrió. Claudia tenía un vestido color dorado hasta las rodillas con los hombros al aire, su cabello dorado caía largo y liso sobre su espalda, su maquillaje era sencillo y sus zapatos le conferían al menos 15 centímetros más de altura.

—¿Cómo has estado Clara? —Me Preguntó.

—Oh más que bien, está fiesta es una maravilla —Respondí naturalmente.

Ella hizo una extraña mueca con su cara mientras decía con desdén:

—Han habido mejores y peores.

Miré al rededor, esa era para mí una fiesta de ensueño, si para Claudia Uzcategui no era nada, no quería imaginar cómo serían las fiestas en su casa.

Mi familia adoraba las fiestas, solo que nunca invertían en tanto lujo. En seguridad y comida gastaban todo el dinero que se podía, pero no en cosas como la decoración, la música y el demostrar poder despilfarrando. Negué con la cabeza, eso no iba con la personalidad de los Varsolé.

Chris estaba a mi lado, así que aproveché y le dije:

—Cariño veo que conociste a mi nueva amiga —Entonces lo tomé del brazo y apreté, haciéndole saber que ya mi parte del plan estaba resuelta.

La cara de Claudia era de genuina sorpresa, me miraba y después a Chris, como si viese algo que no le cuadraba. Chris a modo de respuesta me acercó un poco más a él.

Para el que estaba afuera no era más que la viva imagen de una joven pareja que no se quería quitar las manos de encima, para nosotros era la forma más fácil para pasarle a Chris el polvo verde, o mejor dicho el AFNA; sin embargo, no pude entregárselo porque Claudia nos miraba fijamente.

—Oh entonces, Clara es tu esposa Esteban, tengo que admitirlo hacen una bella pareja.

Yo sonreí y miré a Chris.

—Sí, soy afortunada —Después miré a Claudia —Y dime, ¿Dónde está tu esposo? muero por conocerlo.

Si Francisco Uzcategui ya se encontraba en la fiesta teníamos que actuar con mayor rapidez.

—Francisco no podrá venir, está trabajando.

Sonreí y asentí.

No me preocupaba el que Claudia conociera a Chris, después de todo, La familia aliada de Claudia Uzcategui también había dado una lista de invitados. Chris podía pasar tanto como por mi acompañante, como por un invitado de la empresa SECMECA.

Una invitada llegó a nuestro lado y comenzó a hablar con Claudia, Chris entonces aprovechó para llevarme al otro lado de la sala donde nadie nos vería.

—¿Se puede saber qué hacías hablando con ella? Tú solo tenías que ubicarla —Dije molesta.

Chris se encogió de hombros.

—Ella se acercó y entablé conversación —Respondió seriamente.

—No es parte del plan.

Chris no me hizo comentario al respecto y me pidió el paquete.

Miré a los lados con nerviosismo. Sentía que cada invitado y cada persona de seguridad me veía en ese momento, luego respiré profundo y tomé de mi escote el AFNA.

Se lo entregué en las manos a Chris.

Este rápidamente lo colocó bajo su manga, después miró el reloj y me dijo:

—Aún quedan 30 minutos.

Asentí. Todavía teníamos cosas que hacer antes de que llegaran Will y Nea.

Chris caminó con elegancia a donde se encontraba un mesero sirviendo copas de champaña, en un ligero movimiento tomó tres copas en su mano. Fue a donde me encontraba y me dio una, después se dirigió a donde estaba Claudia Uzcategui, giró un poco la copa en sus manos a modo de juego, le sonrió y le dio la segunda copa.

No vi el momento en que lo hizo, Chris se había movido muy rápido, sabía que la copa que tenía Claudia en sus manos, tenía el AFNA esparcido.

Desde la esquina del salón donde me encontraba alcé la copa al compás de Chris a modo de brindis, Claudia viéndonos siguió nuestro movimiento, antes de beber de la copa colocó uno de sus dedos en el líquido burbujeante. Verán, al igual que yo, Claudia Uzcategui debía tener en su poder las uñas pintadas con un material que al ponerse en contacto con drogas, cambiaba el tono de tus uñas de color. Las uñas de Claudia permanecieron iguales, el AFNA no era algo que pudiera ser detectable.

Segundo paso listo.

Tomé el contenido de mi copa de un golpe y me encontré a Chris en la pista de baile, era hora de una de las partes más difíciles del plan.

Una canción un poco conocida comenzó a sonar. Chris levantó su mano a modo de invitación y la tomé.

Dirigí mi mano a su hombro y él la suya a mi cintura con seguridad.

Comenzamos a bailar despacio, dábamos algunas vueltas mientras yo intentaba mirar nuestros objetivos.

Claudia Uzcategui aún se encontraba cerca de la barra, a su lado había muchos invitados. Por otro lado, vigilándola, se encontraba en toda la puerta un hombre de color, muy alto y corpulento, lo diferencié de los invitados debido a que su mirada se dirigía única y exclusivamente a Claudia.

Chris me hizo dar unas vueltas un poco más rápidas y profesionales. Noté que el hombre de la puerta tenía un bulto a un lado de su pantalón, un arma.

—El de la puerta —Dije.

—La chica que está en las escaleras —Me contestó Chris.

Me soltó un poco mientras yo meneaba mi cintura. Noté que en las escaleras que se mostraban cerradas para el público se encontraba una chica de rasgos asiáticos y cabello negro, un poco bajita y con vestido blanco. Al

igual que el hombre de la entrada su mirada estaba dirigida a Claudia, a cada rato su mano se dirigía a su oído, es decir, se estaba comunicando con el resto de los guardias.

En eso pasaron otras tres canciones antes de dar con todos los guardaespaldas de Claudia Uzcategui, eran 8 en total, más de los que habíamos pensado.

Cuando empezó la cuarta canción nos separamos. Envié un mensaje a Nea y otro a William, tomé otra copa de champaña y me encontré en el medio del salón a Chris.

Me tomó otra vez de la cintura y me reí como si hubiese dicho algo gracioso, parecíamos una simple pareja disfrutando una fiesta, si el día de mañana a esas personas les hacían tomar declaración, nosotros estaríamos descartados de cualquier sospecha.

—¿Les escribiste? —Me Preguntó Chris al oído.

—Ya casi van a entrar —Dije mientras me detenía e intentaba irme con Chris de la pista.

Chris sonrió, me haló un poco más para sí, tomó mi copa y se la dio a un mesonero que iba pasando, después me dijo:

—Podemos disfrutar una última canción mientras.

Cómo coordinado por él, una canción lenta comenzó a sonar. *Can be him, James Arthur*

Había sido la canción que habíamos escuchado en aquel viaje el día en que nos conocimos hacía ya casi cuatro meses, me parecía que habían pasado años desde aquel día, y ahí estábamos, en la última etapa de nuestra misión.

No pude negarme a bailar con Chris. Estábamos en cubierto, no me iba a quedar 10 minutos parada viendo a la gente bailar mientras llegaban mis primos, de las anteriores canciones no podía recordar ni el nombre porque había estado trabajando, no las había sentido ni bailado con el corazón, él tenía razón, podíamos disfrutar esta canción mientras.

Comenzamos con paso lento mientras las palabras y la tonada penetraban mi mente.

Chris me miró a los ojos y decidió cantar pedazos de la canción.

*My heart has been stolen (me han robado el corazón)*

*You took me back in time (me llevaste vuelta al pasado)*

*To when i was unbroken (cuando no estaba roto)*

Cada palabra que salía de su boca parecía dirigida a mí. Me dije a mí

misma que estaba actuando, tenía que parecer un esposo amoroso después de todo.

La canción fue un poco más lenta y Chris se acercó a mi oído mientras seguía cantando. Aunque su voz era rasposa, cantaba bien. El sonido de su voz era cálido y por un momento me dejé llevar.

*Now you're all i want (ahora eres todo lo que quiero)*

*And I knew it from the very first moment (y lo supe desde el primer momento)*

Seguimos bailando al son de la canción, el coro comenzó a sonar y Chris bailó un poco más rápido. No podía dejar de mirarlo y él tampoco quitaba su mirada de mí.

No por primera vez olvidé con Chris el mundo que me rodeaba. Mi padre, mi familia e incluso Emilia se fueron de mi mente. Imaginé que Clara y Esteban eran reales, y que si viviésemos una vida normal y estuviésemos enamorados, esa sería la canción que bailaríamos.

*Could I be the one you talk about (podría ser yo del que hablas)*

*In all your stories (en todas tus historias)*

*Can I be him? (¿puedo ser él?)*

Chris me hablaba en la canción sobre amor a otras personas y cómo él jamás me haría daño. Pensé en qué tal vez me intentaba decir algo, pensé que tal vez no era solo una canción que bailábamos, tal vez, sin darnos cuenta hablábamos sobre lo que se supone que no hablaríamos esa noche.

*Can i be the one? (¿Puedo ser el único?)*

*Can be him? (¿puedo ser él?)*

La canción fue más rápido y Chris me dio una rápida vuelta por toda la pista. No sentía a la gente a nuestro lado, nos movíamos rápido, Chris estiró sus brazos y me devolvió a él.

*Can be him (¿puedo ser él?)*

Seguimos bailando rápidamente y mis piernas empezaron a doler, no me importó. Dábamos vueltas y giros, nos reíamos. Supliqué que la canción no terminara aunque sabía que era imposible.

*If you were mine (Si fueras mía)*

*I'd never let anyone hurt you (No dejaría que nadie te hiciera daño nunca)*

*I want to dry those tears (quiero secar esas lágrimas)*

*Kiss those lips (Besar esos labios)*

*It's all that I've been thinking about (Es en lo único que he pensado)*

Nuestra danza era un sueño. Un sueño que terminó más pronto que tarde con la finalización de la canción.

*Can be him (¿puedo ser él?)*

Poco a poco nuestros pasos se ralentizaron y la canción finalizó.

Chris y yo estábamos respirando rápidamente mientras seguíamos pegados el uno al otro mirándonos a los ojos. La música cambió a algo más rápido y nosotros seguíamos en nuestro lugar, Chris se acercó un poco más a mí, iba a besarme otra vez.

Abrí un poco mis labios a modo de invitación y él se acercó dándome un casto beso en los labios. Luego pegó su frente a la mía.

—Samantha yo...

Su voz fue interrumpida cuando sonó una canción conocida.

Era la canción de entrada para Atenea y Will.

**Abril**

**La estoy viendo. Es Samantha.**

**Está en el piso de abajo bailando con un muchacho muy guapo. Parece disfrutar la fiesta. No quiero pensar que es casualidad que Samantha esté aquí.**

**Aunque tal vez sí lo es.**

**Su padre vive en esta ciudad y ella no ha tenido contacto con mi ex familia en años, hablamos un poco en el pueblo y en el aeropuerto pero ella se veía negada a seguir ahí.**

**Sin embargo, si yo le pidiera escapar sé que me ayudaría.**

**Samantha es diferente al resto de mi familia, es valiente, no teme a cuestionar las órdenes, es apasionada y justa.**

**Quiero salir corriendo, huir de Mentor y pedirle que por favor me saque de aquí.**

**Esta noche mi madre me dijo que me presentará a mi padre, si mi padre no me acepta me dejarán a la merced de Mentor.**

**Lo único que ha detenido a Mentor de hacerme más daño es mi madre.**

**Sin su protección no sé qué haré.**

**Llevo un vestido manga larga para ocultar los moretones. Esta mañana me negué a acompañar a mentor a buscar nuevas mujeres y me gané una paliza.**

**Por primera vez le respondí, le di una cachetada en respuesta a sus insultos, entonces el me agarró mi cabello y lo cortó.**

**Veo a Samantha divertirse, yo estoy atrapada en la segunda planta, ni siquiera permiten a la gente de la fiesta subir.**

**Estoy atrapada.**

**No puedo más.**

**Quiero mi antigua vida.**

**Por otro lado, si Samantha se niega a ayudarme ganaré la**

*desaprobación de mi padre por haberme escapado.*

*Y Mentor me tendrá para siempre.*

*E.*

## CAPÍTULO XIV

### BAILE FINAL

*Con solo una sonrisa* de Melendi comenzó a sonar. Atenea nos había advertido horas antes de que esa sería la canción con la que entrarían ella y Will.

Me separé de Chris inmediatamente, era hora de volver a la misión.

Chris me asintió.

—Cualquier cosa llamas, aún tu entrenamiento no ha acabado y...

Lo paré con un gesto de mi mano.

—Sé lo que debo hacer.

Ya habíamos hablado eso en la casa, y con el mensaje que les había enviado a los chicos terminábamos de trazar el plan.

Éramos cuatro y había 8 guardaespaldas. Se suponía que yo me encargaría de los guardaespaldas que obstaculizaban las salidas, los cuales por suerte eran sólo dos.

William se encargaría de los guardias más fuertes debido a que era el único con masa muscular suficiente, también eran 2.

Atenea se encargaría de la única chica que había en la escalera.

A Chris le tocaba el trabajo más fuerte, encargarse de los guardaespaldas que se encontrarán más cercanos a Claudia, los cuales eran 3.

Menee la cabeza, no tenía tiempo para preocuparme por Chris, necesitaba hacer mi trabajo.

Caminé hasta la parte de afuera donde se encontraba el primer guardia al lado de la puerta. Había sido el primero que vi cuando bailaba con Chris y desde ese momento supe cómo me desharía de él.

La parte de afuera era un poco más sonora y juvenil que la de adentro, las personas bailaban alrededor de la piscina y muchos cócteles eran ofrecidos por una mujer en traje de baño que entraba y salía de una puerta que se encontraba al lado del gran salón.

Aquella pista era rodeada por unos grandes árboles, no había sillas ni muebles. Bailabas o te dirigías adentro.

Tenía un plan.

Fui hasta donde el primer hombre se encontraba y con voz un poco ebria le dije:

—¿Sería tan amable de prestarme una llamada?

Tenía que mostrarme sutil, ese hombre en cualquier momento podía advertirles a los otros 7 guardias de nuestro plan.

Señor Rudo me miró con cara de pocos amigos, me pasó el teléfono al tiempo que decía:

—Rápido.

Tomé el teléfono en mis manos, en un torpe y buscado movimiento lo tiré al piso.

—Ups —Dije.

El hombre negó con la cabeza y se dispuso a recoger el teléfono.

También me agaché y antes de que él pudiese pensar que hacer, tomé un cuchillo que había guardado en mi muslo cuando dejé mi pistola en el baño y le corté el micrófono que tenía en su oreja, después dejé mi cuchillo apuntando a su carótida.

—Un movimiento y estás muerto.

Parecíamos dos personas buscando algo en el suelo, el hombre quien ahora se encontraba estático me dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿Asesinarme delante de toda estas personas?

Me reí.

—Están bailando y borrachos, estamos casi al final del salón, Podría asesinarte, dejarte aquí, se darían cuenta de tu muerte en una hora aproximadamente

El hombre tragó saliva y una gota de sudor corrió por su frente.

Estábamos a unos dos pasos de los árboles, le dije:

—Nos dirigiremos disimuladamente a aquel árbol gateando. Un paso en falso, algo que llame sospechas y acabo contigo.

El hombre asintió. Rápidamente nos movimos detrás del árbol, le indiqué que poco a poco se levantara. Junto a él me levanté yo.

Estábamos en una situación un tanto graciosa. Él, un hombre unos 40 centímetros más alto, pegado a un árbol conmigo una supuestamente indefensa mujer con un cuchillo en su garganta.

—¿A qué hora llegará Francisco? —pregunté.

El hombre se echó a reír.

—Si te digo eso ellos me matarán.

—Y si no me lo dices yo te asesinare —Dije amenazante.

Él se quedó viéndome, como si yo no fuera amenaza alguna para él. Eso

solo me molestó, estaba cansada de que me juzgaran, desde que tenía uso de razón había sido criada para ser una asesina, para ser merecedora de miedo y respeto. Ese hombre no me respetaba y el orgullo Varsolé se asomó.

Con mi brazo izquierdo tomé su cabeza y la golpee junto al árbol, luego tomé su brazo izquierdo y lo hice voltearse, doblé su brazo en una posición muy extraña y amé el sonido de la articulación del codo rompiéndose.

Volví a poner el cuchillo en su garganta y corte un poco de piel unos 5 cm antes del lugar donde se encontraba la carótida y la yugular.

El hombre amortiguó su propio grito y me dijo suplicante:

—No hay nada que me hagas que sea peor que lo que él me hará.

Me reí, mi paciencia se estaba acabando.

—Entonces solo te dejaré inconsciente. Tengo un amigo que es bueno torturando. Podrías tener información útil después de todo. Espero que no tengas esposa o hijos, me encargaré también de encontrarlos —Dije de forma despiadada.

El hombre no hizo comentario alguno. O no tenía familia, o en serio le tenía mucho miedo a Francisco Uzcategui.

Moví su brazo y lo llevé hasta su cuello. Escuché la articulación del hombro sonar, también había roto algo ahí.

El hombre no pudo detener las lágrimas en sus ojos. Tuve una idea y dirigí el cuchillo hasta el músculo más grande en su cuello. Sangre empezó a manar de la herida, no la suficiente para desangrarse, pero si para generar dolor.

Esta vez el hombre gritó. El sonido de la música amortiguó el sonido y me reí más fuertemente.

—Puedes decirme lo que quiero y te dejare inconsciente aquí. Te dejaré suficiente dinero en un cheque como para que huyas de Francisco y su familia. Es mi última oferta. Puedo seguir aquí horas hasta que me des lo que quiero o podemos trabajar juntos —Dije inocentemente.

Gran parte de lo que decía era mentira. No tenía horas y tampoco estaba dispuesta a seguirlo torturando. La tortura era más de Will y Chris que mía, hacer eso solo me enfermaba, pero tenía que encontrar a Emilia.

—Está bien, está bien. Francisco llegará a media noche justo antes del brindis, se llevará a la señora y a la hija que adoptaron, no se va a ir del país, simplemente abandona la ciudad.

Eran alrededor de las 10. Teníamos dos horas.

—Si me llegas a mentir, juro que te encontrare y te haré pagar...

—Juro que esa es la verdad. Mi cambio de turno es a las 12, Francisco llegará con sus propios guardias.

Decidí creerle. Dirigí mis manos al lazo que se encontraba detrás de mí vestido, justo en la cinta había una pequeña gasa con un compuesto capaz de dormir a cualquier persona. Lo tomé y pegué mi mano con la gasa a la nariz del guardaespaldas.

Él intentó luchar un poco, no pudo conmigo, rápidamente cayó al suelo.

Lo escondí y me fui de ahí con paso elegante. Por supuesto, no existía tal cosa como un cheque para que él desapareciera. Nadie formaba parte de los Uzcategui sin saber sus negocios sucios o sobre la guerra. Si él estaba ahí es porque sabía muy bien las consecuencias. Si Francisco Uzcategui lo asesinaba no era asunto mío.

Estaba tan distraída cuando dejé el cuerpo del hombre inconsciente que no sentí que había alguien a mi espalda hasta que una fuerte patada me tumbo al suelo.

Mis rodillas se llevaron la peor parte. Sentí como la piel se rompía, el dolor, el escozor era terrible. Eso solo me enfureció.

Rápidamente me voltee y giré a otro lado al tiempo que un disparo sonaba en esa misma parte del suelo de donde me había quitado.

Había querido matarme.

Me levanté y dirigí mi pierna a su cara, el hombre me esquivó y levantó otra vez su arma hacia mí.

—Quieta perra —Me Dijo.

Me quede estática. Apuntaba su arma a mi corazón, tenía un silenciador por lo que nadie se daría cuenta si me asesinaba. Levanté mis brazos, debía haber algo que pudiera hacer.

Mis zapatos tenían tacones en punta de un material tan filoso que podría ser cortante. Si dirigía mi pierna hacia su brazo podría cortarlo suficiente como para que soltara el arma.

Dirigí mi pierna hacia su brazo pero él la tomó en el aire. Me levantó del suelo y después me dejó caer contra el árbol.

Los huesos en mi espalda sonaron, vi el infierno en ese segundo. Puse mis brazos junto al árbol y me estabilicé.

Al parecer en algún punto de su brillante acto el hombre había dejado caer el arma, lo encontré recogéndola del suelo.

Era mi oportunidad. Dirigí mi pierna contra su cuello y la cerré entorno a él. Ejercí la suficiente presión como para halarlo hacia el suelo conmigo. En un movimiento rápido tomé mi zapato con tacón afilado como un cuchillo y se lo clave en el pecho.

La sangre se derramó mientras él gritaba y estiraba su brazo por la pistola.

Su brazo no alcanzaba y yo tampoco así que tenía que dejarlo inconsciente de algún modo.

Dirigí un puño contra su cara.

Aunque dolió como el demonio el hombre quedó intacto, yo no tenía la suficiente fuerza. Con mi codo le dirigí otro golpe, otra vez nada.

Me intentaba

golpear, pero por su posición era inútil. Yo tenía la ventaja.

Vi una roca de mediano tamaño desde el lugar en el que me encontraba, justo cuando fui a tomarla para golpearle, el hombre me mordió la pierna.

No pude contener el grito y lo solté, entonces él tomó el arma, me tomó del cuello, me pegó a un árbol y me apuntó la pistola en la frente.

—Adiós —Me Dijo.

Luchaba desesperadamente por el aire en tanto lo pateaba, el hombre era duro como una roca. Era alto, de piel un tanto amarilla, al igual que sus dientes sonrientes, estaba un poco calvo y me molesté por eso.

No podía ser que me iba a dejar matar por un calvo, pensé qué hacer pero la sangre no estaba llegando como debía a mi cerebro, moriría tristemente ahí, en mi primera misión.

Justo cuando empecé a ver luces en mi periferia y aspiraba la que creía era mi última bocanada de aire. Sonaron dos disparos.

El hombre que me tenía prisionera colocó una mirada de asombro mientras caía al suelo y me liberaba.

La sangre manchó la grama debajo del cuerpo del segundo guardia.

Mientras respiraba e intentaba entender lo que veía, Atenea se acercaba.

—¡Por Dios! ¿Estás bien?

Nea había asesinado al guardia por mí. Oficialmente ahora era parte de la guerra.

—Gra... Gracias —Intenté decir, tocando mi cuello.

Nea se dirigió al cuerpo inerte del guardaespaldas y con su propio cuchillo cortó su intercomunicador.

—Por dios Sam, pensé que te había matado, me asusté mucho —Dijo Atenea desesperada.

La detuve con un gesto en la mano. Me erguí completamente y vi a mi prima. Estaba muy pálida, sudaba a cántaros y sus ojos se veían desorbitados, fue cuando caí en cuenta. Era la primera vez que Atenea asesinaba a alguien, aunque había sido en mi defensa sabía que para ella debía ser difícil.

—Nea lamento tanto que esto haya pasado así.. —Dije con arrepentimiento. Intenté acercarme un poco, esa vez fue ella quien me detuvo con un gesto.

—Ya no podemos hacer nada Sam ¿Tú estás segura de que estás bien? ¿Te hizo mucho daño? —Su voz sonaba agitada y desencajada. Quería olvidar lo ocurrido así que hice caso omiso de lo que habíamos pasado preguntando lo importante.

—Estoy bien. Ese era mi segundo guardia Nea ¿Te encargaste de la tuya?

—La perdí de vista, la estaba buscando cuando te vi con ese hombre. Seguiré buscándola acá afuera.

Puesto que ya no tenía que encargarme del segundo guardia, envié un mensaje a todos diciéndoles que Francisco Uzcategui llegaría a las 12, le ofrecí mi ayuda a Atenea a lo cual ella respondió:

—No deben vernos juntas. Si quieres, dirígete otra vez al salón a ver si volvió a su puesto junto a las escaleras. Puede que esté en el segundo piso cerrado al público.

Asentí

Me sacudí un poco el vestido para irme a la fiesta cuando Atenea me pasó un pañuelo.

—Tienes que limpiarte bien o la gente sospechará de ti.

Tenía razón. Aunque mis rodillas se disimulaban con el vestido, mis brazos, cuello y manos se encontraban sucios o llenos de sangre.

Atenea hizo ademán de irse pero la detuve con mis palabras:

—Nea acabas de asesinar por mí.

Ella, que aún se hallaba de espaldas se tensó y me dijo:

—Eres mi sangre, mi familia. Era necesario.

Dicho esto Atenea se fue devuelta a su búsqueda mientras yo me terminaba de limpiar. Un mensaje de Chris me llegó:

*2 listos, falta 1*

Will no se había reportado, así que hasta el momento de 8 guardias llevábamos 4 y todavía nos quedaba más de una hora y media.

Íbamos bien.

Terminé de limpiarme, respiré profundo, me dirigí con paso natural a la fiesta de la piscina y después al gran salón.

Al igual que la primera vez que fui al restaurante, decidí subir las escaleras.

Aunque estaba prohibido había la posibilidad de que la guardaespaldas se hallara escondida en esa parte, terminé de subir las escaleras para encontrar las mesas del restaurante ordenadas y un salón vacío. Algo me llamó la atención, cuando dirigí mi mirada al fondo del salón un pequeño vestido blanco se movió desde la barra hasta la puerta de la cocina. Fue demasiado rápido como para reconocer a la persona, pero suficiente para darme esperanza.

Mi corazón en seguida dio un vuelco en mi pecho.

—¿Emilia? ¿Eres tú?

Nadie salió de la cocina, así que empecé a caminar rápido hasta el final.

Me coloqué en toda la puerta de la cocina y levanté mi brazo para abrirla.

La persona que menos esperaba se encontraba del otro lado.

Era el chico que había conocido el otro día. El del cabello claro y sonrisa fácil. Como esa vez sonrió grandemente al verme, entonces me dijo:

—¡Qué grata sorpresa!

Mi cerebro hizo corto al verlo. Miré detrás de él pero solo me encontré con una gran cocina tamaño industrial sin nadie adentro.

—¿Ben? —pregunté.

Sonrió más grandemente.

—Entonces si recuerdas mi nombre.

No había visto a Ben desde que había sido abierto el Restaurante. Vestía con un pantalón color blanco y una camisa azul que contrastaba con sus ojos claros. Su pelo estaba despeinado, su barba estaba asomándose y se le marcaban unos hermosos hoyuelos.

—Pero ¿Qué haces por esta parte? Acompañame —Ben me tomó del brazo y comenzamos a cruzar el salón.

Me detuve y halé mi brazo.

—Estoy buscando a mi sobrina. Vino conmigo y creo que cruzó por acá.

Ben frunció el entrecejo y me dijo:

—Qué raro, aquí no la he visto. Solo a la hija adoptiva de Claudia Uzcategui.

Mi corazón dió un vuelco, era ella. De repente mi mente pensó sobre qué hacía Ben en esta parte. Podía muy fácil ser uno de los Uzcategui y yo en ese momento me hallaba a solas con él.

Podría ser peligroso.

Ben me tomó una mano. Su contacto era cálido, sus ojos amigables. No sabía si era confiada pero supe que Ben no me haría daño. No parecía un asesino, claro, yo tampoco lo parecía.

—Estaba pensando... ni siquiera conozco tu apellido —Dije, pensando rápido.

—Y yo no conozco tu nombre y aun así quiero ayudarte —Dijo él

Me reí un poco.

—Sam —Dije riendo

—Gustó en conocerte Sam —Dijo Ben.

Justo cuando Ben dijo mi verdadero nombre noté que había metido la pata. Se suponía que yo estaba en un papel, si Ben era parte de mis enemigos en seguida diría mi identidad y sería más fácil localizarme.

—Sam de Sabrina Méndez, me dicen Sam —intenté corregirlo.

Ben se vió un poco confundido pero asintió.

—Ferrer, mi apellido es Ferrer.

Suspiré de alivio al saber que no era un Uzcategui. Ben tomó mi brazo y me acompañó a bajar las escaleras mientras me decía:

—Yo mismo me encargué de organizar la fiesta, puedo decirte con total seguridad que tu sobrina no está aquí arriba, he estado toda la noche aquí y no la he visto.

Mientras bajaba las escaleras con Ben pensé en algo que podía acelerar mi plan.

—Sí, tienes razón, hubiese sido muy difícil que pasara la guardia que se encontraba aquí —miré hacia los lados y extrañada añadí —¿Dónde se encuentra?

Ben se echó a reír.

—Los guardias rotan, ella es de la seguridad personal de Claudia Uzcategui. Lo más probable es que se encuentre en la barra junto a Claudia.

Miré disimuladamente mi teléfono. Eran las 10:30, a las 11 el AFNA

haría efecto y a las doce llegaría Francisco, tenía que apurarme.

Retiré disimuladamente el brazo de Ben mientras le decía:

—Ben, tengo que buscar a mi sobrina. Disculpa.

Ben tomó mi mano mientras me decía:

—Está bien tengo que ir a revisar cómo está todo. Ya casi será el brindis, tenemos que vernos otra vez Sam.

—Por supuesto —Dije.

Ben entonces sacó de su bolsillo una especie de tarjeta.

*Organizador* decía junto a la firma de Ben.

—¿Qué es esto? —Pregunté intrigada.

—Esto es un pase para cualquier sección del restaurante. Si algún guardia te pone peros le muestras esto, te ayudarán a buscar a tu sobrina. Todas excepto la segunda planta, nadie tiene acceso ahí por orden de Claudia Uzcategui.

No pude evitarlo y abracé a Ben.

—¡Por dios muchas gracias!

Podría fácilmente haberme confundido, tal vez lo que vi había sido solo una sombra, podía seguir buscando a Emilia o atenerme a todo el plan. Ben se había convertido en mi milagro sin saberlo al darme acceso a todo el restaurante.

—Bueno, puedes agradecerme después cuando nos veamos.

Me reí y después la sonrisa se borró de mi rostro. No vería de nuevo a Ben, después de esa noche estaría en otro estado u otro país. No tenía que herirme eso pero lo hizo, no estaba permitido que me gustara un chico. Ni ahora ni en un futuro.

Disimulé otra sonrisa mientras me iba y enviaba un mensaje a Atenea.

*Está en la barra, nos encontramos allá.*

En seguida Atenea me respondió:

*Encargándome. Ve a buscar a Chris y terminen el plan.*

Dudé en dejar a mi prima con esa mujer, después lo descarté. Tenía que seguir el protocolo, Atenea podía encargarse de una simple mujer. Por dios, había matado a un hombre que era el doble de su tamaño.

Llegó un mensaje de Will.

*Dos listos*

Ahora solo faltaban dos guardaespaldas. Uno de Chris y otro de Nea. Siguiendo lo acordado con mis compañeros busqué a Chris entre la multitud,

un mesero me ofreció otra copa de Champaña y la tomé, necesitaba calmar un poco mis nervios. Todo lo que había ocurrido últimamente estaba siendo difícil para mí.

Divisé a Chris en medio de la pista de baile charlando con Claudia, justo cuando me dirigí hacia él entro otro mensaje solo que esa vez era Atenea.

*Listo*

Suspiré. Solo faltaba el guardaespaldas más cercano a Claudia Uzcategui, no tenía que ser adivina para saber de quien se trataba, era el hombre que había conocido el día de la inauguración del restaurante, el del tatuaje de la lágrima.

Chris y yo estábamos seguros de que se encontraría ahí; sin embargo, cuando lo había conocido me di cuenta de que jamás se separaba de Claudia, era su sombra, si no se encontraba a su espalda se encontraba a su lado. Con él en el medio nuestro plan de secuestrar a Claudia era una causa perdida, ya previniendo lo difícil que sería apartarlos habíamos armado nuestro propio plan B.

Verán, el AFNA no era más que una sustancia capaz de actuar a nivel renal y aumentar las ganas de ir al baño. Eso, combinado con La champaña haría efecto Justo a las 11 de la noche, miré el reloj: *11:00pm*, había llegado la hora.

Terminé de llegar al sitio donde Claudia se hallaba con Chris.

—Cariño necesito ir al baño. Después podemos irnos.

Chris me sonrió y me dijo:

—Te acompaño hasta la puerta.

Yo asentí y me voltee en el momento justo para escuchar las palabras de Claudia:

—Tonterías. Déjame acompañarla yo también necesito ir. Tú puedes quedarte aquí y se irán después del brindis.

Sonreí. Mientras yo me encargaba de Claudia, Chris se encargaría del último guardia.

Caminé junto a Claudia el corto trayecto hasta el baño. Dos chicas se encontraban lavándose las manos mientras entrábamos. *Genial, retrasos.*

Hice ver que entraría a un cubículo al tiempo que Claudia Uzcategui entraba a otro. Luego, cerré mi puerta y busqué mi cuchillo. Menee la cabeza, si por alguna razón Chris no lograba detener al guardia, necesitaría mi glock.

Sabía que Claudia tardaría en el baño. Había ingerido mucha champaña

y la droga que le habíamos dado la haría vaciar totalmente su vejiga. Sonreí, el AFNA no era solo para lograr que Claudia me acompañara al baño, era para volver más lentos sus movimientos.

Causaba letargo, pérdida de reflejos y debilidad general.

Vi a las chicas salir del baño, rápidamente tomé mi glock.

Mis manos temblaron un poco, después de eso acabaría todo. Nos iríamos con Claudia a un lugar remoto y esperaríamos ahí hacer el intercambio por Emilia. Todos felices, todo saldría bien.

Escuché la compuerta de Claudia sonar y apunté.

La esposa de Francisco Uzcategui primero miró extrañada el arma, ante mis ojos su expresión cambió de genuina sorpresa a rabia.

—Te recomiendo no decir una sola palabra —Dije.

Ella asintió, su expresión era de resignación aunque su cuerpo me decía que estaba calmada. Contaba con su guardaespaldas o tenía un haz bajo la manga.

Recogí del mismo lugar donde había puesto la glock un par de esposas y se las arrojé.

—Póntelas.

Claudia comenzó a ponerse las esposas cuando todo se descontroló.

Todo pasó demasiado rápido, no pude analizar ni mucho menos defenderme cuando el guardaespaldas que se suponía que Chris detendría entró por la puerta del baño, vió lo que estaba ocurriendo y me disparó.

La sangre comenzó a llenar mi vestido de rojo. El dolor me nubló un poco la mente y sentí recorrer mi piel una ola de calor acompañada con el escozor de la herida.

Sentí que alguien me agarraba del cuello y después me tapaban la nariz con algo.

Intenté luchar, por Dios que lo intenté. Me habían golpeado duro toda la noche y eso era la gota que derramaba el vaso. Mis piernas no respondían y mucho menos mis brazos, intenté gritar pero las palabras no salían, mi respiración se volvió más lenta y el dolor en mi cuello se hizo más fuerte.

Necesitaba liberarme de las manos que me ahorcaban pero no podía.

Lágrimas empezaron a llenar mis ojos.

Lo último que pensé fue que si ese hombre había pasado las puertas era porque seguramente había logrado asesinar a Chris.

Mi corazón dolió un poco, solo un poco pues después todo se volvió

negro.

*Abril*

*La vi, ella gritó mi nombre.*

*Pero estaba tan asustada.*

*Si algo salía mal podía perder más de lo que había perdido.*

*Y después ella se iría con su novio dejándome sola.*

*Sin protección.*

*Puedo verla desde aquí. Luce un fantástico vestido entallado a su cuerpo. Sam siempre ha sido bella. Más que eso, su cuerpo parece haber sido esculpido y su rostro aunque no es delicado posee una belleza salvaje.*

*Siempre desee ser tan bella como ella.*

*Voluptuosa, segura de sí misma.*

*Ahora habla con mi madre y Mentor. Me pregunto si sabrá que tú me vendiste a ellos.*

*¿Me habrá llamado para charlar o para salvarme?*

*Ella se va ahora con mi madre y su novio se va con Mentor hacia otro lado.*

*Mentor se toca el micrófono en su oído.*

*Lo va a asesinar. Conozco a Mentor, si lo está alejando de la multitud es porque lo quiere muerto.*

*Lo he visto matar a tantas personas que me he vuelto indolente.*

*Creo que me convertí en un monstruo.*

*E.*

## CAPÍTULO XV

### FUEGO ARDIENDO.

Sentí un pequeño dolor de cabeza y un grito al fondo. Una presión en la pierna izquierda mientras alguien me recogía del suelo.

*Debes levantarte Sam.*

Otro grito ¿Tal vez mío?

Algunos golpes sonaron y lo decidí, tenía que ver qué ocurría.

Abrí mis ojos y me levanté para descubrir a Chris vendando mi herida en la pierna. Quise decir algo pero el dolor me interrumpió.

Volví a desmayarme.

Desperté otra vez por el frío. Abrí mis ojos para encontrarme con la luna, sentí la tierra a mi espalda y aspiré una bocanada de aire fresco.

Me dolía mi pierna, bajé la cabeza para ver un vendaje desde mi muslo hasta debajo de la rodilla. Fue cuando lo recordé todo, Claudia, el disparo, Chris...

Me levanté de golpe y me maree un poco. Quise poner mis manos en mi cabeza pero las tenía amarradas.

—¡Cuidado! —Dijo la voz de Chris a mi lado.

Voltee para ver a un Chris muy golpeado, con la ropa sucia y llena de sangre amarrado a un árbol. Miré a mi alrededor, estábamos en las áreas verdes que se encontraban fuera del restaurante, casi no había iluminación así que no sabía si había alguien más además de nosotros.

A diferencia de Chris, yo no estaba amarrada un árbol. Claro está, el dolor en mi pierna era impedimento suficiente.

—¿Que...Qué ocurrió? —Pregunté , aclarándome la garganta.

Chris suspiró.

—Tenían a Atenea. Cuando fui por el último guardia, él estaba preparado, cuando salimos al exterior estaba la otra, la mujer, apuntando a Atenea. Me dejé someter, no podía dejar que la dañara, después fueron por ti. Te juro que casi lo mato cuando te vi llegar herida, yo...

Chris paró. Yo escuchaba rencor y culpa en su voz. Me lo imaginaba frunciendo el ceño y agarrándose el cabello. Por alguna razón su reacción me dio ternura.

—Tú me curaste la herida —Afirmé.

—No nos quieren muertos. Supongo que quieren información, no lo sé. Hace un rato se fueron a buscar a Atenea y a William.

El cielo estaba muy claro, me pregunte qué hora era.

—¿Cuánto tiempo estuve desmayada?

—Alrededor de tres horas, hasta ahora hicieron el brindis, continuaron la fiesta y nos trajeron para acá. William se encontraba a tu lado pero como no lo dejaban ver a Atenea agarró a uno de los guardias de rehén, lo que le valió una paliza.

Me reí un poco y miré a Chris. Él era el propio ejemplo de una paliza. Desde donde yo estaba podía ver la sangre en su barbilla y los golpes en sus pómulos.

—Pensé que estabas muerta cuando trajeron tu cuerpo, puede que haya sobrerreaccionado —Dijo, excusándose por sus propios golpes y haciendo una mueca con la mandíbula.

—¿Cómo lograron saber el plan? —Pregunté para cambiar el tema.

—He pensado dos opciones. Encontraron a Tavo y les dijo de nosotros, preparándolos. O Atenea nos traicionó, les dijo que veníamos, hizo creer que siguió el plan para podernos secuestrar a nosotros. Después de todo, por algo liberó a Tavo...

Fui a responder pero me vi interrumpida por el motor de un auto pequeño color verde que llegaba a nosotros.

Detallé el lugar en el cual nos retenían. Aunque nos encontrábamos cerca de la propiedad del restaurante, estábamos en una pequeña pendiente de montaña, una zona muy verde y con muchos árboles, no tan fría como Cubiro pero si lo suficiente para tener mi cuerpo temblando.

Claudia Uzcategui y tres hombres más se bajaron del carro. Cada uno de los hombres tenía a alguien que me importaba. Uno, tenía a una Atenea con ojos y manos vendadas, otro a un William que había visto mejores días, no había una sola parte de su cuerpo que no se encontrara llena de sangre, su antes exclusiva camisa de vestir estaba vuelta harapos y su cara estaba llena de suciedad.

El guardia que me había disparado fue el que llamó la atención, delante de él estaba mi prima, Emilia, a diferencia de los demás ella no estaba atada.

Sentimientos encontrados me inundaron. Alivio por saber que estaba viva, desesperación por la situación en la que nos encontrábamos e impotencia de no poder hacer nada.

Claudia Uzcategui se dirigió ante mí y me dio una sonora cachetada.

El escozor solo hizo que me inundara más la rabia, la miré a los ojos y le dije:

—Golpea lo que quieras, solo por tener a Emilia estás muerta.

Ataron a Will y a Nea a dos árboles más, Emilia para mi sorpresa se quedó al lado de Claudia.

Estaba más grande, más fuerte. Había recibido entrenamiento, de eso no quedaba la menor duda, la miré y pregunté:

—¿Estás bien?

Emilia me miró como si fuese una extraña. Después dijo algo a Claudia que me partió el corazón a pedazos:

—Mamá, ¿Podemos irnos?

Claudia le dijo que en un rato se irían y le quitó la venda de los ojos a Atenea. Nea la miraba con odio y había lágrimas en sus ojos. Había escuchado tan perfecto como yo la frase de Emilia.

Uno de los hombres condujo el carro al borde del acantilado y abrió el maletero, entre tanto, Claudia Uzcategui decidió hablar con nosotros.

Chris no había dicho media palabra desde que el carro había llegado, sabía lo que hacía, estaba midiendo cualquier forma en que fuera posible escaparnos. Era inútil, estábamos amarrados y eran tres hombres armados contra nosotros. Además, estaba el asunto de Emilia, al parecer habían cambiado sus lealtades.

Emilia vestía de color blanco. Un vestido manga larga que llegaba a sus rodillas y parecía muy costoso, su cabello castaño antes largo hasta la espalda le llegaba por debajo de las orejas. Su piel, tan blanca como la mía estaba libre de maquillaje, no es que lo necesitara. Sus labios eran llenos, sus mejillas rosadas y sus pestañas eran tan grandes que parecían irreales. No se notaba feliz pero tampoco molesta, intentaba que me mirara a los ojos pero era imposible.

William por otro lado, estaba tan adolorido que ni siquiera se movía. En ese momento era peso muerto, eso solo volvía mínima nuestra esperanza de salir de ahí.

—Mi esposo no sabe nada de esto. No sabe que me infiltré entre ustedes para secuestrar a Emily después de asesinar a Manuel, no sabe que ustedes fueron los que interceptaron el camión que tenía la información sobre ella. Tampoco le dije que ustedes son la razón por la que mandé a Mentor a matar

a Humberto —Hizo un silencio algo incómodo, permitiéndonos analizar sus palabras.

Alguien nos había traicionado, así Claudia había dado con Emilia y Manuel. Claudia era la responsable de todos los males y me hallaba atada de manos, sin poder hacer nada.

Claudia se fue hasta donde yo estaba en el árbol y se agachó ante mí, después con dos de sus dedos con uñas perfectamente arregladas tocó mi herida en la pierna y hundió sus dedos.

Grité sin poder evitarlo, dolió como el demonio. Por más que quise contener el grito, este salió desesperado, la odiaba, aunque había pensado que Francisco era el culpable de mis desgracias, Claudia Uzcategui había sido la verdadera autora de todo lo que había pasado.

Escuché a Chris moverse atado y Atenea gritar algo. Tragué saliva cuando Claudia retiró su mano, se limpió con un pañuelo que le pasó uno de sus guardias y decidió recogerse su cabello dorado con una peineta.

Me miró a los ojos.

—Tenías que arruinarlo ese día en casa de Jeremías, Humberto tenía una sola tarea, entregarle a uno de mis chicos la dirección en la que mi Emilia se encontraba. Estamos en guerra, yo había matado a un Varsolé y mi esposo se había molestado conmigo. Le dije: *Francisco adopté una niña* y todo cambió, solo tenía que verme con él para que decidiera iniciar el papeleo de Emilia. Pero tú tenías que ver el papel, tú tenías que ponerle una Diana a Humberto.

Aunque estaba confundida por sus palabras, más extraño me pareció ver los ojos de Claudia llenarse de lágrimas e incluso creí ver lástima en ellos.

—Amaba a Humberto, aquí todos somos familia. Tú me hiciste asesinarlo.

Era lo más retorcido que había escuchado en mi vida.

—¿Y tú? ¿Por qué matar a Manuel? ¿Qué es peor? ¿Tener a un hombre de la mafia o a un niño en tu consciencia Claudia? —Dijo Chris a mi lado.

Yo no podía moverme del dolor y Chris estaba amarrado. Nea y Will estaban aislados. No teníamos refuerzos.

Estábamos mal, muy mal.

Claudia continuó mirándome.

—Lamento haberte dejado sin tu discípulo Chris —Dijo Claudia de forma sarcástica.

¿Discípulo? ¿A qué se refería?

Me aclaré la voz y le dije:

—¿Por qué no llamaste a tu esposo por teléfono y pediste la dirección Claudia? ¿Por qué hacerlo todo tan complicado?, ¿Por qué exponer a uno de los hombres que dices llamar familia? —Mi voz sonó calmada y fría. Chris me había enseñado bien a parecer indiferente, podía odiarla, pero si dejaba que lo viera, eso se volvería mi punto débil.

Claudia volvió a cachetearme, intenté levantarme pero me pateó en el abdomen dejándome sin aire, el dolor fue más grande debido a sus tacones de aguja. Me sonrió, entonces me dijo:

—¿No conoces la guerra? Maté a un niño. Lo hice por mi familia, iba a ser el heredero de todo su imperio y acabaría con cada uno de nosotros. Ustedes estaban detrás de mí, al momento que tomara el teléfono lo sabrían. ¿Por qué te tenías que encontrar ahí el día que iba a encontrarme con mi niña? ¿Por qué viste el papel?

Mientras las piezas empezaban a encajar en mi cabeza seguí hablando, buscando unirlo todo.

—Entonces decidiste matar a mi primo porque para ti era una amenaza, no le dijiste a tu esposo y él decidió alejarse de ti porque estaba molesto. Decidiste resolverlo secuestrando a mi prima con ayuda de tus infiltrados, el día que ibas a reunirte con ella yo te descubrí y te tocó matar a Humberto. ¿Todas las cosas que tú has hecho son mi culpa por eso? —Sentenció, la incredulidad en mi voz.

—¿Dónde está Tavo? —Me interrumpió Atenea.

Claudia sonrió y se dirigió a donde estaba ella. Al igual que hizo conmigo se puso en cuclillas frente a Atenea, sonrió más ampliamente mientras le decía:

—Lo encontramos en una estación de buses, quería huir. Mentor lo asesinó antes de que dijera media palabra.

Vi a Atenea derramar lágrimas. Todo ese tiempo Chris había tenido razón, Tavo tenía una sentencia de muerte, aunque no hubiésemos tirado del gatillo, los Uzcategui se habían encargado.

Claudia continuó hablando.

—En fin, ustedes decidieron seguir tomando malas decisiones. Robaron el USB, secuestraron a otra persona de mi familia y lo torturaron, me obligaron a matarlo. No conforme con eso, decidieron venir a mi fiesta, aprovecharse de la felicidad de mi cuñada e intentarme secuestrar a mí y a mi

hija. Todo esto he tenido que ocultárselo a mi esposo para que no se enoje más de lo que está conmigo. Ahora les pregunto, ¿Qué harían ustedes Varsolé orgullosos? ¿Qué harían si todo hubiese ocurrido al revés?

Chris habló, su voz sonó sarcástica, aunque no lo veía, podía imaginármelo sonriendo y mostrando su hoyuelo.

—Te dejaríamos ir con una seria advertencia, después te daríamos dinero para que pudieras irte a tu casa. Eso y una botella de Champaña para brindar.

En otras circunstancias me hubiese reído; sin embargo, cuando vi a uno de los guardias introducir una pequeña botella de gasolina en el maletero del carro, se me borró cualquier rastro de diversión.

Emilia seguía callada y hasta un poco molesta. Quería que me hablara o que demostrara que al menos le importaba un poco lo que estaba pasando, no era así, Emilia Varsolé parecía ausente y Emily Uzcategui se encontraba en ese lugar.

—¿Qué harías tú Emily? —Dijo Claudia, para hacerme entender aún más lo que ya pensaba.

Mi prima sonrió. La había visto hacerlo cientos de veces en el pasado, una sonrisa dulce y fácil con ojos brillantes. Aunque era la misma sonrisa ya no había inocencia en sus ojos, eso me dolió como pocas cosas. Aunque la habíamos encontrado, el daño ya estaba hecho.

Empezó a jugar con su cabello mientras nos miraba, hablando por primera vez dijo:

—Los metería en el carro, los tiraría por el Barranco mientras se incendian. Estarían desaparecidos por su familia y mi padre estaría feliz por sus muertes. Al fin terminaríamos mi adopción y nos mudaríamos.

Mi piel se erizó mientras mi corazón intentaba endurecerse. Como había dicho antes, el daño ya existía, Emilia tenía lavado el cerebro y no sería de ayuda.

Cuando Emilia terminó de hablar los guardias vinieron hacia nosotros. El hombre de la cicatriz con tatuaje de lágrima que reconocí como Mentor se acercó a mí e intentó levantarme. Lo sorprendí con un cabezazo, solo que al intentar pararme el dolor en mi pierna me dejó petrificada, justo a tiempo para que Mentor me golpeará en el pómulo y me cargara hacia el auto.

*En serio, me estoy cansando de ser golpeada.*

Me colocaron en el asiento de atrás junto a Chris y Nea. Delante de

nosotros en el asiento de copiloto estaba Will inconsciente con un hombre de Claudia de conductor.

—¡Exijo que las liberen! ¡Ninguna es parte de la guerra! ¡No han asesinado a nadie! —Escuché gritar a Chris.

—¿Y esperas que te creamos justo a ti Thrasia? —Dijo la voz calmada de Mentor.

No dije palabra alguna. Era verdad, yo no había asesinado a nadie, pero Atenea sí. Lo había hecho en mi defensa así que a mi parecer merecía que se me considerara parte de esa guerra tanto como ella.

Alguien encendió el motor del auto, pensé que en ese momento nos carbonizaría pero nada pasó. Atenea gritaba el nombre de William y yo intentaba poner en orden mis pensamientos.

No entendía la razón por la cual Chris no se movía hasta que una gota con olor fuerte me cayó del techo.

Gasolina.

—Mientras más se muevan, más se llenaran de gasolina y cuando el auto estalle se quemaran por completo —Dijo el hombre.

—No te muevas —repitió Chris al mismo tiempo.

—¡Will despierta por favor! —gritó Atenea con voz suplicante.

Me estaba desesperando. Tenía a los asesinos de mi primo al lado y me había dejado dominar por ellos, tenía que hacer algo.

Agarré las puertas con fuerza e intenté abrir, aunque los seguros se encontraban arriba por alguna razón no lo logré. En cambio, más gasolina llenó mi vestido.

Chris por su parte hizo lo mismo, otra vez sin frutos.

No sabía cómo habían logrado someter a Chris, era tan hábil, tan fuerte. No había podido ver cómo lo habían subido al carro por mi propia pelea. Claro, ellos eran tres y él solo uno.

Chris rasgó su camisa se la colocó en el puño e intentó partir el vidrio, imposible, el vidrio al parecer estaba blindado.

—¡¿Qué haremos?! —Le grité a Chris.

—¿Preparados? —Dijo el hombre.

Iba a arrancar. El hombre iba a suicidarse con nosotros solo por una orden de Claudia Uzategui, era retorcido y enfermo. Que lo fuera no quitaba que igual terminaríamos muertos. Aunque me moviera no iba a evitar que él pisara el pedal y solo me bañaría en más gasolina.

Estábamos perdidos.

Una lágrima cayó en mis labios, había empezado a llorar. Íbamos a morir, no había forma de solucionarlo. A medida que nos movíamos más gasolina caía del techo. No solo eso, el maletero, las puertas y parte del asiento ya estaban llenos de gasolina. No había forma de que el carro no explotara en cualquier momento.

Chris por otro lado, no hizo mi análisis. Se fue en cima del hombre y comenzó a golpearlo evitando que este arrancara el auto. La gasolina no dejaba de caer en mi asiento e intente detenerlo. Miré el techo, había sido modificado de alguna forma y tenía un pequeño tubo hacía caer el líquido, si lo rompía solo caería más, por otro lado, si los tapaba se acumularía la gasolina en el maletero.

Era inútil.

Sentí el ruido del motor encendido. Vi completamente a un Chris enfurecido intentar torpemente que el conductor no pisara el acelerador. Digo torpemente porque Chris estaba amarrado y no podía hacer mucho por mejorar nuestra situación.

Íbamos a morir.

Yo intentaba quitarme la soga de las manos en tanto los murmullos del conductor cesaron y sentí el auto moverse rápidamente. Chris fue llevado por la velocidad del auto al asiento delantero en tanto caíamos por la pendiente.

El carro se movió fuera del suelo, mi cuerpo se fue hacia adelante, iba a morir. Si no era en la caída, lo haría cuando el auto tocara el suelo y el motor explotara, la gasolina esparcida solo avivaría el fuego.

En algún punto logré al fin soltarme de la cuerda, al tiempo sentí a alguien halarme al suelo del auto, Chris. Me sostuvo en sus brazos en tanto el auto caía. Tomó mi cabeza y la colocó entre el cojín del asiento y su pecho. Mi cuerpo quedó en cuclillas y cuando el auto se estrelló, aunque dolió, no sentí que se partiera ninguno de mis huesos.

Dimos algunas vueltas en el aire. Estaba inundada por el olor a gasolina combinado con el ruido del auto cayendo y los gritos de Nea. El miedo a la muerte hizo que mi cuerpo secretara adrenalina, quería vivir, el dolor en mi pierna cesó y las ganas de correr se apoderaron de mí.

Nos levantamos cuando el auto aterrizó, vi al conductor, se encontraba muerto con unas marcas de tela en el cuello, asfixia.

El hombre había muerto a manos de Chris al tiempo que arrancaba el

auto ¿Decepcionante? sí, pero como diría mi madre era necesario.

Teníamos al menos treinta segundos antes de que el auto explotara, golpee el vidrio inútilmente y grité de frustración.

Mi corazón latía y mi respiración era trabajosa, estaba desesperada, me sentía atrapada.

Grité y con mis dos puños intenté partir el vidrio.

Nada.

Me dirigí un poco hacia atrás, bañándome en una cantidad considerable de gasolina y empujé mi cuerpo contra el vidrio.

Escuché el sonido de mi hombro dislocándose pero no me dolió, tenía que sacarnos de ahí.

En eso, algo sorprendente ocurrió. Chris levantó la falda de mi vestido de una manera muy impersonal y saco la pequeña hoja afilada de mi muslo (no me pregunten como sabía que se encontraba ahí), después cortó un poco una esquina del vidrio del auto, volvió a formar un puño esta vez sin su camisa y golpeó.

El vidrio sonó mientras caía al suelo.

Antes de poder formar pensamiento fui empujada en menos de un segundo al exterior. La herida de mi pierna cayó en la tierra y sentí el cuerpo de Atenea caer a mi lado.

—¡Corran! —escuché el grito desgarrador de Chris.

Atenea y yo nos levantamos. Ella, valiente, quiso regresarse al auto; sin embargo, le di dos cachetadas y la hice verme a los ojos.

—¡Chris sacará a Will! —Le grité.

Me asintió, sus ojos saltones, desesperados, la adrenalina también recorría su cuerpo, corrimos juntas lejos del auto hacia la montaña. Mis pasos eran tan fuertes como podían con una pierna herida, tal vez era la adrenalina y el miedo a morir, tal vez las ganas de vengarme, no lo sabía.

Mis pasos no cesaron hasta que escuché la explosión del auto detrás de mí. Antes de que estallara Atenea nos tumbó y nos quitó la gasolina con la tierra del suelo.

*Chris*

Me intenté levantar pero la explosión fue fuerte. El impacto en el aire nos hizo a Nea y a mí caer otra vez al suelo.

Atenea gritó algo, nos encontrábamos varios metros lejos de donde había caído el auto. Voltee a verla, la explosión la había tirado lejos, se

encontraba acostada en la grama llorando.

Me levanté.

—Ellos no están muertos —Dije más para mí que para ella.

Comencé a procesar lo vacías que sonaron mis palabras y menee mi cabeza. No podía ponerme fatalista, Chris era un sobreviviente.

Mi corazón latía con fuerza, me sentía embriagada por las sensaciones, aunque el auto estaba en llamas corrí hacia él. Chris nos había salvado, no podía haber muerto en un auto. Por otro lado, Will era muy pesado para él. ¿Por qué no lo había ayudado? ¿Por qué había corrido?

Porque creía que Chris era invencible, porque en mi mente, ni siquiera la muerte iba a poder con su terquedad.

Comencé a sentir escalofríos. ¿Qué tal si esa conversación hacía unos minutos había sido la última? ¿Qué pasaría si en serio Chris y Will habían muerto?

¿Por qué los había abandonado?

*Porque eres Varsolé, los Varsolé solo buscan su propio bienestar.*

Rodee el auto en busca de los chicos, la buena noticia era que no escuchaba gritos de dolor ni nada por el estilo.

—¡Chris! —grité buscando su respuesta.

Silencio.

Estaba bañada en gasolina así que no podía acercarme mucho por miedo a incendiarme, ese pensamiento me asusto más. Chris se había llenado también al intentar dejar inconsciente al guardaespaldas. Las probabilidades de que sobreviviera cada vez eran menos.

—¡Chris! ¡Will!! —Volví a gritar sin respuesta.

Me estaba exasperando, estaba en medio de la montaña, muy sucia y llena de tierra. Lo único que veía era lo que el fuego iluminaba. Empecé a circular por los árboles buscando a los chicos sin encontrar nada.

El fuego del auto cada vez se hacía más potente, en poco tiempo empezaría a expandirse y yo estaba llena de gasolina. Teníamos que irnos.

Negué con la cabeza.

No dejaría a los chicos, así me quemara yo con ellos.

—¡Christopher por favor responde! —Grité desesperadamente. Mi voz sonó desencajada y rota.

No sé cuántas veces más grité sus nombres. Supliqué a Dios y a ellos mismos que aparecieran junto a mí. Aunque estaba oscuro, la llama del auto

me hacía poder ver los árboles, intentaba encontrar rastro de ellos, sin frutos.

Atenea me ayudaba a buscar. Gritaba y suplicaba al igual que yo. No había forma de que los chicos estando vivos se negaran a respondernos.

Me resigné.

En tanto volvía al lugar donde estaba Atenea, reprimí las ganas de llorar, si Chris y Will estaban vivos retornarían a casa y si no lo estaban lloraría después.

Necesitaba sacar a Atenea y recuperar a Emilia.

Supuse que Claudia Uzcategui aún se encontraba en la cima de la montaña, agradecí mentalmente a Chris por enseñarme a escalar mientras llegaba a Atenea y le contaba mi nuevo y mejorado plan.

—De ninguna manera me iré sin Will —Me dijo ella, la ira en su voz innegable.

—Nea te necesito. No puedo hacerlo sola —Dije suplicante.

Nea se rio un poco y me dijo:

—Eres mejor peleando que yo. No me necesitas.

Atenea estaba entrando en pánico, su voz se escuchaba chillona y miraba hacia todos los lados asustada. Recordé que había matado a un hombre horas antes y me sentí culpable.

Le estaba pidiendo que después de todo lo que había pasado volviera a la acción, quizá que asesinara a más personas y sobretodo que olvidara que nuestros compañeros podrían estar muertos.

Miré a mi prima. Su ropa estaba rasgada, llena de gasolina y sucia. Sus zapatos rotos y su cabello un desastre. Tenía un arañazo en la cara, varios moretones en el cuerpo e incluso sangre corría por su frente.

El premio para el egoísmo era mío. No podía pedirle más a Nea.

Asentí.

—Quédate aquí entonces, iré por Emilia y vendré por ti —Dije.

Nea me tomó de la mano.

—Quedémonos aquí. Digamos lo que pasó, Emilia ya no es de nosotras. Ya había sido suficiente.

Dije las palabras que te repetían desde que nacías en mi familia y que Atenea me había dicho horas antes.

—Emilia es mi familia, mi sangre y orgullo. No puedo dejarla Nea.

Nea tenía lágrimas en los ojos. Estaba pensando en Will, negué con la cabeza en tanto me iba hacia la montaña.

—Quédate aquí, volveré con Emilia.

Mi pierna me comenzaba a doler, pero no podía parar. Mi familia estaba en juego y mis ganas de vengarme de Claudia Uzcategui también lo estaban.

Empecé a subir la montaña en tanto la ira me carcomía. Había mandado asesinar a mi primo, secuestrado y lavado la cabeza a Emilia. Me había torturado esa noche y metido a un auto en llamas, había traumatizado a Atenea y encima puede que hubiese asesinado a dos personas muy importantes en mi vida.

Escalaba con enojo mientras intentaba ignorar el dolor en mi pierna. Sí, era orgullosa, mi familia lo era, había iniciado todo eso porque el dolor de la pérdida me había hecho querer venganza. Ahora quería más que eso, quería sangre.

Me levanté en la cima de la montaña para ver la mejor imagen del sitio en que me encontraba.

Claudia Uzcategui se encontraba apoyada a un árbol con cara de aburrimiento, tenía las manos sobre los hombros de Emilia y hablaba de seguro sobre cosas sin sentido, aún estaban sus dos hombres restantes. Habrían pasado solo unos 15 minutos desde que me habían visto, aún no había llegado nadie a buscarlos.

Pensé en mi entrenamiento con Chris. Un día me había enseñado una estúpida llave sorpresa... puesto que se me habían acabado las armas, esa sería mi forma de proceder, atacaría a uno de sus hombres y luego tomaría su arma para asesinar al resto.

No era un buen plan pero no tenía nada más.

Sin pensarlo dos veces corrí.

Antes de que si quiera el hombre me pudiera escuchar salté y con una patada bajé su cuello y cabeza, en un movimiento rápido lo golpeé con mi codo, cuando supe que se había mareado bajé mi pierna y la deslicé sobre el suelo haciéndolo resbalar. No contaba con que el dolor en mi pierna me haría detenerme unos segundos lo que me impidió tomar su arma.

Cómo Chris me había enseñado usé mis demás sentidos, escuché al hombre restante de Claudia tomar su arma de sus pantalones y rápidamente usé el cuerpo del hombre al que atacaba para amortiguar los disparos.

Uno muerto, faltaba uno, Mentor.

Tomé el arma del guardia y rápidamente apunté a Claudia. Sin mirar a Mentor un segundo le dije:

—Mueve un músculo y le disparo.

Entonces Mentor apuntó hacia Emilia.

—Baja el arma —Me Dijo.

Mi corazón se aceleró y la sangre retumbó en mis oídos. Emilia miró a Claudia y esta no se movió ni demostró expresión alguna, por supuesto, Claudia prefería que muriera Emilia que era una Varsolé diez veces antes que ella.

Después Emilia miró a Mentor mientras lloraba, abrió su boca y de ella salieron palabras de dolor, angustia e incluso un poco de traición.

—Dijiste que me querías ¿Era acaso cierto?

Me dieron ganas de vomitar. Emilia no solo había tenido una relación madre —hija con Claudia. Había mantenido estos meses una amorosa con su captor.

Tragué saliva. Aun así no había elección.

Si les entregaba mi arma me asesinarían al instante, así que intenté manipularlos.

—Adelante. Ya demostró que era una Uzcategui —Dije segura de mí misma.

Comencé a sudar mientras veía a Mentor tomar una decisión. Yo aún apuntaba a Claudia y debo admitir que consideré asesinarla en ese instante.

Esa mujer solo por ocultar las cosas a su esposo había hecho mi vida imposible. Tenía que acabar con eso.

Pensarán que es mentira, pero en ese momento recordé el único cumplido que me había hecho Chris en todo ese tiempo: Mi puntería.

Desde que había tenido un arma en la mano jamás había fallado mis objetivos, eso podía salvarnos la vida a Emilia y a mí.

Antes de arrepentirme, giré mi cuerpo hacia otro lado. Luego apunté y disparé.

La bala dio justo en el blanco, la mano de Mentor que sostenía el arma.

Mentor soltó el arma, corrí rápidamente hacia él y la pateé hacia otro lado después apunté hacia su cabeza.

—Últimas palabras —Dije.

—¡Samantha basta! —Gritó una voz lejana.

De mis ojos salieron lágrimas que no sabía que estaba reteniendo al escuchar la voz rasposa y gruesa de Chris. Mi corazón latió con fuerza, mis manos casi soltaron el arma y mis piernas se desestabilizaron un poco. No

quise voltear a verlo, no quise hacer absolutamente nada y me quedé estática.

Veía los ojos oscuros y asustados de Mentor mientras apuntaba.

Claudia se encontraba detrás de mí y Emilia estaba fuera de mi campo visual.

—Si lo asesinas no habrá vuelta atrás, serás parte de esto. Permíteme halar el gatillo. Permíteme darte más tiempo de considerarlo todo —Dijo Chris con su siempre voz calmada.

Por más extraño que parezca, en unos pocos minutos había extrañado su forma de darme órdenes. Su forma de querer salvarme.

No podía verlo y quería hacerlo. Quería ver con mis propios ojos que se encontraba vivo, pero no podía.

—¿Por qué no terminas de entender que soy parte de esto al igual que tú? —Dije con mi voz temblando.

No sabía por qué pero no podía terminar de disparar. La mano de Mentor sangraba así que igual moriría si lo dejaba ahí, pronto llegarían más Uzcategui y tenía que darme prisa.

Era alguien malo, probablemente la persona que había asesinado a Manuel por orden de Claudia, aun así, no podía asesinarlo. Aún no era una asesina, sentí a Chris detrás de mí, tomó la mano con la que tenía la pistola.

Su contacto me había hecho también falta. Quería voltearme y abrazarlo.

—Baja el arma —Me Dijo dulcemente.

—Deberías estar pendiente de Claudia Uzcategui — Respondí con un nudo en la garganta.

Su contacto como siempre era cálido, quería que eso acabara para abrazarlo, para sentirlo con vida. Al igual que yo Chris olía a gasolina, jamás ese olor me pareció tan reconfortante.

Escuché su risa detrás de mí.

—Le estoy apuntando con mi otra mano. Nena baja la mano.

Chris me estaba dando una salida, me estaba ayudando a no ser una asesina. Mi mano temblaba en tanto pensaba.

Quería *asesinarlo*, quería *vengar a Manuel*, quería...

—Por favor Sam.

Era la primera vez que decidía decirme Sam, las chicas somos estúpidas y por eso, esas justas palabras bajaron mis defensas y con ello mi mano.

A penas descansé la mano en mi pierna Chris con el arma que suponía le había robado a nuestro atacante del auto, asesinó a Mentor con un disparo en

el corazón. Apunté a Claudia con miedo a que se escapara; sin embargo, casi al segundo Chris también la asesinó.

Dos disparos resonaron en el corazón de Claudia Uzcategui.

Detrás de un árbol salió una Emilia gritando de dolor y corriendo hacia el cuerpo de su falsa madre. Sangre brotaba del pecho de Claudia. Era inútil, ya estaba muerta.

Chris me tomó de la mano y me levantó la barbilla.

—Tenemos que salir de aquí.

Tenía tantas preguntas, tantas dudas, quería abrazarlo y llorar. Pero él tenía razón, Claudia seguramente habría pedido transporte así que teníamos que huir.

La misión había finalizado.

*Abril*

*Madre me ha llamado. Voy en camino con Mentor y ella a ver a mis primos.*

*Acaban de decirme que si muestro la mínima lealtad hacia ellos nos asesinarían a todos.*

*No puedo permitirlo.*

*Tengo que hacerle ver a mi madre que estoy con ella.*

*Mañana huiremos mi madre y yo a otro país. Me prometió que no estaría nunca más a manos de Mentor. Seré feliz por fin.*

*Sin Mentor, sin Varsolé.*

*Lo único que tengo que hacer es salvarles la vida a mis primos.*

*Vamos en un carro en mal estado, vi como metían en el algunos recipientes gigantes, no sé qué tendrán, conociendo a Mentor nada bueno.*

*A veces siento que soy injusta con él. Me ha dicho tantas veces que es leal a mí, que no soy como las demás.*

*Aun así no le creo. Aun así estar a su lado me repugna.*

*No importa ya. Hoy todo termina.*

*Mi madre y yo podremos ser felices.*

*E.*

## CAPÍTULO XVI

### HONESTOS

Todo sucedió muy rápido después de eso. Resulta que Claudia Uzcategui había pedido a una sola persona que volviera por ella, Chris se encargó de él y tomó el auto.

Bajamos la montaña, buscamos a Atenea y William. Will por fin se encontraba consciente, nos contó que se necesitaron cuatro hombres para someterlo y que lo habían molido a golpes, después usaron una sustancia para dormirlo. Will había estado consciente en su camino del restaurante a la montaña por lo que nos llevó de regreso.

Ahí tomamos nuestros Jeeps y decidimos separarnos.

Debido a la gravedad de mis heridas, Chris y yo nos iríamos directo a la casa. Nea y Will, por otro lado, se llevarían a Emilia a un hotel y Will después se encargaría de llamar a mi tío, pediría las coordenadas para que pudiéramos viajar al siguiente día, después volverían a la casa.

En el momento que me dejé de sentir en peligro, bajó la adrenalina y por tanto el dolor en mi pierna se hizo insoportable. En la casa había analgésicos de la farmacia, hasta entonces intentaba aliviar mi dolor hablando con Chris que se encontraba manejando.

—¿Cómo si quiera lograste escapar? —Dije aguantando un quejido.

Chris se encontraba lleno de sangre, prácticamente sin camisa. Pude vislumbrar su tatuaje de *sobrevivir* y entendí lo profundas que eran esas palabras, pasara lo que pasara sabía que Chris siempre buscaría la forma de salir vivo y de que yo también lo hiciera.

—En el momento que te saqué por la ventana supe que sería imposible mover a William. Me moví al asiento del pasajero e hice lo mismo que hice con la ventana de atrás —Se rió un poco y siguió hablando —Era la primera vez que hacía algo como eso con una puerta, para mi sorpresa logré abrirla y escapar. William se levantó en ese momento, llámalo instinto de supervivencia o como quieras, corrimos inmediatamente y nos ocultamos en los árboles.

Se habían encontrado al lado opuesto en el que Nea y yo nos habíamos encontrado.

—Pero espera, grité tu nombre y el de Will. ¿Por qué no respondieron?

—Pregunté, intentando no recordar aquellas horas.

—Intentaba ver qué harías sin mí —Dijo Chris sarcásticamente.

Por más absurdo que fuera su comentario me hizo revivirlo todo. En esos momentos evitaba pensar que haría si ellos morían, pero la verdad era que no sabría recuperarme. Esa era la vida que había elegido, ¿En qué estaba pensando? Tal vez lo correcto era hacer lo que Chris me había dicho todo el tiempo, renunciar a la guerra y vivir mi vida.

—Era una broma. Quedamos inconscientes, no despertamos hasta que Nea nos encontró —Dijo Chris un poco más en serio.

No respondí. Pensé en qué haríamos con Emilia, no era ella. Nos debía estar odiando en ese preciso instante. No debía haber dejado que Nea se la llevara, aunque ella me había dado razones válidas: A Emilia no le haría bien estar cerca de Chris, después de todo, en su cabeza él había matado a su madre.

Sentí más frío que nunca y me abracé a mí misma. Aunque Claudia no estaba, seguía sintiéndome alerta, como si el peligro aún se encontrara ahí.

Sentí la mano de Chris sobre la mía. Me estaba acostumbrando a su contacto, era seguro, confiable.

—Sé que te estarás preguntando a qué se referían ellos cuando hablaron sobre mí entrenando a Manuel.

Lo cierto es que sí. Desde hacía minutos había querido preguntarle a Chris sobre eso.

Comencé a vislumbrar la casa y lo detuve.

—Podemos hablar después, ahora necesito bañarme —Dije.

Chris asintió y nos bajamos del auto.

—Báñate y ten cuidado con el vendaje. Cuando termines vienes para cambiártelo —Entonces rápidamente fue a la cocina, tomó algo del estante y un vaso de agua

Mientras yo caminaba hacia mi cuarto me detuvo y me dio dos pequeñas pastillas en la mano.

—Esta te ayudará con el dolor y esta otra contra las infecciones — Intentó arreglarse el cabello pero igual era un desastre. Eso solo me hizo reír.

—Gracias. Aunque ya sabes que puedo cuidarme sola —Dije, tomándome la pastilla.

—Si, pude verlo esta noche —Respondió. Nos miramos algo incómodos, ninguno se movía de su lugar y tampoco decíamos nada.

No pude evitarlo, quise hablar antes de tiempo.

—Chris, sobre la decisión de seguir en la guerra...

—Báñate y hablamos Samantha —Dijo Chris pacientemente.

Asentí.

Una vez en mi cuarto me quité los lentes de contacto, escogí un simple pantalón de entrenamiento y una blusa. Luego entré al baño, quité de mí toda la gasolina y tierra. Lavé mi cabello como diez veces hasta que el cuero cabelludo me dolió. Me molestaba el no poder mojar por completo mi pierna izquierda, pero traté de no darle total importancia, estaba viva, todo había salido bien, estaba agradecida.

Después del baño me coloqué mi ropa, sequé un poco mi húmedo cabello, me coloqué medias y un suéter, había mucho frío.

Vi en el suelo mi vestido sucio y junto a él una tarjeta, la recogí.

Era la tarjeta que Ben me había regalado, sonreí. De todas las cosas horribles de esa noche, Ben me había dado un poco de tranquilidad. Coloqué la tarjeta en el bolsillo de mi suéter y salí a la sala.

Chris se encontraba bañado y peinado en el mueble, se había quitado los lentes de contacto, su olor natural volvió y sus pantalones de algodón junto a su camisa jamás se le habían visto tan bien.

—¿Tienes hambre? —Me Preguntó mientras me sentaba a su lado.

—Juro que me sería imposible tomar bocado en este momento —Dije con voz temblorosa.

Asintió.

—Te entiendo. Así me siento.

Chris me hizo señas en el mueble para que estirara mi pierna herida, la extendí y Chris se acomodó completamente frente a mí, levanté la manga de mi pantalón y vi la herida.

—Solo tocó la tibia. Cuando Claudia te trajo, me dejó extraerte la bala y vendarte, de algún modo quería que viéramos el poder que tenía sobre nosotros y Emilia. Ya sabes, lastimarte antes de asesinarlos a todos. Controlar tu cura, tu vendaje...

Empezó a sacar la venda sucia con cuidado en tanto yo le respondía:

—Sus ganas de hablar fue lo que la asesinó en primer lugar.

Chris se rió mientras con una gasa comenzaba a limpiar la herida. Era sumamente pequeña, a diferencia de la de Nea, no se veía profunda ni parecía necesitar mayor sutura.

Leyendo mis pensamientos como siempre, Chris sacó las suturas y me esparció un líquido naranja en la pierna.

—No dolerá tanto, solo necesitas pocas puntadas.

Cómo lo prometió Chris solo tuvo que darme dos puntadas, si dolió. Pero iba a sobrevivir.

Su cara concentrada me sedujo, todo en él siempre tenía que ser perfecto, era como si para él fuese importante que todo fuese frío y exacto. No obstante, había puesto su vida en peligro para que Nea, William y yo estuviéramos a salvo, eso hablaba de un gran corazón.

Cuando terminó de vendar la herida me dijo:

—Tendrás que estar pendiente de limpiar la herida y cambiar la venda. No puedes olvidar los antibióticos —Dijo, su voz algo seria mientras observaba la herida.

—Está bien Jefe doctor —Dije jugando.

Chris sonrió, cuando bajé mi pierna del cojín se acercó un poco, de repente su sonrisa murió y sus ojos se volvieron tristes.

—Conocí a Manuel hace año y medio. Tú tío Alberto me llamó, me dijo que los Uzcategui seguían vivos y que era necesario eliminarlos. Había entrenado toda mi vida para esto Samantha. No lo dude y volví a Venezuela.

Chris me había dicho que me daría explicaciones y lo estaba haciendo. Me gustaba que no anduviera con rodeos y hablara directamente sobre lo que yo quería saber.

—¿Volviste acá? ¿A esta casa? —pregunté.

Chris negó con la cabeza y volteó los ojos.

—Fui a tu pueblo. Incluso hice algunos trabajos para tus tíos, para probar mi lealtad —Eso lo dijo despreocupado, aunque vi sus ojos oscurecerse y entendí varias cosas.

—Te refieres a asesinar —Dije, intentando quitar el pesar en mi voz.

—A personas que lo merecían —Me respondió él excusándose.

Por eso me había dicho que la guerra había empezado hacía mucho. También explicaba el por qué era tan fácil para él asesinar. Otra vez los Varsolé habían abusado de su poder para hacer daño.

—Lamento que mi familia te haya metido en esto —Dije, intenté tomar su mano pero huyó de mí. No quise sentirme decepcionada de su rechazo pero no pude evitarlo.

Lo miré, intentando descifrarlo pero no podía hacerlo. Aunque veía su

tristeza no podía ver la profundidad de la oscuridad en la que vivía.

—Lo hice por mí. Quería venganza cómo tú y respuestas por mi madre. No contaba que como última tarea tu familia me pusiera un discípulo.

Mi corazón se hizo un puño y con el dolor que me generaba la pérdida dije un nombre:

—Manuel.

Chris asintió.

—Al igual que tú Manuel se quejaba por todo. En el fondo sentía que esta no era la vida que quería, sabía que en el segundo que le permitieran escapar, no dudaría en hacerlo.

Me reí un poco

—Me había convencido para darle asilo en mi casa. Para ayudarlo a enfrentar a todos —Dije recordando sus llamadas, era fácil entender porqué estaba cada vez más desesperado por irse. Yo sabía a ciencia cierta lo asfixiante que podía ser Chris. Era obvio que Manuel quisiese escapar.

Chris sonrió de medio lado, sus ojos seguían tristes así que como mil veces él lo había hecho conmigo, le di la mano. Intentó escapar de mi contacto pero no lo dejé y la apreté, éramos amigos, compañeros, ya no estaría solo.

—Lo cierto es que era muy bueno. Lo entrené por un año y me fui a un viaje de negocios. Cuando volví estaba muerto. Comprendí que si quería estar en esta guerra tenía que tomarla en serio. Dejé un encargado y decidí dedicarme de lleno, fue cuando Eduardo me llamó y me dijo que tendría otra discípula: Tú.

Los ojos de Chris se tornaron un poco oscuros. Pensé en lo difícil que debió ser para él verse obligado otra vez a enseñarle a alguien el arte de la guerra, comprendí la razón por la que había sido tan malo conmigo todo ese tiempo, incluso lo molesto que había estado ese primer día.

—Por eso has querido disuadirme de esto. No quieres que termine como Manuel.

—No quiero que salgas lastimada Samantha —Respondió Chris y miró hacia el techo, después se acomodó el cabello.

—Lo dejaré — Solté.

Me miró confundido.

Organicé mis ideas y comencé a hablarle sobre lo que ya había estado pensando.

—Dejaré esto. Seguiré estudiando, yo... no puedo pensar en perder a mi familia pero entiendo que no soy buena, si no fuese por mí...

Chris me puso un dedo en la boca para que hiciera silencio.

—Si no fuera por ti no hubiésemos podido encontrar el USB, si no fuera por ti no hubiésemos salvado a Nea, ni drogado a Claudia ni hubiésemos podido con los tres hombres de ella, jamás hubiese podido matar a esa perra y a Mentor, ni mucho menos recuperar a Emilia. Si dejas esto es porque no quieres esto en tu vida, no porque seas mala. Disparaste directamente en la muñeca de Mentor y evitaste que matara a tu prima ¡Por dios!

Me reí mientras una lágrima caía por mi mejilla.

—¿Viste esa parte? —Pregunté.

Chris asintió mientras se acercaba.

Me empezó a dar calor y decidí quitarme el suéter, cuando lo pasé por mis brazos la tarjeta de Ben salió del bolsillo cayendo al suelo, luego Chris la recogió.

No pude detener que la leyera y me miró extrañado.

—¿Qué es esto? —Su voz dejó de sonar divertida y el Chris que conocí el primer día salió a relucir, eso me molestó un poco pero intenté contenerlo.

—Me lo dio un amigo que conocí en el restaurante el día de la inauguración.

—¿Un amigo? ¿Te das cuenta que esto pudiera tener un rastreador? Tal vez el hombre que conociste es un Uzcategui.

No me gustó su tono. Puede que considerara a Chris más que antes, pero jamás, bajo ninguna circunstancia lo dejaría tratarme como traidora.

—Su nombre es Ben Ferrer y fue muy dulce, es solo un papel, estás exagerando —Dije exasperada.

Chris se levantó de un golpe y subiendo el tono de voz me dijo:

—¿Exagerando? ¿Después de lo que vivimos hoy crees que exagero?

Imité su postura y me levanté.

—Sí, sé lo que vivimos. Pero Ben solo trataba de ayudarme, lee la tarjeta Chris, dice que es para acceder a cualquier sitio del restaurante.

—Oh si, y te lo dio nada más por la buena voluntad de su corazón. No para rastrearte y después seguirnos aquí —Cada vez gritaba más y el que me gritara solo hacía que yo me enojara y quisiera gritarlo también.

—Christopher, tienes que calmarte —Dije simplemente intentando llegar a su lado lógico.

—Estoy calmado, calmado y molesto de que seas tan ingenua —Su voz sonó helada, iba dirigida a hacerme daño y lo logró. La poca conexión que habíamos tenido estaba rota y yo necesitaba hacerle tanto daño como él a mí.

—No todo el mundo es un ser frívolo que solo piensa en la guerra Chris. Ben estaba ahí para organizar la fiesta, es un hombre dulce y generoso. ¡Ah! ¿Y a que no adivinas? ¡Sabe divertirse!

Chris comenzó a caminar hacia la cocina con paso firme, lo seguí, no iba a dejar que me ignorara, estaba exagerando y oiría lo que tenía para decirle.

—¡No me digas! ¡Mientras estábamos todos trabajando tú estabas por ahí jugando a hacer amigos! —Me gritó otra vez.

Me reí sarcásticamente.

—¿Esto es por el supuesto rastreador que puede tener el papel o porque no me tuviste en tu control por lo menos 5 minutos?

—En 5 minutos puedes hacernos perder la guerra Samantha —Me respondió enojado.

Chris volteó a verme, sus ojos estaban furiosos y su vena en la frente se veía prominente. Estaba molesto y no entendía el por qué. ¿Qué tenía de malo haber hecho un amigo?

Fue cuando lo entendí.

—Estás celoso ¿No es así? —Dije de sopetón.

Sus ojos se abrieron sorprendidos. Se detuvo y se quedó viéndome.

—¡Qué cosas dices! —Su voz sonó irónica, no obstante, ya no podía engañarme.

No habíamos hablado sobre lo que había ocurrido y al parecer había llegado el momento.

—Actúas como hombre celoso —Di un paso al frente.

—¿Qué está sucediendo Chris? —Dije.

En todo el tiempo que había conocido a Chris jamás lo había visto tan asustado. Era como aquel día de su pesadilla, estaba a la defensiva y a la vez dejaba ver su gran temor.

Me acerqué más a él y con mi mano toqué su rostro. Su barbilla ya comenzaba a salir y me picó la mano, sonreí. Mi corazón empezó a latir mil por hora mientras lo veía, en ese segundo entendí que quería que Chris me dijera que sí estaba celoso. Que me dijera... que él también estaba sintiendo cosas.

—No podemos Samantha —Dijo Chris.

Mi corazón se derrumbó en ese segundo y guardé la compostura.

Iba a retirar mi mano de su mejilla pero él la tomó y la unió con la suya, la llevó hasta sus labios y besó mi muñeca. Millones de sensaciones me recorrieron mientras veía el movimiento, lento, reverente, seductor. Después la soltó y me haló para sí.

Mis pechos chocaron con el suyo. Tenía aquella mirada intensa que me hipnotizaba, acercó sus labios a los míos y los rozó, tentándome a besarlo. Yo solo me quedé quieta, estática.

—En verdad no podemos —Dijo sobre mis labios, después me besó.

Esa vez me tomó por sorpresa, una chica normal se hubiese alejado. Debí retirarme, ofenderme, decir algo aunque sea.

No era una chica normal.

La verdad es que desde aquel primer beso había extrañado su contacto, puede que no aprobara bajo ningún concepto la actitud de Chris, su personalidad y sus decisiones, pero mi cuerpo era otra cosa. Por más que me acercaba a él no obtenía suficiente, por más que su cuerpo se juntara al mío en ese momento no bastaría.

Mi piel no tardo en erizarse ante el contacto de sus labios, cálido, electrificante, nuevo. Respondí a él abriendo mis labios en tanto el introducía su lengua y tomaba mi rostro con las dos manos.

Chris podía ser delicado cuando quería, sus manos eran suaves en mi rostro y sus labios se movían lento aunque seguros sobre los míos, nuestras lenguas danzaban olvidándose del mundo, podía hacer esto toda la noche, podía hacerlo toda la vida.

A cada beso el mundo se detenía, con cada caricia mi necesidad de él era más urgente. Su boca sabía a menta, alivio y certeza. Ya lo he dicho, Chris besaba igual a todo lo que hacía en su vida, seguro, firme y con toda la concentración del mundo.

Yo respondí a él de igual manera, lo quería para mí, quería todo lo que tuviese para darme en ese momento. No había una sola persona en el mundo que quisiera algo tanto como lo quería a él. Era mi presente, todo lo que importaba.

Bajo esa máscara y sus ojos estoicos estaba ese Chris que se encontraba conmigo, un ser dulce y entregado.

Sus manos bajaron por mis brazos y me abrazaron a él. Todo Chris me recorría, su piel, su olor y su sabor. La temperatura subió dos grados y yo me

derretí en él.

Podían los Uzcategui lanzar un carro bomba a la casa en ese momento y no me separaría de él.

Ahí estaba lo peligroso de eso.

A cada segundo, el beso se volvía más urgente, más necesario. Un beso no era suficiente, Chris movió sus labios a mi mejilla y después a mi cuello. Moví mi cabeza para darle acceso a él, sus besos recorrieron todo mi cuello hasta mi clavícula y un suspiro salió de mí.

Chris repetía mi nombre una y otra vez, como si no pudiera entender lo que hacíamos. La verdad, es que yo tampoco lo entendía, no estaba bien, era ir en contra de todo lo que me habían enseñado, más no podía parar. No podría nunca separarme de él.

Me sentía como si hubiese estado perdida siempre y de repente todo cobraba sentido. Tal vez era lujuria, aunque la lujuria no podía saber a hogar, algo malo no se podía sentir tan correcto.

Chris siguió besándome y volviéndome loca. A veces me daba pequeñas mordidas que me hacían sentir desesperada, urgida. Sentía que aunque lo tenía cerca no era suficiente. El olor de Chris era un hechizo para mí, subió su rostro y me miró.

Quisiera que mi vida se hubiese pausado para siempre en ese segundo. En ese instante éramos dos personas siendo honestas consigo mismas. Mi piel estaba caliente y sudada al igual que la de él. Mi corazón latía con fuerza intentando mantenerme erguida ante él, era bello, era mío en ese momento.

Su respiración era igual de acelerada que la mía, sus labios estaban rojos, sonrió al verme, sabía lo que veía. Mis mejillas debían estar coloradas ante el calor y mi cabello ya debía ser un desastre. Chris buscó en mis ojos algo, sabía lo que buscaba, lo que yo estaba viendo en los de él en ese momento.

Sus ojos azul y marrón tenían una tonalidad gris que no había notado antes, además, sus pupilas se encontraban dilatadas y también tenía una mirada que yo misma reflejaba.

Deseo.

Al mismo tiempo volvimos a unirnos en un beso más rápido y desenfrenado, menos metódico y más carnal. Tomé los bordes de la camisa de Chris, lo ayudé a quitársela.

Tal vez íbamos rápido, tal vez no. ¿Importaba acaso? No lo creía.

Chris me tomó y me empujó suavemente al sofá con cuidado de no hacer daño a mi pierna, desde ahí lo miré y quedé más cautivada que nunca.

Él era hermoso, su cabello estaba más largo al igual que su barba, su abdomen tan marcado como siempre mostraba su cicatriz en el costado que solo lo hacía más sexy. Por un segundo pensé ¿Por qué este hombre estaría fijándose en mí? Después de todo, podría tener a cualquier chica. Sin embargo, el pensamiento se fue de mi mente en el segundo que Chris se unió a mí en el sofá.

Siguió besándome, haciéndome sentir deseada, querida. Con mis manos recorrí su piel, desde su barba, a su cuello y desde su pecho a lo que llegaba de su abdomen. Él sonrió a mis propios labios, luego, tomó el borde de mi blusa de algodón y quedó con sus manos ahí un segundo.

Ninguno de los dos hablaba, solo nos entregábamos a lo que nuestros cuerpos querían, a lo que siempre habían querido. No es que las palabras fuesen necesarias en ese momento, es más, si hubiésemos hablado todo habría acabado.

No puedo negar la oleada de nervios que sentí en ese momento, exceptuando mi vivencia traumática, jamás me había desnudado ante un hombre. No obstante y como he dicho muchas veces, cuando estaba con Chris perdía mi mente.

Fue mi momento de sonreír, tomé mis manos, agarré otra parte de la blusa y juntos la pasamos por arriba de mi cabeza. En el momento que separamos nuestros labios y quedé solamente en sostenes ante él, me sentí más vulnerable que cualquier otro día en mi vida.

Esperé ver la mirada estoica de siempre de Chris o peor aún, la mirada que hacía cuando se cansaba de pelear conmigo, en cambio, lo que vi en sus ojos fue satisfacción, deseo y algo más que no entendí.

Chris entonces comenzó a besar mi abdomen, no pude evitar hacer un sonido extraño con mi boca y me avergoncé, sentí su risa bajo mi piel erizada. Tenía demasiado de él, al mismo tiempo tenía muy poco.

Sus labios llegaron al valle de mis pechos, lentamente, provocadoramente ahí me besó. Se quedó ahí un tiempo después volvió a subir a mi cuello, no pude resistirlo, quería más, necesitaba más. Me levanté un poco y tomé su rostro en mis manos, Chris entonces, en un rápido movimiento, me levantó de modo que quede a horcadas sobre él, su espalda pegada al espaldar del sofá.

Fue mi turno de besarlo a él, desde su cuello hasta su pecho, con mis manos recorría su barbilla y con mi boca bajé hasta la línea de su ombligo.

Recordé lo que había dicho, que tenía un tatuaje Justo en la línea de su pantalón.

Lo miré y sonreí de medio lado.

—Necesito verlos —Dije.

Mi voz sonó ronca y necesitada, en otro momento me hubiese dado vergüenza. Esa vez no, esa vez los protocolos establecidos no funcionaban.

Chris sonrió y se bajó el pantalón. Sus bóxer color negro me saludaron, y dos pequeños tatuajes a cada lado, entre la línea del bóxer y donde se suponía estaba el pantalón me saludaron.

*Lealtad.*

*Honestidad.*

Ver esas palabras llamó algo pequeño en mí, saber que una persona tan fría todavía vivía bajo sus propios principios me conmovió, fue mi turno de tomar su rostro y besarlo.

Pegué mis pechos sudados al de Chris y el colocó su brazo en mi espalda, sosteniéndome.

Siguió besándome y llegó a mi hombro, lo mordió.

No pude resistirlo más.

Comencé a bajar mi pantalón de entrenamiento, Chris me ayudó a deshacerme de él. Abrí mis piernas aún en ropa interior y el quedó entre mis muslos.

Chris paró de besarme un momento y me dijo:

—Eres hermosa. Jamás en la vida conoceré a alguien tan hermosa.

Volví a besarlo.

Fue en ese instante, justo cuando estábamos más unidos, cuando nuestros besos eran más urgentes, fue en ese momento que se abrió la puerta de la cabaña y William entró.

—¡Samantha! —Gritó fuertemente Will.

Mi mente registró su voz un segundo después, admito que me confundí un instante y después comprendí que estaba sobre un hombre semidesnuda delante de mi primo.

Me moví rápido.

Chris y yo nos separamos más que inmediatamente. Chris giró fuera del sofá en un más que asombroso movimiento en tanto yo trataba de encontrar

mi dignidad, digo, mi ropa.

Ok, cuando tu primo que fue criado toda su vida como tu hermano mayor ve a un chico encima de su prima es lógico que su reacción no sea positiva.

Coloqué como pude mi ropa al mismo tiempo que Chris. En seguida me levanté y dije en voz alta y clara:

—William por favor no vayas a sobrereaccio...

No termine la frase cuando ya Will se estaba lanzando sobre Chris.

Hombres.

Corrí hacia ellos pero era tarde, William le propinó un estrepitoso golpe en la cara. Chris no se defendió, cruzó sus brazos sobre su pecho. Luego, cuando Will le dio con su otra mano en la mandíbula en un golpe que dejó tanto su mano como la cara de Chris malherida, llegó Atenea con Emilia pisándole los tobillos.

Ambas se quedaron un segundo mirando la escena. No había que ser adivino para suponer que ocurría, después de todo yo estaba con la ropa mal puesta, el cabello despeinado intentando tomar el brazo de un William molesto que arremetía contra un Chris que también se encontraba a medio vestir.

Atenea negó con la cabeza.

—¡Te dije que te quedarás en el auto! —Le gritó Will a Nea.

—¡Chicos! Tenemos un problema —Nea estaba nerviosa, la noté rascándose la piel del brazo a tal punto que podría causarse ampollas.

William cambió al verla, se acercó y preguntó suavemente:

—¿Ahora qué ocurre?

Noté a Emilia, estaba callada, su cara un poco roja al igual que sus ojos, tal vez había estado llorando la pérdida de su supuesta madre. Rabia e impotencia me llenaron, si Claudia Uzcategui no estuviese muerta, hubiese ido tras ella yo misma en ese momento.

Me dirigí hacia ellos, dejando a un Chris desconcertado al lado del mueble.

¿Qué podía hacer? En ese momento no sabía que sentía por Chris, mucho menos qué había ocurrido exactamente, un profundo miedo me embargó, ¿Qué tal si me acercaba y él me rechazaba? Lo que había ocurrido ya dos veces no podía ser tan solo el calor del momento.

Paré mis pensamientos al escuchar con atención lo que estaba diciendo

Atenea:

—... eran luces, alrededor de 3 automóviles, estoy segura de que los vi también en la fiesta Will...

Mi corazón dio un salto. Yo misma comencé a rascarme mi piel al entender lo que Nea estaba tratando de explicar.

—Espera, ¿Tres automóviles? Quién podría...

Mis palabras no terminaron de sonar cuando los vidrios estallaron por las ametralladoras de la gente que estaba afuera.

*Cuando piensas que ha pasado el peligro te relajas y relajarse es sinónimo a morir. Por eso siempre pienso que estamos en peligro.*

En mi primer entrenamiento mi madre no dejaba de decir esas palabras, en ese momento más que nunca eran reales.

Me dirigí hacia Emilia para tirarla al suelo cuando Will se adelantó y junto a Nea se colocaron detrás de la puerta hechos un ovillo en el suelo.

Rápidamente corrí hacia debajo de la mesa del comedor y salté al suelo, Chris se fue hacia la cocina, abrió la nevera y sacó varias armas. Nos arrojó dos a cada uno, y se dirigió al suelo conmigo.

Los vidrios y muebles de cuero estaban siendo destruidos, al igual que la Tv y algunas otras cosas.

Sentía que estaban destruyendo mi hogar.

¿Cómo nos habían encontrado?

Habíamos revisado que Emilia no tuviese forma de comunicarse con los Uzcategui, habíamos asesinado a todos los que estaban con Claudia, ¿Quién había quedado vivo para poder regar la voz?

Chris se dirigió gateando hacia mí y me gritó:

—¡En cuánto terminen las balas necesito que hagas lo que te diga sin replicar! Tengo un plan.

Balas seguían cayendo, el ruido era molesto e irritante aunque en nuestras posiciones era imposible ser alcanzados. Asentí hacia Chris y me preparé para lo inevitable.

Poco a poco las balas se fueron terminando. Sabía cuál era el paso a seguir, entrarían a la casa y buscarían cuerpos.

Cuando dejaron de disparar Chris se puso de cuclillas y lo imité, Chris le quitó el seguro a su arma al igual que yo. William y Nea debían estar haciendo lo mismo por su lado.

Lo primero que vi fue un pie masculino, en otro momento mi instinto

me hubiese hecho dispararle inmediatamente, por otro lado, le había dicho a Chris que seguiría su plan, debía cumplir mi palabra.

Unos zapatos un poco más femeninos le siguieron a los otros, estaban a pocos centímetros de los chicos y muy lejos de Chris y de mí, nos encontrábamos en el perfecto lugar para disparar.

Chris no dijo nada.

Una voz se escuchó al fondo, cómo previne daba la orden de revisar cada centímetro de la casa, Will y Nea no se movían y Chris no me decía nada.

¿Qué esperaba, que mataran a nuestros compañeros?

Voltee a verlo y con los ojos le dije que hiciéramos algo.

Fue entonces cuando escuché dos disparos detrás de mí, venían desde la puerta, voltee.

Los hombres cayeron bajo su propio peso, muertos. Intenté reconocer a quien disparó pero en ese momento Chris me hizo señas de levantarnos. Will y Nea imitándonos.

Me levanté rápidamente y tomé mi glock justo cuando Chris me gritó:

—Quédate en la cocina y toma a Emilia.

Mi prima estaba junto a Nea quien disparaba desde la ventana a enemigos que supuse se encontraban afuera. Los disparos de nuestra parte comenzaron a sonar al igual que los de respuesta.

Éramos minoría, perderíamos.

Quise replicar, si yo me quedaba en la cocina con Emilia sería una inútil, además yo tenía mejor puntería que Nea. Aunque había prometido no replicar mi sangre Varsolé quemaba por defenderse.

La cara de Emilia era de puro miedo, me condolí y tomé una decisión. Corrí hacia ella y le hice señas a Nea para que le soltara la mano, así mi prima comenzó a disparar con dos armas mientras yo me llevaba a Emilia lejos.

No pude dejar de notar la habilidad que mostraba Atenea, parecía que la Atenea que había llegado con William había dado un giro de 180 grados y se había convertido en la que tenía en frente.

Una verdadera guerrera.

Corrí hacia la cocina y me coloqué detrás de la encimera con Emilia.

Ella se colocó en posición fetal mientras más disparos sonaban.

Tendría que haber al menos 20 personas afuera, habíamos asesinado a

Claudia y si su esposo tenía conocimiento de nosotros, ya estaba intentando tomar represalias.

Eran tres personas disparando y dentro de poco se acabarían sus balas.

Por más que entendía lo necesario que era la organización, no podía dejar a mis amigos en el blanco mientras yo me quedaba viendo el techo.

Me fui agachada hasta la parte trasera de la cocina, abrí la nevera y busqué un arma.

Me dirigí hacia Emilia y le expliqué rápidamente cómo usarla en caso de que alguien llegara hacia ella.

No decía una sola palabra y solo negaba con la cabeza. No tomaba el arma de mis manos y los disparos no cesaban.

Mi paciencia se fue por la borda.

—Emilia ya me cansé de tus estupideces. Eres una Varsolé, tú sangre es la mía y no permitiré que sea derramada. Te secuestraron esos hombres y te alejaron de los tuyos. ¿Dónde está tu orgullo o tus ganas de vengarte?

Se lo que están pensando. Emilia era solo una niña y yo estaba empeorando la situación, por otro lado, yo a su edad ya había aprendido a disparar desde diez puntos diferentes sin nunca fallar al blanco. Era necesario que ella reaccionara.

En cambio, mi prima no movió un solo músculo, se quedó quieta.

Tomé su mano en las mías y la obligué a tomar el arma.

Vi sus ojos y con la voz más imponente que tuve le dije:

—Te dejo con qué defenderte. Tu única orden es no morir. Necesito ayudar a los chicos.

Dicho eso me fui desde mi posición a salvo y me dirigí a las habitaciones.

Era obvio que los Uzcategui no solo nos atacarían por el frente, Nea había hablado de tres vehículos, en mi habitación había una ventana que daba con la montaña, se dirigirían ahí y yo los esperaba.

Justo cuando crucé hacia mi cuarto me hallé a una persona pasando la ventana. No pude evitarlo, meses atrás habría dudado y me habrían asesinado, pero no en ese momento, no ese día, mi mano no tembló al levantarse ni mi dedo al halar el gatillo, mis ojos no dudaron en su objetivo.

Un disparo sonó en la cabeza del hombre que había intentado entrar y que caía inerte en la ventana para después resbalarse sobre el suelo de mi habitación.

Siempre pensé que conocería al primer Uzcategui que asesinara, también creí que sentiría alguna pizca de remordimiento, algo parecido al dolor... lo vi ahí, su sangre derramándose y solo podía pensar en que había ensuciado mi habitación.

Busqué la culpa y el remordimiento, pero no había nada. Nada más que la rabia de saber que habían encontrado nuestro hogar y que querían asesinarnos.

Eso me asustó. Chris me había dicho miles de veces que no era una asesina, que no era la típica Varsolé, y para qué negarlo, hubo un momento en que lo creí, pero no ahí, no junto a uno de los Uzcategui muertos, no junto a mi primer asesinato.

Entendí que había nacido para eso, para acabar con cualquiera que quisiera hacerle daño a mi familia.

El sonido de personas bajando por las montañas llamó mi atención, más personas intentarían entrar por ahí y yo me encontraba sola.

El miedo salió de mi sistema y la rabia tomó su lugar.

No asesinarían a otro de los míos, no me harían morir ese día.

Samantha Varsolé ya estaba en la guerra.

**Abril**

**Estoy otra vez en un cuarto de hotel.**

**Solo que esta vez estoy con familia.**

**Una familia que me odiaba.**

**¿Cómo podía explicar que Mamá y Mentor me habían obligado a decir esas cosas?**

**Nadie me creería.**

**Ahora ellos están muertos, aunque en parte me alegra, una pequeña parte de mí está dolida por su partida.**

**No he podido dejar de llorar.**

**William ha estado atento y protector como siempre. Atenea, en cambio, no se fía de mí.**

**En este momento están secreteando al otro extremo de la habitación. Atenea le pone las manos en los hombros a Will, de algún modo queriendo que entre en razón. Will, por otro lado, evita verla a los ojos. Está molesto con ella.**

**Me dicen que dentro de unos minutos partiremos a otro sitio a encontrarnos con Sam. Al parecer ella dejó de responder su teléfono y William está preocupado.**

**¿Será que su amigo rubio le hizo algo?**

**Quiero hablar, disculparme... Las palabras no salen de mi boca. Siempre he sido mejor escribiendo, dejando mi vida en letras así no vayan a ser leídas nunca.**

**Tengo miedo porque me dicen que dentro de poco te veré madre. No sé cuál será tu reacción, tampoco sé cuál será mi propia reacción.**

**Solo quiero que todo termine.**

**E.**

## CAPÍTULO XVII

### CAYENDO AL FONDO.

Los Uzcategui eran unos idiotas.

Llevaba cinco de ellos muertos en mi cuarto y aún no se daban cuenta.

En el tiempo que llevaba ahí ya había entendido su modus operandi. Las filas bajaban detrás de las montañas y de seis que bajaban hasta mi casa, cinco se dirigían por el frente y uno solo intentaba irse por detrás de la casa.

Por supuesto ese moría al instante de intentar cruzar mi ventana.

Había tanto ruido por el frente que mis balas no se escuchaban al atravesar el cráneo de los malos.

Estaba atenta ante cualquier nuevo polizón y al mismo tiempo distraída, no podía dejar de pensar en si había hecho bien al dejar a Emilia sola.

Bueno, si no lo hubiese hecho, seis personas hubieran atacado nuestra retaguardia y todos estaríamos muertos.

Habían pasado varios minutos, nadie más intentaba entrar por la ventana, yo me encontraba al lado de la puerta del cuarto, escondida entre las sombras. Pensé qué tal vez era hora de unirme a los chicos, Chris ya debía haber ido a buscar más armas a nuestra fuente en la nevera y ya debía haber notado mi ausencia con Emilia.

Sí, iba a estar molesto cuando me viera.

Me preocupada dejar esa ala de la casa sola. Por otro lado, no estaba haciendo nada y otra vez me comenzaba a sentir inútil.

Un ruido sonó afuera. No podía asomarme en la ventana o alertaría a los enemigos. Esperé a que se asomara quien quiera que intentara tomarme por sorpresa.

Veía los cadáveres a mi alrededor, mi habitación estaba llena de sangre y pronto olería mal.

Me daba asco y a la vez rabia la situación, por un momento dudé si sería lo correcto buscar a Emilia y traerla hasta la habitación para protegerla. Deseché la idea, una niña no podía ver eso, en realidad nadie debería verlo.

Los primeros tres habían recibido disparos en la cabeza, solo había un charco de sangre donde ellos se encontraban; sin embargo, el último me había dado trabajo ya que había sabido esquivarme. Tuve que dispararle en el brazo, luego en el cuello y su cabeza se había roto al caer. No era una imagen

bonita.

Me extrañó cuando sentí el ruido intensificarse, no sonaba como una persona que intentaba entrar a través de la montaña, el ruido era intenso, como golpes sobre el suelo y la casa.

Fue cuando lo comprendí, esa vez no intentarían entrar por la ventana, romperían el marco para poder entrar más de uno a la vez.

Hasta ese momento el pequeño tamaño de la ventana había hecho que los Uzcategui intentaran entrar de a uno, dándome la perfecta oportunidad de asesinarlos, en cambio, si rompían ese marco, más de uno podría entrar y definitivamente no me podría enfrentar a dos hombres armados sin morir en el proceso.

Corrí al marco lo suficiente para ver, aún me encontraba en las sombras por lo que pude visualizar tres cuerpos alrededor del marco, habían otras sombras detrás de ellos, pero no podía decir si eran personas ni mucho menos cuantos eran.

La desesperación me invadió, tendría que llamar a uno de los chicos, aunque los disparos no cesaban en la entrada de la casa. Estábamos tan lejos de la civilización que ningún vecino se daría cuenta de lo que pasaba hasta que un grupo resultara muerto.

Los chicos estaban ocupados con los Uzcategui, tenía que haber una forma de solucionarlo todo.

Apunté con mi arma aunque no tenía un blanco en mente.

Otra vez el ruido, estaban rompiendo el marco.

Esperé, no podía perder mi posición o estaría muerta. Entre los disparos afuera de la habitación y el ruido de la ventana me comenzaba a sentir fuera de quicio, el olor a muerto y el rojo de la sangre a mi alrededor no ayudaba.

*Al menos moriré como mi madre siempre esperó.*

El ruido se intensificó y salieron clavos del marco.

Estaba cayendo.

Un puño golpeó el vidrio de la ventana y me estremecí ¿Era así? ¿Había logrado sobrevivir tanto tiempo para morir así?

Tres pares de manos se asomaron para quitar el marco. Preparé mi arma, esperando una cabeza a la que apuntar.

Pasando ese pensamiento, se terminó de caer el marco y vislumbré como dos cuerpos comenzaban a entrar a mi habitación.

Justo cuando el primero, grande y corpulento se terminó de dejar caer en

mi habitación disparé a su cabeza.

Muerto.

El segundo hombre reaccionó rápido, en pocos segundos un disparo sonó a mi lado, no me dió.

Corrí por la habitación en tanto intentaba apuntarle, Chris tenía razón, estando en movimiento era muy difícil disparar.

La persona también corrió, me esquivó una y otra vez. Él también intentaba darme, pero yo era rápida. Jamás había sentido mi habitación tan grande y amplia.

A los pocos minutos otro cuerpo entró al cuarto, mi pierna estaba doliéndome y estaba mareada.

Apunté al nuevo intruso pero fallé.

Eso dio tiempo para que el hombre que había estado esquivándome me tomara del brazo y apuntara su arma justo a mi frente.

Lo miré a los ojos, eran color azul profundo. Era mucho más alto que yo, tendría unos pocos años más de edad, su cabello de color castaño era largo, sus brazos me sostenían fuerte.

Él también me miró y noté en sus ojos que no quería asesinarme.

El hombre dudó.

Aproveché su duda para hacer una pequeña llave con la que voltee su cuerpo hacia el hombre de la ventana que comenzaba a disparar en ese momento.

El hombre de los ojos azules me sirvió de escudo y el disparo cayó en su hombro.

*Sobrevivirá* pensé con alivio para mi sorpresa.

Luego, aún con su cuerpo de escudo disparé al nuevo hombre en la ventana y a uno que se comenzaba a asomar.

Otros dos se asomaron y justo cuando fui a disparar, una voz conocida me detuvo.

—¡Sam basta! —Gritó una voz de mujer desde la ventana.

Dejé caer el fuerte cuerpo del hombre de los ojos azules, sin pararme a pensar en que él no había hecho nada por defenderse.

La confusión me invadió al igual que un escalofrío al sentir esa voz, conocía esa voz.

Mi corazón dolió con el sentimiento de la traición.

¿Por qué estaría del otro lado de la ventana al menos de que se tratara de

un cómplice de los Uzcategui? Vi a los hombres a los que les había querido disparar, se encontraban inmóviles, de seguro esperaban instrucciones.

Instrucciones de ella.

Su cuerpo se reveló desde la ventana, ella sabía que yo no dispararía. Me habían criado así después de todo, nos habían criado así.

Su delgado cuerpo me saludó. Habíamos sospechado que alguien nos había traicionado y cuánta razón habíamos tenido.

Solo que no se trataba de un trabajador ni un guardaespaldas.

Se trataba de mi propia familia.

Di un paso al frente y la miré. Esperaba que mis ojos demostraran todo el odio que sentía en ese momento, esperaba que lo fuerte de su traición se viera en ellos.

Me acerqué a ella, sabía que no me dispararía. De lo contrario no habría llamado mi atención.

No pude detenerme, mi mano se movió en una cachetada.

Su bello rostro giró y se tocó su mejilla, después me miró y sonrió.

—¿Después de tantos meses así me recibes?

Sonreí despectivamente. Siempre había sospechado que había algo en ella diferente a todos, mas nunca había entendido hasta qué punto era.

Había vivido muchos años con ella, la había considerado mi hermana y había cuidado de ella. Mis ganas de vomitar cada vez se hacían más grandes, no entendía nada.

Los disparos afuera cesaron y escuché pasos venir hacia mí.

Solo rezaba que se tratara de mi familia, de mi verdadera familia.

Una lágrima se derramó sobre mi mejilla y me odié. No quería llorar delante de ella, *tal vez la estaban obligando* pensé por un segundo, después olvidé esa idea. Nos habían escondido muy bien, no habría forma de que los Uzcategui la hubiesen contactado al menos de que ella lo hubiese querido así.

Escuché los pasos más cerca y la voz sorpresiva de Chris.

—¡Samantha! —Dijo un Chris molesto.

Me imaginaba lo que veía, 7 cadáveres a mí alrededor, yo un poco sucia y llena de sangre con mi prima y dos hombres apuntándome. Vaya escena.

Alcé mi mano para que no se acercara a mí, sabía que no me haría nada a mí, mas no estaba segura sobre qué haría con Chris.

Escuché otros pasos. Unos ligeros y otros más pesados. William y Emilia.

Escuché sus voces de sorpresa y controlé mi propio sollozo. Estaban igual de sorprendidos que yo, tal vez indignados incluso.

Miré a mi prima buscando algo que me hiciera dudar, algo que me dijera que tal vez esto era una pesadilla.

Vestía jeans con una blusa roja ceñida a su cuerpo. Tenía una cola alta que recogía todo su cabello y me hacía ver lo bello de su rostro.

Por primera vez hablé.

—Hola Anette —Dije.

Mi prima siempre maquillada me sonrió. La última vez que la había visto había sido en el funeral de Manuel. Me pareció que había sido tan difícil para ella, había terminado su relación de hacía años el día anterior a ese, el día del entierro de su primo. Por otro lado, la débil Anne no se encontraba, frente a mí había una mujer nueva, renacida.

Escuché pasos detrás de mí y supe que había llegado Atenea.

Cuando llegaron los chicos Anette no hizo el menor intento de reconocer su presencia. Ahora con Nea al frente, Anette sonrió más ampliamente.

—No sabía que la bastarda de mi tío se encontraba aquí — Dijo despectivamente.

Mi sangre ardió.

—¿Que se supone que haces Anette? — Pregunté.

Anette volvió su mirada hacia mí.

—Dirijámonos a un lugar donde estemos todos cómodamente.

Miré a mi alrededor. Era verdad, a penas cabíamos en la habitación, pero si Anne creía que yo le daría la espalda para salir estaba más que equivocada.

Al ver mi rostro y entender que no me iría a ningún lado Anette dijo en voz alta y clara:

—Está bien. Si no te moverás al menos deja que mis hombres muevan estos cadáveres.

Entonces como si hubiese sido planeado, los dos hombres tomaron los cadáveres y comenzaron a llevárselos a través de la ventana.

Ninguno de nosotros se opuso a ello.

En la guerra, era normal que cada parte reclamara a sus cadáveres, así que el que Anette se llevara los cuerpos no era extraño. Uno de los hombres ayudó a levantarse al chico de los ojos azules.

Tenía un disparo en el hombro y otro en la pierna, pero estaba vivo. Me avergoncé de como lo había tomado de escudo humano e intenté bajar la

cabeza, no obstante, antes de que lo lograra vi otra vez sus ojos.

El chico se apoyaba de su compañero como si su vida dependiera de ello, era alto, delgado y su cabello castaño caía a sus hombros, era guapo la verdad. En el calor de la pelea no lo había notado. Busqué rabia u odio en sus ojos, pero lo que encontré fue algo parecido al alivio. Me miraba como si buscara algo en mí, ¿Qué era? no podía saberlo. Después miró a Anette, asintió y junto a su compañero salió de la casa.

Fue un momento extraño a decir verdad; sin embargo, el chico de ojos azules desapareció de mis pensamientos al momento de ver a mis primos.

Nea agarraba la mano de William mientras él intentaba contener su rabia. Emilia se abrazaba en su lugar y ya no tenía el arma que yo le había dado. Chris, se encontraba de brazos cruzados observándolo todo desde la puerta. Fui hacia él.

A penas me acerqué me dijo lo que ya esperaba:

—Abandonaste tu posición —Su voz fría como un témpano de hielo.

—Fue tu error no contar la ventana de atrás, si no me hubiese venido...  
—Comencé a decir indignada.

—Habríamos muerto todos —Sentenció él.

No pude gozar un segundo de la felicidad que me generaba el saber que Chris y yo estábamos de acuerdo en algo, en seguida llegaron tres hombres de mi prima.

En la guerra, cuando dos partes iban a negociar. Siempre tenía que existir el mismo número de personas activas en la guerra dentro de la habitación.

De nuestro grupo éramos cuatro: Atenea, William, Chris y yo, Emilia no contaba porque no había asesinado nunca a nadie. De parte de los Uzcategui se encontraban mi prima y tres hombres, lo que me hacía suponer que ya antes Anne había matado a alguien aliado a mi familia.

Uno de los hombres captó mi atención, era muy delgado, esquelético, su piel era blanca. Tenía un pantalón gris con una camisa blanca puesta, su cabello largo le tapaba los ojos y llevaba una gorra puesta que no me permitía detallar su cara.

Los cuatro nos dirigimos al centro de la habitación.

—¿Qué quieres Anette? —Preguntó Chris, haciéndose cargo de la situación.

Había puesto su cuerpo frente al de nosotros, como si de algún modo eso

tapara el peligro en que nos encontrábamos. No teníamos forma de salir vivos de esa, aunque Anne y su gente no nos asesinaran, afuera se encontraban alrededor de tres camionetas llenas de soldados Uzcategui heridos o no.

Di un paso adelante y coloqué mi cuerpo al lado de Chris. Puede que él quisiera protegerme pero la que estaba ahí delante de nosotros era mi familia, mi sangre. No iba a huir de ella, necesitaba una explicación.

Crucé mis brazos sobre mi pecho y escuché lo que tenía que decir.

—Han asesinado a Claudia Uzcategui. Él exige sangre por sangre —  
Dijo, refiriéndose a Francisco Uzcategui.

Es decir, quería asesinarlos. Vaya sorpresa.

Will se rió un poco y en un tono algo irónico le dijo:

—Se te olvida que ese hombre mató a nuestro primo. ¿O es que te olvidaste con quien estas trabajando?

Siempre había admirado de Anne su forma de sonreír ante los problemas, era como si nada le afectara, o al menos eso dejaba ver. Tenía en su cara una expresión despreocupada que me provocaba náuseas. ¿En serio no le importaba que fuésemos su familia?

—Manuel estuvo en el lugar y momento menos adecuado, cosa que Claudia Uzcategui aprovechó. Fue una falla, lo admito. No obstante, he conseguido una solución lo suficientemente fuerte para detener momentáneamente la guerra.

Fue mi turno de hablar.

—Déjame imaginar... Asesinarlos a todos y tú consigues un puesto como familia asociada de Francisco Uzcategui.

Me pasé la mano por mi cabello, me estaba dando calor y la situación no hacía más que empeorarlo.

Anne me respondió:

—No tengo que asesinarlos a todos. Solo a uno, Francisco no sabe cuántos Varsolé estaban en la fiesta, yo no se lo diré. Solo tengo que llevarle el cuerpo de uno de ustedes.

—¿Y a qué se debe tanta generosidad de tu parte? —Dijo Chris sarcásticamente.

La mirada de Chris estaba en todos lados menos en Anne. Lo conocía, estaba pensando en un modo de salir de la situación y solo necesitaba ganar tiempo.

Anne puso una expresión en su cara que conocía de hacía años. Era su

expresión de: *haría todo por ti pero...*

—Aunque no lo creas Chris, me dolió cuando mi familia prefirió ponerte a ti a cargo de esta misión en vez de a mí, después de todo cuando Sam se fue de casa la que estuvo a cargo de su sector fui yo...

Se quedó un segundo pensativa, sabía lo que venía *pero...*

—Pero no te guardé rencor. A ninguno de ustedes de hecho. Si hoy estoy aquí es por mi propia felicidad, necesito luchar por eso. Podría asesinarlos con una orden a todos, en vez de eso... los dejaré escoger a quién asesinaré.

Interrumpí a mi prima. Aunque intenté evitarlo mi voz sonó dolida e incluso desesperada. Como siempre, yo solo quería entender.

—¿Por qué hacer esto? Desde que te vi le estoy dando vueltas ¿Cómo podrías asociarte con alguien que se ha encargado de asesinar a nuestra familia? ¡Manuel era tu primo! ¡Yo soy tu prima!

Anne sonrió otra vez.

—¿Cuántas veces te he llamado desde que te viniste para acá Sam? Muchas ¿No? ¿Alguna vez te importo que yo fuese tu familia y hablaste conmigo?: No verdad —Su voz sonó un poco rencorosa, incluso creí ver sus ojos café aguarse.

Torcí un poco los ojos. La verdad, me provocaba retorcerle el cuello a mi prima, a veces podía ser tan insoportable.

—Estoy en una misión Anne. Una misión importante, ¿Querías hablar de tus rompimientos? Bien, hazlo con nuestras otras primas las cuales no se están jodiendo su pellejo por asegurar que la familia este a salvo —Eso lo dije subiendo la voz.

Al parecer removiό algo en ella, pues su voz saliό casi tan fuerte como la mía al responderme:

—¡Y todas las demás harían lo mismo! ¿Qué no lo ves? He sido invisible para esta familia toda la vida. La única vez que me vieron fue cuando te fuiste y aun así solo era la chica que no era capaz de ser tan buena como Sam Varsolé. Sufrí mucho Sam. No me sentí en mi hogar... No hasta que conocí a Lucas.

Recordaran a Lucas. Era el ex de mi prima y por quien ella había decidido beberse todo el licor del país una noche antes de la muerte de Manuel.

—¿Y por eso decidiste ir en contra de tu familia? ¿Crees que no me di

cuenta que lo más probable es que tu hayas sido quien nos traiciono y dio la dirección de Manuel? ¿O la de Emilia? ¿Crees que no sé que esas llamadas que me hiciste han sido rastreadas y por eso Claudia Uzcategui supo todo lo que iba a ocurrir? —Mi voz sonaba rasposa, enojada, traicionada. Gritaba a Anne con dolor. Que un extraño te vendiera era probable en la guerra, que tu propia sangre lo hiciera... No había honor en eso.

Anne sonrió

—El día que Lucas me dejó, no fue porque me estuviese siendo infiel Sam. Fue porque era parte de los Uzcategui y sabía que si yo era una Varsolé no podíamos estar juntos.

La información penetró como una daga en mi corazón.

—¿Renunciaste a tu familia por un hombre? Has hecho todo esto para estar con un hombre —Dijo Will incrédulamente

—Un hombre solamente no. Alguien que me ama y que si está dispuesto a todo por mí. Terminamos y cuando murió Manuel supe que todos terminaríamos así. Les hice creer que me fui y después volví. Ayudé a secuestrar a Emilia y sí Sam, tienes razón, fui yo la que estropeó su plan con Claudia, yo le dije a ella que apariencia tendrías y que serías una Varsolé. ¿Por qué crees que ella quiso comer contigo esa tarde en el restaurante?

Recordé que segundos antes de que llegara Claudia, Anette había llamado.

—Y ahora tienes a tu novio contigo. Tienes lo que querías —Dijo Atenea

Anette asintió y tomó la mano del chico de la gorra. Fue cuando lo reconocí, era Lucas. Estaba más delgado, casi famélico. Su sonrisa fácil ya no estaba y en cambio una expresión que solo podía tener las personas que habían visto el lado más oscuro de la vida se asomó.

Lo miré despectivamente.

—¿Por eso es que has hecho todo esto?

—Sí, soy más fuerte que todos ustedes juntos, fui yo quien encontró a su prisionero Tavo y así pude saber dónde se encontraban viviendo. Después lo asesinó para Claudia —Respondió Anne mirándose las uñas.

Tavo, sabía que si un Uzcategui lo encontraba iba a ser nuestro fin.

—¿Entonces chicos? ¿Cuál de ustedes será asesinado esta noche?

Tanto rencor, tanto desprecio en su voz... Habíamos vivido todo ese tiempo con alguien que no nos tenía el mínimo aprecio, que nos usaba como

peones de un juego y encima, en su retorcida mente, pensaba que era ella la víctima.

Iba a reírme otra vez irónicamente cuando vi a Nea moverse a mi periferia y decir:

—Yo.

## CAPITULO XVIII

### FAMILIA A VECES NO ES FAMILIA

Voltee a ver a Nea. Había estado todo ese tiempo en silencio, lo había atribuido a que estaba buscando una forma de escapar con Emilia. Su aporte suicida había desestimado esa hipótesis.

Nos alejamos de Anne, después de todo, no había forma de escapar de ahí. Anne había dicho que tomáramos nuestro tiempo, me daba rabia el poder que tenía sobre nosotros. Más, que estuviese tan segura de ese poder.

Cuando estuvimos al fin solos, tomé su mano, alcé mi voz al mismo tiempo que Will y dijimos:

—¿Te has vuelto loca?

Ella sonrió y soltó mis manos, Will también se había volteado hacia ella. Chris en cambio había tomado a Emilia de la mano y se encontraba en silencio.

—Chicos. Yo fui quien liberó a Tavo, si nos han encontrado ha sido por mi culpa. Suena lógico que sea yo a quien asesinen.

La cara de Will era completamente impropia de él. Estaba rojo de la rabia, en sus ojos color oscuro veía algo que en todo el tiempo que llevaba conociéndolo jamás había visto, miedo.

—¿Y crees que nos dejaran a nosotros en paz? Serías solo a la primera que asesinarán.

—¿Y cómo quieres intentar escapar Will? —Preguntó Atenea pacientemente.

—¡LUCHANDO COÑO!

Will alzó la voz lo suficiente para que Emilia se estremeciera. Le hice señas para que se calmara y dije un tanto conciliador:

—William tiene razón Nea. No sabemos con certeza si nos van a asesinar a todos. No podemos fiarnos de Anne, tal vez solo está jugando con nosotros para que nos despistemos. Una vez que te sacrifiques, acabará el tiempo de negociación y puede prender fuego contra todos. No tendría más bajas de hombres, porque no pelearíamos. Si te pones a ver sería el plan perfecto.

Nea meneó la cabeza. Sus rizos bailaban y acariciaban su rostro. Era increíble como a punto de morir y preocupada seguía viéndose deslumbrante.

—Es la mejor opción que tenemos. Si fuésemos solo nosotros les diría que sí. Pero tenemos a Emilia aquí. Tenemos que resguardar su vida. Además, yo no podría asesinar a mi propia prima, a mi propia sangre ¿Y ustedes?

Esa vez no lo decía por Emilia, sino por Anne. Aunque odiara admitirlo, Nea tenía razón. Emilia era nuestra familia. No podíamos ponerla en medio del fuego ni mucho menos.

Observé a Chris, sus ojos duros me decían que estaba de acuerdo con Nea. No era difícil descifrar como trabajaba el cerebro de Chris, para él, al ser Nea quien había incumplido con la guerra debía ser ella misma quien se sacrificara por el grupo.

Absurdo para mí, que había sido criada para siempre proteger a los míos, a mi familia.

*Pero Nea no era parte de la familia de Chris.*

La voz de Nea generalmente era dulce y pacífica. Cuando habló sonó vibrante, enérgica, para nada la voz de alguien que moriría en pocos minutos.

—Está decidido chicos.

—Nea es estúpido. Si es por eso yo dejé que Anne interviniera mi teléfono, no la detuve...

Ella me interrumpió rápidamente:

—Anne sólo ayudó a Claudia a saber quién eras y que te encontrabas en el restaurante. Yo les di a Tavo, la única persona que sabía donde quedaba nuestro hogar —Dicho esto hizo ademán de retirarse.

Fui a tomar el brazo de Nea para detenerla, en cambio, la que se detuvo fui yo al mirar más atenta a Chris.

Había algo extraño en sus ojos y su postura. Era como si supiese lo que iba a pasar y no contaba con que fuera el asesinato de Atenea precisamente.

Sonrió de medio lado al ver que lo observaba, entonces asintió.

Algo en ese momento evitó que impidiera que Atenea diera un paso adelante y le dijera para Anette:

—Necesito que dejes salir a todos, entonces puedes asesinarme.

Anette cruzó los brazos sobre su pecho y sonrió.

—Lucas, tráela hasta aquí por favor —Eso sonó con una voz autoritaria que en mi vida había escuchado a Anette, generalmente su voz era chillona, tosca y algo gruñona. Verla así, dueña de situación, me hizo ver que tal vez nunca había conocido realmente a mi prima.

Lucas caminó hacia nosotros. Tuve que luchar contra todas mis ganas para no meterle un balazo entre las cejas. Por otro lado, conocía las reglas. Hacer eso sería permitir que el batallón de Anne abriera fuego contra todos nosotros.

Justo cuando Lucas tomó el brazo de Nea ella dijo e hizo algo que conmocionó a todos en la habitación.

—Necesito un segundo —Dijo.

La respiración de mi prima estaba agitada y su rostro un poco rojo, pensé que era la presencia de la inminente muerte causando estragos en ella. ¡Qué tan lejos de la verdad estaba!, Nea corrió a gran velocidad hasta donde se encontraba William, entonces tomó su rostro, lo bajó hasta sus labios y lo besó.

Cuántas veces quise negar lo innegable, cuántos momentos tuve que dejar pasar para no enterarme de lo que sentían mis primos el uno por el otro. Y ahí estaba, más presente que nunca. La prueba de lo que ya Chris y yo sospechábamos.

Se amaban.

Atenea besó a William consumiendo todo de él y diciéndole lo que al parecer jamás pudo decirle. William por su lado no se quedó atrás, el normalmente caballero correcto de la guerra le dijo a Atenea con sus labios que la amaba con la misma fuerza.

Debí apartar mi mirada de ellos; sin embargo, no podía. Tal devoción era difícil de dejar de mirar. William tenía a Atenea contra su cuerpo sin la menor intención de dejarla ir y ella tomaba su rostro sin quererse escapar.

Eran unión y eran fuerza.

Pensé que sentiría repulsión al verlos. Honestamente en ese momento olvidé los lazos que unían a Atenea y a William. Solo veía a dos personas despidiéndose.

Los segundos pasaron hasta que fue obvio que tenían que separarse. Atenea tomó el rostro de William y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Adiós.

Entonces volteó y buscó a Lucas. Verán, era una habitación que se encontraba sin luces, la conmoción de ver a Will y Nea apartaron mi mirada de lo que ocurría alrededor, por lo que en el momento que busqué a Lucas y lo vi con Emilia entre en sus brazos me dejó parada en seco, estupefacta.

—¿Qué estás haciendo? —Dijo Nea con voz furiosa mientras sacaba su

arma hacia Lucas.

Este entonces apuntó a Nea mientras se iba con Emilia en brazos dando pasos hacia atrás hasta donde estaba Anette.

—Dispara, adelante, intenta no darle a tu propia prima —Esto lo dijo mirando a Nea muy despectivamente, era obvio que no le había gustado el pequeño espectáculo entre William y ella.

La mirada de Nea lució desesperada y antes de que todos entendiéramos que ocurría corrió hacia donde se encontraba Lucas acercándose a Anette.

—El trato es conmigo —Dijo justo al tiempo que otra de las personas de Anette la tomaba del brazo y apuntaba a su cabeza.

Yo aún no lograba moverme. No sabía qué hacer. Te podían enseñar a disparar, a armar estrategias y a esconderte. Más nunca te enseñaban a qué hacer en el caso de tener que escoger entre la vida de dos familiares.

Si apuntaba a Anette, esta daría la orden de asesinar a Nea. Por otro lado si apuntaba al hombre que tenía a Nea, Anette ordenaría a sus hombres asesinar a los chicos.

—Alto Anette.

Voltee mi mirada para observar a Chris y a William. Chris apuntaba hacia Emilia quien ahora era sostenida por Anne en tanto William apuntaba justo la parte trasera de la cabeza Lucas y lo tomaba por un brazo hacia su lado de la habitación.

Intenté entender la imagen mientras mis palabras salían sin quererlo.

—¿Qué haces Chris? —Dije histéricamente.

Anette sonrió intentando que no se notara su nerviosismo mientras William y Chris daban unos pasos hacia adelante.

Chris sonrió y se marcó su hoyuelo. Su voz sonó como hielo mientras sus ojos miraban despiadadamente a Anette.

—¿Crees que esta niña me interesa? Mi misión era acabar con Claudia Uzcategui y lo logré. No dejaré que mates a nadie de mi equipo. Antes prefiero asesinarla a ella. Quiero saber qué le dirás a Francisco Uzcategui cuando no llegues con su hija. ¿Esa es tu verdadera misión verdad? Recuperar a su hija y castigar a los que asesinaron a su esposa.

Anette se quedó callada mientras miraba como William apuntaba a Lucas. William no tuvo que decir palabra para que supiéramos cuales eran sus intenciones, si Anne daba la orden de asesinar a Atenea, William acabaría con la vida de su amado.

Decidí conciliar con Anette.

—Suelta a Nea. Sé que no quieres perder a Lucas.

Anne entonces apuntó hacia Atenea también.

—Suelta a Lucas, William. Suéltalo o te juro que la asesinare a ella y a todas las golfas con las que te has acostado.

Su voz estaba llena de repulsión. Veía a William y Atenea con malos ojos. Eso solo hizo molestar más a Will, quien tomó una mano de Lucas y partió su muñeca.

El quejido de dolor de Lucas hizo escapar las lágrimas de Anne. William seguía apuntándolo.

—Está bien... Está bien la liberaré y pueden irse. Pero la niña se queda conmigo.

Chris sonrió.

—Antes prefiero asesinarla. He visto su rostro, lo que menos quiere es volver contigo.

Volví a intentar razonar con Anette:

—Anne piénsalo. Déjanos ir y ven con nosotros. No has asesinado a nadie de la familia. Madre te aceptará en casa y esto será solo un mal episodio. Estos hombres reciben tus órdenes, no las de Francisco Uzcategui.

Eso solo molestó a Anne quien me apuntó a mí.

—¿Podrías callarte? Tú odias la guerra. Cuéntame, ¿Qué has hecho tú Samantha para que tu madre y tíos te tengan en ese pedestal? Cogerte a tu ex y decir que fue un intento de violación.

Tragué saliva y consumí mi rabia. Arremeter contra ella solo empeoraría la situación. William no pensó igual, quebró el brazo de Lucas.

—¡Basta! —Gritó Anette.

Comenzó a rascarse la cabeza con la punta de su pistola mientras yo veía a Emilia.

Chris tenía razón, su cara estaba pálida y su frente sudaba, prefería estar muerta antes que volver con los Uzcategui.

Di dos pasos hacia Anette.

—Samantha —Dijo Chris, ordenándome que me alejara.

Por supuesto, no le hice caso.

—Entonces permíteme darte dinero suficiente para escapar. Tú, Lucas y toda esta gente. Al país que prefieras. Solo déjanos ir. Emilia también es tu familia, sabes que si la entregas le harán daño.

Eso llamó la atención de Anne, quien dejó de rascarse la frente.

Me acerqué un poco más.

—Solo da la orden. Diles que nos dejen ir. Te prometo que me quedaré de garantía mientras los chicos buscan el dinero. Nueva identidad, pasajes, transporte. No tomaremos represalias Anne.

Me miró con ojos llorosos.

—Nunca tu familia me dio nada. ¿Por qué lo haría ahora?

Ya estaba casi en el mismo sitio que Anne. Le dije con voz entrecortada.

—No sé porque no te trataron como a mí Anne. Pero te juro que lo daría todo porque no hubiese sido así.

Y lo decía en serio. Tanto rencor había en Anne que nos odiaba a mí y a mi familia. ¿Cuántos desprecios y malos tratos había recibido hasta llegar a ese punto? ¿Cuántas borracheras fuera de casa habían sido resultado de una depresión que nunca me atreví a ver?

Logré tocar el brazo de Anne y esta giró su cuerpo hacia mí. Me apuntó con el arma, esa vez hacia mi frente. Di dos pasos más.

—Samantha —Dijo Chris con voz de preocupación, dando un paso al frente.

—Quédate donde estás —Dije.

Chris no me hizo caso y quitó su arma de Emilia para apuntar con ella a Anne.

Eso quitó la mirada de ensoñación de Anne y miró a Chris por el rabillo del ojo.

Anne siempre había presumido de tener un poder. Nos reíamos desde que teníamos quince porque ella decía que sabía cuándo dos personas se amaban. Siempre decía que la voz de las personas tenía un aire especial al hablarse. Sonaba fantasioso, por otro lado, aquella suspicacia se vio relucir aquella noche cuando Anette me tomó desprevenida por el brazo y apuntó a mi sien, diciéndole a Chris y a William.

—Bajen sus armas.

Los chicos se quedaron paralizados. Antes de que pensaran qué hacer les grité:

—Ni se les ocurra.

Sentir el metal frío en mi piel más que miedo me causaba decepción. Tenía que olvidarme de la Anette con la que jugaba a las muñecas o a la que buscaba en la discoteca a las tres de la mañana, en algún punto esos meses,

ella había desaparecido y se había vuelto un ser despiadado.

Quizá al igual que yo.

Asentí hacia Will. El me miró asombrado; sin embargo, entendió lo que le pedí.

Todo ocurrió en cuestión de 10 segundos. Describiré paso a paso los sucesos para su comprensión.

En el primer segundo William disparó hacia Lucas y este cayó muerto en su lugar. Seguidamente William tomó a Emilia quien se encontraba libre puesto que Anne la soltó cuando me tomó a mí.

En los otros tres segundos, Chris disparó dos veces, una en la nuca y otra en la cabeza del hombre que tenía a Atenea en sus brazos.

Esta salió corriendo hacia donde se encontraba Chris.

Anette gritó al ver a Lucas caer. Esto hizo que se debilitara su agarre sobre mí por lo que pude voltear su cuerpo hacia el mío y tirarla al piso.

Intenté irme pero ella me tomó otra vez y apuntó su arma a mi pecho. Le di un golpe en la cabeza y volví a liberarme de su agarre.

Pude haberla dejado ahí y salir corriendo. En ese punto de la noche ya no me conocía a mí misma. Estaba tan asustada y desolada, Anette todavía tenía un arma en su mano y podía dispararme. No solo eso, habíamos asesinado al amor de su vida. No pararía hasta vernos a los cuatro muertos y a Emilia con Francisco Uzcategui.

Sin pensarlo, apunté mi arma a su corazón y en un segundo disparé una vez hacia su pecho.

Los ojos café de Anne me miraron, acusándome, sentenciándome. Intentó parar la hemorragia pero era imposible, ese último segundo vi como escapaba la vida de los ojos de mi prima. Poco a poco vi como el miedo en sus ojos se disipaba y quedaban mirando al vacío.

Los disparos comenzaron a volar por todos lados entonces, algunos de nosotros hacia ellos y otros de ellos hacia nosotros. Corrimos por toda la casa mientras intentábamos defendernos.

William cubría el cuerpo de Emilia y Chris cubría el de Nea. Yo intentaba disparar y evitar que me dispararan mientras que la neblina de furia se disipaba y entendía lo que había ocurrido.

*Había asesinado a mi propia sangre.*

Me maree mientras salíamos de la casa. Ya no había nadie al frente, todos los respaldos de Anette y Lucas se encontraban en la parte trasera de la

casa. La camioneta se encontraba sobre la montaña. Sorprendentemente, los hombres de los Uzcategui no habían visto la cuerda que se encontraba lateral a la casa.

Nos dirigimos hacia la cuerda mientras nos calmábamos al saber que estábamos cada vez más a salvo. La tierra, el campo de entrenamiento y la propia casa nos tapanían de los Uzcategui mientras subíamos.

William hizo saltar a Emilia a su espalda. Después comenzó a saltar la cuerda, Chris nos dio espacio a Nea y a mí para ser las siguientes, luego subió el.

Jamás pensé que agradecería a Chris su estúpida idea de la cuerda.

Esa noche lo hice. Dos veces.

Cuando el último de nosotros subió la montaña los disparos volvieron a sonar. Esa vez, corrimos directo al Jeep. William agarró el asiento del piloto, Nea y Emilia al lado de él, Chris y yo en la parte trasera.

William pisó el acelerador mientras huíamos.

Jamás habíamos bajado esa montaña tan rápido, jamás había estado en silencio tanto tiempo, jamás había asesinado a un familiar en mi vida.

William tomó la entrada hacia el otro lado de la ciudad. Rápidamente recorrió la avenida y nos dirigimos hacia la salida más cercana.

—Iremos hacia el sur. No nos perseguirán más, matamos a sus líderes —Dijo William.

Era verdad, esos hombres, al menos los que quedaban vivos, se encontraban por jerarquía bajo el mandato directo de Francisco Uzcategui.

Me apoyé en mi cojín mientras entendía lo que había pasado.

La imagen de Anette en el suelo mientras yo le disparaba se vino a mi mente.

Luego el sonido de los disparos.

Y otra vez la imagen.

Las ganas de vomitar volvían a mí mientras una lágrima caía en mi rostro.

Luego una imagen de Anette y yo jugando en mi casa a los 10 años.

Una de nuestra graduación.

El día que me presentó a Lucas.

Después, otra imagen de mi asesinato.

—La maté —Dije susurrando.

Sentí el contacto de la mano de Chris sobre la mía mientras decía una y

otra vez las mismas palabras.

Poco a poco las palabras se volvieron un mantra mientras imágenes iban y venían en mi mente. Sin darme cuenta cerré los ojos mientras lloraba.

¿Qué clase de persona podía dejar de tener piedad hacia su propia familia?

Me tomé el cabello en las manos y me lo comencé a halar intentando borrar la imagen de mi mente.

Mis lágrimas corrían por mi rostro y comencé a gritar. El dolor, el dolor en mi corazón parecía insoportable. ¿Cómo podría verle la cara a mi tía y decirle que yo en un ataque de furia había acabado con la vida de su única hija? ¿En qué clase de persona me convertía?

Había pasado los últimos meses, incluso años, diciéndole a mi familia que eran asesinos a sueldo y yo había sido peor.

Sentí el pecho de Chris en mi frente y su olor me envolvió. No lo merecía, estaba sucia. No solo era una asesina, era una bestia.

Lo empujé con mis brazos y tomó mis muñecas.

—¡Ya basta Samantha! —Gritó enojado.

Una imagen de Anne cuidándome mientras estaba enferma opacó todo razonamiento de mi mente. Tal vez ese día había enfrentado a un monstruo, pero, ¿Qué había de los años atrás? ¿Por qué no pude luchar por la prima que había conocido antes de todo?

—La maté ¡¿No entiendes?! —Grité fuertemente abriendo los ojos.

Me asombró lo que vi, ya era de día, Chris se encontraba con arañazos por toda la cara y mi garganta me dolía mucho. Mi respiración era acelerada y sus piernas tomaban mi cadera impidiendo moverme.

—Suéltame —Le dije.

—Cada vez que lo hago tienes una crisis —Me respondió, simplista.

¿A qué se refería? Solo había llorado un poco. La imagen de Anette volvió a mí y un quejido salió.

—Tienes que detenerte Samantha.

Quería que me soltara, la camioneta se encontraba en movimiento y yo solo quería llorar ¿Qué le pasaba a este sujeto? ¿Por qué no me dejaba llorar en paz?

—Suéltame —Repetí, casi histéricamente.

Escuché la voz de Nea en la lejanía, me di cuenta que había vuelto a cerrar mis ojos. Estaba bien, no quería abrirlos. Me daba vergüenza ser una

asesina.

—Sam, cálmate, llevas así horas. No podemos más.

¿Horas? ¿A qué se refería? A penas habían pasado unos minutos.

Intenté morder la muñeca de Chris. Antes de hacerlo él movió mi brazo y lo colocó a mi espalda.

Usó la suficiente fuerza para mantenerme inmovilizada y no lesionarme.

—¡Coño! ¡Que me sueltes! —Grité.

—Ya basta de hacerte daño. Sí, le disparaste a esa mujer que intentó matarnos. ¿Qué tiene de malo?, era ella o eras tú.

Empecé a negar con la cabeza.

—Pude dejarla libre e irme, elegí asesinarla por venganza —Dije mientras sollozaba contra el asiento del carro.

Chris comenzó a acariciar mi muñeca mientras decía más calmadamente:

—Si no lo hubieses hecho te hubiese asesinado por la espalda. Después, nos hubiesen perseguido porque ella sabría que nos dirigiríamos hacia el sur, después de todo, era una Varsolé.

Mi apellido en sus labios hizo que me doliera aún más el corazón.

—¡Exacto! —Grité —¡Era una Varsolé, mi sangre! ¡No dudé en meterle una bala en el corazón!

—Y ella no hubiese dudado en metértela a ti —Dijo Chris, otra vez duramente.

Soltó su agarre lo suficiente para que yo pudiera voltearme y empujarlo.

—¡No lo hubiese hecho! Ella estaba considerando rendirse hasta que tú abriste tu boca. Siempre tienes que tener el control ¿Cierto? Siempre tienes que decidir cómo ocurren las cosas. Pues... ¿A qué no adivinas Chris? Gracias a ti y gracias a mí eso le costó una vida a la familia Varsolé. No es que te importemos, no somos tu familia.

Todo eso se lo decía mientras lo empujaba y lloraba. Nea y Emilia me decían que me calmara mientras William manejaba y se mantenía al margen.

Chris volvió a tomar mis manos y colocó su rostro muy cerca al mío uniendo nuestras frentes, me habló dulce pero firmemente.

—Está bien. Cúlpame Samantha. Es verdad, yo soy responsable de ti y de todo lo que ocurriera en la misión. Pero por favor, no te hagas más daño, no puedo seguir viendo que te hagas daño sin hacer nada. Sin volverme loco...

>>Me volveré loco Samantha —Sentenció al final.

Aunque era una afirmación su voz salió como una promesa y eso fue lo único que pudo hacer que entrara un poco en razón.

Esa vez vi a mí alrededor. Chris no solo tenía marcas de mis uñas, su camisa se encontraba rasgada y me dolió mi cabeza, muñecas e incluso mi cuello. ¿Qué había pasado? ¿Había tenido un ataque como los de antes?

Vi en sus ojos como Chris me veía volver en mí misma. Me soltó y se alejó un poco. Luego, aún con un nudo en la garganta, dije más para mí que para todos.

—La asesiné.

Chris entonces respondió:

—No, no lo hiciste.

Negué con la cabeza y dije:

—Si disparar hacia el pecho de una persona no asesina, creo que no hay forma de asesinar a una persona.

Fue el turno de Chris de negar con la cabeza.

—Ese disparo no lo hiciste tú. No diremos que lo hiciste tú.

Me alarmé.

—Chris, no tienes responsabilidad sobre mí. No puedo ver como mi familia te llama asesino por mi culpa.

Chris miró al techo cuando me decía:

—Ya lo hemos hablado. Si decimos que tú asesinaste a Anette tu familia pensará que no puedes seguir en la guerra. Samantha, aun eres un activo muy valioso. Francisco Uzcategui no sabe quién eres. Si te alejan de la guerra, la perdemos. Diremos que a Anette la asesinó Lucas y tú disparaste a Lucas. Por eso estas tan afectada, porque perdiste a tu prima y asesinaste a quien pensabas era un valioso amigo.

Chris hablaba con convicción. Intentándome meter a la mente esa absurda historia. Pero yo no podía, no podía mentir y seguir viendo a mi tía con la cara lavada cuando yo sabía que era la culpable de las desgracias de mi familia.

No. No podía vivir una mentira.

—Si no haces eso. Acabarás con el honor de tu madre malvavisco —  
Dijo William, hablando por primera vez.

Tragué saliva. Tenía razón, si mi madre se enteraba iba a pensar que era su culpa, por meterme en la guerra, iba a decir que yo nunca había querido

pertenecer a todo eso e iba a querer cargar con el peso de la culpa de la muerte de su sobrina.

Negué con la cabeza.

—Huiré. Pueden decir lo que quieran y mi madre no cargara con el peso. Pero me iré, me iré de este país y no tendrán que saber...

—Basta Sam. Si no te hubieses acercado a Anne yo estaría muerta y en vez de su funeral celebrarían el mismo. Gracias a ti, William pudo tomar a Emilia. Deja de pensar que todo lo que ha ocurrido ha sido malo —Dijo Nea intentando aliviarme.

Me quedé callada y miré hacia la ventana. Otra vez las náuseas me inundaron.

—Para el Jeep —Dije a tiempo para abrir la puerta y vaciar la comida de la fiesta en el suelo de la carretera.

## CAPITULO XIX

### REMORDIMIENTOS Y TEMORES.

Ver a mi tío Alberto, a mi tío Martin y a mi tío Eduardo fue lo más difícil en todo ese tiempo.

Viajamos tres días hasta llegar al otro extremo del país, donde mi familia se encontraba reunida. Bueno, la parte de mi familia que se encontraba activa en la guerra.

Mi madre no se encontraba ahí ni mi abuela.

Sin embargo, pudimos hacer una videoconferencia para hablar con ellas y discutir lo que había ocurrido.

Los chicos ajustaron a su conveniencia la historia, Emilia y yo la seguimos al pie de la letra. Llámenme cobarde, tal vez lo era, no quería enfrentarme a la responsabilidad que tenía en manos. No podía perdonarme a mí misma, mucho menos pedirle perdón a mi familia.

Por lo que decidí callar.

Cuando callas, no hieres. Si no hieres, no tienes que enfrentarte al problema.

Mis tíos me abrazaron enormemente al verme mientras hablaban de lo orgullosos que estaban de William y de mí.

Como si tuviesen motivo para estar orgullosos.

Sí, habíamos cumplido con los objetivos. Encontramos el USB, a Emilia y vengamos a Manuel. Pero no olvidábamos el precio que habíamos pagado, la vida de otro Varsolé.

Por otro lado, Chris y yo habíamos evitado hablarnos desde que salimos del Jeep. No teníamos de qué hablar, nuestro tiempo juntos había terminado. En cuanto mis tíos lo creyeran necesario me enviarían a otro sitio, después de todo, tantos Varsolé juntos era un peligro.

Aunque Chris no era un Varsolé había probado su valía ante mi familia, ahora era de los nuestros.

Mi tío Eduardo mencionó algo de enviar a Chris junto a mi primo William hacia oriente al día siguiente. Y aunque me dolió escucharlo supe que era lo mejor.

Nada mejor que la tierra de por medio para olvidarlo todo.

William y Nea tampoco habían hablado desde lo ocurrido. Claro, ese

beso había dicho todo lo necesario. Al igual que Chris y yo, habían llegado a la realidad y no podían hacer más nada.

Cuando todos dieron sus informes, tanto hablados como escritos (si, la guerra era algo parecido a un juzgado público) me quedé en la sala de esa gran casa con mi tío Eduardo.

Era una gran casa perteneciente a mi familia desde hacía muchas generaciones. Pintoresca para no decir vieja aunque conservada. Las paredes eran de un color rosado que me recordaba un viejo jarabe que me daban cuando era niña. Por otro lado, la casa me traía una paz mental que nunca había sentido.

Los muebles eran de madera en contraste con el piso de porcelana. Una lámpara de araña decoraba el techo. Había otras cuatro lámparas en cada pared. Un escritorio con todos los papeles de mi tío Eduardo y una enorme biblioteca con quizá cuántos libros sobre el arte de la guerra.

Me senté en una pequeña silla mientras mi tío hacía lo mismo en su escritorio.

—Estás diferente —Me dijo. No reconocí si lo decía como si fuese algo bueno o algo malo.

Me encogí de hombros.

—¿Esa era la idea cierto?

Mi tío negó con la cabeza.

—La idea era que te volvieras más fuerte. Creo que no solo te volviste fuerte, tienes... una dureza que antes no tenías.

Me reí un poco.

—¿Dureza? —Negué con la cabeza mientras miraba el techo.

Mi tío era más mi padre que Jesús Medrano. Me conocía más que él y me daba consejos cuando lo necesitaba. Si no eran consejos, eran lo que él llamaba terapia en familia.

Justo lo que intentaba en ese momento.

—Sé que Anne y tu eran muy unidas. Pero eso no debe hundirte. No la enterraremos con los otros Varsolé, no lo merece. Ni siquiera tenemos cuerpo. Tu tía quiere hacer un pequeño rezo para su alma en una iglesia de Estados Unidos. Si quieres puedo conseguirte un boleto...

—No me iré tío. No me iré hasta que el último Uzcategui esté muerto. Solo asesinamos a la esposa de Francisco. ¿Qué pasará cuando él decida que quiere otra vez a Emilia? O peor, cuando considere que todos mis primos

varones son una posible amenaza ¿Qué pasará entonces? —Negué con la cabeza.

—No quiero que cometas nuestros errores y pienses que todo gira en torno a la guerra. Ya cobraste tu venganza contra quien mató a Manuel. Puedes irte, seguir estudiando, casarte algún día...

Lo detuve con un gesto en la mano.

Esa era la vida que siempre había soñado. En ese momento esos sueños estaban más allá de mí. No podía volver a la normalidad.

Mi tío vió en mis ojos la verdad que ya yo sabía, era otra Samantha. Siempre una parte de mí se había sentido rota, antes de lo de Anne e incluso antes de lo de William y mi padre, ahora no solo estaba rota, estaba bien con ello. Ya mis otras partes no intentaban componer la rota, vivían armónicamente. Esos días, esos meses, me habían hecho sentir completa por primera vez. No podía perderlo, no podía perder el estar viva por mi alma.

—No tienes que seguir en esto —Dijo mi tío en un último intento.

—Lo prefiero así —Dije, mi voz calmada.

Mi tío se inclinó y besó mi frente.

Lo observé, le habían salido nuevas canas. Estaba preocupado, estaba encargado de organizar las nuevas misiones y la carga de todos los secretos que había descubierto le pesaba cada vez más.

—Mañana hablaremos de tu nueva misión si es lo que quieres.

Era mi última oportunidad de arrepentirme.

Asentí.

—Mañana a las 8 de la mañana estaré aquí.

Intenté levantarme de la silla pero mi tío me detuvo con un gesto.

Me volví a sentar.

—Chris te habrá comentado que cada persona activa en la guerra necesita un nombre clave... Necesito que pienses un nombre, si pienso mandarte a otra misión no puedo estar llamándote Samantha Varsolé por teléfono, eso acabaría nuestra tapadera.

Sonreí. Esa era la forma de Eduardo Varsolé de decir que apoyaba mi decisión.

Me retiré del despacho de mi tío y me dirigí a la sala. Al igual que el cuarto anterior las paredes eran rosadas y los muebles de madera, ahí habían cuadros de personas que nunca había visto en mi vida, eran retratos pintados hacía años.

¿Mis antepasados?, no lo sabía a ciencia cierta y no quería saberlo. Estaba cansada de querer saber cosas.

Vi por el rabillo del ojo que Chris iba saliendo de la cocina que se encontraba detrás de la puerta del despacho de mi tío y corrí hacia la habitación que me habían asignado.

Entré al cuarto y cerré la puerta detrás de mí.

Escuché los pasos de Chris alejarse hacia la dirección contraria y suspiré de alivio.

Levanté la cabeza para encontrar a Nea en la habitación.

La habitación era linda. Una cama individual envuelta en dosel al lado de una ventana gigante que daba con el jardín. No tenía mi propio baño pero si una pantalla grande frente a la cama. Las paredes no eran rosas sino blancas, lo cual agradecí. Al fondo de la habitación había una maleta nueva con ropa adentro.

Hice un débil intento por sonreír. Nea vestía completamente de negro. Un vestido entallado a su cuerpo con mangas tres cuartos, medias negras y zapatillas bajitas color negro también. Se encontraba en la cama sentada y me sonrió.

Mire mi propia vestimenta. Los empleados de la casa me la habían comprado y me quedaba un poco holgada. Era una blusa sencilla con pantalón a juego y botas altas negras. Jamás me vería tan elegante como Nea, aunque a decir verdad me gustaba mi aspecto desaliñado. Me había quitado el color rubio esa misma mañana y mi cabello ahora color castaño oscuro (casi negro) me daba un aspecto sobrio y mayor que agradecí.

—¿Cómo estás? —Me preguntó Nea.

La verdad es que me sentía horrible. Los golpes de esa noche me estaban pasando factura al igual que mis puntadas en la pierna. Por otro lado, estaba muerta de sueño y con miedo de dormir, no quería tener pesadillas con Anette.

—Perfecta ¿Y tú?

Fue entonces cuando los ojos de Nea se llenaron de lágrimas y corrí hacia ella.

—¿Qué pasa? —Pregunté.

Nea se lanzó hacia mi cuerpo y lloró sobre mis hombros. Yo intentaba calmarla y que me hablara pero era imposible. Esa mujer lo único que hacía era llorar.

Le di palmadas en la espalda alrededor de diez minutos. Lo que sea que le estaba pasando era muy grave, en todo el tiempo que vivimos juntas jamás la había visto en ese estado.

—Nea ¿Qué pasa? —Repetí.

Se secó las lágrimas con su mano mientras me decía:

—Sam. Lo que viste aquella noche... Will y yo... no debió pasar —Su labio le temblaba mientras intentaba darme una explicación. La paré en seco.

—Nea. Yo no vi absolutamente nada, Chris no vio nada y Emilia tampoco. Esa noche solo ocurrió lo que le contamos a mi tío —Dije duramente.

Nea negaba con la cabeza.

—Se lo que debes pensar de mi o de Will y te juro que desde que nos conocimos hemos luchado contra esta estupidez pero ese día... Sam creí que moriría. Que no lo volvería a ver, sé lo que debes pensar, o el asco que...

La volví a interrumpir y tomé sus manos mientras la miraba.

—Eres mi prima. La persona que le disparó a un sujeto para que yo pudiese vivir. Y William es la persona que me ha protegido toda mi vida. Nada que haya visto cambiará ni cambiará eso. Hay cosas que no podemos evitar sentir Nea, y solo la distancia puede curarlo —Dije melancólicamente.

Las lágrimas de Nea continuaron saliendo.

—Nunca quise sentir esto Sam. Luché todos los días en esa casa por odiarlo y yo... no pude. Si lo hubiese conocido en un centro comercial y no me hubiese dicho su apellido me habría lanzado hacia él desde el primer momento.

Will y Nea no se habían criado juntos. No se conocieron hasta que inicio la guerra, podía entender las palabras de Nea.

—Pero no ocurrieron así las cosas Nea. Si alguien se entera...

—Nadie se puede enterar. Tú lo dijiste, la distancia lo solucionará —Dijo Nea tajante.

—Y lo hará. Estarás lejos sin pensar en él. No será más una distracción para tu trabajo —Dije más para mí misma que para ella.

Nea se dio cuenta y fue su turno de consolarme a mí.

—Lo de ustedes no es imposible Sam. He visto como se miran, si solo hablan de lo que ocurrió esa noche...

Me reí, mis propios ojos aguándose.

—Esa noche ocurrieron muchas cosas.

Nea viró los ojos.

—La noche más larga de mi vida. A lo que me refiero Sam, es que no es tarde. Se irá mañana temprano. Puedes hacerlo cambiar de opinión.

—Esta guerra es nuestra vida Nea. No podemos pensar en tener algo estando separados, es mejor cortarlo desde antes, no hay que dejar que esto sea real ¿No crees?

Nea se quedó mirándome. Podía imaginar lo que pensaba. William y ella tenían un factor genético que no los dejaba estar juntos. Chris y yo... era algo más circunstancial. Además, Chris y yo ni siquiera sabíamos lo que sentíamos. Sentíamos respeto mutuo, amistad, atracción... pero de ahí a algo más...

No estaba segura.

Nea y yo continuamos hablando esa tarde. Sobre cosas que vivimos en silencio en aquella casa, sobre amores perdidos y vidas que no volverían a ser las mismas.

Nos reímos un poco con algunas historias y lloramos con otras. Al final de la tarde Nea se fue. Hablar con ella me sirvió para entender que había una persona más con la que necesitaba hablar antes de perder el valor.

Salí y caminé rápidamente por toda la casa hasta llegar a la cocina.

Me quedé parada en el marco de la puerta mientras veía a unos grandes brazos masculinos batiendo una mezcla en un recipiente transparente de repostería.

La cocina era grande, toda en granito rojo. El horno era muy espacioso y se calentaba esperando la mezcla que William preparaba con suma concentración.

El sol se había ocultado, pude observar en la ventana que se encontraba detrás de mi primo. Este, vestía ropa de luto elegante con un delantal blanco a su cintura.

Me reí en voz alta.

William detuvo sus brazos y levantó su cara. Sonrió al verme.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —Me dijo en tono juguetón.

Sonreí de vuelta.

—Porque cada vez que un entrenamiento salía mal, cada vez que yo desobedecía las órdenes y tu papá me castigaba, cada vez que teníamos una mala semana... tú corrías a preparar algo. Fue lo único en lo que mi tío no logró lavarte el cerebro. Siempre amaste la cocina —Me encogí de hombros.

Will vertió la mezcla en un molde y la metió en el horno.

—Eras como una hermana para mí Malvavisco. Desde el día en que naciste lo único que he querido es hacerte la vida más fácil. Tienes tanta compasión en tu corazón Sam, nunca lo acepté del todo por miedo a hacerte débil.

Sonreí, aunque sabía que William veía mis ojos tristes.

—No fui tan compasiva hace algunas noches. Ni hace algunos años.

Will terminó de lavar sus manos y se sentó en la mesa de la cocina.

—Tienes orgullo. Está en tu sangre y te fue inculcado, no deberías reprimir esa parte de ti ni mucho menos castigarla. Jamás has asesinado a alguien que no lo merecía. Jamás —Esa última parte la decía para hacerme saber que jamás me culpó por la muerte de Mike hacía tres años. Me conmovió un poco y quise acercarme a él.

—Will... Hace tres años te pedí asesinarme, en estos días te lo pedí otra vez. Yo solo... quiero disculparme por ponerte en esa posición. Cada vez que has hecho las cosas contrarias a como he querido, he arremetido contra ti y no es justo.

Will asintió y me miró con unos ojos tan tristes como los míos.

—En ese entonces te grité y humillé, todo lo que tenía que hacer era comprenderte. Después de que te fuiste solicité que Anne te reemplazara. Sé que te dolió, lo sabía en aquel entonces y aun así lo hice porque solo quería hacerte daño. Eras mi hermana, mi compañera... y cuando las cosas se pusieron difíciles no dudaste un segundo en dejarnos. Sam, solo queríamos cubrir tus huellas, que tuvieses una vida.

Lo interrumpí. No pretendía pelear con Will en ese momento, pero sí quería que entendiera mi posición.

—Había terminado con la vida de mi novio Will. Y tú pretendías acusar a un inocente de eso. Me llevaste a una tienda para comprarme una joya, no merecía joyas Will, merecía un castigo. Todas las vendedoras me miraban, me sentía juzgada por todos aunque nadie sabía la verdad. Después, cada vez que querías me decías que había matado a alguien y que tenía que dejar de comportarme como una niña. Pero eso era Will, yo era una niña.

Will abrió y cerró sus puños. Le vi derramar lágrimas sin importarle que yo estuviese ahí.

—¿Crees que no lo sé? Te traté horrible. No solo eso, no estuve ahí para protegerte ese día. Tú no debiste asesinar a Mike, debí ser yo —Dijo un Will

enojado consigo mismo.

Nos habíamos distanciado por dolor, no por rencor. Will se culpaba por lo que me había pasado y yo me culpaba por haber dejado solo a mi primo. Sí, me habían dolido todos sus regaños así como el que me reemplazara como su compañera. Pero nada comparado con el dolor que me causó el no tenerlo en mi vida.

Will siguió hablando, recordando los sucesos de esa noche.

—Cuando llegué a la casa y vi que no estabas debí sospechar que algo malo ocurría. Siempre me escribías cuando te ibas a tardar, pero no lo pensé así esa vez. Después, cuando pasó una hora y llegué a esa casa, temí lo peor. Cuando te vi desnuda sobre el cuerpo inerte de Mike... Te habías bañado para quitar la sangre de tu cuerpo Sam. Estabas mal. En vez de ayudarte hice las cosas peores. Te acusé, te exigí demasiado y cuando me dijiste que querías abandonarlo todo en vez de luchar, te rechacé. Sé que en ese entonces te dije que te apoyaba, me mudé contigo pero ambos sabemos que ahí las cosas solo se hicieron peor, aunque nos hablábamos nada fue igual, los ataques de pánico nunca los entendí, nunca te protegí como debía. Aún recuerdo cuando te dije que me iría con Anne a Colombia, estabas celosa, traicionada.

Eso era cierto. Después, cuando Anne no pudo mantener una relación a distancia con Lucas decidió irse a vivir conmigo. Continuó sus estudios de arquitectura desde ahí y cumplió sus deberes con la zona que yo había dejado en el pueblo a través de matones contratados por ella mientras su hermano mayor tomaba todo el trabajo duro.

No aguanté más y corrí hacia donde estaba mi primo sentado y lo abracé. Él me abrazó devuelta.

—Perdón por todo Will —Dije, comenzando a llorar.

—No hay nada que perdonar. Eres mi orgullo y mi sangre —Me dijo el acariciando mi cabello.

Levanté mi rostro y lo vi a los ojos.

—Eres una de las mejores personas que conozco Will.

William sonrió. Una verdadera sonrisa que le llegó a los ojos, después me dijo a modo de broma:

—Espero que mejor que tu amor de ojos bicolor.

Viré los ojos.

—No quiero hablar de eso.

Will acarició mi rostro.

—Mereces ser feliz Sam. Si él te hace feliz, adelante.

Me reí.

—Pensé que no te caía bien.

Will se encogió de hombros.

—Salvó nuestras vidas. Puso más veces de las que puedo recordar su vida en juego para que estuvieras protegida. Sam, siente lo mismo que tú por él.

Agarré las puntas de mi cabello y comencé a verlas para evitar la mirada de Will.

—Y ¿qué se supone que siento yo?

Escuché a Will suspirar.

—No lo sé Malvavisco. Lo que sí sé es que Christopher es la única persona que ha logrado que te abras completamente. Incluso tú logras que ese hombre se relaje. Son buenos el uno para el otro.

Fue mi turno de suspirar.

Me despedí de mi primo terminando la conversación. No sabía cuándo lo volvería a ver así que lo abracé una segunda vez. Después me fui de la cocina justo cuando el horno sonó.

Cuando iba a terminar de pasar la puerta me detuve y lo llamé.

—¿Will?

Me detuve a mirarlo mientras desmoldaba la torta.

—¿Si? —Me dijo.

Sonreí.

—También mereces ser feliz. Si tú la amas, siempre pueden escapar.

Will me miró con ojos tristes y me respondió:

—Ya se lo propuse una vez, ella sería incapaz de hacerle eso a su padre. No volveré a ser rechazado Sam.

Bueno, lo había intentado. Al menos Will entendía que lo apoyaba incondicionalmente. Sin una palabra más me dirigí a mi habitación, me puse pijama, me acosté en la cama y prendí el televisor, cuando comenzó a hacerse tarde y no hubo más remedio, me dormí.

*Salí de la tienda corriendo con mis manos llenas de sangre. William gritaba mi nombre pero no podía hacerle caso. ¿Cómo mis manos estaban llenas de sangre? Yo no pude haber matado a nadie. No era asesina, esa era mi familia que disfrutaba haciendo sufrir a las personas. Yo no.*

Quería estudiar artes escénicas. Tal vez estaba en una obra y lo había olvidado.

—Señorita regrese por favor —Me dijo una señora con rasgos japoneses desde la tienda.

¿Qué pensaban? ¿Que me había robado algo? No lo había hecho. Había matado a alguien, en una obra o en verdad, eso todavía no lo sabía.

¿Estaba teniendo otro ataque de pánico? ¿Era eso?

Encontré un pequeño callejón y me metí ahí para que Will no me consiguiera. Después de todo, me metería en problemas si me lograba alcanzar.

Corrí hasta el final del callejón para encontrarme con un caño.

Había que pasar un puente para llegar hasta donde quería ir, así que me armé de valor y salí corriendo.

Pasé la mitad del puente cuando un olor a podrido llamó mi atención.

Miré la baranda del puente y me acerqué poco a poco.

Mi corazón latió con fuerza mientras me acercaba. Mis manos comenzaron a sudar y un nudo se formó en mi garganta. Tal vez ya sabía la razón.

Acerqué mi rostro al fondo del caño.

Un cuerpo se hallaba morado e inerte flotando en el caño. Era tal putrefacción que ya los gusanos se lo estaban comiendo, conocía ese cuerpo masculino. Largo, cabello castaño. En los días de antaño yo lo había amado.

Me tapé la boca mientras la realidad del asunto me golpeaba.

Era Mike.

De pronto sentí a una persona a mi espalda y voltee.

Era William.

William me miró con desprecio mientras me decía:

—La asesinaste. ¿Viste lo que ocasionaste Samantha?

¿La? Porque se refería como una mujer sobre Mike. Confundida miré otra vez al caño.

Todo había cambiado. Donde antes había un cuerpo largo y masculino se encontraba un cuerpo femenino de baja estatura y cabello largo, la conocía. La había amado como una hermana y me había querido hacer daño, por eso yo la había asesinado.

—¡Anette! —Grité.

—¡Anette! —Grité mientras golpeaba las sabanas de la cama y me

levantaba. Tomé mi glock de debajo de la almohada y apunté a nada en particular.

Digo a nada, porque no había nada ni nadie en mi habitación

Mi respiración acelerada y el sudor en mi frente me hicieron ver que solo se trataba de un sueño. Negué con la cabeza y froté mis ojos queriendo quitar la imagen de mi mente. Tenía calor, mucho calor. Guardé la glock debajo de la almohada y salí de la cama.

Abrí el ventanal de mi cuarto y aún con pijama, salí por un poco de aire fresco.

Respiré el aire de la madrugada mientras secaba el sudor de mi frente. Estaba cansada de las pesadillas, cansada de mis demonios. Simplemente cansada de todo.

Sentí una sombra a mi izquierda y un olor familiar. Mi piel se erizó, me puse nerviosa y el latido de mi corazón aumentó.

Solo podía tratarse de una persona.

—¿También tienes pesadillas? —Pregunté a Chris.

Escuché su risa mientras me decía:

—Sí. Iba a buscarte en realidad a tu habitación. Agradezco que hayas salido, me ahorraste el trabajo.

Eso sí me asombró, voltee a verlo.

Como siempre tenía un pantalón de entrenamiento y camisa de algodón, estos estaban pegados a su pecho por el sudor.

Sonreí.

—No puedo espantar mis demonios, menos los tuyos Christopher Thrasia.

Se terminó de acercar a mí.

—Te iba a invitar al pozo.

El jardín de la casa era enorme. Nos encontrábamos en la parte trasera donde solo había grama y aún más atrás había un pequeño pozo de agua.

—¿Qué haríamos ahí? —Pregunté extrañada.

Chris se encogió de hombros.

—Necesito hablar con alguien Samantha. Y siento la urgente necesidad de verte, decidí matar dos pájaros de un tiro.

Por primera vez en el día, di una genuina sonrisa.

Lo miré.

Sabía en lo que me estaba metiendo, que me estuviese haciendo la loca

conmigo misma era otro punto, quería esa salida, la quería como pocas cosas en el mundo. Pero sabía que estaba prohibido.

—Solo hablar —Aclaré.

*Es un asesino*, mi mente me lo repetía a cada instante mientras pensaba una respuesta más sensata.

Él era peligro, más que eso, en una noche todo se terminaría, cada quien tomaría su camino y no nos volveríamos a ver. Solo sabríamos del otro cuando uno de los enemigos nos asesinara, porque así era esa vida. Así era la vida que habíamos elegido, yo hacía unos pocos meses y él hacía toda una vida.

Sonrió de medio lado, me estaba dando cuenta que aquella sonrisa que antes odiaba me empezaba a gustar. Él sabía que quería aceptar, estaba seguro de que lo iba a hacer.

—No debería aceptar —Le dije.

Su sonrisa se hizo más grande y se le marco un hoyuelo.

—Ambos sabemos que es pésima idea —Me respondió mientras me daba su mano a modo de invitación.

No lo dudé, la tomé.

Caminamos uno junto al otro hasta el pozo sin decir media palabra.

La verdad es que fueron unos diez minutos. Visualicé un pequeño pozo de piedra que tenía años sin ver, la verdad lo recordaba más grande. En aquella parte de la casa nadie vigilaba, después de todo, nadie era tan estúpido para intentar entrar a la casa de un Varsolé.

Al igual que cuando era niña tomé una roca y la dejé caer por el agujero, intentando ver que tan hondo estaba.

La roca tardo en caer, el pozo estaba vacío.

—¿Y qué se supone que hacían cuando el pozo se encontraba lleno? — Preguntó Chris.

Me reí.

—Yo solía amenazar a mis primas con lanzarlas por ahí si no jugaban lo que yo quería. A veces jugábamos a quién era capaz de lanzar más piedras o más agua del pozo —Sonreí ante el recuerdo.

Chris también se rió.

—No puedo imaginarme lo que es vivir con tantas personas de tu edad. Cuando los veo, no sé, me da cierta envidia.

Levanté mis cejas. Justo cuando pensaba que lo conocía, Chris me decía

algo de él que no esperaba.

Vi que se avergonzó de sus palabras casi al instante. Su postura se puso más dura y miro hacia otro lado con vergüenza.

Decidí cambiar la conversación.

—Nunca te pedí disculpas por aquellos arañazos y golpes. No fue un comportamiento adecuado.

Chris volvió su cuerpo hacia mí mientras decía:

—Estabas pasando por un mal momento. Yo una vez casi te ahorco por si lo olvidas, ahora estamos a mano.

—Si bueno. Esa vez también pasabas por un mal momento —Dije.

Chris negó con la cabeza.

—Te equivocas —Dijo con firmeza.

Me reí irónicamente mientras acomodaba mi cabello ahora oscuro en un moño.

—¿Ah sí? ¿Y cómo es eso?

Chris se encogió de hombros. Intentó imitar una postura relajada pero pude ver que su cuerpo estaba rígido, alerta.

—Samantha, desde que te conocí dejé de pasar por un mal momento.

Sus palabras me confundieron. Chris casi nunca hablaba de su vida, bueno, no es que yo fuese muy comunicativa. Me había hablado de sus viajes, pero nunca de sus experiencias de niño ni mucho menos.

No supe responder a sus palabras y me quedé callada.

—Me iré mañana —Soltó de repente.

Miré al cielo. Aunque no había una sola estrella la noche era clara. Pensé en que en algún lugar Francisco Uzcategui veía las mismas estrellas y se preguntaba dónde estaban los asesinos de su esposa. Mientras más rápido nos alejábamos mejor.

Miré a Chris.

—No te preguntaré a dónde iras. Sería peor ¿Cierto?

Chris asintió.

Miré otra vez el cielo.

—Es increíble cuanto puede cambiar una persona en cuatro meses —Dije, refiriéndome a todos nosotros.

No lo escuché ni vi , pero podía imaginarme a Chris haciendo su típica sonrisa de medio lado.

—No cambiamos. Nuestras almas siguen siendo las mismas solo que

con mayor experiencia.

Volví a verlo. Como predije se encontraba sonriendo, no pude evitarlo e imité su sonrisa.

—No te hacía por alguien que creyese en almas.

Chris suspiró.

—Todos tenemos que creer en algo.

Pensé en algo que decir. No se me ocurrió nada. Era asombroso como podías tener tantas cosas que decirle a una persona y no pensar en ninguna cuando llegaba la hora de hablar.

Entonces, las palabras que menos pensé escuchar, salieron:

—Fuiste lo mejor de estos meses Samantha.

Lo miré. Su cabello había crecido demasiado y le llegaba a la nuca, tenía barba y un aspecto algo salvaje. Era hermoso, no podía negarlo, otra vez me recordó a un león al acecho. Mi corazón latía desbocado, otra vez me quedé en silencio. No sabía que responder, no podía hablar de lo asustada que estaba. Sentía miedo de mis sentimientos y tenía miedo de la situación en general.

Chris me miró también y cuando fue evidente que yo no respondería nada cambió el tema otra vez, solo dijo:

—Me gusta como te queda el cabello oscuro.

Sonreí y asentí.

—A mí también me gusta. Más que el color rubio.

Se encogió de hombros.

—Castaño, Negro, rubio. Sigues siendo tú. La chica que me gritó por seguirla al baño al segundo día de conocerla.

Me reí.

—Siempre quisiste mandar sobre mí.

—Y nunca me dejaste.

Un mechón se salió de mi cabello y lo acomodé. Chris siguió con la mirada mi movimiento.

Su mirada era intensa. Pensé en Nea, Will y sus palabras, tenían razón, solo había una oportunidad.

—Podríamos escapar —Dije intentando que sonara como una broma.

Me arrepentí a penas las palabras salieron de mi boca. Mi garganta se secó y mi corazón comenzó a latir con más fuerza. Aunque el tono era en broma ambos sabíamos que había una invitación silenciosa ahí, me quedé

viéndolo, esperando su reacción.

Chris no pestañeó ni mostró reacción ante mis palabras. Se quedó así unos segundos hasta que dijo:

—¿Podrías vivir si algo le ocurriera a tu familia? Si asesinaran a Nea, Will o a tu tío... ¿Podrías estar bien a mi lado aun sabiendo que pudimos hacer algo?

Voltee la mirada y me quedé callada.

No podía. No podía dejar a mi familia atrás. Ellos iban primero siempre. Chris tomó mi barbilla y no dejó que desviara la mirada.

—¿Crees que no quiero esto Samantha? No tenerte todos los días ha sido lo más difícil que he vivido. Pero lo he hecho, primero por mi madre y después porque sabía que jamás podrías vivir una vida normal otra vez. Si nos hubiésemos conocido unos meses antes de la muerte de Manuel, todo sería diferente.

Recordé las palabras de Nea. Si hubiese conocido a Will en un centro comercial se le habría lanzado en cima. No creía ser capaz de lanzarme encima de Chris en un centro comercial. No obstante, hacía unos segundos le había dicho que escapara conmigo.

—Pero no es así —Dije para finalizar la oración.

—No, no es así. Podría decirte que estemos juntos, no solo como una pareja, sino como un equipo. Eso era lo que quería decirte después de la fiesta, pero lo que pasó con Anne me abrió los ojos. Eres la mujer más fuerte y capaz que he conocido. No puedo verte todos los días exponerte al peligro sin querer protegerte, y en mi intento por protegerte solo te limitaré o peor, te asesinaré. No puedo hacerte eso Samantha.

>>Me distraes en medio de las misiones, quiero saber dónde estás a cada momento y no pienso con cabeza fría. No debí dejarte cuidando a Emilia, fue un error que casi nos cuesta la vida de todos, tampoco debí interponerme cuando hablabas con Anette. En mi intento de protegerte te terminaré asesinando Samantha.

Chris lo decía por las cosas que le había dicho en el Jeep. Le dije que por culpa de él Anne había podido tomarme de rehén.

—Chris si es por lo que dije...

—Eso está olvidado —Me respondió él tranquilamente.

Decían que no había peor cosa que el fracaso. Esa noche yo conocí una peor, era el no poder si quiera intentar tener algo con alguien porque el

destino lo quería así.

—Y yo que te pensé un patán —Dije sarcásticamente.

Chris sonrió.

—He pensado cualquier forma de estar contigo. No hay ninguna en la que nadie salga lastimado.

—Lo bueno es que no tendrás que verme más —Dije, intentando quitarle seriedad a la situación.

Esas palabras borraron la sonrisa.

—No quiero eso. Por primera vez, a pesar de todo lo malo, me sentí feliz.

—Yo también —Dije.

Nos quedamos mirándonos un largo tiempo hasta que Chris me abrazó. No pude evitarlo y enterré mi cara en su pecho. Aspiré su aroma por última vez. No sabía que sería de nuestras vidas después de todo eso, lo que sí sabía era que en ese momento, ese instante era nuestro.

Gracias a Dios había llorado tanto esos días que las lágrimas se habían agotado de mi cuerpo.

Nos quedamos así un tiempo, sintiendo nuestro contacto, nuestro olor y el sonido de nuestras respiraciones. El frío de la madrugada no nos hizo daño porque estábamos juntos. Me hacía feliz el estar así, podía estar a su lado toda mi vida.

Nos separamos poco a poco para ver nuestros ojos. Miré su rostro queriendo grabarlo una última vez. Sus ojos diferentes, sus cejas gruesas, incluso su piercing quedó grabado en mi memoria, sus pómulos y labios gruesos.

Entonces, Chris bajó su cabeza y me besó. Fue un beso lento y danzante. De esos que ves en las películas con ternura, de esos que despiden corazones y se quedan en tu mente por siglos. Jamás olvidaré ese beso, nuestras lenguas bailando y pidiendo más tiempo juntos.

Tal vez habíamos perdido el tiempo esos meses juntos, tal vez debimos decirnos más cosas, pasar más tiempo juntos.

Ya no había vuelta atrás. El reloj seguía andando y teníamos que separarnos.

Poco a poco nuestros labios se dejaron al igual que nuestros cuerpos. Extrañé el contacto al instante.

Chris sonrió y me dió otra vez la mano. Entonces caminamos juntos

hasta mi habitación. Caminamos lentamente, el camino de ida fueron diez minutos y el de regreso el doble. No quería soltarlo ni dejarlo ir. Chris mencionó algo sobre que mi tío Eduardo me quería adiestrar sobre disparos a larga distancia antes de la próxima misión.

Eso me emocionó hasta que recordé que Chris no estaría ahí conmigo para poder alardear sobre lo buena que era. Entonces volví a sentirme triste y me quedé en silencio.

Más pronto de lo que esperaba llegamos a mi ventana.

En el borde de ella miré a Chris y le dije:

—Supongo que es el adiós —Mis ojos se llenaron de lágrimas para mi sorpresa.

Él sonrió y se acercó para besarme otra vez los labios.

—Tal vez la guerra termine antes de lo esperado. No me pienso despedir nunca de ti Samantha.

Sonreí.

—Mi nombre es Sam.

Chris negó con la cabeza.

Me besó otra vez, al parecer le costaba la separación tanto como a mí.

Terminé de entrar a mi habitación y mientras juntos acomodábamos el vidrio de la ventana, él me dijo:

—Se supone que debo sobrevivir a todo. No creo sobrevivir a ti Samantha.

Entonces se fue, confundiendo mi mente con sus palabras y haciendo doler mi corazón.

No pude evitar las lágrimas que salieron de mis ojos. ¿Cómo podía acabar algo que ni siquiera había iniciado? Mordí mi puño mientras me dirigía a la cama y veía una pequeña caja con un moño.

La caja era de aproximadamente 30cm por 30cm, era color rosado y el lazo color morado. Un poco de niña para mi gusto. Corrí y busqué un estetoscopio en mi cajón de ropa, me lo puse y escuché el interior de la caja.

No había sonidos.

*Bueno, una bomba no es.*

Abrí la caja con cuidado, extrañada. Miré en su interior el paquete que venía con una pequeña nota. La abrí mientras sacaba lo que había adentro.

*Sé que esto no mejora las cosas.*

*Pero no puedo pensarte olvidándome.*

*Siempre será tu hogar.*

*CT.*

Saqué un suéter talla XL que olía a Chris. Lo recordé con ella puesta el día que nos conocimos puesto que tenía la palabra MINE grabada. Dentro del suéter una pequeña llave escondida en una pulsera negra que ya conocía.

Tenía la palabra AZRAEL grabada. Recordé la noche que Chris y yo pasamos juntos en el hotel, estábamos hablando de los nombres claves que debías tener en la guerra, el había querido llamarse AZRAEL pero no lo hizo porque decía que era un nombre femenino.

Él me habló sobre Abbadon, ángel de la destrucción, al igual que él Chris no sabía si era bueno o malo, solo sabía que era bueno para acabar con las cosas.

Recordé que a los días intenté volver a tocar el tema y decirle que no era una persona que destruyera, a lo que el por alguna razón respondió:

—Abbadon nació para acabar con todo aunque es considerado un ángel. Creo que eso es lo más humano que conozco.

Tenía razón, me coloqué la pulsera como un recuerdo. Pensando en la muerte de Anette reconocí la verdad de las palabras de Chris.

Aunque me había considerado una persona buena toda mi vida, al parecer yo también destruía las cosas que tocaba.

Recordé que mi tío Eduardo me había solicitado un nuevo nombre, al parecer Chris me había ayudado a encontrarlo.

Azrael, ángel de la muerte. Había asesinado a personas que me importaban, lo había hecho sin dudar un solo segundo, el nombre me parecía apropiado.

Miré el último regalo de Chris, conocía esa llave, era la que abría la puerta de la cabaña, de nuestro hogar.

Había sido la casa de su madre, hubiese sido estúpido pensar que Chris no arreglaría la casa por completo. Y ahora me daba una llave.

Chris debía haber metido el regalo antes de hacerme saber que se encontraba conmigo fuera de la ventana. Olvidaba lo sigiloso que podía ser cuando quería. Por eso me había ido a buscar, para entregarme el presente.

Miré al techo mientras me dormía con el suéter gigante puesto y la pulsera negra en mi muñeca.

Entendiendo lo que extrañaba a Chris y lo que me había llenado de felicidad su regalo caí en cuenta en una cosa. Por más que intentara negarlo,

por más que decía que no sabía que sentía por él, por más que me negaba a pensarlo, no podía negar lo innegable ante mí misma esa noche:

Lo que sentía por Christopher Thrasia solo podía considerarse como amor.

Él tal vez sentía lo mismo por mí.

Y ninguno de los dos haría nada al respecto.

Sí, la vida era una mierda.

*1ero de Mayo de 2018.*

*Me ha costado mucho escribir esta carta. Voy camino al aeropuerto y mañana te veré. Aunque sé que ninguna de mis cartas te ha llegado estos meses, siento que has pasado conmigo todas mis desgracias.*

*Me ha costado digerir la muerte de Claudia Uzcategui, en los últimos dos meses fue como una madre para mí. No debí ponerla por encima de ti, pero sentía que me habías vendido a Mentor y Mentor ejercía un poder sobre mí que incluso hoy me cuesta admitir.*

*Lo siento madre.*

*Mañana estaremos juntas en Italia y tengo mucho miedo en pensar que puedas rechazarme.*

*Sam habló conmigo esta mañana, me explicó que nunca me entregaste y que Claudia Uzcategui me secuestró.*

*Es difícil pensar que una persona que me alimentó y me cuidó fuera capaz de una cosa como esa.*

*Pero sé que Sam es incapaz de mentirme.*

*Sam mañana se irá a una nueva misión junto a Atenea. Me llena de orgullo saber que alguien así es mi familia.*

*Espero tener el valor de entregarte todas estas cartas para que puedas entender por lo que he pasado y por qué te guardo un poco de rencor.*

*Rencor inmerecido pero a veces no puedo controlar lo que siento.*

*Me siento libre desde que Christopher Thrasia asesinó a Mentor. Él me había mentido y había maltratado mi cuerpo de maneras inimaginables.*

*Hoy entiendo que eso no era amor.*

*Aún me cuesta dormir y comer, pero espero que con el tiempo pueda olvidar estos meses.*

*Te amo madre. Nos vemos pronto. EV.*

## EPÍLOGO.

### 6 meses después.

La música sonaba en la primera planta del bar, algo un poco rockero para mi gusto. Veía a las personas entrar y salir del bar con calma, a nadie parecía molestarle el frío.

Yo me encontraba en el décimo piso del edificio que quedaba al frente, en una azotea que me daba una excelente vista no solo del bar, sino de la pequeña pila de carros y motos que se encontraban justo al lado de este. Era un pequeño edificio ejecutivo que cerraba sus puertas a las 6pm, ya eran las tres de la madrugada, como era de esperarse me encontraba sola en el lugar.

Un fusil de larga distancia se encontraba en mis manos. Visualicé a un chico rubio con chaqueta de Jean y botas marrones. Hablaba sobre su moto con una chica que se se abrazaba muy acaramelada junto a él.

La vestimenta de la chica era parecida a la mía, una minifalda negra con blusa gris a juego. A diferencia de mí ella no tenía ningún piercing ni tampoco exceso de maquillaje.

—¿Ya lo visualizaste? —La voz de Nea sonó en el pequeño dispositivo de mi oreja.

—Sí, estoy esperando que esa chica se separe de él —Dije con frustración.

La risa de mi prima se escuchó al fondo.

—Tranquila Sam. Es tu último trabajo de la misión. No lo arruines obstinándote.

Y cómo no hacerlo. Después de que mi tío y mi primo Rafael me adiestraran por cinco meses, nos habían dejado a Nea y a mí por nuestra cuenta, pasando el último mes asesinando a personas que nos habían visto a Chris, Will, Nea y a mí en la fiesta de los Uzcategui hacía tantos meses.

Nea se había encargado de rastrearlos a todos y juntas armamos el plan perfecto para acabar con ellos antes de iniciar nuestra siguiente misión.

Me encontraba delante del último de ellos. Estaba ansiosa y desesperada.

La chica se subió en la moto con él y comenzó a besarlo. Giré mis ojos.

—Necesito que estos dos se separen —Dije molesta.

—Tienes perfecta puntería. Puedes dispararle a él y evitarla a ella Sam.

Si, podía. Pero no quería que la chica quedara traumada toda su vida.

—Sabes que no haré eso —repliqué.

—Entonces ármate de paciencia y espera —Dijo Atenea intolerante.

Cómo si sus palabras hubiesen sido mágicas, alguien llamó a la chica. Esta se separó de mi objetivo y corrió hacia uno de sus amigos.

—Listo —Dije, avisándole a Nea.

—Sam, sabes que una vez que dispaes tienes sólo veinticinco segundos para volver a tu puesto.

Ese era el tiempo que Nea podía borrarne de las cámaras sin dejar huellas en el software. En ese momento me encontraba en la azotea del edificio donde Nea había manipulado la seguridad para borrar mi imagen; sin embargo, las imágenes del frente y de atrás eran más difíciles, tenía que hacerse en tiempo real. Por tanto yo contaba con veinticinco segundos para pasar por el punto exacto y Nea los mismos veinticinco segundos para borrarne de las cámaras.

—No te preocupes. Lo hemos practicado. Cinco segundos disparando y veinte huyendo —Dije tranquila.

La risa de Nea se escuchó al otro lado.

—Está bien, sincroniza tu reloj.

Le di a un botón de mi reloj automático y los 25 segundos comenzaron a correr.

—Listo —Dije.

No había perdido de vista a mi objetivo ni un segundo. Así que simplemente ajusté mi visor hacia el punto entre sus dos ojos, una luz roja parpadeante se vió en su piel. Antes de que alguien pudiera notarlo halé el gatillo sin dudar.

No me frené a ver su cuerpo inerte, el ruido de la gente estupefacta me advirtió que había logrado mi cometido.

Me quedaban 23 segundos.

Usé los tres segundos para guardar mi arma a la perfección y ponérmela sobre el hombro, después procedí a correr.

—20 segundos —escuché a Nea en mi oído.

No me detuve a responderle. Eso era perder energía y tiempo.

Literalmente arrojé mi cuerpo por las escaleras para llegar rápidamente al 7mo piso, de ahí tomé el ascensor.

—Estoy en el ascensor —grité.

En seguida sentí como el ascensor cayó a gran velocidad por todos los pisos del edificio hasta llegar al primero.

El impulso obligó a mi cuerpo a caerse sobre el suelo, me levanté y estabilicé.

Atenea había ideado la forma de manejar el ascensor de la compañía a su antojo, incluso su velocidad, dejándolo caer en lo que ella llamó: caída libre.

—7 segundos —Me Dijo Atenea asustada.

Las puertas se abrieron y corrí a la parte trasera del edificio, había un pequeño censor pintado con una luz roja que me decía que las puertas estaban cerradas, en cuanto llegué al punto exacto donde las puertas tenían que abrirse, las luces cambiaron a color verde y salí.

El aire del exterior me golpeó, pero no podía relajarme, aún estaba la reja posterior que se encontraba electrificada.

—5 segundos —Me recordó mi prima.

No tuve tiempo de preguntarle si se había encargado de la cerca. Corrí hacía ella y la trepé con facilidad agradeciendo mentalmente el que mi prima se haya acordado de quitarle la electricidad, justo cuando llegué a la cima Atenea me gritó:

—¡Dos segundos para que las cámaras y la electricidad de la cerca funcionen!

No lo pensé dos veces y salté dejándome caer en la dura tierra del terreno del lado, aguanté el quejido de dolor en mis piernas y me erguí.

Suspiré.

—Gracias a Dios —Escuché la voz aliviada de Nea.

La oscuridad de la noche me tapaba, me acerqué a una pequeña camioneta vieja estacionada en las sombras.

Las puertas de atrás se abrieron a mi llegada y una pelirroja Nea me quitó el arma de las manos.

—Arréglate. Ya Ignacio habrá extrañado tu presencia.

¡Ignacio! Lo había olvidado por completo. Sin decir mayor palabra limpié mis piernas desnudas, me quité el micrófono y entre las sombras corrí hacía el Bar.

Había mucha gente conmocionada, pronto escuché los susurros y la palabra *asesinato* se repetía una y otra vez, pasé entre las personas, nadie notó mi presencia, sólo era otra chica rockera entrando al bar.

El chico de la entrada me guiñó el ojo al pasar, ya me conocía, había ido incontables veces a ese bar en los últimos meses. Fui directamente a la zona VIP, después de todo, Ignacio solo estaba en las mejores partes de los mejores lugares.

Entre la música, el alcohol y la gente me costaba vislumbrar donde estaba.

Entrecerré los ojos hasta que vi a un chico de tez blanca, cabello castaño oscuro, alto y musculoso entre la multitud. Le sonreí y él me sonrió de vuelta.

Ignacio tenía un montón de tatuajes sobre su cuerpo, los típicos tatuajes de rockero: culebras, símbolos, llamas e incluso algunos dragones. Teníamos piercings a juego en la lengua, él había querido que nos hiciéramos uno en la ceja pero me negué, me traía recuerdos que debían quedar en el pasado.

Corrí hacia él sobre mis botas un poco fangosas. Alguien me dió un vaso con una bebida, delicadamente puse mi dedo sobre ella.

*Libre de drogas.*

Hice señas de brindar y vacié el contenido.

Un pequeño mareo se instaló en mi cabeza, ya no importaba, era libre de beber el resto de la noche.

Seguí pasando a la gente mientras intentaba llegar a mi chico. Él se encontraba con un montón de personas hablando y bailando, algunas chicas le restregaban sus atributos queriendo llamar su atención, pero sabía que él no las veía, tenía solo ojos para mí.

Ignacio no sólo era bien parecido, me encantaba su forma de vestirse. Siempre llevaba consigo un pantalón elegante y una camisa ceñida a su cuerpo.

Iba vestido de color gris, lo que resaltaba aún más sus ojos azules intensos.

Al fin logré llegar a donde él estaba y antes de que pudiera hacer algo, él me levantó por la cintura y me puso encima de la barra, después se metió entre mis piernas y me dió un beso.

Aún no me acostumbraba a lo sensual que podía ser Ignacio a veces, decidí relajarme y responderle el beso poniendo mis brazos sobre su cuello.

—Tardaste mucho —Dijo entre mis labios.

Reí.

—Te dije que mi hermana necesitaba hablar conmigo.

Se retiró un poco y me vio con recelo.

—Te tiene todo el día ¿Qué le cuesta compartirme una noche?

Voltee mis ojos.

—Deja los celos .

Se echó a reír. Me arregló mi largo cabello oscuro detrás de las orejas mientras me decía:

—Cuéntame pequeña. ¿Piensas beber algo hoy?

Me encogí de hombros.

—¿Vas a invitarme a conocer a tu familia? —Pregunté de vuelta.

Ignacio negó con la cabeza.

—No tienes remedio —Dijo riéndose.

Me estaba hartando. Necesitaba convencerlo de alguna manera.

Ignacio quiso voltearse pero lo tomé del brazo y lo volví a besar. No opuso resistencia y puso sus manos sobre mi cintura, después le dije:

—Me voy del bar.

Un sonido de frustración sonó y me pareció tierno.

—Acabas de llegar —Dijo enojado.

Me separé de él y dije con una muy buena voz de reina del drama:

—Me estoy cansando de esto .

Él entendía a qué me refería, en todo el mes que llevábamos saliendo jamás me había presentado a nadie de su familia, resultaba un poco aburrido.

Se acercó un poco más a mí y tomándose mis palabras un poco más en serio me dijo:

—Pequeña, dame solo un poco más de tiempo. Todo es nuevo para mí.

Ignacio nunca había tenido una novia oficial, tampoco había presentado a una chica en su casa.

—¿Cuánto tiempo? —Dije, sin darle tregua.

No me respondió.

—Ignacio no te pido que te cases conmigo. Solo quiero saber que tienes una casa y no eres un asesino a sueldo, estoy cansada de sentir que nos vemos a escondidas.

Notaba la ironía de lo que le decía. De los dos, yo era la menos honesta. Había conocido a Ignacio por casualidad hacía unos tres meses, nos volvimos una especie de amigos y después comenzamos a salir.

Eso me ganó un gruñido.

—¿Qué dijiste? No te entiendo —Dije.

Otro gruñido.

Lo empujé un poco fuerte.

—Hablo en serio —Dije en voz alta.

Entonces Ignacio dijo las palabras que más había anhelado escuchar:

—Dame tres semanas y te presentaré hasta a mis perros.

Sonreí. Había logrado dos misiones en una noche.

Miré al chico del bar y le hice señas.

Este se acercó y después de estamparle un beso en la boca a mi novio le dije:

—Una ronda para todos a nombre de Ignacio Uzcategui.

Escuchando el sonido de rabia de Ignacio porque había gastado su dinero, lo volví a besar mientras pensaba que la nueva misión iba a ser más difícil de lo que había pensado al inicio.